

ALFAGUARA



Manuel Vilas

El luminoso regalo



<*_s_a_l_t_o*_*_d_e*_*_p_a_g_i_n_a*_*>
<*_s_a_l_t_o*_*_d_e*_*_p_a_g_i_n_a*_*>

Para Jesucristo y para Giacomo Casanova

<*_s_a_l_t_o*_*_d_e*_*_p_a_g_i_n_a*_*>

«Reina el Caos.»

LARS VON TRIER

«Te confieso, Señor, que todavía no sé qué es el tiempo.»

SAN AGUSTÍN

«Cuanta más pureza luminosa y bondad expresa el hombre en su vida y acción, tanto más cerca de él están los cuerpos celestes.»

HEGEL

«¡... los mil amores que me han crucificado!»

RIMBAUD

«No te veré morir.»

IDEA VILARIÑO

«La pasión nos adentra en el sufrimiento.»

GEORGES BATAILLE

«Me levantaba todos los días para buscar el placer.»

SADE

«... el lenguaje obsceno y todos los vínculos entre el erotismo y la infamia contribuyen a hacer del mundo de la voluptuosidad un mundo de degradación y de ruina.»

GEORGES BATAILLE

«Mi amante ha muerto, soy libre.»

BAUDELAIRE

«Papá, papá, bastardo, ya acabé.»

SYLVIA PLATH

«Te ha apuntado en su lista, haces el número 37.»

THE VELVET UNDERGROUND

«Es absolutamente falso decir que las mujeres mienten.»

OTTO WEININGER

«Goodbye, Andy.»

LOU REED & JOHN CALE

«Tú eres más feliz que yo y por eso tienes que ser más buena.»

EMILY BRONTË

«Dices que sufres tú mucho más que yo.»

CHRISTINA ROSENVINGE

«No sé si es correcto o aconsejable crear criaturas como Heathcliff: no creo que lo sea.»

CHARLOTTE BRONTË

«El acto de apareamiento y los miembros de los que se sirve son de una fealdad tal, que si no hubiese la belleza de las caras, los adornos de los participantes y el arrebató desenfrenado, la naturaleza perdería la especie humana.»

LEONARDO DA VINCI

Capítulo 1: Ester

Enero de 2014

Había una fuerza allí abajo, había algo allí que no podía ser detenido. ¿Quiénes eran esos seres que tenían lo que ella deseaba? Eran odiosos. Ella los odiaba, pero los necesitaba, los necesitaba tanto que enloquecía. Enloquecía con solo pensarlos desnudos, a su lado, haciéndole todo. ¿Haciéndole todo? Tomando su cuerpo, rompiéndolo. También quería amarlos, pero no sabía cómo hacerlo. Estaban allí desde siempre. Desde que cumplió catorce años, desde que aquel hombre la besó y le tocó los pechos y le penetró la carne con su ofrecido y con su lúcido y feliz consentimiento. Desde ese día la lista comenzó a crecer, la lista se hizo interminable. Como las pruebas del VIH, también interminables. Como sus trastornos obsesivo-compulsivos que su psiquiatra intentaba quitarle con terapia y muy poca medicación, demasiado poca.

Ella quería amar a alguno de ellos, a alguno de esos hombres. Lo quería con devoción, pero de ninguno conseguía enamorarse. Moriría sin saber por qué, por qué no amó nunca a ningún hombre. Moriría sola, odiando a los hombres, odiándolos, además, de manera inconsciente.

Al comienzo de una relación, Ester se desvivía, se ilusionaba, saltaba de felicidad, gritaba de alegría. Su ternura era intensa, llena de dulzura. Cuidaba a su víctima, ni siquiera ella sabía que era su víctima. Si su víctima se acatarraba, Ester le preparaba leche caliente, infusiones, lo arrojaba e iba volando a la farmacia; si su víctima tenía un problema laboral, Ester le decía lo que tenía que hacer con una seguridad aplastante y le infundía valor y coraje; si su víctima necesitaba un abrigo nuevo, Ester le regalaba el mejor abrigo del mundo; si su víctima era arquitecto, ella lo convertía en el mejor arquitecto del mundo; si su víctima era médico, ella lo convertía en el mejor médico del mundo; si su víctima era guapo, ella lo convertía en un ídolo. Era de una ejecución perfecta. Tenía un poder de convicción absoluto. Engrandecía el ego de sus amantes con una verosimilitud fascinante e irrefutable. Los defendía a muerte y ellos lo notaban perfectamente, y se sentían dichosos y felices. Volvía locos a los hombres, pero eso solo era al principio, en los grandes principios de los amores de Ester. Su fuerte instinto sexual (una ninfomanía que su psiquiatra no quiso o no supo diagnosticarle a tiempo; su

psiquiatra era igual que ella, y más de una vez intentó llevársela a la cama) la hacía consciente de su dependencia de los hombres. Se trataba de la dependencia corporal de los hombres. Su vanidad era gigantesca, no quería depender de nadie, pero su apetito sexual era irrefrenable, un impulso ciego, devastador. Dependía de los cuerpos de los hombres, de sus sexos. Necesitaba sentirse humillada sexualmente para sentir placer, y luego devolvía esa humillación en forma de crueldad moral. Ester comenzó a necesitar ayuda psiquiátrica a los veinte años, cuando le confesó a su madre de una forma abrupta y natural que se veía con hombres desconocidos en hoteles de Madrid, muchas veces hombres casados, hombres vulgares, contactados a través de páginas web. Fue su madre quien decidió acudir a un especialista, al mejor especialista. Su madre no sabía qué era peor: si la naturalidad con que un día le dijo que se acostaba con hombres casados que le doblaban la edad o el hecho de hacerlo; decidió buscar a un prestigioso médico, a un psiquiatra y psicoanalista.

Le gustaba vanagloriarse del ilustre médico al que la llevaron sus padres. Se trataba de Cristóbal Matthews, un psicoanalista, un intelectual, hijo de una oncóloga española y de un neurocirujano inglés de raza negra. Matthews había heredado la piel de su padre. Matthews era de raza negra. Matthews tenía varios doctorados en universidades norteamericanas y había escrito artículos científicos que gozaban de gran consideración. Tenía dos consultas privadas, una en Madrid y otra en Londres. Era bilingüe. Su clientela era gente de mucho dinero.

Y eran gente con dinero los padres de Ester. Cuando Matthews la escuchó en su consulta, debió de quedar deslumbrado. Cuando Ester le contó su vida sexual, Matthews se enamoró; la impunidad moral de Ester, su precisión, la claridad de lo que buscaba en un hombre eran poderes extremos.

Matthews se limitó a decirle simplemente que usara preservativo, que tenía una sexualidad muy fuerte, que la desarrollara con naturalidad, que el sexo era siempre bueno, que era una elegida para el placer. Que él también era como ella. Y le relató relaciones íntimas con varias mujeres, con detalles sórdidos y tenaces. Pese a todo, siguió asistiendo a su consulta.

El preservativo era la medicina. «Es tanta tu fuerza sexual que me parece humanamente castrante e inmoral encerrarte en un término médico», le dijo

Matthews. Le explicó que la sexualidad es una fuerza de la vida que no debemos parar ni frenar y que cada ser humano la desarrolla según su carácter. El sexo es energía, le dijo Matthews, el Negro. «Tú tienes toda la energía del universo», insistió.

Le dijo que leyera *Sexo y carácter* de Otto Weininger, *Las enseñanzas de Don Juan* y *El arte de ensoñar* de Carlos Castaneda, y *El erotismo* de Georges Bataille. Ester le creyó desde la primera vez. Ahora Ester tiene treinta y cuatro años, aunque su edad tal vez sea un misterio. Matthews tardaría unos cuantos años en conseguir acostarse con ella, pero lo logró y ella, interiormente, estaba orgullosa de eso. Luego Matthews se convirtió en su guía en la vida. Ester se lo contaba todo. No se enamoró de ella de una forma tradicional. Tuvo esa suerte, tendría sus recursos, al fin y al cabo era un experto y sabía cómo tratar a una ninfómana; se enamoraría de ella de otra forma, en otro orden. Se acostaron unas cuantas veces, y luego lo dejaron y volvieron a restablecer el orden de médico y paciente. Además, ella necesitaba ayuda terapéutica, que alguien la escuchara y le ordenara la vida, y la perversión de Matthews tenía algún límite, aunque lejano.

Al final, el Negro la ayudó de verdad y la sigue ayudando. Puede que incluso sea un buen terapeuta. La orienta en su relación con los hombres. Le dice lo que hay. Cada vez que va a la consulta y le cuenta un nuevo amor, Matthews la guía, la ayuda. Le pregunta si va bien con ese tipo nuevo y de paso cómo folla el nuevo y ella lo cuenta, siempre lo cuenta todo. Le necesita. En ese sentido, Matthews es el hombre de su vida. A él no podrá abandonarle nunca. Por eso dejó de acostarse con ella. Porque quería verla siempre. Porque quería ser su marido cornudo y consentido, su obispo, su brujo, su sacerdote, su hermano, su amigo, su chamán. Lo que fuese con tal de verla. Como la Uma Thurman de aquella película, *Análisis final*, en donde la Thurman hacía enloquecer a su médico. Al fin y al cabo, Ester también es rubia, tan rubia como la Thurman.

Ester es así: da todo el placer en la cama, se deja hacer de todo, traga semen, practica sexo anal, se pone de rodillas, mete su lengua en el culo del hombre, pide que su amante le diga obscenidades como «eres mi puta», y ella le dice «soy tu puta», «haré todo lo que me pidas», «pídemelo todo, no te negaré nada, pide lo que quieras, soy tu puta», le gusta pegar y que le peguen.

Ella decide los grados de todo. Los grados de las bofetadas, si muy fuerte, si normal, si suave. Así es ella. Es una mujer culta, sensible, creativa. Es demasiado inteligente. Es brillante. Analiza con precisión. Después de todos los orgasmos, es capaz de la ternura y dice a los hombres que los ama; y ellos la creen. Incluso ella experimenta alguna neurosis amorosa. Finalmente, como en un ritual, los abandona, con crueldad, sin darles ninguna explicación, y se va con otros, y se encarga de que el hombre abandonado sepa claramente que se va con otro y que todo lo que había hecho en la cama con él lo va a hacer multiplicado por dos o por tres, si es que eso es sexualmente posible, con el nuevo afortunado. Es allí donde reside su verdadera personalidad psicopática: en el ejercicio sistemático, frío, impasible de la crueldad.

Y acude a la consulta de Matthews y se lo cuenta todo. Y él le dice que hace bien. Le gusta que haga sufrir a los hombres. Ante ese sufrimiento el Negro también es impasible, probablemente porque en el dolor ajeno de los hombres a quienes Ester abandona se siente desagraviado, sexual y racialmente desagraviado. El cornudo negro con compadres de todas las razas, aunque con predominio de la raza blanca. Porque Ester es solo sexo. Una mujer con apariencia, muchas veces, de niña buena, con cara de niña si quiere poner esa cara, pero una depredadora; tal vez esté en una escala superior de la especie humana en donde el ejercicio de la crueldad suponga un salto evolutivo en la conformación sexual de las mujeres del futuro. Una mujer superior, más allá del bien y del mal. No se la puede juzgar. Esa es su clase. Es una ejecutora. No debe ser juzgada. Está más allá de la historia de la psicología, porque la historia de la psicología es una construcción masculina. Solo la antropología puede explicar su caso. Tal vez el ocultismo. Tal vez la brujería. Solo la brujería puede explicar la grandeza de esta mujer, su entramado cósmico, su energía. Tal vez a eso obedeciera la extraña recomendación de Matthews, la recomendación de que leyera a Carlos Castaneda, a un antropólogo visionario que creía en la existencia de las brujas, de las magas, del infinito. El Negro también había estudiado antropología en Princeton. En todo caso, sí es sorprendente que un psiquiatra de su prestigio recurriera a un antropólogo tan desprestigiado como Castaneda. Eso debió de ser una licencia literaria que se permitía Matthews en su afán de tontear con su pequeña ninfómana, con el gran juguete de su vida,

porque Ester acabó siendo la gran obsesión de Cristóbal Matthews. Matthews, para exaltar la vanidad de Ester, le dijo que era una bruja.

Lo que excita a Ester es la amputación de la relación, la amputación radical. Ella es quirúrgica. Le encanta bloquear en Facebook y en WhatsApp y en Skype y en Viber y en toda tecnología bloqueable al hombre al que acaba de dejar. Disfruta pensando en eso. Disfruta no cogiéndole el teléfono. Disfruta oyendo sonar el teléfono una y otra vez. El corte salvaje, la extracción del cuerpo del hombre de su propio cuerpo, sin que ella sienta el más mínimo dolor, esa es su excelencia; la extracción del hombre, la castración del amante. En la amputación, en el patíbulo de la ruptura ella reina. Abandona al hombre sin una miserable explicación. Sin un adiós. Ni siquiera es capaz de escribir al despedido una nota de una línea que explique la ruptura, decir un «hasta siempre, nunca te olvidaré», escribir un «te deseo lo mejor, besos».

Le gusta humillar porque cree haber sido previamente humillada en la cama. Si alguno se pone pesado e insiste más allá del teléfono y se le planta en su casa o en algún lugar público, o le monta una escena (ha tenido muchos, muchos así), Ester le pone una denuncia por acoso; es impulsiva y audaz, y a veces hasta consigue órdenes de alejamiento y otras humillaciones. Tiene el apoyo de Matthews y tiene también el apoyo de una amiga abogada, lesbiana ella, que le hace todo el papeleo para quitarse de encima a los angelitos enamorados, a los angelitos con el corazón roto. Los llama así, «angelitos». Se venga de su necesidad de los hombres, de su necesidad de ser penetrada por las vergas de los hombres, algo freudiano si se quiere, algo patológico porque muchos de esos hombres se sienten enamorados, bondadosamente enamorados de ella, pero ella no lo ve ni el Negro quiere que ella lo vea. Qué ver allí sino debilidad; hombres débiles que se enamoran. Hombres enamorados de una bruja antigua, pobrecillos, víctimas, seres inmolados en la pira del salvajismo de Ester, un ser atávico, estaba aquí desde el principio.

Y acude regularmente a la consulta y se lo cuenta todo al negro de Matthews y este se excita, y le encanta, y se intercambian sus historias de sexo. Matthews comprendió que la única manera de que no le dejara era esa: dejar de ser amantes, e intensificar su dependencia médica y terapéutica. Ella aceptó el pacto. Además, le necesitaba como médico. No podía convivir con su ninfomanía, ni sobrevivir a sus impulsos sexuales, sin un experto.

Y lo logró. Y así la ve cada quince días o una vez al mes, según. Si quiere castigarlo, entonces va una vez cada dos meses, o una cada tres meses si el castigo es duro. Ester va a la consulta de Matthews, quien básicamente le recomienda siempre lo mismo «copula todo lo que te dé la gana, eres una reina de la antigüedad, eres una diosa rubia».

Sin embargo, Ester es muy soez hablando. «Yo lo que necesito es que me metan una buena polla dura hasta los riñones del coño», dice; le gusta escandalizar a su nuevo amante de esa forma, porque sabe que luego, al abandonarlo, sufrirá más. Le gusta hablar de su coño. Habla de su coño como si fuese un Ser. Su coño es como una santidad, como una tercera persona, como un dios. Su coño es Dios.

Esa es Ester, así es ella. Físicamente es alta, muy rubia, rubia natural, de larga cabellera, de ojos azules inyectados en diminutas venas de sangre, como Uma Thurman, siempre lleva las uñas pintadas, sus enormes ojos azules asustan. La intensidad del azul de sus ojos parece sobrenatural. Su piel es muy blanca y su cara es casi un misterio. Es bella, pero de rostro extrañamente voluble. Lleva pendientes muy caros, grandes, que casi tocan sus hombros. Tiene un desafiante acento madrileño, lleno de coloquialismos cuando habla. Lleva anillos en el dedo índice y en el dedo corazón, que resaltan en sus grandes manos y en sus uñas de peluquería. Nació en Madrid y en Madrid ha vivido toda su vida.

En su cabeza las cosas se suelen transformar porque su psicología es muy compleja, complejísima. Siempre hubo allí un principio psicótico de gran potencia. Ester se veía a sí misma como una mujer bondadosa, llena de amor, llena de ternura, se creía maltratada por los hombres. Sí, eso era algo patológico. Se disociaba. No era consciente de hacer el Mal, nunca lo fue. Ella se veía como una santa. Era la única manera de poder actuar así, generando un ser alternativo que le eliminara la conciencia del dolor del otro. Para colmo el Negro alimentaba su tendencia natural a la depredación masculina. Aunque puede que ese principio de doble personalidad fuese falso, un truco, un magnífico truco de su despiadada tendencia a hacer daño a los hombres; una estrategia de su crueldad, un refinado mecanismo de su maldad. Probablemente, eso era fascinante, un límite horrible, nauseabundo. No el Mal del loco clásico, que no es Mal sino enfermedad. Además, a Matthews no le

interesaba como psicoanalista la enfermedad, le interesaban la depravación y la perversión en un sentido lacaniano y antropológico. Y lo que más le interesaba eran las relaciones sexuales interraciales. Por eso siempre que Ester le contaba una hazaña sexual mantenida con un oriental o con un negro o con un árabe, Matthews indagaba especialmente en lo que había sentido. El Negro hablaba de la «corrosión del espíritu» en las relaciones sexuales interraciales, esa era su tesis. Su piel blanca y sus cabellos dorados entregados a la oscuridad de las razas pobres del mundo eran una transgresión que excitaba a Matthews de una forma ancestral. Las transgresiones raciales y sociales de Ester eran para Matthews una clara prueba de que Ester había dado un salto en la evolución de la especie.

Estaba muy arriba en la escala evolutiva, eso le dijo Matthews. Era un producto biológico de vanguardia, de última generación psíquica, por expresarlo de una forma arrogante. El Mal es inteligencia avanzada, solo eso.

Lejos de curarle su ninfomanía, se la regularizó, se la hizo manejable, llevadera, controlable, acelerable, o reducible. Le mostró todos los trucos y engranajes de su ninfomanía como poder. Ella tenía poder. Le dijo cómo usarlo. Ester estaba fascinada con su poder sobre los hombres, y ese poder se lo descubrió Matthews, de ahí su alta dependencia del hechicero. Le enseñó las ventajas de su enfermedad sin pronunciar la palabra enfermedad. Le dio acceso a un mundo de ilimitado placer, de alegría. Debió de parecerle que desde el punto de vista psiquiátrico era lo mejor que podía hacer por ella. No se la imaginaba casada y con hijos. Graciosamente, Ester decía en la consulta que eso significaba todo para ella: enamorarse, casarse, hacer una bonita boda y tener hijos. Allí actuaba su disociación envenenada. Quería tener hijos; allí, tal vez decía la verdad, la verdad de su otro yo. Pero su ninfomanía impediría cualquier principio de estabilidad, cualquier equidad en una relación de pareja.

El Negro no podía evitar reírse por dentro cuando Ester le venía con esas aspiraciones suyas al amor conyugal y a la procreación; ella, que era satánica; ella, que al mes de estar casada se habría acostado con el padre de su marido y con todos los hermanos de su marido si le hubiera apetecido. Desde ese punto de vista, tal vez Matthews hizo un buen trabajo, al menos impidió que se sintiera culpable de su adicción al sexo e impidió también que se convirtiera

en una fulana vulgar y acabada. El Negro jamás le dijo que estaba enferma.

Matthews disfrutaría no diciéndoselo. Le dijo, en cambio, que era una mujer fuerte y admirable sexualmente, nada más. Una mujer muy inteligente. Una mujer igualada a los hombres en el ejercicio del poder sexual. Se hizo una adicta al sexo sin que ella lo supiera de verdad, pero al mismo tiempo exaltaba el amor. En este aspecto, en el aspecto de sus relaciones sexuales, se convirtió en una mujer digna de pena, impulsiva y desenfrenada. Porque es verdad que su otro yo buscaba el amor, pero acababa en la cama de cualquiera, y mientras se la follaban se sentía feliz y biológicamente completa.

Matthews la ayudó con sus terapias a regular y ordenar y manejar y manipular ese placer. Luego maldecía al hombre con el que se había acostado. Hombres de una noche que no salían de su asombro, hombres vulgares al lado de una diosa rubia. Después se lo contaba todo y su adorado Matthews le decía, «El sexo es bueno siempre, pero usa preservativo, esa es la única ley, las gomas, las benditas gomas; el sexo es el mayor tesoro que existe, lo único real». Matthews se sentía amigo íntimo de sus amantes. Estaba con ellos en la cama, pero nunca en el dolor del abandono. Fue su gran estrategia.

Ella siempre le contradecía, «follar con gomas no es follar, follar con condón es una puta mierda, eso es menos que darse la mano». Hablaba mal de sus amantes antiguos a sus nuevos amantes. A sus antiguos amantes los llamaba «angelitos», y narraba sus miserias. Sus nuevos amantes, incautos, caían en la trampa. Ella hacía creer al nuevo novio que él no era como los angelitos, tenía esa poderosa habilidad de convencimiento. Y el nuevo amante se ponía eufórico, se creía el elegido, sin saber que acabaría en el mismo saco que los amantes antiguos, que los angelitos. Es verdad, muy verdad, que la Bruja tenía un poder de seducción infinito. Era y es una maga. Una reina del antiguo Egipto reencarnada, eso le llegó a decir el Negro una vez. Una celeberrima y poderosísima prostituta de la antigüedad regresada, y ella encantada, su vanidad complacida. Una bruja primitiva, que pasa de generación en generación amparada por el Mal, que es una fuerza inextinguible. Cristóbal Matthews fue su chamán sexual, su don Juan o su Carlos Castaneda, aunque del erotismo.

Pero volvamos al presente. Ester es muy especial, su inteligencia carece de moral. Deslumbra su aparente inocencia. Se presenta como un ser

vulnerable y dulce, ingenuo y humilde, asustadizo y temeroso. Toda una endiablada táctica de depredación implacable. Matthews le hizo creer que el Mal no existía ni en el sexo ni en el amor. La convirtió en una hechicera refinada de la que era imposible salir indemne.

Y luego, en la cama, toda esa inocencia desaparecía y surgía la Bruja, una incandescencia carnívora que vuelve locos a los hombres. Es un don. Ester tiene un don, un gigantesco don. Su don son los hombres. El Negro le educó ese don. Le hubieran echado del colegio de psiquiatría inmediatamente si supieran cómo se la chupaba su paciente; esa desesperación psicótica con la que agarraba la polla del hombre y la comía, tan loca, tan fuera de sí. Le obligarían a dejar de ejercer la psiquiatría. Se saltó todos los códigos deontológicos; eso si no acababa en la cárcel demandado por los padres de Ester, si llegaran a enterarse de que le confiaron a su hija para evitar que follara con camioneros en hoteles de lujo que encima pagaba ella, y acabó follando con su psiquiatra de la forma más abominable y sórdida que se les ocurrió a los dos; amén de que el padre de Ester pertenece a lo más selecto de la aristocracia madrileña.

A Matthews le encantaba que le contara las historias de sus nuevos amantes, que le hablara de si follaban bien o mal, si le daban por el culo o no, si se tragaba el semen o no. No sabía hacer eso al principio. Él la enseñó. «Tienes que tragártelo mirando a los ojos del hombre, lo de menos es tragártelo, es una sustancia insípida, como comerse un estúpido caramelito de regaliz, eso da igual; lo más importante es que el hombre lo vea; el hombre que vea que te tragas su semen pasa a ser tuyo para siempre; pierde su alma y tú la ganas; pero tienen que verlo, a los ojos, míralos directamente a los ojos con fuerza y con perversidad; tienes que mirarles a los ojos en el momento en que te tragas su semen; debe haber mucha luz para que vean con claridad cómo te lo tragas; procura siempre que haya muchísima luz, que entre la luz del sol o estén dadas todas las luces de la habitación; el hombre debe verlo con intensa claridad, jamás puede pensar que es una alucinación o una ficción; su conciencia de que te tragas su semen tiene que ser absoluta; tienen que ver tu impassibilidad y tu serenidad y tu lentitud en el trago, en el gran trago de su sustancia definitiva, en el gran trago de lo que son como especie, como realidad, como existencia; el día en que vayan a morir te verán a ti; no verán a

sus amorosos hijos o a sus deliciosos nietos o a sus abnegadas esposas; no verán más que tus ojos, tu boca y tu lengua tragándose su semen, se irán al otro mundo con tu rostro en el pensamiento, esa es la gran fuerza del universo y tú gobernarás, estarás presente el día de su muerte; estarás presente el día de la muerte de todos los hombres; una rubia como tú que se traga el semen es un acontecimiento sobrenatural.» Él le explicó la diferencia entre las mujeres rubias y las morenas o castañas. Las rubias estaban en lo más alto de la escala cósmica, del deseo de los hombres, porque se acercaban al arcano de «lo blanco», de la pureza absoluta.

Ester tiene la habilidad de saber contar su vida de una forma natural y magnética, convincente, atractiva, como si su vida fuese una fiesta; da una sensación de sinceridad que conmueve a los hombres, quienes acaban enamorados de ella.

Las construcciones internas de su pensamiento eran, sin embargo, crueles y delirantes. Convivió en su juventud con un hombre socialmente importante, bastante mayor que ella, un periodista que la adoraba. Ella lo sometía a todo tipo de humillaciones sexuales. Ese hombre lo aceptó todo con tal de no perderla. Todas las mañanas aquel hombre tenía que exhibir su pene ante ella, y ella lo besaba con un gesto de desprecio. Ester quería que Arturo, así se llamaba su esclavo, cumpliera todas sus fantasías. Arturo era viudo, su mujer había muerto de cáncer de páncreas hacía un par de años. Se sentía muy solo y cayó en manos de Ester, la gran Bruja. Arturo, al conocerla, volvió a la vida, eso creyó el pobre, el angelito. Fue él quien la colocó en un excelente puesto de un periódico madrileño. Ester se creía y se cree una mujer de talento, está convencida de que es genial, de que sus crónicas, su periodismo de investigación, sus artículos, sus cuentos son magníficos. Es licenciada en Periodismo por la Universidad Carlos III de Madrid. Una vez le dijo a Arturo para escandalizarlo «he escrito un relato dedicado a tu polla, un relato donde la única protagonista es tu polla, un relato de doce páginas en donde tu polla habla y pienso alargarlo, alargarlo hasta las cuarenta páginas y así, al paso, alargar tu propia polla otros cuarenta centímetros». Arturo la llevaba de viaje a todas partes. Hubo un viaje muy especial a Nueva York; Arturo tuvo que pedir un préstamo para hacer realidad los caprichos de la gran Ester, esa Bruja maravillosa, la gran paciente de Cristóbal Matthews, casi «su gran

patente», casi también su única paciente, la más hermosa paciente que ha tenido y tendrá jamás. Su discípula. Su santa esposa blanca.

Su inspiración depravada la llevó a pedirle a Arturo una prueba de amor: quería que la viera tener sexo con dos hombres, con un amigo de Arturo (con el que ella tonteaba porque le gustaba) y con un desconocido, elegido al azar. Todo tenía que hacerse en un piso viejo y cochambroso, que debía alquilar el propio Arturo.

El Negro le dijo en la consulta que adelante, que no renunciara a ninguna fantasía, que esas fantasías eran producto de su creatividad de artista y de su inteligencia, que eso era afán de conocimiento, que estaba deseando adquirir nuevos saberes, que no renunciara a nada, si le apetecía. Que en el sexo jamás existieron el Bien y el Mal sino solo el Conocimiento y la Ontología. Chantajeó a Arturo, con el visto bueno de su adorado Matthews. Si no lo hacía, si no la complacía, ella se marcharía. Lo dejaría. Arturo tuvo una crisis de ansiedad, se la trató un colega del propio Matthews, ironías del destino, pero aceptó a condición de que fuese una sola vez. Luego volverían a una relación normal. No podía perderla. No le cabía en la cabeza perderla. Pensaba que se moriría si la Bruja lo abandonaba. Y sabía que iba en serio. Evidentemente, Matthews no ignoraba que abandonaría a Arturo. Matthews lo veía todo desde las gradas, debió de resultarle apasionante.

Después de aquello, la Bruja se lió con el amigo de Arturo. Y Arturo cayó en una depresión mayor, que le duró seis meses. Seis meses de tratamiento con potentísimos antidepresivos. La depresión de Arturo fue para Ester una victoria obtenida sobre los hombres, esos seres a los que adoraba y a los que odiaba al mismo tiempo. Matthews le dijo en la consulta «ese hombre no ha sabido entenderte, no ha sabido valorar estéticamente tu fantasía, tu creatividad corporal, tu lucidez, tu afán de conocimiento, pasa de él, tú eres una visionaria, una elegida entre millones de seres humanos, que se joda Arturo, es un mediocre y tú una diosa».

Arturo le mandó una carta, un año después de la ruptura, cuando ya estaba psicológicamente estable aunque seguía enamorado de ella. Ester le enseñó la carta a Matthews. Se estuvieron riendo de ese imbécil de Arturo y de su patética carta. Esto decía la carta:

El Amor lo admite todo. El Amor admite el desamor. Admite la pasión loca. Admite el desencuentro y el encuentro. Admite la ternura. Admite el abandono. Admite los gritos en la media noche. Admite la incomprensión. Admite la plenitud. Admite la infidelidad. Admite la mentira. Admite la verdad. Admite la muerte. Admite los besos radiantes. Admite los enfados radiantes. Solo hay una cosa que el Amor no admitirá jamás: la crueldad.

Un beso,

Arturo

A la Bruja le encantó esa carta. Se frotó esas líneas por el coño, así era ella de material, de corporal. Se corrió con esa carta. El Negro le dijo que sí, que se frotase la carta por el coño, que había vencido sobre la estupidez de los hombres, que estaba subida en una nube de erotismo ancestral, que su cuerpo era de oro blanco, tan blanco como el mejor de los sémenes. Y ella comenzó a pensar en hombres futuros que habrían de venir. Pensó especialmente en mí, su nueva presa, pensó en cómo me enamoraría. Pensó en cómo me destruiría. Mientras esperaba que yo cayese en su red, tuvo unos cuantos líos más. Le gustaban los artistas. Se lió con un pintor. Lo maltrató. Lo acabó abandonando. Se vengó del pintor, que era conocido y bastante famoso, diciendo a sus nuevos amantes que «no sabía follar». Y Matthews se reía del desgraciado que «no sabía follar». Esos nuevos amantes, ni que decir tiene, conocían al pintor. Se reían de él: «No sabía follar». Lo imaginaban con un pene diminuto. *No saber follar* para un hombre, dicho públicamente, es una afrenta atávica. Matthews debía de sentirse como un don Juan del erotismo destructivo y ella como una Carlos Castaneda disciplinada. Investigaron juntos la naturaleza inmortal de la maldad. Y seguía cazando. Porque la Bruja cazaba en todas partes. ¿Era y es consciente de eso, de su arte de cetrería? Se lo negaba a sí misma, tal vez.

Puede que hubiera tres Esteres: la depredadora consciente y práctica; la niña que se veía como una mujer bondadosa; y la Bruja, la última capa, la verdadera, la maldad rubia en estado puro. Una cohabitación de tres personalidades, un engranaje psíquico perfecto para dañar, lastimar, para producir dolor. El dolor ajeno era su objetivo final. ¿Por qué? Porque el Mal es un en sí, una forma de gravitación, una forma de reconocimiento del ser, de

que estamos vivos, una forma de perduración, una grabación en la piedra, en la materia. Una inscripción duradera. La conciencia sobre la materia, eso es.

Ester cazaba en el trabajo, cazaba en los bares, cazaba en las fiestas, cazaba en los restaurantes, cazaba en los actos culturales, cazaba en los saraos selectos de Madrid y cazaba en Internet.

A mí me cazó allí, en Internet. Yo también cazaba en todas partes, llevaba cazando muchos años, muchos más años que ella, pero no con la pericia de ella. Yo había cazado en tantos sitios... Nos dimos caza. Nos cazamos a la vez, muy conscientemente. Dos brujos: Ester y Víctor, ese es mi nombre, los dos cazando. Los dos de raza blanca. Los dos rubios y de piel muy blanca. Los dos altos. Los dos de ojos azules. No existía otra cosa en la vida más que la caza primitiva de los Brujos blancos. Los Brujos acaban conociendo todo, menos su fe en el amor. La fe en el amor les fue hurtada por Dios mismo. Nos cazamos sin piedad, como bestias. Bestias éramos los dos. Iguales éramos. Igual de malignos los dos.

Capítulo 2: Majestic Hotel

Mediados de junio de 2012

1

Alguien quiere comerse tu corazón. Viste desfilar a un montón de mujeres hermosas y desnudas por la habitación de tu hotel. Eran las cuatro y cuarto de la madrugada. Te despertaste de golpe. Mujeres con la carne iluminada, con labios perfectos, con pechos de todas las formas, y todas hablaban a la vez. Un gran murmullo. Serían más de mil mujeres. Bajo una cúpula de fuego, y tú estabas arriba, como en la Capilla Sixtina. Todas querían hablarte de amor. Había de todas las nacionalidades. Oías hablar en francés, en alemán, en inglés, en ruso. Todas decían que fueron amadas por hombres maravillosos, como si estuvieran viniendo desde la muerte. Tú estabas allí, oyéndolas. «Víctor, ven aquí, bésanos», te decían. Como en la Capilla Sixtina, porque la Capilla Sixtina es el mundo. Acabas de escribir una cursilada digna de un escritor español. La gente vive y muere, no sabemos nada del interior de esos actos. Los vemos vivos y al rato están muertos. Nadie es depositario del contenido de las vidas de la gente. No sabemos qué hay dentro, si es que hay algo. Puede ser que el furor y el pánico sean hechos reales. No lo sabemos. La procreación parece real. El amor provoca acontecimientos, eso parece real también. La forma social del amor, casarse, reproducirse, sin embargo, acaba siendo lo único real para la mayoría de la gente.

Estabas alojado en el Majestic Hotel, en la ciudad de Barcelona. Un hotel de lujo donde ya te habías alojado en otras ocasiones. Te gusta la catedral de Barcelona, y eso que jamás has estado dentro. La culpa la tuvo el mes de junio, que enciende el corazón. Te acostaste a las tres y media, muy borracho. Ni te lavaste los dientes, del sueño que tenías. Esa es la prueba definitiva de una excelente borrachera: no lavarse ni los dientes, y eso que habías comprado un cepillo nuevo (con lo que a ti te gusta estrenar cosas) en una farmacia alargada y estrecha de la estación de Atocha de Madrid, en donde te atendió una manceba bellísima, morena y simpática, una mujer de unos veinticinco años, con la que te hubieras casado en ese momento y al minuto te hubieras divorciado de ella. Dedicaste dos minutos a la elección del cepillo de dientes. Es inhumana y maligna la abundancia de marcas y diseños de cepillos de

dientes, porque esa abundancia se basa en otra abundancia mucho peor: en la abundancia de hedores, sangrados de encías, caries, putrefacción, deterioro, decoloración y envejecimiento que asolan las dentaduras de los seres humanos, más si estos seres humanos están enamorados, como tú. Los amantes esconden sus dentaduras defectuosas por temor a no ser besados.

A las cuatro y cuarto te despertaste completamente lúcido, o eso te pareció, como una sensación de lucidez.

A todas las conocías. Todas habían sido amantes o novias o aventuras tuyas. Eran las mujeres. O al menos usaban sus rostros. La habitación del hotel, la 518, se ensanchaba, se engrandecía, se dilataba. Recordabas la buena impresión que te causó la habitación unas horas antes, cuando llegaste a Barcelona con el AVE, procedente de Madrid, en clase preferente. Siempre en preferente. Siempre en buenos hoteles. Tenías que dar una conferencia sobre tu obra literaria allí. La tuya era una habitación categoría suite. Grande, blanca, con una cama gigantesca. Había una botella de whisky como obsequio de la casa, y unos bombones. Te llamaron la atención las enormes cortinas blancas, grandiosas cortinas blancas movidas levemente por el viento. El viento del amor, pensaste, porque piensas que el amor tiene manos y se encarna en este mundo miserable porque te va lo cursi.

Bebiste whisky. Mecánicamente, bebiste whisky y te acordaste de tu madre muerta, en algún lugar bajo la tierra. Bajo la tierra, las manos de tu madre te alcanzaban la botella de whisky «bebe, hijo mío, y ámalas a todas». «A quién debo amar, madre.» «A todas las mujeres que ha habido, hay y habrá sobre la faz de la venenosa y mentirosa y puerca tierra.»

Habías llegado al hotel hacia las tres de la tarde. Abriste la maleta. Sacaste tu colonia. Sacaste tus camisas y las colgaste en un armario espléndido. Una camisa azul oscuro, carísima, te costó 292 euros. Pusiste el móvil encima de la mesa, carísimo, te costó 230 euros. Apartaste todo lo que había en la mesa. Y el móvil se convirtió en el centro del mundo. Estabas esperando una llamada. La santa llamada de una mujer de la que estabas completamente enamorado. Completamente enamorado es poco, eso es decir poco, eso es decir una vulgaridad, no es eso. Es Dios mismo y su hijo el Gran Jesucristo esa mujer. Te gusta hablar así, con una grandilocuencia disparatada digna de un personaje del Antiguo Testamento. Te encanta el Antiguo

Testamento.

Por fin la llamada. Ver su nombre, el nombre de esa mujer en el móvil, te causó la misma alegría que tuvo el Gran Jesucristo cuando venció a la corrupción de la carne y ascendió de entre los muertos, llamado por Dios, por el Gran Dios que era una santísima mujer llena de luz naranja. Porque la luz naranja es la luz de los enamorados honestos, benignos y radiantes.

Y ella llamó a la puerta de la habitación y tú le abriste. Os disteis un beso en la mejilla. Ella entró en la habitación como un huracán. No sabías si era ella, Ester, o un huracán. No distinguías. Era como si vieses la fundación de la carne. Te dio un beso.

—He pedido que nos suban la comida —dijiste.

Fuiste al cuarto de baño porque querías ponerte colonia, más colonia, la locura de la colonia, porque mezclaste tres marcas de colonia, Loewe, Kenzo y 212, porque crees en la alquimia de las combinaciones y tú mismo diseñas nuevos perfumes de hombre a base de mezclas fantásticas que se te ocurren en el laboratorio de tu olfato, tu gran olfato, el sentido más desarrollado que tienes, y todo esto lo hiciste para que Ester te encontrase más y más atractivo, para que el olor de tu cuerpo fuese una novedad inolvidable, un deslumbramiento, y en ese momento llamó a la puerta el servicio de habitaciones y fue Ester la que salió a abrir. Entraron con una mesa llena de bandejas plateadas y brillantes, llena de platos seguramente exquisitos y con un vino Rioja excelente. Os pusisteis a comer. Ella se quitó las sandalias. Comíais anárquicamente, mezclando el primer plato con el segundo, y con el postre. Una anarquía de comida que venía de la anarquía del deseo. Porque todo eran preparativos y nervios. En realidad, comíais como quien se entretiene leyendo un periódico antes de que salga su vuelo hacia el Infinito. Recordaste el verso «hacia el infinito naufragio» del poeta italiano Leopardi. Ella hablaba de su trabajo como quien habla del tiempo. ¿Cuál era su trabajo? Un excelente trabajo de periodista. Un trabajo bien remunerado. Un triunfo. España se hunde en una crisis económica imparable. Pero Ester tiene un trabajo bien remunerado, eso es todo. Pronto las calles, en unos años, se llenarán de pobres.

Besaste en la boca a Ester por fin. Y ella te metió la lengua hasta muy adentro, como siempre hace, desde que follasteis la primera vez en Madrid,

hace solo cinco meses, porque su lengua es como un cuchillo de carne, un dulce estilete que entra en tu garganta con la inutilidad con que las olas del mar llegan a la orilla, en un espectáculo carente de significación, pero sin embargo necesario. Así es el amor: no significa nada, pero es necesario. No significa nada, porque a tu edad todo abandona su significado y se convierte en oscuridad. En esa oscuridad tú eres el Caballero del Amor, un ser inerte allá abajo, en la húmeda cripta de los enamorados. Pero es una obsesión esa lengua de Ester. La regala a su amante, eso hace. Regala su lengua. Cómete esta lengua, yo te la doy, pero cómela con arte, perro, eso dice ella.

Y enseguida os desnudasteis y comenzasteis a navegar por la inmensa cama, llena de almohadas y cojines, porque tu habitación era una habitación de lujo y el lujo en España es la abundancia. Le diste una bofetada suave, y ella te dio una sonora y fuerte. Esa mano tan grande como delicada, tan elemental, tan de niña, soltando hostias enloquecidas y tan hermosas. Sus hostias eran Jesucristo, su carne. Muy fuerte. Es maravilloso pegarse. Os estuvisteis abofeteando mientras hacíais el amor a un ritmo legendario; la leyenda del golpe y de la embestida. Entrar, salir y pegar. Pensaste en esos verbos. La habitación era muy blanca. Mirabas las enormes cortinas blancas del balcón. Había amor, pero no lo había. Parecía que lo había, estaba a punto de haberlo, pero ella le cerraba la puerta al amor; había alegría, pero no amor. Tal vez la alegría y el amor no sean la misma cosa, pese a que se parecen tanto. Y era como si esas cortinas hablaran «amad más, más fuerza en el acto del amor, más hundimiento de la carne, hacedlo con más entrega, sí, no seáis perezosos, aún podéis más, sed más exigentes, la máxima exigencia, aún hay más energía en vuestros corazones y cuerpos, hasta que caigáis muertos, morid, haced el favor de morir, morid aquí y ahora y seréis dichosos», eso decían las cortinas, que se convirtieron en banderas.

Cuando no os abofeteabais, bebíais whisky, obsequio de la casa. Y el whisky te exaltaba, y entonces besabas el vientre de Ester y besabas su culo y metías tu lengua allí dentro, donde había ternura y sal, luz y profundidad, dolor y salvación. Llamaste a recepción para que subieran hielo. Subieron una enorme cubitera de hielo. Tanto hielo. Era indescriptible. Acariciaste el coño de Ester con un cubito de hielo y ella te abofeteó. Así estuvisteis más de tres horas, toda la cama deshecha y manchada de sangre, porque a Ester le vino la

regla. Sangre, hielo y whisky. No quería que le comieras el coño, claro. Sangre de menstruación en la boca de un hombre de cuarenta y nueve años. Sangre mezclada con desechos de la fecundidad. Sangre con sabor a manzana agria: las manzanas agrias, que caerán del cielo el día del Juicio Final. Pero nadie escribió nunca en sitio alguno que la sangre de la menstruación no alimentase, no pudiera ser bebida, contemplada, amada, reverenciada. Así que untaste tus dedos con esa sangre y los pasaste por tu pecho y te fuiste pintando a ti mismo y Ester dijo que se sentía avergonzada, pero intuiste que era una vergüenza deseada, hipócrita, rota, sucia: su maldad allí, claro. No puede haber ese placer que ella daba sin la maldad. Cómeme los pies, cómeme el culo, cómeme las tetas, cómeme el pelo, cómeme la nariz. No comas nada ahora. Ahora te como yo. ¿Te duele? No digo tu nombre. No diré tu nombre. Solo eres «tú». Ester no decía tu nombre. No podía pronunciarlo. Y también eso era hermoso, tanta hermosa malignidad.

—Te van a echar de este puto hotel —dijo Ester, mientras veías en ella a una Bruja, parecía una Bruja, una Santa o una Bruja, te daba lo mismo— y a mí me va a dar igual, el que va a quedar como un guarro hijodeputa vas a ser tú. Eh, colega, que es broma, luego te ayudo a recoger un poco todo esto.

—Pero qué dices, aquí me tienen por un Rey. Soy Dios, soy un invitado del Ayuntamiento de Barcelona. Da igual todo. Me han pagado una habitación carísima y encima he dado una buena propina a la camarera del hielo.

Te levantaste y fuiste hasta tu ordenador portátil y pusiste «Lyly Marleen» en el reproductor. Y Ester se reía, lanzaba aullidos, risas, palabras soeces, conjuros, alaridos, gloria y placer, destrucción y carne, delirio, delirio y crueldad. Se transformaba en el demonio con la cara de una virgen. Todo temblaba. No era sexo, era más. Hay más. Pocos han estado allí. La fusión horrible. Allí. Asco y dos seres de rodillas. Dolor y hedor. Martirio y nacimiento. Nacisteis, como un solo ser, lleno de saliva, de sangre, de flujos, de olores insoportables. Allí. Decidme quién ha estado allí. Allí no quiere ir nadie, pero vosotros sí fuisteis allí. Fuisteis al suplicio. Escúpeme en la cara. Escúpeme en el alma. Escupíos a la vez. Decid «Yesterday». Y lo decíais. Vuelve a escupirme, para vencer a esa horrible palabra. Nunca diré «Yesterday». Escupe, amor mío. Escúpeme. Come mi hígado. Come mis huesos. Cómeme. Eso os decíais, hagamos el amor con nuestros órganos

invisibles, aquellos que nunca han visto la luz. Querías follarte su hígado, meter allí tu polla. Quiero chuparte el corazón, quiero meter mi coño allí, encima de tu corazón. Necesitáis cirujanos que abran vuestros cuerpos y junten vuestros órganos. Lo que ansiáis necesita la alta cirugía del futuro. Querías que tus dientes fuesen sus dientes. Querías que tu vesícula fuese su vesícula. Querías olerle el culo y las axilas hasta el final. Querías conocer todos sus olores. Querías su intestino, su riñón, su esófago, sus vísceras, sus venas. Así folláis vosotros. Nadie folla así. Pero si no follas así, no has estado vivo jamás. Es así. No te bastaba solo con su cuerpo. No te bastaba solo con mi cuerpo. Necesitábamos la autopsia. La mezcla de los órganos, eso es el Amor. Quiero respirar con tus pulmones. Quiero orinar con tu coño. Quiero ver con tus ojos. Tú quieres coger las cosas con mis manos. Tú quieres mi fémur, mis costillas y mi colon. Eso erais vosotros dos. Se confunden las personas, el tú, el yo. Pero ya estaba comenzando el final. Eras una perra hijadeputa, negaste nuestra felicidad. Pensé. Pensaste. Bi, con *b*, el futuro.

Solo la muerte hace el amor con nosotros como yo querría que lo hiciéramos tú y yo ahora, desde dentro, desde la oscuridad: tráquea, hígado, córnea, faringe, epiglotis, páncreas, riñón, oído interno, diafragma, fosa nasal, pupila, bazo, intestino, pulmón y corazón. Jamás veré lo que eres. Jamás lo verá otro hombre y eso te consolaba. Solo la muerte puede amarnos así. Hablarás con ella, con la muerte. Pactarás con ella para que os deje diez minutos de gloria, bajo la tierra. Y eso nos calmará al fin. Y seremos saciados.

2

Después de la cena con los organizadores y con gente de la cultura y algún político de Barcelona, comenzaste a beber en exceso. Y al despertarte completamente borracho viste el desfile de las mujeres bellas y tal vez muertas. Estabas solo, en algún momento de la noche perdiste a Ester. Caíste casi inconsciente sobre la cama, pero a los tres cuartos de hora te despertaste para ver ese espectáculo de las mujeres muertas.

Entiendes de fantasmas, de espíritus a la deriva, sabes lo que son. Son

criaturas que buscan encarnarse; criaturas que ya han vivido, pero ellas creen que no lo suficiente; por eso, buscan la encarnación. Te hablan, «Víctor, ama por nosotros». Es un patrimonio político lo que late en el Más Allá, toda esa gente que en el último suspiro de sus vidas fue consciente de que su sexualidad había sido incumplida y se negó a morir del todo. Reino de libidos fantasmales, que aún están aquí. Tú la buscarás también, la reencarnación, si es posible. Reencarnación es un nombre precioso. Cuando una buena esposa decide serle infiel a su marido, allí está alguna de esas criaturas, intentando vivir. Buscan cuerpos jóvenes para sentir la vida otra vez en ellos. Para sentir la existencia del futuro, que es la droga más grande de la vida. Les enfurece la juventud. No recuerdan haberla vivido. Les enloquece la promiscuidad. La promiscuidad les hace violentos y criminales. Inducen al mal allí en donde entran. Inducen a la sexualidad desquiciada, rota y destructiva. Son vampiros. La naturaleza del vampirismo es sexual. Viste los códigos de la vida, códigos como este, que formaban un monolito negro, tridimensional, como en la película de Kubrick:

Estabas viendo un código que contiene la misión secreta de la especie, un código que cifra las dos obras maestras de la especie: el sexo y la política. Tenías delante un monolito. Medía un metro ochenta de largo, un metro de ancho y treinta centímetros de grosor. Era hermoso, y oscuro, un fantasma. Ese código, inscrito en el monolito, y que acabas de copiar, te ha sido dictado ahora mismo por una de estas mujeres muertas, fantasmales. Toda esa mezcla de números y letras y signos y palabras e incluso personajes de novela es un orden, significa lo siguiente: semen, cópula, flujos vaginales bajo la presencia de un Estado, no en la Naturaleza, sino en el Estado y el poder de la ficción. Es muy posible que los flujos vaginales estén relacionados con la naturaleza errática de los océanos. Pero salían personajes y pasajes de tu novela favorita, personajes de *Cumbres borrascosas* en ese monolito y había versos de Rimbaud también, eso te hizo ilusión.

Te levantaste de la cama, con una erección, efecto del Levitra que habías tomado horas antes. Estaban todas las mujeres aullando a tu lado, como si fuesen una selva de cráneos. Alcanzaste el ordenador y pusiste música, pusiste *Parsifal* de Wagner. Y te tomaste un Valium 10, y te bebiste un whisky, en medio de las mujeres. Confiaste en que aquello era una pesadilla y en que allí

no había nadie. Solo tú bebiendo y drogándote e imaginando el purgatorio. Estabas soñando, sí, un sueño de borracho.

Despertaste. Fuiste hasta tu pantalón y sacaste tu Samsung Galaxy II y había siete llamadas perdidas de Ester. Había varios WhatsApp. El último era de hacía dos minutos y decía «estoy llamando a la puerta de tu habitación». Fuiste corriendo hasta la puerta, se te cayó el móvil al suelo, abriste y allí estaba ella, sentada en el suelo, a los pies de la puerta.

Se puso de pie.

—Por fin, creía que no me ibas a abrir nunca, quiero dormir contigo, muy abrazada a ti, has bebido toda la noche como un hijodeputa, peor, como una bestia insaciable, te vas a matar, y eso que he conseguido quitarte algunas copas de la mano. Menudo espectáculo has dado en los bares y delante de la gente de Barcelona.

—¿Y qué hacías con las copas que me quitabas, te las bebías tú?

—Vertía el alcohol en las macetas; en el bar en el que estábamos había macetas, enormes macetas con flores muy lindas y arbustos y arbolitos, con una vegetación frondosa, pero tú no te habrás dado ni cuenta. El vodka está ahora en esa tierra fértil, al lado de las raíces. Has salido a la calle, has parado un taxi y te has venido solo al hotel. Me has dejado plantada. Estás loco.

Ester se quitó la chaqueta y la blusa. Se quitó la falda. Te besó un poco, pero solo un poco. No quisiste contarle tu sueño, pero ella notó que estabas asustado.

—¿Por qué estás escuchando ópera ahora?, madre mía, aún estás completamente borracho.

Ella te acostó. Te quitó los calzoncillos y jugó un poco con tu polla, riéndose, hasta se la puso en la boca, pero tú estabas exhausto. Mordisqueaba el glande, y tú le mirabas los ojos. La viste con tu polla en la boca, pero no era como otras veces, allí había malignidad y dolor, allí había una energía aterradora, la vieja fuerza de la enfermedad, que fundó la vida. Porque fue la enfermedad quien trajo la vida. «Duerme, amor mío», y seguía embelesada

mirando tu polla como quien mira la cara de Dios. «Esto es todo cuanto debe ser visto», dijo ella. La Bruja. La que no se iba a dejar amar. La que nunca se dejaría amar.

Dijo que dormirías mejor desnudo. La cama estaba agradablemente fresca, las sábanas eran un lujo asiático. Ester se puso a tu lado. Acariciaba tu pecho. Te daba besitos en el cuello. Y tú sentiste una enorme paz. De repente te echaste a reír, seguramente porque estabas mareado y cansado y asustado y aún borracho, te echaste a reír.

—¿De qué te ríes, cabronazo? —preguntó Ester.

Tú no querías decírselo. Pero seguías riendo. Ella te pellizcó un pezón para que se lo dijeras.

—Estaba pensando en que podría fallarme el corazón ahora mismo. La gente se muere en cualquier sitio. He bebido tanto esta noche que podría morirme perfectamente. Me reía pensando en ti, en el follón en el que te metería si me quedara muerto ahora mismo. Me reía pensando en qué harías, en las explicaciones que tendrías que dar, que serían muchas.

Ester se rió contigo.

—Podría simplemente largarme —dijo Ester—, dejarte muerto e irme sin más. No pasaría nada. El de la recepción ni se enteraría. Antes ni me ha visto. Creo que sería la mejor solución.

—Ten en cuenta que soy un hombre de mérito y eso es como ser una autoridad del Estado, además he tenido un cargo oficial, recuerda que fui director del Cervantes de Roma; habría una investigación minuciosa, acabarían encontrándote, mi móvil está lleno de llamadas tuyas y mi polla llena de tu ADN; la policía española es muy buena, lo digo en serio, es de las mejores del mundo; lo sé bien, tengo buena amistad con el Ministro del Interior, que me cuenta muchas cosas, es lector mío, me invitó a cenar hace poco. No te puedes ni imaginar las cosas que pasan en la Subespaña. Está bien eso de Subespaña. Debería llamarse así este nuevo país.

Tú sabías que esas cosas le encantaban a Ester, los fastos del mundo cultural y la política. Decía despreciarlos, pero le encantaban. Siempre es así en España: se dice despreciar el poder, pero en realidad se le ama. Y sabías perfectamente que le había impresionado una estupidez como la de que el Ministro del Interior fuese lector tuyo.

—Bueno, no te vas a morir, menos si te masajeo la polla como estoy haciendo ahora.

—Más ADN tuyo en mi polla, más fácil para el Ministro del Interior. Se tomaría muy a pecho esta investigación.

Os quedasteis dormidos plácidamente. Pero tu último pensamiento antes del sueño estuvo dedicado a un remoto recuerdo de la infancia, el recuerdo de la primera vez que viste a alguien rígido, exangüe, blanco, inerte, muerto. Era una niña de tu edad, en un campamento de verano. Mientras te dormías intentaste resucitarla y construirle una vida, incluso darle lo que ha sido tu vida a cambio de que ella te diera su paz eterna, su nada.

Unas horas después una luz blanquísima se colaba por los dos enormes balcones de la habitación. Te despertaste antes que Ester. Estaba completamente desnuda y la sábana cubría un poco sus blancas piernas. Parecía una niña, porque estaba casi en posición fetal. La mirabas como un padre. Y pensaste en la santidad de Nuestro Señor. Porque en alguna parte vivirá el Gran Dios de los Enamorados de Nadie. Quisiste perdonarle sus pecados. Los largos, y macerados en sangre y semen, pecados de Ester. Pero te reíste, porque no eran pecados. Eran florecimientos de la vida de los seres humanos. Le diste una palmadita en el culo y ella sonrió al despertarse. Te vio allí, desnudo. Te miró la polla. La cogió con la mano y vio que estaba dura y se rió más. Se la puso en la boca y con los dientes mordisqueaba con ternura el glande enrojecido, morado. ¿Qué estará sintiendo la Bruja, porque tú la llamas así, la Bruja?, pensaste, porque tú no sabías muy bien qué estabas sintiendo, más allá del rigor, del rigor de que se cumpla la ley de Dios a través de la carne.

Entonces, ya furiosos los dos, los dos sin duchar, resacosos, con olores corporales reales, la Bruja rubia te dijo «estoy chorreando, me chorrea el coño, me chorrea hasta el culo». Y tú tocaste su coño, y chorreaba, azúcar y agua, y la penetraste muy lentamente y pusiste sus pies sobre tu pecho, para contemplar cómo entraba tu polla en su coño, milímetro a milímetro, como si fuese un acontecimiento histórico que mereciera la pena ser retransmitido por todas las televisiones de la Tierra. «Yo quiero ver eso también», dijo Ester. Así que saliste de ella, te levantaste de la cama y fuiste al lavabo. Buscaste un espejo portátil. No había ninguno.

—¿Pero qué estás haciendo en el cuarto de baño?, no te la estarás meneando, so perro, como me dejes así, salgo a los pasillos del hotel y me tiro al primer camarero que vea —gritó Ester.

—Estoy buscando un espejo para que puedas verlo, para que veas cómo lo hacemos —le contestaste.

Conseguiste descolgar el espejo del cuarto de baño, te arañaste la mano en la operación y te cortaste en un dedo, que empezó a sangrar abundantemente, y fuiste con el espejo y la sangre goteando por el suelo de madera hasta la cama. Apoyaste el espejo entre la pared y la cama, cuyas sábanas se mancharon con tu sangre, si bien ya estaban manchadas de sangre. Y así pudisteis al final miraros. ¿Qué visteis? El Ser, eso visteis, la energía, la fundación, la abyección. Eso queríais ver. La fundación del Ser, la igualdad entre el Ser y la abyección. Pero luego hubo que ducharse otra vez, todo sangre, todo flujos vaginales y semen, todo excremento y la mezcla del excremento con la libertad. Eso pensaste: el excremento y la libertad. Deberíamos exponer nuestros excrementos a la vista de todos, como hacen los perros, que dejan los excrementos allí donde caen, porque ese es su sitio.

Siempre fuiste, piensas ahora, muy cuidadoso con las mujeres que acababas de conocer, muy cuidadoso en las habitaciones de hotel donde se oye todo, y siempre procuras defecar en silencio, con esfuerzo de contención del esfínter, para que no se produzcan esos ruidos mecánicos del cuerpo, o disimular el ruido de la defecación tirando de la cadena varias veces, para que tu compañera no piense en tus excrementos. Porque hay dos tipos de excrementos: los excrementos del amor, que son hermosos, y los excrementos de la nutrición, que son humillantes e indignos.

Te gusta oír mear a Ester. Oyes cómo su excremento cae sobre el inodoro. ¿Puedo verte mear? Se ha reído y te ha dicho que sí. Pero no puedes ver mucho a no ser que levante su culo de la taza, cosa que hace para complacerte. Ves un chorro prácticamente blanco, no es ni medio amarillo. Piensas en que debe de tener unos riñones excelentes, te gustaría besar sus riñones, o follarlos. Tensa sus rodillas, para que veas el chorro. Hay una conjunción del esfuerzo físico de flexionar sus rodillas y el chorro saliendo. La fuente. Es una fuente. No hay nada malo en eso. ¿Quién dijo que eso no era hermoso? ¿Aristóteles? ¿Marx? ¿Lenin? ¿Freud? ¿Pablo VI? ¿Qué autoridad nos hurtó el

gozo de ver mear a las mujeres y las mujeres a los hombres? «Casi meas agua», le dices. «Debes de tener los mejores riñones de este estúpido planeta.» Entonces ella te pide que mees tú, quiere verte mear. Y la dejas.

—Ya ves, es más amarillo que el tuyo, no es tan blanco —le dices.

—Me encanta tu amarillo.

—Tu blanco, en cambio, parece potable, me gustaría beberlo.

Casi no te dejó que terminaras la frase, porque en ese momento sonó el móvil de Ester y la Bruja se abalanzó sobre él y se puso a hablar con un hombre, con un antiguo novio suyo que también estaba en Barcelona, y se puso cariñosa y su conversación se alargaba. Ella la alargaba. Quería que la oyeras hablar con otro. Quería que sufieras de celos. Quería tu mal. Y eso era bueno. Porque ella quería tu mal para enseñarte el fondo de las cosas, para que supieras que el mal es también una santidad. «Estoy con un amigo, no sé si podré verte», decía delante de ti. «Claro que me acuerdo, cómo iba a olvidar eso, eres lindo, cuánto te quiero», dijo.

Y tú te arreglaste, te peinaste y diste un portazo. Es asombrosa la relación entre el Amor y el Orgullo, pensaste. Son vasos comunicantes. El enamorado espera que su enamorada esté más enamorada que él y dispuesta a renunciar a su Orgullo, y a la inversa; la enamorada espera que el enamorado esté más enamorado que ella y renuncie a su Orgullo. El Orgullo es como un agujero negro, una gravitación maligna, fruto de nuestra debilidad. Lo necesitamos para vivir más que el Amor. El Orgullo es un misterio.

Capítulo 3: Madrid

Si tú te puedes salvar de esta caída, sálvate, si tu felicidad pasa por la destrucción de mi persona, por su aniquilación, por su derrumbe, dime, ¿pasa por todo eso?, ¿realmente vas a ser feliz si me abandonas? ¿Quién ha cuidado de ti durante todos estos años?, eso fue lo que Víctor imaginó que podría decirle en algún remoto momento de un futuro imaginario su mujer, Elena. Y eso fue lo que Víctor le podría haber dicho a Ester como palabras textuales de su mujer, en un álgebra sentimental llena de fantasías y delirios, de planos alternativos a la vida real.

Estaban en la habitación de un NH, en Madrid. Víctor quiso besar a Ester, pero ella escasamente se dejó rozar los labios. Entraba un sol amarillento por la ventana que se confundía con el pelo rubio de Ester. Víctor casi agradeció que no se dejara besar. La Bruja se atenía a las pautas de sus estrategias.

—A ti te han amado muchos hombres —dijo Víctor—, usamos esa expresión, te han amado, porque es inofensiva; me lo has contado en esos interminables chats que manteníamos, cada uno en su ciudad; tú en Madrid, yo en Roma. Ahora he venido a verte, y estás en la habitación de mi hotel. Has accedido a subir, porque somos amigos, porque estamos explorando esa dimensión. No quiero saber más detalles, yo diría que me hacen daño esos detalles, conocerlos. Venía en el avión pensando en ti. No es la primera vez que nos vemos, eso me decía. Nos hemos visto un par de veces en saraos culturales y políticos que organizaba tu periódico. Pero no nos prestamos atención. Probablemente, lo único que puede hacer un hombre con su pensamiento es concentrarlo en una mujer. Pensar en una mujer nos da alegría a los hombres, ese ha sido el motor de la Historia, el motor de la especie, la causa que explica la superpoblación del planeta.

—Yo sí te la presté a ti, la atención —dijo Ester—, pero tú te debías a tu público en ese momento. Yo sí supe verte. Yo te vi antes.

—Yo no conocía tu vida entonces; me la contaste luego, me la narraste en interminables chats, en largas conversaciones por Skype y por Gmail hasta altas horas de la madrugada. Ignoraba la razón de tu sinceridad tan absoluta,

estaba fascinado, ilusionado. Pensaba que el conocimiento de tu vida me entretenía, me venía bien para conocer a la gente de tu generación, para saber qué demonios le pasa a este país, pero hay un momento en que el conocimiento de la vida de alguien acaba convirtiéndose en algo doloroso. Todo un misterio. Un enamoramiento, claro. Sobre todo si acabas envidiando la vida de esa otra persona, sobre todo si esa otra persona es una mujer que se pasa la vida follando.

—Eh, alto ahí, tú, colega, te estás pasando, no uses ese lenguaje conmigo, quién te has creído que soy. Si vuelves a ser grosero me marchó ahora mismo. ¿Y eso de envidia de mi vida? Eso es absurdo —mintió Ester, que se sintió halagada.

—Perdona. Lo siento.

—Bien, vale.

—Envidiamos a quien creemos que ha sido capaz de vivir más que nosotros. En la edad madura desaparecen las pulsiones del éxito social y económico, en mi caso fue el éxito profesional, literario, y renacen las pulsiones animales, elementales, las únicas ciertas. Los hombres maduros se convierten en perros de caza, hombres como yo, con ese carácter, con ese sentido de la vida, de que la vida solo es presente. Claro que envidiamos. Envidiamos cualquier coito que no haya sido nuestro. Todos los coitos que pertenecen a otros, eso nos mata de rencor, de pesadilla. Estoy hablando de los hombres como yo; son frecuentes en este mundo, y puede que seamos productos culturales más que productos biológicos, créeme. Incluso yo diría que el orden político es una especie de sedante para sexos radicales. Pero aun en la izquierda española han dominado, dominan y dominarán valores tradicionales, una pena. Mis amigos escritores me mirarían mal si me oyeran hablar como te estoy hablando a ti. Sin embargo, si hablase de otra manera, hablando de lo mismo, no pasaría nada. Si hablara de sexo a la manera española, de esa manera vulgar y artificiosa, que no encierra más que bravuconería e insatisfacción, entonces no pasaría nada. Aún es peor quien odia hablar de sexo, sin más. La derecha española, por ejemplo, no odia el sexo, odia hablar de él. Es curioso eso. Yo creo que odia hablar de sexo porque no quiere reconocer la capacidad de la mujer para tomar sus decisiones sexuales. Pero esto sería muy largo de explicar. Ahora mismo,

estoy pensando en lo que podíamos estar viviendo y no vivimos. Estoy pensando en el coito, uso esa palabra rara. No tenemos muchas palabras. «Coito» me gusta, hay muchas oes allí. No es una palabra desesperadamente vulgar ni artificialmente técnica o médica o aséptica. En ese sentido, la palabra coito puede ser elevada a los altares. Sí. En la edad madura solo la contabilidad de los coitos nos da felicidad. El Estado español y la Unión Europea deberían llevar una contabilidad coital de sus ciudadanos y multar a quienes no acreditasen suficientes coitos semestrales. Despreciamos cualquier orden social que envilezca el coito gratuito y desesperado. Eso nos pasa. Somos unos cuantos. Podríamos formar una cofradía. El cofrade mayor sería el poeta Jaime Gil de Biedma, mi poeta favorito, el poeta favorito de la izquierda sexual española. Tú lo has leído, lo conoces bien. Me olvido del orgasmo. Coito y orgasmo son diferentes. El coito es permanencia. El orgasmo es decadencia. El placer de la decadencia. El coito es inteligencia humana. El orgasmo es biología animal, busca la reproducción, el mantenimiento de la especie. El coito no busca eso. El coito es nuestro avance sobre el reino animal. En el futuro, habrá orgasmos sin eyaculación, o con eyaculación optativa.

Víctor terminó de hablar y se rió al decir lo de «eyaculación optativa». Ester le escuchaba con fascinación de depredadora, le gustaba lo que decía, era como asistir a un monólogo teatral, algo shakesperiano, hablaba tan bien, decía cosas que le resultaban eróticas. Era un hombre mayor que ella. Era un hombre elegante, alto, delgado, despeinado, rubio, vestido de manera informal, llevaba una camisa negra y olía bastante a colonia Loewe mezclada con algo, no sabía muy bien, era un olor que no alcanzaba a identificar. Era la superación de la colonia Loewe. No se atrevió a preguntarle, pero estaba fascinada con ese olor. Habían mantenido una relación epistolar muy intensa. Una relación epistolar del siglo XXI: chats por Gmail, Skype, y llamadas por Viber y llamadas de pago. Larguísimas conversaciones telefónicas entre Roma y Madrid y Madrid y Roma. Toda la alta tecnología gratuita al servicio de amores nuevos. Llevaban así más de seis meses. ¿Cuánto llevaban? Ella no lo recordaba bien. Todo comenzó como un juego inocente, oscuramente inocente, porque la revelación de la vida nunca puede ser inocente. Ella había leído algún libro de Víctor y decidió escribirle un email muy especial. En la

redacción de su periódico le facilitaron su correo. La Bruja lanzaba el anzuelo, un anzuelo de oro. En principio, fue un arranque tan vulgar y ordinario como todo cuanto procede de Internet; o tal vez no, tal vez Internet haya venido a cubrir una necesidad de la especie humana, una necesidad que estaba allí desde el origen, la necesidad de hablar sin ser visto; la necesidad de decir la propia vida al viento, al espacio, al abismo, a la nada, a la sangrante inercia de las ondas que transmiten una voz a través del estulto espacio, como un soldado herido de muerte y perdido en una trinchera que por azar encuentra una emisora y coge un micrófono y da a una tecla y comienza a hablar, porque si habla sabe que aún está vivo; tiene que hablar antes de morir, e inevitablemente tiene que decir algo, porque hablar es decir, y decir es narrar, y qué narrar sino el contenido de tu existencia; así, ese soldado comienza a contar su vida, ese sintagma tan vulgar, «no me cuentes tu vida», y sin embargo el único que sirve. Y habla de su novia, de quién va a hablar un soldado herido de muerte. Y ve a su novia al otro lado de la vida y él caminando hacia la muerte. Y le dice las dos únicas palabras que justifican haber venido a este mundo: «Te quiero». Dos palabras que se repiten a lo largo de la Historia, y que no encierran sino una fantasía, porque aunque el amor sea real siempre acaba en una irrealidad aterradora.

—No hay memoria del amor —dijo Víctor—. No puede haberla. Es un gran presente. Solo existe en el presente. Hombres y mujeres que se han amado en este planeta a lo largo de estos últimos tres mil años están del lado del Infierno. En la nada. Allí. Pienso en Eva Braun, tan rubia como tú, entrando en el búnker de Hitler con treinta y tres años, tu edad, en aquel abril de 1945. ¿Cómo pudo esa mujer entrar allí? Se llevaba veintitrés años con el Führer. ¿En dónde reside la fascinación de algunas mujeres por hombres mayores? Una extraña forma de hermosura hay allí. Pienso mucho en Eva Braun. Sabía perfectamente lo que hacía. Es decir, estaba enamorada. Se habla poco de eso, y debió de tener su importancia, su misteriosa y hermética transcendencia para entender el III Reich. Quizá los cincuenta millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial sean fruto del amor a Eva Braun, el fruto de una cabellera rubia y unos ojos pálidamente azules.

—Yo soy un lío, soy muy complicada, de verdad, no te convengo —dijo

Ester, acercándose a la ventana de la habitación—, es verdad que ha habido muchos hombres en mi vida.

—Comienza por el primero —dijo Víctor, quien abrió el minibar y sacó un botellín de ginebra y le ofreció otro a Ester.

—Tú estás loco —replicó Ester.

—Decir que ha habido muchos hombres en tu vida es decir nada, a no ser que digas sus nombres.

—¿Valdría solo con eso, con decir sus nombres?

—Sus nombres, sus estaturas, sus pesos, sus costumbres, sus trabajos, sus rostros en el coito y en la enfermedad, sus razas, su olor.

—Venga, tío, eso es basura —y en ese momento Ester, la Bruja, supo que ese hombre se había tragado el anzuelo hasta la garganta.

Sin embargo, en esos chats y conversaciones que duraban horas, esas llamadas telefónicas entre Madrid y Roma que habían construido la amistad entre Ester y Víctor y que habían hecho posible este encuentro en Madrid, Víctor fue conociendo los nombres de todos los novios, amantes y parejas de Ester. A Víctor le fascinaba la sinceridad de Ester, e imaginó que a Ester la excitaba poder contar con toda la atención de un hombre especial. Y Víctor fue apuntando esos nombres en una libreta. En realidad, ella quería contarlo todo. Contarlo todo es nuestra pasión de seres humanos inteligentes, la necesidad de relatar lo que nos pasó. Sin eso, no sabemos si estuvimos vivos. Necesitamos que alguien nos oiga, es un principio épico de la vida. Y Ester tenía dentro esa épica del sexo logrado, de los hombres vencidos por ella. Necesitaba narrar sus victorias. Era como en la *Iliada*. Ese era el sobrenombre que Víctor le dio a Ester: La Iliada. A ella le hizo mucha ilusión que le regalara el sobrenombre de «La Iliada». Y Ester fue dando nombres. Y Víctor fue entregando los suyos, tenían un pacto de confidencialidad, un pacto absurdo, pero a Víctor ya no le importaba nada, le divertía ese juego. Ester tenía siempre más opciones, más posibilidades de aumentar su cuenta, la cuenta de los coitos, de los enamoramientos, de los nombres. Ester estaba soltera, sin pareja, y Víctor estaba casado; de alguna forma, eso equilibraba la balanza: ella era libre, pero estaba sola; él no era libre pero se sentía amado y acompañado. Ester le contó cómo fue la vida con aquellos hombres. Le iba suministrando la información

lentamente, pero de manera eficaz. Víctor acabó conociendo a esos hombres; básicamente, sabía si hacían bien el amor o no, «este no sabe follar», decía ella, le contaba a qué se dedicaban, si eran divertidos o aburridos, si eran buenas personas o seres malvados o tontos de capirote, empleaba esa expresión: tonto de capirote. Ester buscaba a un hombre entre los hombres, la interminable búsqueda que no tiene sentido. Todos los hombres son distintos. Todos los hombres acaban siendo, no obstante, y al final, el mismo hombre. Esa es la ecuación que descubren las mujeres que no se conforman con el matrimonio; francamente, acaba siendo decepcionante, pero la decepción llega con el crepúsculo de los instintos y entonces es una decepción aceptable, no excesivamente dolorosa.

Francisco era muy guapo y muy tierno; Luis era divertidísimo e hicimos viajes maravillosos juntos, tenía una polla descomunal, no me cabía casi; Juan Carlos era un tímido encantador; Roberto quería follar siempre en las gasolineras; Reinaldo me comía el coño una hora seguida como una máquina; Alberto era tan bueno, siempre estaba pendiente de cualquier deseo mío, pendiente de mí al minuto; José María me pidió en matrimonio todo enamorado y me presentó a su madre y a su padre, y me gustó su padre más que él, de haberme casado con él hubiera acabado follándome al padre, como en la película Herida, con Jeremy Irons haciendo de padre, ja, ja; Sergio era el rey de las fiestas, me llevaba a bailar toda la noche y luego me rompía las bragas en los lavabos de las discotecas; todos esos hombres, cuyos rostros se igualan, se transforman en hielo, en una sombra. Todos, que eran distintos, porque sus vergas eran diferentes, y de razas distintas, y créeme, la diferencia real aumenta la diferencia de las vergas, y su forma de hacer el amor también era diferente; todos, sin embargo, acabaron siendo el mismo hombre. El mismo monstruo, la misma maldición.

No mentó a Arturo en esa lista, Arturo «el Bastardo», de quien hablaría semanas después.

—Las mujeres no llevamos la cuenta.

—¿Qué cuenta?

—Esa que lleváis los hombres. Esa que procede de vuestro orgullo

depredador, la cuenta del cazador.

—Me excita muchísimo pensar que olvidaste la cuenta. Olvidar la cuenta es un principio de infinitud. No llevar cuenta alguna es lo más. Es un amontonamiento caótico. Es perfecto. Dan igual todos. Todos eran el mismo hombre. Sombras, fantasmas, seres inexpresivos cuyos nombres ya no están en tu memoria. Ellos, los hombres, hombres que te amaron, que te dijeron cosas, que te invitaron a cenar, que te vieron desnuda, que te llamaban por teléfono. Hombres casados y hombres solteros, todos los hombres.

—Recuerdo sus pollas —dijo Ester, mientras soltaba una carcajada sarcástica, abyectamente lasciva—, las pollas sí son distintas. Los cuerpos, las risas, el culo, la lengua de cada hombre, todo es distinto. Pero las pollas más; unas son negruzcas y gruesas; otras largas y blancas; los hay operados de fimosis, y los hay que no; hay glándes de todas las formas; hay pieles de todas las tonalidades; ninguna polla es la misma polla, puedes creerme. Y las mujeres mienten: nos gusta contemplarlas, advertir las diferencias. Ninguna lo reconoce, pero es la puta verdad.

No era la primera vez que Ester hacía descender el lenguaje de la conversación hacia la obscenidad, hacia la abyección, porque sabía que la obscenidad excitaba a Víctor.

—Mira que eres una guarra hijadeputa —dijo Víctor, sonriendo con una complicidad absurda.

—Soy una guarra, sí. Me encanta ser una guarra. Pero no lo voy a ser contigo. No quiero. No me da la gana. Estás casado —contestó Ester con un tono sádico que la excitó muchísimo, quería humillarlo, quería que sufriera.

Decidieron salir a cenar. Cenaron en un sitio caro. Inexplicablemente, Ester se las apañó para pagar ella la cuenta. Era una forma de independencia y de expresión de fuerza: ella pagaba. Hablaron de política, de cine, de arquitectura y de literatura. Él intentaba decirle cosas hermosas, aunque desconocía la intención final de sus insinuaciones. Ester no sabía muy bien qué buscaba en ese hombre que tenía delante, no era como los otros. Le gustaba sentirse reverenciada por una inteligencia como la de ese hombre. Era una victoria. Ese hombre era famoso, y a ella le fascinaba el conocimiento que ese hombre tenía del mundo y de España. Le gustaba escucharle hablar. Le

gustaban sus libros. Contaba anécdotas de políticos, de actores, de escritores españoles. Las contaba como si fuesen un viejo repertorio histórico, vacío e insignificante. Conocía a tanta gente. También conocía a políticos e intelectuales europeos. Y sin embargo, ahora era ella quien tenía toda su atención. Se sentía bien a su lado. Ese hombre hablaba con entusiasmo a veces, otras con un deje de melancolía súbita. No quería liarse con él, al menos hoy no, eso lo tenía claro. Este era especial. Especial no, este era Él. Eligieron el mismo postre: un tiramisú de la casa. A Ester le fascinaba el color blanco de la camisa de ese hombre, era un blanco perfecto que resaltaba sobre su piel. Se había cambiado de camisa para salir a cenar. Del negro al blanco. Los dos colores le favorecían. Ese hombre hacía que desapareciese el aburrimiento, el horrible tedio que siempre acababa por sentir en tantas ocasiones similares a esta.

Dieron un largo paseo; estaban ya en el hall del hotel. Ella quería irse. Él cogió su mano. Se besaron en la boca. Ella le dijo que así estaba bien, que así todo era perfecto, y se alejó de sus abrazos. Le miró con dulzura y se marchó.

—Mañana te llamo al móvil —dijo ella mientras paraba un taxi con la mano levantada, con sus uñas rojas de peluquería.

2

Ahora tendrás que meterte en la cama solo. Ella te ha excitado. Tampoco ha sido un rechazo total. Ha quedado todo en suspenso. Mañana la llamarás o te llamará al móvil. No ha pasado nada. Eso está bien. No ha pasado nada. ¿Qué debería haber pasado? Es joven. Tan joven, sí, eso es perturbador. No hay arrugas. Llevar encima ese poder de la juventud. Podrías imaginar una vida a su lado. Y que su juventud pasara a ti. Y volver a ser joven a través de ella. Como los vampiros. Cómo saber si esa vida con ella sería buena. Intentas recordar tu pasado, porque en tu pasado puede haber un antídoto para luchar contra ella. Podrías llamar a Roma y hablar con Elena, tu esposa. Te casaste con Elena hace once años. Has vivido con ella todo ese tiempo. Has disfrutado, en teoría, de su juventud, porque Elena también es menor que tú, tiene siete años menos que tú, pero Ester tiene diecisiete años menos que tú, es

mucho más joven. No has sido feliz con Elena. Tienes con ella una hija de diez años que se llama María. Ahora están las dos en Roma. Tu niña está durmiendo pensando en grandes paraísos celestiales en donde sus padres son columnas doradas. Elena está durmiendo pensando que su marido es el mejor hombre sobre la Tierra, y eso sí que sabes que es mentira: ya sabe Elena que eso no es cierto, pero te ama igualmente. Has querido acostarte con Ester, pero ella te ha dicho que no y para ti ha sido un alivio: una infidelidad menos, mejor. Qué más da una menos entre tantas. Cuenta, sin embargo. Una menos cuenta. Por ti, mi santa Elena. Tus padres murieron hace tiempo y no tienes hermanos. No recuerdas quiénes eran. No guardaste nada de ellos. Lo quemaste todo. Vendiste lo que te dejaron. Te dejaron un buen piso en Madrid. Te dieron una fortuna por ese piso. Procuraste que no les faltara de nada. Sí, los amaste. Luego vino Elena. Antes estuvo Elvira. Te estabas olvidando de Elvira, es increíble eso, qué maravilla el olvido de alguien. Con Elvira viviste dos años, y un día te diste cuenta de que no la amabas, justo cuando ella planeaba tener un hijo contigo. Eso fue a tus treinta años. Estando ya con Elena aún llamabas a Elvira de vez en cuando. Se casó, tiene un hijo, su marido es un hombre de negocios. Elvira aún te quiere, es increíble, hace poco aún quería verte, aún quería quedar, y quedasteis y en su propia casa, aprovechando que su marido estaba de viaje y en su propia cama hicisteis el amor y fue un recordatorio perfecto y ella te instó a seguir amando a Elena, y a que la llamas cuando vinieras a Madrid, que ella siempre querría verte. Siempre, dijo. No pasa nada por esto, no les hacemos daño, ni yo a mi marido ni tú a tu mujer, ningún daño les hacemos, sino todo lo contrario, los amamos más así, dijo Elvira. Tu madre fue la primera en morir, por aquel entonces. Tienes a Elena y a tu hija. Eso y tu trabajo y tus libros y tus viajes. Hablas inglés, francés e italiano. Dirigiste el Cervantes de Roma. Das conferencias en inglés sobre la cultura española en universidades norteamericanas. Y sin embargo, a tu edad aún no sabes qué es lo realmente importante en la vida; es más, piensas que la mayoría de la gente muere sin saberlo, muere amparada en cuatro tópicos: la honestidad, el amor, el deber, los hijos, los amigos, el trabajo. Pero tú querrías saber más. Todos cuantos has visto morir se han conformado con saber eso y que más allá de eso solo existen arenas movedizas, solo existe la literatura y por tanto el fracaso. Más que el fracaso,

el Mal, como dijo Bataille. Te acabas de tomar un Valium 10, que se mezclará con las copas de vino que has bebido en la cena. Hace tiempo que lo tomas, no dormías bien y un médico amigo te lo recetó. Al principio bastaba con tomarte un Valium 5 muy de vez en cuando. Te asombra que sea tan barato en las farmacias. Has amado, o crees haber amado a muchas mujeres, y eso te da cierto aire de satisfacción o de deber cumplido con respecto a la vida. Sin embargo, eso ahora mismo te parece insuficiente. La conquista del mundo tiene que ver con la saciedad o plenitud sexual, y la saciedad o plenitud sexual es una invención más de las conductas humanas. Sabes que algún día la especie dará un salto evolutivo. Te recuerdas cuando tenías doce años, intentando darle un beso a una chica. Y lo conseguiste y eso fue una victoria sin precedentes. Fuiste muy feliz con esa aceptación de ella. Ella decidía aceptar tu beso. Quieres valorar ese recuerdo ahora de otra forma, con otra perspectiva. Quieres saber qué pasó realmente, y cómo ese acto, el acto de darle un beso a una chica hace exactamente treinta y siete años, ha tenido distintas versiones en tu memoria. Como una tormenta de verano que se deshace en fulgores violentos en un cielo oscuro, así recuerdas ahora ese beso. Otras veces lo has recordado como la creación de un viento inesperado en medio de una playa atlántica durante un frío mes de enero.

Piensas, mientras esperas que el Valium 10 haga su efecto, que esa chica habrá envejecido inexorablemente, como tú, y sientes pena por ella. Esa es la razón de esta imparable atracción hacia las mujeres jóvenes. Guardan ellas el secreto de la vida, esa fuerza, esa gravitación que hace que la vida estalle. Esa fuerza estaba en la política y en la literatura, la viste en la política, más en la política internacional que en la española, porque los políticos españoles no tienen imaginación. Lo viste en Roma, cuando ibas a las recepciones oficiales. Tú buscaste un resplandor en la literatura, pero donde estaba era en la política; no la acumulación del poder en sí, sino la exhibición de tu cuerpo en las ruedas de prensa, en las fiestas, en los cócteles, en los viajes, en los congresos, en los platós de televisión. Eso amabas en el tiempo en que fuiste director del Instituto Cervantes de Roma y a punto estuviste de que nombraran Embajador: que te vieran. Que te vieran todas las mujeres, siempre elegante, siempre especial. Ser visto, porque ser visto es el primer paso para ser follado. Que te vieran las mujeres. «El rubio español», te llamaban las

italianas. Hablar con las mujeres, eso. El narcisismo. El erotismo como único fin. Por eso se metieron contigo, tanto la derecha como la izquierda, podrían soportar todo menos un Gran Gatsby rondando la política, aunque fuese desde la cultura. Daba igual que hicieras bien tu trabajo. Daba igual que intentaras elevar la presencia cultural de España en Europa, no te soportaban a ti. Bien, olvida eso, ya pasó todo aquello, el caso es que no te estás durmiendo, porque ahora deseas a Ester, pero le has robado unos cuantos besos y has podido hundir tu lengua en su boca con la aceptación de ella. Y eso ha sido un éxito. Pero qué clase de éxito ha sido. ¿Estás pensando acaso en la posesión de las almas? ¿Existen las almas? Sabes que te estás convirtiendo en un vampiro sentimental. ¿Eso es el vampirismo, un arte de hombres maduros ante mujeres jóvenes? ¿Es *Susana y los viejos* de Tintoretto? Hay un poeta español, Manuel Rivas, crees que ese es su nombre, que tiene un poema titulado «El enamorado», que habla de eso, habla de un hombre de setenta y dos años que se enamora de una chica de veintisiete, y la chica le es infiel y él disfruta de esa infidelidad. Sí, recuerdas el nombre del libro, se titula *Gran Rivas*, es inolvidable semejante título. No recuerdas bien el poema de Rivas, esa es la verdad, pero el tema era ese, el vampirismo. Un vampirismo moderado.

Has hablado muchas veces con mujeres enamoradas de otros hombres. Has hablado con amigos tuyos escritores en miles de ocasiones sobre ese tema. La única especie que quedará sobre la Tierra al final de los tiempos puede que sea la de los escritores, convertidos en una suerte de máquinas parlantes, máquinas que con una moneda relatarán la historia de la humanidad de una forma tristemente objetiva, sin pasión.

Te gusta oír a mujeres enamoradas de otros hombres. Piensas cuando las oyes en la estupidez general del universo, en sus absurdos movimientos amorios, rotatorios, gravitatorios. Las mujeres enamoradas sostienen la energía azul del universo. Pero al final todo será destruido. Y te das cuenta entonces de que tu tragedia es la de no saber amar a nadie, ni siquiera a ti mismo, pues te castigas innecesariamente y a veces pides morir en medio del sueño, en un hotel cualquiera. Elena comprendió tal vez esto, tu incapacidad de amar a nadie, y tuvo la extremada delicadeza de no verbalizar nunca esta maldición que llevas en las entrañas. La Maldición, eso es, la llamarás así. Porque lo es, es una Maldición.

Nunca te ha faltado nada, piensas ahora, de lo estrictamente necesario. Estás a punto de quedarte dormido, pero aún tienes tiempo de asistir al recuerdo de tu boda con Elena. Una boda civil, en Madrid. Una fiesta luego. Vinieron políticos e intelectuales a tu boda. Vino Felipe González, que es lector tuyo, ya no estaba en el poder. Tenías el don de sumar gente a tu causa, a tu persona. Ahora sabes que no te movía la fama en sí, sino que te vieran las mujeres. Todo eran las mujeres. Todas las mujeres. Tu foto en la prensa era eso: más mujeres. Ahora lo sabes, antes también lo sabías, pero de una forma inconsciente. Muchos te envidiaron al verla, al ver a Elena. Pensaron lo que tú hubieras pensado: va a ser feliz y ha sabido rentabilizar su prestigio social. Tiene una mujer hermosa e inteligente a su lado, y sobre todo más joven que él. La palabra es codicia. Los hombres codiciamos mujeres, y puede ser que las mujeres también codicien hombres, pero la codicia de las mujeres hacia los hombres tiene el visto bueno de la Naturaleza, porque se basa en la santa elección. La codicia de los hombres hacia las mujeres es intransitiva y no tiene prestigio biológico. Es tosca, feroz e incriminatoria. Las madres que traen varones al mundo deberían saber eso, deberían saber que conducen a sus hijos hacia esa codicia. Puede ser que esa codicia halle respuesta positiva, y allí termina la pesadilla, pero puede ser que no la halle, y allí comienza la vergüenza.

Nunca la amaste, a Elena. Ni a nadie. No has amado a nadie. Solo has intentado estar acompañado. Te equivocas, sí la has amado. Cómo saber eso. Cómo se sabe si se ama de verdad a alguien. La prueba está en la imposibilidad de vivir sin ese alguien, parece la única prueba posible, pero aun así es una prueba relativa, pues contiene partículas tóxicas, partículas culturales y sociales. Es imposible en nuestra sociedad saber si amas a alguien. Tal vez en otra sociedad eso sea posible. En la nuestra no. Los condicionantes sociales y culturales impiden un veredicto seguro. De modo que el amor es contexto, circunstancia y voluntad.

Sabes, no obstante, que has tenido momentos de felicidad. Estás tentado de pensar que el amor también es una construcción política más de este tiempo histórico en el que vives. Eso hace que no te pueda ser imputado ningún crimen moral grave. Estás libre de culpa. Y ahora ha sonado la alarma de tu móvil avisándote de que tienes un mensaje. Y no sabes qué hacer, imaginas

que será un WhatsApp de Elena desde Roma. Enciendes la luz de la mesilla, y ves la luz parpadeante de tu móvil. Es un WhatsApp de Ester:

¿Duermes? Claro, estarás durmiendo, estoy desvelada, besitos.

Son las tres menos cuarto de la madrugada, hace tres cuartos de hora que te dio un beso en la boca. Le contestas con otro WhatsApp:

Conéctate al Skype.

Abres tu ordenador, y mientras lo abres piensas que no deberías estar haciendo esto, luego dormirás poco y eso es un problema. Mañana tienes una entrevista con una realizadora de cine y de televisión a las nueve de la mañana en la cafetería de tu hotel. Quiere comprarte una novela para llevarla al cine. La conoces de otras ocasiones en las que habéis colaborado en proyectos comunes. Suele encargarte insípidos guiones, muy bien pagados.

Hola.

Hola.

¿Cómo estás?

Bien.

No podía dormir. Hemos hablado de cosas estupendas esta noche. Eres una gran persona.

Tú también lo eres. Te amo.

No digas eso, sabes que es completamente falso. No juegues con eso. Yo aún creo en eso.

Yo también. Ha sido hermoso nuestro beso. Tu cara se ha transfigurado. Te adoro. Eres una gran mujer, llena de inteligencia y de bondad.

Gracias, eres muy educado. Me gusta estar contigo. Eres bello. Bye.

3

He llegado a casa y todavía no sé cómo no me he acostado con ese hombre, pero es mejor que no. Luego me habría sentido muy mal. Qué amable es, y qué elegante. Y me ha besado con tanta delicadeza. Hace que te sientas

importante. Debo ser precavida. Vengo de muchas frustraciones amorosas. Y es un hombre casado. No me gusta eso, pero me siento atraída por él. He puesto la televisión y sale un programa de noticias de madrugada. Veo que el mundo funciona sin que mis problemas sentimentales interfieran en él. Podría morirme ahora mismo, y mi historia con ese hombre desaparecería de la Historia de la Humanidad como lágrimas en la lluvia. Abro ahora mi diario y anoto su nombre y su forma de besar. Llevo contabilizados 399 hombres. Comencé hace cinco años a llevar esta contabilidad. Obviamente, tuve que recordar a hombres antiguos, retrocedí hasta los catorce años, en un intenso y agotador ejercicio de memoria. Estoy casi segura, convencida de que no he olvidado a ninguno. Son hombres con los que me he besado tocándonos la lengua, ese órgano precioso que anuncia la llegada de otros órganos más peligrosos. Hombres a los que me he follado y he abandonado. Anoto su nombre: Víctor, con letra bonita e ilusionada. Hace el número 400. El número 400 estaba reservado para él, claro. Es un gran número. No se merece otro. Anoto el número de besos y el grado de profundidad de los mismos. *El olor de su boca: aliento perfecto, cálido, inodoro, paladar alto, lengua flexible, acogedora. Mordisqueo de labio inferior, con ánimo lúdico. Tembloroso. Miedo en sus manos. Rencor en su pensamiento. Dice un «adiós» melodramático cuando nos despedimos en la puerta del hotel. Hay en ese «adiós» un reproche. Quiere follar, claro, pero no quiere del todo. Lo sabré yo.*

Acabo esta anotación y me lavo los dientes. Subo el volumen del televisor. Necesito oír la existencia del mundo, necesito oír noticias. Necesito saber que existen las sociedades humanas. Necesito saber que existen los Estados Unidos. Tal vez los Estados Unidos sea la única nación que pueda entretener mi pensamiento, sacarlo de la idea obsesiva de follarme a todos los hombres que hay sobre la Tierra. Los Estados Unidos son un antídoto para mis ganas de follar, no sé, a veces creo que soy una ninfómana, pero Cristóbal, mi queridísimo psiquiatra, dice que no, dice que soy una mujer libre, liberada, una elegida, una diosa, una jefa, una hembra sin límites morales, una hembra consciente, igualada al hombre al fin. No sé qué haría sin mi Cristóbal Matthews, mi guapo brujo negro. Eso, digo, las grandiosas bombas nucleares apuntando contra el Islam, contra Rusia, contra Asia, contra la luna, contra lo

que sea, contra mi coño, necesito pensar en esas bombas nucleares, capaces de reducir mi cuerpo a cenizas, capaces de acabar con esta necesidad que me destruye, capaces de entrar en mí. En mi coño. Mi coño. Necesito saber que algún día seré madre. No he convivido con ningún hombre más de seis meses seguidos. No consigo soportarlos porque me acabo desenamorando a la velocidad de la luz. También me enamoro a la velocidad de la luz. No he aceptado ninguna proposición de estabilidad, de vida en pareja, incluso de matrimonio o similar. Y las he tenido. Me han amado. Me han amado mucho. Sin embargo, quiero tener hijos. De hecho cumplo treinta y tres años dentro de unos días. Puedo esperar hasta los cuarenta para ser madre. No importa. Más de los cuarenta puede ser ya un problema. Me lo ha dicho el ginecólogo. Pero se puede hasta los cuarenta y cinco, incluso hasta los cincuenta. Se puede, pero el riesgo es altísimo. Es absurdo hacerse ilusiones más allá de los cuarenta, ha dicho él.

Estoy desnuda ahora. Me he desnudado completamente. Pongo un canal porno en la televisión. Un canal de pago. Quito el volumen. Y le escribo un WhatsApp a Víctor. Contesta enseguida, le pido que se conecte a Internet y que ponga Skype. Sale en la pantalla de la televisión un rubio perfecto, con una verga escultural, le doy a pausa, miro la verga. Y sale la voz de Víctor por el Skype. Sin cámara, solo la voz. Hablo con él de banalidades, de las cosas que nos hemos dicho durante la cena. Titubea. Está nervioso. Yo no lo estoy. Comienzo a masturbarme, contemplando la pantalla y oyendo la voz de Víctor. Siento como una fiesta en las entrañas, me siento como una mentirosa feliz. Él no sabe nada. El de la pantalla tampoco, bueno ese no cuenta; ese solo es un semental de pago.

—Espera un momento, por favor, tengo una cosa en el fuego —le digo a Víctor por el Skype.

Voy al cuarto de baño y acabo de masturbarme y puedo al fin gimotear largamente. Sé que Víctor se extrañará de que quitar una cosa del fuego cueste cinco minutos, pero no conseguía correrme. Bestia devuelta a un espacio de tranquilidad, regreso a la conversación con Víctor. Le digo buenas noches, adiós.

Apago la tele. Entro en la cama. Las sábanas, su contacto, me recuerdan que estoy sola. La bestia ya ha olvidado el espacio de tranquilidad que le ha

dado la masturbación. Espero dormirme antes de que la bestia sea plenamente consciente de que su espacio de tranquilidad biológica está terminando.

Ese hombre vuelve a mi cabeza, aún no me duermo. Ese hombre, lo quiero, lo quiero tener. Amarlo no, tenerlo sí. ¿Amar? Amar solo me amo yo. Es una maldición depender de otros putos cuerpos. Los putos cuerpos de los hombres. Los adorados cuerpos de los hombres.

4

Pese a que Víctor se despertó con dolor de cabeza, sintió un gran placer al observar un rayo de luz que entraba por la ventana. La habitación del hotel era sumamente confortable. Ese placer le recordó que seguía estando vivo y con un ánimo razonable. Tenía que darse prisa. Paloma Broussard, la realizadora de cine, de ascendencia francesa, le esperaba a las nueve en el hall del hotel y ya eran las ocho y media. Se afeitó y en el momento de afeitarse se acordó intensamente de Ester. No pensó en su cara, o en su persona. Pensó directamente en su sexo. Se quedó perplejo. Vio su sexo, su coño, en el espejo donde tenía que estar su cara en trance de ser afeitada. Tembló. Se asustó. También se exaltó por dentro. Fue como una iluminación.

Paloma Broussard era una mujer elegante y amable, un poco fría tal vez. Se saludaron con mucha cortesía. Paloma rondaba los cuarenta años. Era alta y pelirroja. Delgada, con unos ojos verdes muy serenos. Gesticulaba con gracia, con elegancia. Llevaba un vestido negro. En su cuello había una constelación de pecas. Sus manos eran muy blancas y los dedos como afilados. Su figura era perfecta, su pecho firme y desarrollado. Lucía un escote generoso. Pero lo que más deslumbraba era su cabello. Y también su boca, la extraña perfección de su boca. Hablaron de su vuelo, de cómo había encontrado Madrid, de cómo le iba, de que hacía ya unos meses que no se habían visto, desde un viaje de ella a Roma, en el que debía contratar los derechos de una escritora italiana para una serie de televisión.

Pidieron dos capuchinos. Y comenzaron a hablar de la novela de Víctor, de su adaptación cinematográfica. Paloma la acababa de leer por segunda vez. Hablaron de algunas partes del libro. Nunca habían tenido una relación de amistad. Una relación cordial sí, pero no de amistad. Le aclaró que

seguramente no podría acudir a la conferencia que Víctor debía dar esa tarde en una relevante institución cultural madrileña, motivo por el cual se encontraba en Madrid. Quiso que Víctor viera que era una mujer muy ocupada, una mujer muy codiciada. Eso, a Víctor, le excitó. No el hecho de que efectivamente fuese una mujer muy ocupada y muy importante, que lo era, sino que ella quisiese que Víctor lo notara. Esa exhibición le pareció una señal. Se dio cuenta de que era una señal invisible incluso para la propia Paloma Broussard. Se había delatado sola. Era lo mismo que si se hubiera desnudado. Lo mismo que si se hubiera quitado las bragas y se las hubiese puesto en la boca y le hubiera dicho «cómetelas, cerdo cabrón». Quiso que Víctor notara eso, que era una mujer codiciada. Y esa era la puerta por la que él se iba a colar. Vio la puerta abierta. Se quedó fascinado ante la puerta abierta. No pensó que esa mujer abriera una puerta. Ni ella misma era consciente de que había abierto la puerta. Aún le encendió más la sangre el hecho de su inconsciencia. Le pareció una delicia. Estaba tocada de muerte ella.

Víctor aprovechó una sonrisa despreocupada de Paloma Broussard para, con un movimiento súbito, acercarse hasta ella y depositarle un beso en los labios. Víctor esperó su reacción. Paloma Broussard se echó a reír y dijo, llamando a Víctor por su apellido, «Dilan, estás loco». Era su apellido de escritor. No se llamaba, obviamente, Víctor Dilan, pero decidió, desde que publicó su primer libro, que ese sería su nombre de escritor, y además castellanizó la *y* griega por una *i* latina. Tampoco Bob Dylan se llamaba Bob Dylan, sino Robert Allen Zimmerman. Eso fue lo que explicó hace ya más de veinte años, cuando tuvo que justificar su nombre literario a la prensa. Invocó a Dylan Thomas e invocó a Robert Zimmerman. Al principio, pareció una excentricidad vacua de escritor joven, pero con el inesperado éxito de su primer libro entre los lectores cultos y la contratación de traducciones a los principales idiomas europeos su nombre fue, finalmente, aceptado.

Después de decir «Dilan, estás loco», Paloma volvió a reír de una forma alegre, aunque perpleja. Estaba tan perpleja como ilusionada. Se sintió halagada, pero no se tomó el beso en serio. De modo que Víctor cogió la mano de Paloma. Y volvió a besarla. Esta vez ella aceptó el beso, y lo prolongó. Víctor se recreó mirando la mano de Paloma. Comenzó a aprenderse la mano de memoria. Paloma sonreía todo el rato. Acariciaba la mano. Volvió a

besarla, pero esta vez ella se levantó del sofá en el que estaban sentados.

—Me marcho, Víctor, eres maravilloso, pero estás loco, ya te llamaré.

Paloma esbozó una sonrisa indulgente y cariñosa, le mandó un beso con la mano y se marchó.

5

Nunca, creo yo, lo habías visto como un hombre. A qué ha venido ese beso, pero te ha gustado. No está mal. Guapo es. Pero jamás lo pensaste como un posible amante sino como un producto que te interesaba, como un negocio, como un buen escritor también, claro. ¿Un posible amante? Estás loca, no puedes, ni debes. Bueno, alguna vez ya habías notado algo en él, algo que nunca te disgustó, una cierta voluptuosidad cuando pronunciaba tu nombre o te miraba a los ojos. Pero es que además ahora estás empezando a salir con Salvador. Ya has quedado cuatro veces con él. Por cierto, en ninguna de las cuatro cenas o citas o como sea que se llamen que has tenido con él, ha intentado nada. Debes reconocer que el beso te ha gustado. Te ha gustado demasiado. Te ha excitado. Estás muy excitada ahora mismo dentro del taxi. Llámalo. No puedes dejar pasar esto. No puedes. Da igual todo. Llámalo. Coge tu móvil y llámalo. Si lo llamas, ya sabes lo que pasará. Follar a las diez de la mañana es absurdo. Olvídate por favor. Has dicho el verbo *follar*, pero si tú nunca usas ese verbo. Ese nunca fue tu verbo, acuérdate. Tirarte a un escritor con el que vas a colaborar (tampoco ese es el verbo, el verbo *tirarse*, horror, qué vulgaridad), a un tipo que luego te puede pedir cuentas de sus derechos, que querrá más promoción de su obra o más dinero o lo que sea, alguien, en suma, que te puede complicar la vida. Es absurdo. No, no es que sea absurdo, es un suicidio. Elige a otro. Además, está casado. Mierda, si encima está casado. Pero cómo has podido olvidar el hecho de que esté casado. Lo cierto es que nunca habla de su mujer. Nunca la has visto, a ella, a su mujer. Es extraño. No iba con ella las dos veces que habéis coincidido en Roma. Tienes un montón de trabajo. Olvídate. Pero estás caliente. Te sobran las bragas. Pero tú no hablas así nunca, qué demonios te está pasando. Estás marcando su número. Estás hablando con él. Es increíble. Es un suicidio. Le estás diciendo al taxista que vuelva por donde ha venido. Estás llamando a tu

secretaria para decirle que tienes fiebre, que anule todas tus reuniones de la mañana. Estás pagando el taxi. Él está esperando en la puerta del hotel. Ha salido a esperar la llegada de tu taxi. Está abriendo la puerta de tu taxi. Nada más salir del taxi, se abalanza sobre ti y te besa en la boca con una fuerza dolorosa. Te mete la lengua hasta partes de tu boca que desconocías, como si quisiera conducir su victoriosa lengua hasta el final de tu carne. El taxista os mira. Espera a que alguno de los dos cierre la puerta de su bendito taxi. Estáis, por fin, en su habitación. No deja de besarte. Te chorrea el coño, pero cómo puedes pensar algo así, pero cómo te permites ese lenguaje. ¿Qué poderes tiene este hombre? ¿Cómo lo ha sabido? ¿Cómo ha sabido que volvería? Porque sé que lo sabía. ¿Cómo ha sabido que me iba a abrir de piernas como una loca, cómo ha podido saber más que yo? Te besa por todos los sitios que se le ocurren. Y comienza a hablar. Te exalta. Dice que eres perfecta. Se queda mirando tus medias. Dice que en estos momentos es el hombre más feliz de la Historia. Está hablando tanto. Te arroja sobre la cama. Ahora, en cambio, te levanta de la cama, te desnuda de forma caótica. «Espera», le dices. Vas hacia tu bolso. Sin que él lo advierta, pones el teléfono móvil a grabar todo lo que dice, lo que decís, lo que va a pasar.

Se desnuda con absoluta falta de pudor. Exhibe su verga delante de tus ojos, como si llevaseis casados diez años, o fueseis hermanos, o fueseis algo que socialmente explicara el impudor. «Mírala», dice y esa orden hace que tu coño sea un océano salvaje. Este hombre es otro hombre. Se ha transfigurado. No es ese hombre que tú conoces desde hace un tiempo. Este hombre es un monstruo. No, un Brujo. Exactamente eso es: un Brujo rubio. Y tú no eres esa mujer educada y culta. Tú eres una perra en celo. Una asquerosa perra que quiere tocarle los cojones con sus manos, que mete sus cojones en tu boca, y eso te encanta; tu corazón está preñado de babas y de insultos, estás plena, no eres más que eso, una gran perra, y él no es más que eso, una polla que te azota la cara, y las tetas, y el culo. Y sin embargo, todo es tierno. Es feroz. Es tierno. Es sórdido, pero es luminoso. Pero no hay amor. Hay placer, nervios, impudor, audacia, y deseo de llegar al último abismo. Hay abyección y es una abyección tierna y divina, una abyección hermosamente cristiana.

—Quiero que me folles como si fuese tu puta —le dices.

—Eres la mayor puta que ha conocido mi santa polla —te dice él.

Y sabes que todo se está grabando. Y ves en la lejanía las pajas que te harás escuchando esta conversación.

—Ya no somos los de antes, ahora solo somos dos guarros —le dices.

—Cállate, perra, y métete esto en la boca.

Y comienza a follarte la boca. Golpea con su glande tu lengua, que está fuera de tu boca. Como si su glande fuese una aldaba roja y tu lengua roja una puerta. Tus labios se agrietan. Y se corre dentro de tu boca. Tu lengua, tu paladar, tus dientes están llenos de semen. Te habla en latín ahora, es gracioso, es hermoso, dice «Et in Arcadia Ego». «Si pudiéramos hacer el amor con las palabras obscenas del latín antiguo», dice. Todo se está grabando.

6

Este baile constante en esta oscuridad constante. Ninguna estabilidad es posible aquí. Una sala de máquinas llena de obscenidades. Nunca estás bien. Hay miles de peligros por todas partes. Llamas a Elena a Roma, pero no contesta. Sabes perfectamente que no puede contestar, porque está reunida, en su trabajo, pero así se queda grabada la llamada y ella pensará que estabas pensando en ella. Y vas a comprarle un regalo. Un estupendo regalo. Y le contarás lo bien que te han ido las cosas en Madrid.

Recuerdas cómo te enamoraste de Elena. No había paz. Y ella se enamoró de ti. No podíais estar separados ni treinta segundos. Era un estado de plenitud. Os casasteis en Madrid. Una boda civil. Este baile constante en esta oscuridad constante. Os fuisteis de viaje de novios a Marruecos. ¿Por qué elegisteis Marruecos? Por exotismo, sin duda. Y sin embargo, no alcanzabas la plenitud sexual, o eso creías, creías que había un más allá que te estaba vedado. Hacías el amor con Elena y no la querías como amante. Al principio sí, pero luego ya no. Te seguía excitando, pero los orgasmos no eran feroces. El orgasmo es hijo del morbo, de la depravación inocente, de la perversión ingenua. El orgasmo necesita un labio con una mueca de placer dentro, una mirada corrompida, una voz transformada en vulgaridad y sordidez. El orgasmo necesita la sordidez, de allí viene. Todos los seres humanos somos hijos de ese momento. Había mucho amor. Pensaste que había que elegir, que no se podía tener todo. La comparabas con Elvira. Desde el primer momento.

Siempre has comparado a las mujeres. En las diferencias entre ellas reside la plenitud. Cómo hablan. Cómo besan. Cómo se ríen. Cuánto miden. Cómo tienen el pelo. Cómo escriben, la calidad de sus letras. Cómo respiran. Cómo se duchan. Cómo se lavan el culo en la ducha. Cómo se ponen el sujetador. Cómo duermen. Cómo leen. Cómo se corren. Cómo se pintan. Cómo se cepillan los dientes. Cómo se ponen las bragas. Millones de diferencias. Todas son distintas. Saber ese millón de diferencias es el conocimiento, el verdadero conocimiento, el único que otorga la felicidad, la alegría, la fuerza y la plenitud.

Ahora ves claro que el amor es de una densa irrealidad. Un producto emocional del capitalismo. El luminoso regalo. Por aquel entonces comenzó a ocurrirte eso, que hacías el amor con una mujer y estabas pensando en otra, pero si esa otra estuviera contigo, volverías a pensar en otra. Y aunque estuvieran todas allí, tu sexo dentro de todas ellas, entonces comenzarías a pensar en los planetas, en las estrellas, en los océanos, en los agujeros negros, en los arcángeles. O pensarías en otra, en que seguro que existiría otra. Porque Dios fue infinito en la creación de las mujeres. A eso lo llamaste la Maldición. Cómo llamar a eso. Estar con una mujer y estar pensando en otra. Y si esa otra estuviera, pensarías en otra. Siempre habrá otra que no será tuya. Tampoco quieres exactamente que sea tuya. Su existencia en sí es perturbación. Te niegas a pensar en que es la Naturaleza quien obra todo esto. Solo Dios y su hijo el Gran Jesucristo pueden haber dispuesto semejante océano de mujeres vivas y muertas, y pueden haber dispuesto el terrible estado de la espera.

Es cierto, es cierto esto: piensas en otra mujer cuando estás con una mujer. En otra que has visto por la mañana en la calle. En otra que has visto hace una semana en una tienda. Y si estuvieras con ellas, pensarías en la que tienes ahora mismo bajo tu poder. Dios hizo todo eso, y te lo cuenta. Te habla Dios con las mujeres, a través de las mujeres. Ellas son Él. Tenerlas a ellas es estar en Él.

Te ves en el cuarto de baño de una habitación especial del Hotel La Mamounia. Elena ha salido un momento. Y tú aprovechas para masturbarte en el cuarto de baño, porque has visto a una turista norteamericana hace un rato en la piscina del hotel. Era negra, muy alta, muy carnal. Y has pensado en ella todo el tiempo. No te ha quedado otro remedio que aliviar esa locura que ha

brotado en tu carne. Y eso no tiene sentido porque te acabas de casar y estás enamorado de Elena, pero no te basta. Piensas que abofeteas el culo de la negra norteamericana y eso te hace feliz. Cuando acabas, te sientes solo en el mundo. Coges un trozo largo de papel higiénico. Te tiembla el pulso y ha caído el rollo, que da vueltas ajeno a tu infortunio, en una mecánica propia, que te parece envidiable. Esa mecánica, sí, envidiable. Una mecánica de rodamiento no sexual. Eso pensaste hace ya tantos años. Unos once años, eso es. Pero conociste entonces la soledad, fue una revelación. Digamos que la naturaleza te eligió para la insaciabilidad y para el experimento final. Ignoras qué hacen otros hombres para acabar con su semen: si emplean papel higiénico como tú, o una toalla. Piensas que el papel higiénico es lo ideal. Por muchas razones, ahora no quieres decirlas. Te asusta decirlas. Temor, todo es temor en ti.

Al día siguiente, volviste a encontrar en la piscina a la turista norteamericana. Era por la tarde. No aparentaba haber llegado a los cuarenta años. Había un hombre a su lado, tomando el sol con ella, parecía su marido. Pero ella te vio. Te miró a los ojos con un sometimiento que te produjo miedo, a la vez que te imantó. Se levantó de la hamaca donde estaba tomando el sol y de una forma invisible casi te sugirió que la siguieras. Fuiste detrás de ella, a unos cinco metros de distancia. Ella iba comprobando que la seguías. Hasta que alcanzó su habitación, en la primera planta del hotel. Abrió la puerta y miró hacia atrás, donde tú estabas. Entró en la habitación y dejó la puerta entornada. Te acercaste. Entreabriste la puerta. Te miró de nuevo y dijo en inglés que cerraras la puerta. Ni siquiera preguntó tu nombre. Te besó en la boca y se desnudó. No dejó que entraras en ella, advertiste entonces quién es el dueño del destino de la especie, y la inutilidad de ese dominio, ejercido de manera ciega y sin voluntad. No había voluntad en los cielos ni en la Tierra. Solo hechos que ocurrían en medio de la naturaleza, y pensaste en la naturaleza por pensar en un recinto, por darle un nombre al gran recinto donde ocurren nuestras ficciones a las que llamamos sexo y vida, plenitud y placer, responsabilidad y camino, tiempo y memoria. En realidad, la palabra es muerte. Tal vez desaparición. O tal vez el cuerpo sea una ficción, como se dice en la *Suma teológica* de Santo Tomás acerca del cuerpo humano de Cristo.

Ella quería jugar. Jugasteis. Te dio una bofetada. Y se reía. Luego te pidió que le comieras el sexo y tú lo hiciste. Y de repente te cruzaste con una

oscuridad armoniosa, acre y terrible. No hay dos recintos iguales. Es mentira la homogeneidad de la especie.

No dejaba que apartaras tu boca de esa atroz oscuridad. Gemía y te apretaba entre sus carnes. Pensaste que su coño era también una boca, una cueva, un túnel, pero todo era de carne, carne suave que tu lengua moldeaba. Pensaste que esa mujer tenía dos bocas. Y a ti te hubiera gustado tener dos pollas. Sentiste calor y no placer. Sentiste una victoria de color azul, como la que sentían los emperadores romanos el día de su muerte. Te habló en inglés, lengua que tú también hablabas y hablas. Date prisa, mi marido puede venir en cualquier momento. Y la oías gemir, ajena a tu deseo y desesperada solo por dar cumplimiento al suyo. Cuando fuiste a penetrarla, su marido te cogió del hombro y te apartó. Salió de detrás de ti, como una aparición. Te dio un susto de muerte. Una mano en tu hombro, una mano fuerte, que te apretaba con suavidad, con cierta ternura, con camaradería. Quédate, míranos, dijo ella. Y los miraste. El marido era un hombre alto, moreno, con barba, estaba desnudo. Abrió las piernas para su marido, pero seguía mirándote a ti. Levantó una pierna en un gesto claudicante. Levantó una pierna para que su sexo quedara más expuesto a vuestras miradas. Y tensó el pie, y había una arquitectura allí, una forma catedralicia del cuerpo, un río de carne, que comenzaba en una uña pintada de rojo, descendía por la pierna, llegaba a la ingle y acababa en la carne del coño, en esa carne caótica, porque no existen dos coños iguales sobre la Tierra. Puede que ese conocimiento sea moneda común, pero tú lo sentiste como una iluminación: nunca ha habido ni habrá ni hay dos coños iguales, y fue entonces cuando pensaste en la película de Kubrick, *2001: Una odisea en el espacio*, pensaste en el monolito. Y entonces ella pidió que cogieras su mano. Cogiste su mano negra, mientras su marido la embestía. De repente, contemplaste el sol de la tarde en aquel hotel de lujo de Marrakech como si fuese una revelación, como si esa luz tenue del sol, que daba sobre los cuerpos de los dos cónyuges, contuviera la razón última de la especie, de la equivocación suprema de esta especie que somos. Viste rodar el tiempo y rodaban los billones de cópulas que forman la historia del género humano. Mirabas su mano y ella te miraba a ti, como si estuviese cayendo en un precipicio excremental, vil, tortuoso, abyecto, humillante. Permitted que te masturbases con la mano que te quedaba libre, mientras su marido la embestía,

la empujaba y sudaba y gemía. Allí estabais los tres. Y cuando él ya estaba listo, sacó su sexo y lo exhibió a la luz de aquel sol tenue. Y ella entonces miró las dos vergas, con cierta compasión, había tanto silencio en ese momento, a pesar de que él aún mascullaba gemidos lentos. Comparaba ella las dos vergas. Tú viste la de su marido, pero apartaste enseguida la mirada y dejaste que fuera ella quien siguiera contemplando. Ella estaba comparando. Eso hacía ella. El deleite de la comparación. El tamaño y la apariencia. La forma. La delicia de que tuvieran formas diferentes. La tonalidad de la piel. Las distintas redondeces y tamaños y coloración del glande. El tamaño de las venas. El grosor de las dos pollas. Las diferencias en el *corpus cavernosum* y en el *corpus spongiosum*. La longitud. El estiramiento. Los ángulos de la erección. La tensión de la piel. Cuál de las dos pollas ascendía más y cuál descendía más sobre la línea de un horizonte imaginario. La maravillosa creación de la diferencia. Tenía que ser una contemplación lenta. Para alcanzar a verlo todo, ver todas las minúsculas diferencias, porque en esas minúsculas diferencias reside el alto conocimiento de lo que somos. Entonces ella metió su dedo índice en su propio ano, muy adentro. Y quiso que os acercarais los dos a ese dedo. Y ella permitió que su marido eyaculase sobre su cara y dentro de su boca y se tragó el semen de su marido pero no miró a su marido cuando tragaba su semen sino a ti. Te miró a los ojos perversamente. Quería que vieras con intensa claridad cómo se tragaba el semen de su hombre, que otro hombre viera cómo era tragado el semen de su amante. Y a ti te rogó, en un inglés educadísimo, que lo hicieras en el baño, que eyacularas allí, y así lo hiciste. Entraste temblando en aquel baño y a duras penas conseguiste eyacular, y fue en ese preciso momento cuando supiste que llamamos civilización a las leyes que rigen la eyaculación. No podemos eyacular en plena calle. No en el trabajo. No en el autobús. No en medio de un restaurante. No en medio de una conferencia. Las leyes de la invisibilidad que gobiernan la eyaculación, ¿de dónde proceden?, ¿por qué existen?, ¿debe avergonzarme que de mi pene salga esa luz blanquecina?, ¿por qué, si eso soy yo?

Cenaste con Elena en el hotel. Tenías un hambre feroz. Comiste cuscús. Y luego os fuisteis a la cama. Y le hiciste el amor a Elena de una forma confusa, anárquica, y ahora piensas que tal vez fue esa la primera vez que te enfrentaste a la desesperación que te iba a acompañar siempre. Elena te quiso bien, y aún

te quiere. Ahora mismo, tantos años después, estás pensando en qué ha dado sentido a tu vida. Crees que nada, salvo los momentos de euforia que el sexo absurdo y cruel te entregó. Crees que la evolución humana es una ficción más, que no significa nada. No crees en la Historia. Te matarás copulando, porque la Naturaleza es superior a la Historia. Y Dios y su hijo el Gran Jesucristo y el Gran Giacomo Casanova velan por ti, hacen que las mujeres vengan a ti, hacen que las mujeres se enamoren de ti, que te busquen, que te ofrezcan su intimidad, y esa intimidad es cuanto existe. Eso piensas ahora mismo, en este invierno del año 2012, en la ciudad española de Madrid, capital de España, un país en crisis económica infinita, que podría solucionarse de manera inmediata con tal de que la gente decidiera copular al aire libre, hacer el amor en público, follar sin ley, sin límite, sin esperanza, en un intercambio de parejas interminable. Nadie querría dormir. Nadie querría comer. Nadie querría vestirse. Ningún gobierno puede gobernar sobre las libidos liberadas. Caería la monarquía, caería el gobierno de la maravillosa España, campeona del mundo de fútbol, caerían la ONU, la OTAN, la Unión Europea, caerían los Estados Unidos, caería Alemania, se desvanecería la estructura política de la Tierra. Solo los expertos en pornografía y en prostitución alcanzarían a entender el nuevo ordenamiento de la realidad. Y estos serían investidos Reyes del Mundo. Sigmund Freud saldría de su tumba, resucitaría y seguiría con sus investigaciones, con más medios, con todos los medios tecnológicos, convertido en el nuevo Presidente de los Estados Unidos.

7

Fue hace más de diez años cuando aquel hombre me estaba diciendo «Ester, no tengas miedo a ninguna experiencia que te dé placer». Son las siete de la mañana y me he despertado sobresaltada. Estoy en mi cama. He soñado con el Bastardo, fue así como acabé llamando a Arturo. Me prohibí decir mentalmente tanto su apellido como su nombre de pila. Mentalmente, claro, porque verbalmente era imposible. Nuestra historia fue espantosamente sórdida. Por las mañanas, me levantaba antes que él. Cuando salía de casa y él aún estaba en la cama, tenía prohibido darle un beso en la frente, o en la mejilla o en la boca. Él levantaba la sábana. Y allí estaba su verga. La tenía

que besar. Le daba un beso allí y luego decía «hasta luego, cariño». Dijo que no quería amores pequeñoburgueses. Y yo le creí. Le creí porque estaba fascinada y loca por ese hombre que me doblaba la edad y aún tenía que añadirle cinco años más. Yo tenía veintiuno y él cuarenta y siete. El piso era suyo. Yo mentí a mis padres. Les dije que estaba compartiendo piso con unas amigas, pero estaba viviendo con ese hombre. Era un periodista de fama, un hombre influyente y un importante empresario y dueño de medios de comunicación. Tenía mucho dinero. Estuvo casado una vez y su mujer murió; creo que se suicidó, o eso me pareció a mí, o eso deduje, evitábamos hablar sobre el tema. Jamás hablaba de ella ni creo que albergara el más mínimo sentimiento de culpa o que el hecho de la muerte de su mujer le perturbara lo más mínimo. Eso ahora, con el tiempo, me parece admirable porque creo que yo también debo alcanzar ese estado para poder sobrevivir: el estado de la poca conciencia con que determinados seres humanos vienen a este mundo es como una garantía plena de vida; el egoísmo es un salto evolutivo. No tenía hijos. Impuso normas de convivencia. Era un gran piso. Un piso maravilloso. «Todo es tuyo porque estoy locamente enamorado de ti», decía el Bastardo. Yo creí en su amor. Para él eran juegos de palabras. No creía en las palabras. Muchos hombres no creen en las palabras, las dicen como un rito más de apareamiento. Las mujeres, en cambio, somos respetuosas con las palabras. Creemos en lo que significan. Lo increíble es que probablemente él se sintiese enamorado, porque para él el enamoramiento era sin conciencia, sin responsabilidad. Los viernes a las cinco de la tarde tenía que esperarle en la cama, desnuda, con pintura roja sobre mis labios, mis pechos y mi vientre. Tenía que simular que estaba muerta. Él examinaba el cadáver. Abría una botella de champán. Bebía. Y examinaba el cadáver. Yo tenía que estar con los ojos cerrados. Él dictaba una autopsia imaginaria a una grabadora. Él decía que todo era una forma nueva de amor. Luego se vestía de sacerdote. Tenía una sotana roja y simulaba una resurrección. Entonces, él metía sus dedos en mi sexo y gritaba «vuelve a la vida, porque te amo, porque mi amor es más fuerte que la corrupción de la carne y de la materia», y entonces yo tenía que abrir los ojos y levantar las manos hacia el cielo y gritar «te adoro, amado mío, te adoro». No dejaba de penetrar ninguno de mis orificios. Parecía amor y fantasías, pero no era lo uno ni lo otro. No lo sabía entonces. No sabía que el

Bastardo no me quería, aunque él pretendía convencerme de que sí, era su entretenimiento dialéctico. La depravación utiliza sus disfraces. No fue capaz de un mínimo gesto de ternura. Nos sentábamos las tardes de domingo a ver películas pornográficas en la televisión. Quitaba el volumen y ponía siempre la misma música: «The Colours of Autumn». Un día me pidió que hiciera el amor con un amigo suyo, que hiciéramos un trío. Yo me negué. Me sentí sucia y degradada. Me dio una bofetada, luego un empujón, luego un puñetazo, no un gran puñetazo, una intención de puñetazo sí. Me dijo que me fuera de su casa. No quería volverme a ver nunca más. La idea de perderlo me resultaba insoportable. Se había convertido en todo para mí; pensé que si me dejaba no sobreviviría, si alguien me preguntase en este momento por qué estaba tan equivocada, tendría que contestar que tal vez fueron terrores irracionales que asaltan a una mujer joven a cuyos padres ha engañado y despreciado. Pensé que el Bastardo era lo único que tenía en esta vida. No tenía trabajo ni amigas. No tenía dinero. Mis padres sí, y mucho, pero pasaba de ellos. Aunque siempre les pedía algo, siempre me daban la pasta que les pedía a esos dos idiotas (ventajas de ser hija única) que para colmo vivían un matrimonio degenerado, porque mi padre, rico y aristócrata, era un libertino de lujo. Imagino que lo heredé todo de él. Tal vez de mi madre heredé la idea del Amor. Mi madre se dedicaba a leer a Tolstói y a Galdós, que le encantaban, y hacer obras de caridad mientras mi padre y sus amigos conocían a las chicas de compañía más caras de Europa. Solo la idea de volver a vivir con mis padres me resultaba nauseabunda. Yo acababa de terminar una licenciatura en Periodismo. El Bastardo iba a colocarme en un periódico, conocía a tanta gente. Al final, le dije que lo pensaría. Volvió a decirme que me adoraba. Me pidió perdón. Me regaló una pulsera de oro. Vivíamos a todo trapo. El Bastardo tenía mucho dinero. A mí me gustaba el dinero. Mientras me lo pensaba, nos fuimos una semana de vacaciones a Nueva York. Me deslumbraba con sus atenciones. Estaba más solícito que nunca. Todo giraba en torno a mí. Mis deseos eran órdenes. Comimos y cenamos en sitios carísimos. Me compró ropa de marca en la Quinta Avenida. Me besaba con amor verdadero. Nos hospedamos en un hotel de lujo. Dormíamos desnudos, muy apretados el uno contra el otro. Me pedía quedarse dormido con su sexo dentro del mío y yo se lo concedía. Al quedarnos dormidos, poco a poco iba

desapareciendo, hasta que en un movimiento inconsciente su sexo ya estaba fuera y así nos despertábamos por las mañanas, excepto un día en que dormimos siete horas seguidas con su sexo dentro del mío, y el despertar fue increíblemente ardiente, pleno, feliz. Nos miramos a los ojos, como si hubiéramos alcanzado el infinito. Le gustaba follarme por las mañanas. Yo tenía el coño seco, pero a él le daba igual y a mí también. Ponía saliva caliente en ese coño mío y ya está. Ya está. Se miraba la polla erecta en el espejo de la habitación y me obligaba a mí a mirarla también. Eso le ponía como loco. Le encantaban los putos espejos.

Ya está. Ya lo he dicho. No lo has dicho todo. Te quedas aquí. Ya vale. Ya te vale.

8

Ester y Víctor, en realidad, estaban compitiendo. Era difícil saber el origen de la competición sin apelar a algún atavismo de la especie humana. Sus confidencias y complicidades no tenían otro objeto que decidir un ganador. La Bruja y el Brujo. Solo que el Brujo era débil y la Bruja era fuerte. Cada uno desde mundos o razones distintos se precipitó en la vida del otro, como buscando algo desconocido que apaciguase la soledad que había en sus vidas. Ester exhibía su promiscuidad ante Víctor, la exhibía de manera contundente a través de los chats de Gmail y desde las largas conversaciones por Skype. Ella era una exhibicionista porque esa era su táctica. Víctor, en todos esos chats y conversaciones por Skype, se había dedicado a tontear con Ester. Quería tener un lío con ella. Habían generado un sistema de comunicación de cierta consistencia. Había algo en ella que a Víctor le parecía especial. Él le escribía por Gmail cosas como estas:

- Te adoro y te mando besitos por el cuello, brazos y piernas.
- Besazos atómicos, niña buena, *femme fatale*.
- Me gustaría besar ahora mismo la parte de tu cuerpo donde eres más tú.
- Ardo en ti.
- Eres la mujer más inteligente de España.
- Llevo toda la vida buscándote, dame el beso final, el beso definitivo.

Pero las conversaciones tocaban muchos temas. Ella también le contaba a Víctor su vida laboral. Ester exhibía su vida entera ante Víctor. Él aceptó ese ofrecimiento, no sabía muy bien por qué el destino le ofrecía el conocimiento de la vida de una mujer joven. El exhibicionismo de Ester era general, iba desde las confesiones eróticas hasta las relaciones con sus padres (siempre le gustaba recordar que procedía de la más ilustre aristocracia madrileña) y los intrínquilis de su vida laboral, sus lecturas, sus películas, sus preferencias en todo tipo de materia. Hablaba siempre mal de sus amigas, aunque decía quererlas. Era muy caprichosa en los juicios que hacía de sus amigas. En realidad, las odiaba a todas, pero necesitaba mantener un cierto nivel de vida social. Y tampoco tenía tantas amigas. Probablemente, no tenía ninguna. Las confesiones eróticas eran feroces. «Con este no he follado porque fuma y usa zapatillas de deporte, cosa que odio», «este es un mierda, estuve con él una noche en que me emborraché y luego lo bloqueé en Facebook, es un gilipollas y quería volver a verme», «este quería que saliéramos juntos, que nos casáramos, era monísimo, y no te creas, era un arquitecto brillante, con mucho futuro, se encoñó como un puerco», le decía Ester a Víctor por el Skype meses antes de su encuentro en Madrid. Ester hablaba muchísimo de su psiquiatra, un tal Matthews, a quien ella reverenciaba como a un santón y que, prácticamente, gobernaba su vida. Le llamaba su negro de oro. A Víctor le extrañaba esa dependencia de un médico. Más de una vez le dijo que Matthews había intentado acostarse con ella. Víctor, en eso, quiso ayudarla, le dijo que un psiquiatra que intentaba eso era despreciable y denunciabile, y que cambiara de médico inmediatamente. Ester insistía: «Hoy también, en la consulta, me ha insinuado que me vaya de viaje con él; quiere acostarse conmigo, le flipo, está loco por mí, es un guarro». A Víctor eso le parecía como para ir corriendo al colegio de médicos y poner una denuncia. Ester siguió hablándole de Cristóbal Matthews. Le dijo que Cristóbal tenía un pequeño grupo de hombres y mujeres con quienes practicaba orgías y que le había propuesto entrar en el grupo. Ella había rehusado. Le dijo que Matthews se hacía las pruebas del VIH dos veces al año, que aunque no lo reconocía, pensaba como ella, que follar con gomas no era follar. Víctor volvió a insistir en que ese psiquiatra estaba loco, que todo eso era una atrocidad, que dejara de acudir a su consulta de manera inmediata, que eso no era un médico sino un Sade, pero ella decía que a ese

psiquiatra le debía la fuerza y el poder que había en su vida. Era su hechicero. Ester llegó a insinuar que Cristóbal Matthews estaba enamorado de ella. Su vanidad le podía. Víctor no quería juzgar a Ester, se prohibía mentalmente cualquier tipo de juicio, no quería acabar pensando de ella que no era más que una vulgar putita refinada, una niña bien, hija de padres con pasta, a la que le gustaba follar como una perra y cuya vida era dirigida por una especie de brujo adicto a las teorías de Lacan mezcladas con las iluminaciones del controvertido y ya trasnochado antropólogo Carlos Castaneda, menuda mezcla, y encima con un doctorado en Psiquiatría por Princeton. Cuando le venía la palabra puta a la cabeza, intentaba cambiarla por decenas de expresiones modernas: «mujer liberada», «persona adulta», «el sexo es igual para hombres y mujeres», «es inteligente y sabe que todo es una construcción moral». Se la imaginaba follando con esos hombres y todas esas expresiones civilizadas se desvanecían y volvía a aparecer en su cerebro de forma iluminada y persistente la palabra «puta». Luchaba contra esa palabra. No era real esa palabra, nunca lo fue. Era una palabra que había fundado la necedad de la Historia, también era una palabra que habían creado la Civilización y el Capitalismo cristianos. A ningún niño de seis años le gusta pensar que su madre folla con hombres para satisfacer su placer. Esa palabra fundó naciones. No ser nunca merecedora de esa palabra había sido el destino histórico que el Capitalismo y el Cristianismo soñaron para las mujeres. La huida de esa palabra fundó el sentido de la Historia, el sentido de la maternidad, que es la fuerza de la Historia. La promiscuidad de Ester obsesionaba a Víctor. Era la AntiHistoria. El AntiCristo. Quería saber si esa promiscuidad encerraba alguna forma de plenitud desconocida para él, o desconocida para los hombres. ¿Podía ser la promiscuidad fruto de la inteligencia? ¿Una promiscuidad metafísica y no biológica? ¿Una promiscuidad hija de Nietzsche y no de los códigos genéticos de la especie? El futuro será de naturaleza promiscua. La promiscuidad atisbará una forma de organización política avanzada de los instintos humanos. Legislar sobre la promiscuidad, pero admitiéndola hasta sus últimas consecuencias.

Víctor iba anotando en un cuaderno las confesiones de Ester que más le impresionaban:

1. Cuando acabas de follar, todo es un a ver quién se viste primero.
2. He follado en los lavabos de la estación de Atocha, en el lavabo reservado a minusválidos. Me he corrido allí como una loca, chillando como una perra. Lo divertido que es luego salir del lavabo y ver la cara de la gente.
3. Si no tengo confianza, me cuesta mucho correrme. Pero me encanta no tener mucha confianza. La primera vez es tremenda. Cuesta, pero al final me corro. Me chorrea el coño nada más que me den el primer beso en la boca. Me masturbo todos los días. Todos.
4. No creo que haya habido un ser humano en la historia que haya resuelto satisfactoriamente el tema del sexo. En todo caso, habrá creído que lo ha resuelto.
5. Vivo entre tinieblas en forma de vergas culpables, vergas desplegadas como paraguas.
6. Paso del placer de mi compañero de cama, y eso me vuelve loca. Saber que yo soy la primera en llegar y que tal vez él no llegue nunca, eso me pone a mil.
7. Tú estás casado, no quiero un lío contigo. Paso. Ya he estado con muchos casados, es un follón. Todo acaba mal. Pero te amo tanto que iría a follarte a Roma ahora mismo.
8. Mi psiquiatra dice que lo normal es que un ser humano se enamore seis o siete veces a lo largo de su vida. Enamoramientos radicales. Él emplea la expresión «enamoramientos antidepresivos». Él dice que el sexo siempre es bueno, excepto con casados como tú. Intenta quedar conmigo. Me invita a cenar. Quiere que entre en su grupito. Yo no quiero entrar en su grupito, que debe de ser la hostia, según me cuenta, se ponen morados de follar. Es guapo Matthews. Un negro de un metro noventa, absolutamente perfecto. Un Sidney Poitier o tal vez un Denzel Washington, así es él. Solo tiene treinta y nueve años y ya es una eminencia. Me pone mucho que sea negro. Lleva un Rolex de oro y un sello papal en el dedo anular de la mano derecha; el Rolex dorado contrasta con su negra piel. Es sabio este hombre, y siempre está follando con todo tipo de mujeres. Todo lo que me dice me ayuda a vivir. Lo adoro. Ha tenido muchas amantes. Me cuenta sus relaciones. Me cuenta lo que le gusta que le hagan. Le encanta el sexo anal. Me cuenta historias de otros pacientes y me dice sus nombres y apellidos, algunos sé quiénes son. Me anima a que haga

lo mismo, qué bien, hostia, hostia, qué bien. Follar es la hostia.

9. Es imposible distinguir el amor del sexo, quien dice lo contrario miente.

10. A veces, después de una noche de juerga, me despierto con moratones en brazos y piernas. Alguien me pega y no sé quién es. Eso me pone a mil y tengo que masturbarme enseguida. Pienso que eres tú quien me pega.

11. Creo en el Amor. Creo que vendrá alguien. O todo o nada. Y será todo. Creo en eso. Creo en el Amor absoluto. Vendrá el hombre de mi vida, lo sé, de quien me enamoraré al fin y seré feliz. Tendré muchos hijos con él. Tres como mínimo. Iremos a comprar a Ikea. Es mi fe. No me toques nunca esta creencia. No dudes nunca de esta fe mía o dejaré de hablarte.

Después de anotar frases como estas, Víctor, en el despacho de su pequeño y coqueto apartamento romano, donde escribía, siempre se quedaba nervioso, angustiado y sexualmente excitado. Le asaltaba una idea desilusionante: ¿era él el único destinatario de semejante exhibicionismo? Era como si esa mujer se exhibiese ante él de una forma maligna, con ánimo de excitarle como castigo. Pero luego se daba cuenta de que esa mujer estaba enferma. Y pensaba que él también lo estaba. Pensó en la enfermedad como una solución. La Gran Zorra Universal, así la vio. Subida en una montaña de heces de machos, en un albañal de sangre de glande atacado por todas las enfermedades venéreas de la historia, la comedora de hombres, la amazona de la incandescencia, el máximo rigor del placer, el uso del hombre. En dos palabras: la Bruja. Ester creía en el uso del hombre. Hombres usados y abandonados luego. Y ella, radiante, triunfando sobre el semen, tragándose el semen de esos hombres, ya hundidos en ella. Vio a Ester como la condensación corporal de todas las mujeres de la Historia que fueron conscientes de que ellas eran la Historia; mujeres que fueron la historia económica del mundo; la historia social del mundo; la historia del arte del mundo; la historia de la medicina; la historia de la música; la historia del poder judicial; la historia de la política; la historia de la teología; la historia de la filosofía; la historia de la tecnología. El Gran Canalla y la Gran Meretriz, en un baile denso entre tinieblas, eso estaba viendo Víctor en su despacho de su pequeño apartamento romano. Eso era esa mujer. Faltaba por ver si él podía convertirse en el Gran Canalla. Víctor acabó pensando que Ester «estaba zumbada», esa palabra vulgar, coloquial,

«zumbada» era la palabra. No loca sino «zumbada». Hay millones de mujeres zumbadas en este mundo. Ella era una de las mejores.

Gran baile de pesados vampiros, arrastrándose por los siglos. Una verga y un coño, en un remolino de sangre y fluidos falsos, pensó.

Víctor acabó pensando en Eva Braun. De la vida de Ester pasó a la vida de Eva Braun, la mujer del Führer. Puso el nombre de Ester a Eva. Nombró en voz alta esas dos palabras: Ester Braun. ¿Acaso no fue Eva Braun el Führer? ¿No es una equivocación de la historia pensar que el Führer fue Adolf Hitler? El III Reich fue Eva Braun. Víctor Dilan tuvo una iluminación: vio que el amor del Führer por Eva Braun aún estaba sobre la tierra. Hitler hubiera sido capaz de destruir la humanidad entera por amor a Eva Braun. Acabó pensando, como siempre le ocurría, en el monolito de la película de Kubrick. Dentro del monolito estaba Eva Braun presidiendo el amor.

© Archivo Santillana

Víctor habló en voz alta, dijo esto: «Adolf Hitler era el anciano que yacía en la cama y levantaba la mano hacia el monolito, y dentro del monolito estaba el alma de Eva Braun, el misterio del amor. Regresaban los dos amantes y con ellos cincuenta millones de cadáveres. Los cadáveres y el amor eran la misma cosa. Y el Universo seguía inalterable. Es imposible que el Amor humano altere al Universo».

9

Das la conferencia con tu gracia de siempre, que sabes que funciona a la perfección. Te dedicas a mirar qué mujeres te gustan de entre el público. Ni Paloma ni Ester han venido. Eso hace que tu mirada se pasee libremente por el paraíso terrenal de todas esas mujeres que están en el público. Hay chicas jóvenes. Son estudiantes. Antes de la conferencia, te han presentado a una joven licenciada que estudia tu obra, que está haciendo una investigación sobre tu obra literaria. Se llama Cristina, pero iba con su novio, al que también, desdichadamente, te han presentado. Has pensado en cómo es posible que una mujer que estudia tu obra tenga la desfachatez de tener novio. Te ha parecido una falta de consistencia intelectual. Te has quedado imantado al rostro de Cristina. Una piel extremadamente blanca, una sonrisa lasciva, pero

esa piel tan blanca te ha asesinado los ojos. Has mirado a su novio, insípido, alto, con barba, con una camiseta. Seguro que ella lo ama. Cómo se puede amar a un hombre joven, si los jóvenes no son hombres. Sabes eso, sabes que los jóvenes son muchachos que aguantan más, pero no son hombres. Padecen de todo tipo de inhibiciones, de pudores, de egoísmos patéticos: eyaculan pronto, apenas conocen dos posturas, no entran en el alma de la mujer, hablan de sí mismos en vez de escuchar y reverenciar a las mujeres, no se exhiben delante de ellas, no saben hablarles, no saben reconocer su impericia, porque si supieran reconocer su impericia pondrían a las mujeres como motos, las harían arder. No hacen el amor con toda la fuerza del Universo, porque para hacer el amor así hay que saber cosas que se aprenden después. Un hombre comienza a serlo a partir de los cuarenta y cinco años como mínimo, tal vez a los cincuenta. Ni siquiera los que tienen cuarenta años son hombres. Y este debía de tener veintinueve, que es una edad de niño. Has pensado si Cristina le mamaba la polla a su novio o si solo hacían el amor de una forma estándar. En realidad, eso es lo único relevante en una pareja: si se hacen felaciones o no, si ella se traga el semen o no se lo traga, todo lo demás no importa. Querrías saber en estos momentos todas las estadísticas que haya al respecto. Daría la medida sexual de un país, y de esa medida se podrían sacar conclusiones definitivas para los ámbitos políticos, laborales, económicos y culturales.

Cristina está deseosa de hablar contigo sobre cuestiones de tu obra literaria. Atiendes sus preguntas. Pero Cristina se da cuenta de algo fundamental en la especie: se da cuenta de que la estás mirando como mujer. Has intentado no hacerlo. Puedes conseguirlo. Muchas veces lo has conseguido plenamente. Si quieres, puedes conseguir mirar a una mujer como si fuese un ascensor, o una mole de granito, o un camión, o tu abuela. Sin embargo, la naturaleza te castiga si miras así; es una gran paradoja y un sufrimiento político, porque es una cuestión política. Pero esta chica es más inteligente de lo que creías. Se ha dado cuenta, sí. Y en el momento en que se ha dado cuenta toda la retahíla de preguntas sobre tu obra se ha evaporado, ha dejado de tener sentido. Siempre es así. Cualquier construcción social se desvanece ante el milagro del sexo. Ella estaba hablando de la imaginación y de la ideología de tus novelas, de la crítica a la sociedad actual, de la

alienación histórica. Y esa palabra, la palabra alienación, entró en ti. Es la gran palabra, porque todo es alienación.

Olvidas a Cristina enseguida, porque ya has elegido. Has elegido a la organizadora de tu conferencia. Se llama Carmen. Carmen Osvaldo. Te gusta tanto el nombre como el apellido. Mientras das la charla solo te importa saber qué edad tiene. No puedes preguntar eso. Es morena. No puedes preguntar eso, maldita sea; no se puede preguntar nunca nada. Tiene grietas en el rostro que la hacen bella. Es más alta que tú. Calculas que mide uno con ochenta y tres. Es verdaderamente alta. Tiene melena. Te quedas mirando sus pantalones. Al ser tan alta, observas que esos pantalones son muy largos, tus ojos se quedan allí, contemplando la largura de unos pantalones de mujer. Piensas en que no todas las tiendas tendrán tallas tan largas de pantalones, y ese pensamiento te entristece. Observas que esos pantalones desprenden un poco de borra. Sientes una extraña compasión por Carmen Osvaldo al ver ese detalle que indica deterioro o descuido. Empleas ese sentimiento para minar tu atracción salvaje por esa mujer.

Piensas «descuida su ropa», y rematas con una idea social, «tiene que ir a tiendas especializadas en mujeres altas», y con eso pretendes sofocar un incendio y descansar. Llevas así tanto tiempo, intentando no enamorarte. Solo quieres descansar. Llega un WhatsApp de Ester justificando su ausencia del acto. Como era de esperar, Paloma no manda WhatsApp justificando su ausencia. Es normal: Paloma ya busca el distanciamiento. Estará penando. No es esa la palabra, estará pensando en las consecuencias de lo que ha ocurrido; son las consecuencias sociales quienes determinan nuestras inhibiciones sexuales, es una forma de esclavitud como la pobreza o como las malas condiciones salariales, como el desempleo, o como la imposibilidad de comprarse un piso.

Cenas en un restaurante de lujo con Carmen Osvaldo y con el director de Cultura de la institución. Sois tres. Sobra uno. Sobra el director. Pides pescado. El director se llama Alfredo y se sabe tu obra de memoria. Te halaga. En cambio, Carmen solo te dirige cumplidos rutinarios y huecos. Te concentras en la cena. Comes. Has pedido el pescado más caro: un rodaballo salvaje, que cuesta cuarenta y dos euros. Ves el pez en medio de tu plato y miras a Carmen. Estás temblando. Te asalta el pánico. Vas al lavabo. Aprovechas para ponerle

un WhatsApp a Ester: «Te adoro». El pez sigue allí. Su sabor es prodigioso. Quieres beber vino. Más vino. Se ha acabado la botella. Terminada la cena, se produce un vacío de poder, un vacío de decisiones. Alfredo se marcha. Manifiestas tu intención de tomar una copa. Estáis fuera del restaurante, en la puerta de la calle. Hay un malentendido ancestral entre vosotros tres. Un hombre que te admira, pero que sabe que tú estás loco por seducir a su subordinada. Y una subordinada que sabe que su jefe la está juzgando negativamente porque le está restando protagonismo frente a un tipo que la busca todo el rato.

Decides que es una escena cómica. Miras al cielo. Les dices: «Qué bonito está el cielo». Los miras a los dos. Mucho, los miras mucho. Le das un leve beso en la boca a Alfredo y te abalanzas sobre un taxi. Y gritas «adiós, camaradas». No tienen tiempo de reaccionar. Ha sido perfecto. Has vencido a Carmen Osvaldo y has salvado la admiración que te profesa Alfredo. Todo es perfecto. Piensas en la novela *El Gran Gatsby*, la única novela donde el amor fue real. Piensas en Jay Gatsby, en su estúpida muerte, pero todas las muertes son estúpidas. Daisy, en la novela de Scott Fitzgerald, se salva, pero su vida regresa a la estupidez y el vacío. El sexo y el amor podían haber sacado a Gatsby y Daisy de la estupidez y el vacío, pero no es fácil vencer al matrimonio: la fortaleza histórica del matrimonio es el tema de miles de novelas del XIX y del XX. Parece que son novelas que hablan de amores románticos o de la injusta condición de la mujer en el pasado, como *El Gran Gatsby* o como *Madame Bovary* o como *Ana Karenina*, pero en realidad de lo que hablan es de un tema teológico: hablan del matrimonio como algo indisoluble, son novelas tomistas. Santo Tomás vive entre nosotros. Incluso *La Celestina* habla de eso. Todos los libros hablan del matrimonio. *Don Quijote* también habla del matrimonio; en este caso de su ausencia; la condición de hombre soltero es la característica más importante y trascendental del personaje de don Quijote, como la de Sancho es estar casado. Toda la literatura occidental habla del matrimonio; el tema de *Macbeth* no es la traición o la artera incitación al crimen, el tema es el matrimonio como empresa familiar de adquisición de poder. Hemos leído fatal todos estos libros. Todos hablan del matrimonio. Todos. Porque el matrimonio es el hallazgo político y cultural más grande de la Historia. Sin embargo, creo que

Cristo no habló del matrimonio. Qué bien Cristo allí, qué bien.

Mientras ibas en el taxi que te llevaba al hotel le pusiste un WhatsApp a Ester que decía así: «Solo le pido a Dios y a su mismísimo hijo el Gran Jesucristo que no estés follando con otro». Te atormenta eso, pensar a Ester en los brazos de otro hombre. En los brazos no, qué chorrada, en la cara de Ester llena de semen de la polla maciza de otro hombre. Tal vez un negro o un chino gordo y sudado, de un metro noventa y cinco de estatura y ciento ochenta kilos de peso, con una verga de cuarenta centímetros y completamente abominable. Pero piensas qué es exactamente eso de estar en los brazos de otro hombre o bajo la polla de otro hombre, y por qué no liberarse también de esa idea. Subes a tu habitación, esperando la llegada de un WhatsApp de alguien. Esperando siempre un WhatsApp o un sms de una mujer, de cualquier mujer. Mientras te quitas la americana suena tu móvil. Es Carmen Osvaldo. Se ríe. Dice que has estado muy gracioso y que qué lástima que no os hayáis podido tomar una copa juntos, con lo pronto que era y es. Te pregunta si estás bien. Tú también a ella.

Comprendes, como en una revelación, que todos los hombres y mujeres que solo quieren hacer el amor, que solo quieren copular, arder en otro, yacer con otro, se preguntan siempre lo mismo: «¿Estás bien?». Hombres y mujeres desconocidos que se preguntan si están bien, como si les importara cómo está el otro. Es evidente que nos importa un carajo cómo esté el otro, es solo una bendita fórmula que esconde semen y flujos vaginales, que decora de manera decente y educada y digna la presencia ignominiosa del semen y del flujo vaginal, del grito y el coito.

Se alarga la conversación en meandros nerviosos. Se ilumina tu pensamiento, porque te estás dando cuenta de que la llamada tiene que ver con algo muy sencillo, un detalle técnico trascendental. Nadie te lo ha dicho, lo has adivinado solo. Has adivinado que Carmen Osvaldo vive cerca de tu hotel. Te da las indicaciones de un bar. Allí dentro de quince minutos. Ok. Cuelgas y llega un WhatsApp de Ester «estás loco, estoy sola, ¿qué tal la conferencia?, no he podido ir porque los periodistas trabajamos por la tarde, llámame, eres un impresentable y un maleducado, que te den, no sé cómo te contesto».

Llegas antes que Carmen Osvaldo al bar. Es un bar de copas pero no excesivamente ruidoso. Tirando a clásico. Pides un whisky, pides nada menos

que un Glenrothes, que te encanta. Ves llegar a la alta Carmen Osvaldo. Habías pensado en levantarte y besarla en la boca cuando apareciese. Pero no te has atrevido. Te enfada esa falta de valor. Pero te recreas en la posibilidad. De modo que cuando Carmen te habla no la oyes, porque te has quedado concentrado en una vía alternativa a la real, a la que está siendo, una escena incumplida pero que vive en tu imaginación. La besas con fuerza y la abrazas, y ella sonrío. Se siente anonadada.

Regresas al plano supuestamente real y retomas la conversación anodina y circunstancial con Carmen Osvaldo. Se sienta. Le pides un gin-tonic de Hendrick's, eso quiere. Estáis hablando de lo bien que ha ido la conferencia. Escasamente puedes decir algo coherente sobre la conferencia. Quiere que le hables de tus libros, de gente famosa o medio famosa, de películas, de Roma, donde vives. Tú le dices que Roma es como Madrid pero con más arte y con más prestigio histórico, y que en realidad el único sitio relevante y trascendental de este mundo sigue siendo los Estados Unidos, y que da igual lo que pensemos o hagamos, eso es simplemente así y se ve en todo, pero especialmente en la literatura, en el cine y en el arte. Hay en ella cierta ingenuidad. Vuelve a comentar lo que le ha sorprendido que besaras a Alfredo, y tú ya estás arrepentido de eso, muy arrepentido. Se ha entendido el beso como un acto de esnobismo vanguardista, algo muy creativo. Carmen Osvaldo ahora te habla de su trabajo. No os conocéis de nada. Todo son miradas rotas, nerviosas, absurdas, delirantes. Os estáis mirando. Cargas la mirada de instintos, de deseos, de posibilidades. Como quien carga un arma, una pistola. Toda mujer sabe cuándo es mirada de forma amorosa, o sexual. Es un arcano de la especie. Pero es trabajoso para un hombre mirar así mucho rato, tanta energía regalada al viento.

Piensas esto: «Debo cargar mis ojos, debo pronunciarme a través de mis ojos, subir a las nubes más altas de la Creación Universal de la Materia, y que ella, Carmen Osvaldo, observe la intensidad de mi mirada como un acto ancestral de petición del sagrado coito, de la sagrada forma, de la sagrada entrega. Pero ese no soy yo. Debo aparentar a través de mi impostada mirada que soy el jefe de la manada, pero ese no soy yo. Es este trabajo de milenios. Silenciosos milenios de hombres y mujeres amándose bajo el mandato de la

especie, en esta fantasmagoría de la especie que, sin embargo, no da la felicidad».

Entonces te levantas y vas al lavabo. Te miras en el espejo. Esa mujer tiene unos diez años menos que tú, tal vez doce. Eso piensas mientras orinas. Miras tu orina. Piensas en la orina de Carmen Osvaldo, piensas en un abundante oleaje, en olas oceánicas de orina osvaldiana. Vuelves a mirarte en el espejo. Eres increíblemente guapo, eres rubio. Lo sabes. Vas a salir de allí y vas a conquistar a Carmen Osvaldo en un rito más que se añadirá a la fabulosa cuenta interminable de billones de veces en que se ha cumplido el rigor del enamoramiento. Sales. Te sientas a su lado y sin que medie palabra besas su boca. Ella te aparta. Dice «Pero Víctor, qué haces». Se ríe, se ha reído. Se está riendo. Dice «estás loco», pero se ríe. Miras esa risa. Esas arterias abiertas. Dices «bueno, vayamos a otro sitio». Ella acepta. Ya te mira de otra forma. Te apetecía ver la metamorfosis de su mirada. Ya ella es otra, ya no es la misma. Eso será siempre lo más fascinante del rito: la metamorfosis, la caída del velo.

Se ríe todo el rato, y te llama por tu apellido artístico, como hacen todas, todas acaban haciendo lo mismo. Te acaban llamando por tu apellido, por ese apellido casi cómico y ridículo que te inventaste al publicar tu primer libro y que tanto costó que te lo aceptaran, porque España es un país en donde todo cuesta mucho, y eso que castellanizaste el apellido añadiendo una *i* latina, cosa bien ridícula, por cierto, y que dio origen a cien mil divertidísimas erratas. Pero como tuviste éxito rotundo en el extranjero, la cultura española se arrodilló ante el gran hallazgo imaginativo de tu apellido, de tu seudónimo artístico, a la altura de Pessoa, como escribió un cretino.

Entráis en otro bar de copas y la coges de la mano. Ella deja que le cojas la mano. Este bar ya es más ruidoso. La música está más alta. Aquí ya resulta imposible hablar. Pides otro Glenrothes para ti y otro gin-tonic de Hendrick's para Carmen Osvaldo. Pero no tienen Glenrothes y te pasas al Chivas 12. Os sentáis. Hay una actuación en directo de un grupo que toca pop de los años sesenta y setenta. Tocan canciones de los Beatles, de Dylan (este ya con y griega, sí), de los Creedence, de Manfred Mann y de los Rolling Stones. Carmen Osvaldo se levanta de la silla y se pone a bailar, es de esas mujeres que entienden que una verdadera jugarra pasa por bailar. Quiere que bailes.

Bailas. Pedís la segunda ronda. Entonces vuelves a besarla. Esta vez ella ya no te aparta. Es más, recibe tu beso con dulzura. Por tanto, decides meter tu lengua dentro de su boca. Tocas su lengua con la tuya. «Dilan, tú no besas, tú muerdes», dice Carmen Osvaldo. Vuelves a abrazarla y vuelves a besarla, mientras suena ahora «Like a Rolling Stone» y toda la gente del garito se exalta. Todo el mundo parece feliz. Os miráis a los ojos. Ella se ríe. Le parece gracioso que intentes besarla todo el rato. Y es verdad que tiene un punto gracioso. Es como si ahora todo lo mejor de la vida fuese cazar los labios de Carmen Osvaldo. Estar allí, besándola. Es como si entre miles de cosas que pudieras estar haciendo ahora, tú eligieras besar a Carmen Osvaldo. Y piensas esas cosas mientras besas a Carmen; cosas que entiendes que serían definitivas:

1. Ser feliz sin necesitar nada. Solo respirar.
2. Dormir eternamente, al lado de Dios.
3. No haber nacido nunca, pero sin embargo ser un Ser grande y desconocido. Una losa de carne, errabunda por el Cosmos.
4. No amar, porque el amor es imperfecto.
5. Dominar la Tierra, los países, los gobiernos, la industria, la información, la economía.
6. Ganar el Premio Nobel de Literatura.
7. Ser sin ser.
8. No morir.
9. Ser una ballena inmortal, innombrable por invisible, capaz de descender a las simas oceánicas, a once mil metros de profundidad, y permanecer allí varada durante milenios, y desde allí pensar este mundo, y otros mundos. Desde allí pensar esta novela que estás escribiendo, donde nada es real, donde estás inventando a una mujer que se llama Carmen Osvaldo, a otra que se llama Ester, a otra que se llama Elena.
10. Vencer al sexo real de tu polla con un sexo más evolucionado. Ser sexualmente un hombre del futuro, un hombre del año 756892, donde toda forma de dolor y abominación y mentira y humillación sexual haya sido vencida para siempre.

Entonces, cuando vuelves a besarla y le propones ir a tu hotel o a su casa, ella te dice «lo siento, no puede ser, tengo pareja, estoy enamorada». Y cuando te dice eso, te sientes como si te hubieran condenado a muerte. Sientes pánico. Te entra terror. Te aterrorizas. Como si te apartases del género humano. Te sientes el hermano gemelo de Frankenstein. Te parece más hermosa aún, dada su inaccesibilidad. Te das cuenta de que ese es su gran momento, que ha estado esperando, sádicamente, toda la noche para decirte eso. Notas que eso la exalta, notas cómo Carmen Osvaldo ha triunfado sobre ti, y que todo lo que ha pasado no era más que una treta para humillarte y hundirte en la miseria más puerca y abyecta. ¿Será esta, piensas, la única forma de gravedad que te espera en la edad madura, la contemplación inerte de la inaccesibilidad de las mujeres más jóvenes que tú?

Te ves entrando solo en tu enorme habitación del hotel, en esa gigantesca cama que no será deshecha por el amor. Le dices que te alegras de que esté enamorada. Quien sea tiene mucha suerte, dices, fingiendo educadamente. Entonces ella habla. Dice que su novio es más joven que ella. Dice que tiene diez años menos. Aritméricamente, deduces que tendrá veintiocho o veintinueve años. Dice que no viven juntos, que él no quiere comprometerse. Son las tres y media de la madrugada. Llevas ya cuatro whiskies encima y se acerca el quinto. La vuelves a besar, y se deja, inesperadamente. Y sonrío. Parece que su sed de humillación ha sido saciada. Ahora se deja besar, pese a que está enamorada. Bien, es magnífico. Este gran misterio, piensas, esta gran codicia absurda de intentar amarnos los unos a los otros. Este intercambio de besos que no significan absolutamente nada. Por eso Dios y su mismísimo hijo el Gran Jesucristo instituyeron el santo sacramento del matrimonio, que no es otra cosa que un ejercicio de gravedad sobre el vacío cósmico, sobre la nada irreverente de nuestras espantosas y sexuales existencias.

Os marcháis del bar porque están cerrando. Ha cesado la música. Se han encendido las luces y ahora contemplas a Carmen Osvaldo tal como es. Ves grietas en su rostro, grietas que se convertirían, si te casaras con ella, y convivieras con ella unos cuantos años, en cuevas inmundas. Ves una gota roja debajo del labio, y te preguntas qué es eso. Tiene la piel enrojecida. El hecho de que sea más alta que tú (ahora calculas que mide un metro ochenta y cuatro, un centímetro más que antes, y tú mides un metro setenta y nueve) te resulta una

humillación excitante; no una humillación, una gracia celestial que contiene un hermoso mensaje hermético, cifrado. Piensas que su jovencito medirá un metro noventa y uno. No te atreves a preguntarlo. Sigue hablándote del otro, pese a que ya no hay oscuridad. Del otro, del elegido para el lecho y la gravedad. Tú también fuiste elegido para el lecho y la gravedad por parte de Elena. Tienes una llamada perdida de Elena. Estará nerviosa. Le preguntas por su nombre. El nombre del otro. Ella dice «pero bueno, Dilan, qué curioso eres». Y como se ha reído, aprovechas para besarla otra vez. En este caso, intentas dirigir tu lengua hacia sus amígdalas. Crees haberlas tocado. Nunca habías estado allí, ¿y realmente el haber estado allí, en esas amígdalas, es haber estado en alguna parte? Ella dice «no puedo, Dilan, está bien así». Dice eso delante de la puerta de tu hotel. Vuelves a besarla y os abrazáis. Pero se aparta de ti. Sonríe y se marcha.

Te sientes liberado de ella. Por fin se ha ido. Tú has hecho todo lo posible por que se quedara. Nadie puede reprocharte nada. Ningún Santo ni Ángel del Cielo, ni el Gran Jesucristo ni el gran Giacomo Casanova podrían reprocharte nada. Por tanto, estás libre de culpa con arreglo a todos los códigos genéticos de la noche de la especie. Simplemente, no te ha elegido. ¿Es tan grave que no te elijan existiendo el bien democrático de la masturbación? Carmen Osvaldo está enamorada de un hombre joven, un hombre joven que no le hace demasiado caso. La bellísima y alta Carmen Osvaldo no te ha elegido esta noche y tú le agradeces a la santísima oscuridad del universo esta liberación de su saliva, de sus flujos vaginales, de su cuerpo, del olor de su coño, de sus palabras y de su sonrisa. Y de sus deposiciones, de sus excrementos, del tamaño de sus excrementos, porque entiendes del tamaño de los excrementos de las mujeres, de la proporción que existe entre la altura y el volumen de una mujer y el tamaño de sus excrementos. Has visto deposiciones de mujer que son más grandes que las deposiciones de un hombre. Porque hay mujeres que tienen los pies más grandes que los hombres. Porque hay mujeres más altas que los hombres. Y las deposiciones mantienen un canon proporcional, y esa proporción es un misterio de la naturaleza; del mismo modo que hay mujeres pequeñas y delgadas, menudas es la palabra, cuyas deposiciones son casi invisibles, no huelen, y esas mujeres son maravillosas, parecen niñas, son excrementalmente santas. Piensas que los excrementos de Carmen Osvaldo

serán gruesos y largos.

Entras en la habitación de tu hotel. Ningún WhatsApp de Paloma Broussard. Ningún WhatsApp de Ester González. Como cuando eras pequeño, te pones de rodillas en la cama. Desnudo y de rodillas, y rezas oraciones a las cosas, a los seres, a la luna, a los planetas, a la memoria de tus antepasados, a la soledad final de todos los argumentos. Sacas un Valium 10 de tu neceser y te lo tomas con agua fría procedente de un botellín del minibar. Te estalla la cabeza por los whiskies que te has bebido. Y a los diez minutos comienza a llegar la paz. La gran paz bioquímica. A los veinte minutos todo es perfecto. Son las cinco de la madrugada. Sin embargo, oyes algo, un ruido en tu puerta. No estás soñando, te jode que te despierten. Y el móvil suena. Suena tu móvil y alguien está llamando a la puerta de tu habitación. Contestas al móvil:

—Soy yo, Dilan, estoy en tu puerta. Ábreme.

Abres la puerta de tu habitación y allí está Carmen Osvaldo. Entra y te besa ella a ti. Se desnuda delante de tus ojos. Su ropa interior es negra. Sonríe mientras se desnuda. «Es esto lo que querías, eh, hijodeputa», dice Carmen.

Tu estado de soñolencia se extingue de inmediato. Comienzas a besarla. Besas sus pezones. Calculas el diámetro de los mismos. El Valium hace que estés relajado. Te desnudas. Quieres entrar en ella enseguida. Ves su maravilloso sexo, bajo la luz de la lámpara de la mesilla, esa carnalidad que se ofrece bajo los leves gemidos de Carmen Osvaldo. Metes tu polla ahí dentro. Y hasta ese momento no has caído en la cuenta de cómo es posible que Carmen Osvaldo haya cambiado de opinión, haya conseguido sortear al recepcionista del hotel y haya averiguado el número de tu habitación.

Quieres preguntarle todo eso, pero si lo haces tu erección se desvanecerá, y es tan bonito ese espectáculo de la entrada y salida del ejército de tu carne en la ciudad viva de Carmen Osvaldo. «Córrete dentro, cabronazo», dice Carmen. Lo haces, porque te gusta complacer a las mujeres. Porque los hombres no tienen otro cometido en esta vida que ese, que correrse dentro, porque eso es lo más potente del mundo.

Luego ella intenta orinar tu esperma, hasta que consigue que varias gotas salgan de su coño, y coge esas gotas con sus dedos y se las lleva a la boca y en

ese momento ella alcanza su segundo orgasmo. Conduces gotas de tu propio semen, salidas de su coño, hasta tu boca y tú mismo tragas tu semen mezclado con los maravillosos flujos vaginales de Carmen Osvaldo, flujos que son ella, su ella más carnal y trascendental. Eres feliz en ese momento. Completamente feliz. Amas la vida allí, en ese instante. Podrías hacer milagros en ese instante, como el Gran Jesucristo hizo milagros en ese momento: el flujo de todos los coños del mundo convirtiéndose en billones de litros de agua del lago Tiberíades, lagos extensísimos en donde nadar y beber.

10

Has dormido con Carmen Osvaldo, había un cuerpo allí, a tu lado; pero durante toda la noche has creído que estabas solo, ni siquiera has tocado o sentido su blanco culo, aunque recuerdas que ha dormido desnuda. A la mañana siguiente, mientras Carmen Osvaldo está en tu ducha, recibes un WhatsApp de Ester: «Pon el Skype». Piensas que tienes cinco minutos antes de que Carmen Osvaldo salga de la ducha. Pero tienes una iluminación: alguien, quizá un libertino difunto, te dice «A Carmen Osvaldo le gusta demorarse bajo la ducha, dispones de casi quince minutos». Recibes esos mensajes, sí. Gente que te ayuda, muertos que te ayudan, o puede que Dios mismo y su hijo el Gran Jesucristo. Puede que el mismísimo Giacomo Casanova. Lo pones, pones el Skype. Suenan esas alarmas tan estridentes del Skype. Es tan bonito el Skype. Antes, pides que te suban el desayuno a la habitación. Ester se pone a hablar todo el rato:

- Nunca te conté cómo acabó la historia con el Bastardo.
- Me contaste bastantes cosas, sé que eso te hace daño.
- Quiero que la oigas.
- Pero pon la cámara, quiero verte.
- Ni de coña, no pongo la cámara.
- Espera un momento, es el desayuno, llaman a la puerta.

Continúas oyendo la ducha, sigue Carmen bajo el agua. Confías en la revelación de Giacomo Casanova, que se hace más precisa, quince minutos bajo el agua y luego diez minutos más de secador de pelo escuchando la radio

que hay en el lavabo. Cuando regresas con la bandeja en la mano, con el café y el cruasán y el zumo de naranja, Ester ha conectado la cámara. Está en la pantalla del portátil, llenándola toda. De repente, te parece una desconocida. Su cabello rubio está despeinado y no es el que tú guardas en tu memoria. Sus ojos tienen una violencia misteriosa, su azul es hostil. No está muy aseada. Como recién levantada. Está desnuda, al menos de cintura para arriba, aunque no acaba de enseñar los pechos completamente. Pero se ve el inicio de un pezón, pequeño.

—Quiero que me veas así, como si fuera tu mujer, tu amada mujer.

Ester se echa a reír.

—Me encantan los buenos hoteles —le dices a Ester desde el Skype—; hacen posible vidas alternativas a la que normalmente llevas; todo es anónimo y a la vez todo encaja admirablemente, la vida se perfecciona en los hoteles.

—Me he masturbado pensando en ti, Dilan.

—Qué bien, qué bien, eso me hace muy feliz.

—Sí, me he dado un gustazo. Dios, qué bien me he quedado.

—¿Pensabas en mi polla?

—En tu polla y en tus manos cogiéndome el culo y empujando mi culo.

—¿Me la chupabas, niña?

—Sí, claro. Me encanta que me llames niña. ¿Soy tu niña?

—Lo eres. Eres mi Amor.

—No quiero estropear esto.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero follar contigo, si follamos todo esto cambiará, lo sé. Será otra cosa, será lo de siempre. Me das miedo.

Cuelgas el Skype justo cuando se abre la puerta del cuarto de baño y sale Carmen Osvaldo con una toalla rodeando su cuerpo. Es tan alta que la toalla no consigue cubrir su sexo. Abre la puerta la camarera porque ya son las doce del mediodía, la hora internacional en la que hay que dejar las habitaciones de los hoteles. Pero seguís en la habitación. «Pase», le ordena Carmen Osvaldo a la camarera. Y entra una mujer joven, guapa. Y ve a Carmen Osvaldo desnuda, de rodillas, inclinada.

—Cierra la puerta —le dice Carmen a la camarera—. ¿No oyes, hijadeputa? ¡Cierra la puerta! —le ordena Carmen a la camarera.

La camarera obedece. Carmen se levanta. Está desnuda. Tú estás desnudo. La camarera ha obedecido. Es rubia. Carmen se acerca a la camarera. Le pregunta su nombre. Se llama Camelia, es rumana. Carmen te pide tu cartera. Hay silencio. Todo tarda escasamente un minuto. Te diriges desnudo hasta tu americana. Te da tiempo de darle a una tecla del ordenador portátil, que activa el Spotify y comienza a sonar «Don't Think Twice» de Dylan. Le das a Carmen tu cartera. La abre. Coge un billete, un billete de cincuenta euros, y se lo da a Camelia.

—Mira lo que hacemos, cinco minutos, míralo cinco minutos y te vas.

Carmen te tira sobre la cama, y se monta encima de ti. «Siéntate y mira», le grita a Camelia. Ella obedece. Desde tu posición horizontal, y mientras Carmen Osvaldo baila sobre tu vientre, te quedas mirando los restos de un cruasán. La espléndida habitación del hotel te parece ahora un abismo moral. Todo parece absurdo de repente. Mientras Carmen te monta y Camelia mira, te pones a pensar en la rareza moral no de Carmen Osvaldo sino de Ester. No puedes soportar que juegue así contigo. Ella decide todas las reglas. La juventud está de su parte. Te enfadas con Ester. Pero quien lo nota es Carmen Osvaldo. Nota una falta de atención que se concreta en una leve disminución de tu erección.

—¿Te has enfadado? Anda, di —dice Carmen.

No hablas. Estás callado mientras te corres en el vientre de Carmen Osvaldo y Camelia pregunta si puede marcharse. Le dais permiso a Camelia. Ella os da las gracias por los cincuenta euros. Y dice «ha sido muy bonito verlos a ustedes, son muy lindos». Y se marcha.

—No me odies mucho, por favor; no te enfades conmigo —dice Carmen.

—Tengo que irme, tengo una cita —le dices a Carmen.

—Bye —dice ella, con conciencia plena de su victoria.

Pero antes de que se marche quieres preguntarle por su novio, por el chico joven, por su gran amor.

—Él se tira todo lo que se mueve, es un hijodeputa, como tú, Dilan, un putón —dice Carmen Osvaldo.

—No, yo no soy así. Pero tú sí, tú sí eres así —le dices a Carmen Osvaldo, aunque en realidad estás pensando en la Bruja.

—Que te den —dice ella.

Ese «que te den» parece la contestación de la Bruja, piensas tú.

11

Sabes que hay una parte de ti, un 99,5 por ciento, es decir, casi todo tú, que pertenece a Elena, tu mujer. Pero ese 0,5 restante no tiene dueño. Amas a Elena más que a ti mismo. No te importaría dar tu vida por ella, ojalá alguien te lo pidiera, ojalá estallara la Tercera Guerra Mundial y te vieras obligado a dar tu vida por Elena, lo harías sin pensarlo un segundo y morirías en estado de santidad y descansarías para siempre de las mujeres. Sin embargo, es mentira, dices que la amas pero más bien la necesitas para seguir vivo, y eso sí que es absurdo: seguir vivo. Por eso sí darías tu vida por ella. Sería una solución perfecta. Parecería que la amas hasta ser capaz de dar tu vida por ella; pero en realidad lo que estarías haciendo es desaparecer, como hace Cathy en la novela *Cumbres borrascosas*, que se convierte en un fantasma. Nadie ha amado esa novela como tú. En realidad, amas a su autora, a Emily Brontë, a quien consideras tu hermana. Y, además, «Oh, Sister» es una canción de Bob Dylan hermosísima.

Estás sentado en el hall del hotel. Estás esperando a un periodista que te va a entrevistar. Son las once y media de la mañana. Has quedado con él a las doce. Estás pensando en Elena. Y te gustaría morirte antes de que ella averiguase alguna vez el recorrido incesante de tus infidelidades. Sin embargo, he ahí la cuestión: no son infidelidades. Has estado con otras mujeres, muchas, muchísimas, aunque nunca suficientes, que no eran Elena, pero no le has sido infiel. No sabes en qué momento ella te raptó, rompió tu identidad, tu voluntad. Todas tus infidelidades no son más que un intento de salir de la esclavitud del amor a Elena, de su fuerza gravitatoria. Porque las grandes mujeres crean fuerzas gravitatorias, como la puta Tierra, como los putos planetas.

Estás cómodamente sentado en el sofá. Pero tienes la moral muy baja. Así que llamas al camarero y pides que te traiga un vino blanco frío. Es pronto para beber. El camarero te mira como se mira a alguien que está cayendo en el abismo, alguien nervioso; ah, los nerviosos, esos seres que se delatan, que

delatan su fuerte inadaptación a la normalidad, incluso a la felicidad, a la serenidad. Lees su pensamiento. Has leído cientos de pensamientos de camareros a lo largo de tu vida. En un hotel barato del Bronx, en Nueva York, donde te alojabas, una noche saliste de tu habitación buscando a un camarero. No tenías preservativos. Estabas con una mujer en la habitación y no tenías preservativos. «Franela», los llamó ella, ya medio desnuda, en la cama, porque era argentina. Agradeció que fueras tú quien saliera en busca de «franela». Nervioso, llegaste hasta la recepción. Había varios empleados en ese momento. Era un hotel grande, barato pero grande. Elegiste a un hispano. Lo apartaste del grupo de camareros con quienes estaba con un gesto que él enseguida interpretó debidamente. Sabía que necesitabas algo, algo especial. Sabía que no necesitabas una botella de agua mineral o una toalla más. Él te subió las gomas a la habitación. No hubo que repetirle el número de la habitación, una vez bastó. Te inquietó ese hecho: la excelente buena memoria del camarero. Oyó un número de cuatro cifras y ese número se grabó en su cerebro perfectamente. Tú hubieras tenido que apuntarlo. Fue discreto, pero su mirada te recordó esa vieja obra de la literatura española, esa viejísima obra de la viejísima literatura española, esa obra que ya nadie lee y que sin embargo la mirada de ese camarero rescataba del olvido a la velocidad de la vida y de la carne y de la sangre. Esa obra que habla de la flaqueza de los señores y de la tolerancia cínica de esa flaqueza por parte de los criados.

Tu Sempronio te trajo las gomas y te miró a los ojos. Su piel oscura te resultó terrorífica. Tuviste miedo de él. Y ese miedo se convirtió en pánico cuando contemplaste a la mujer que te esperaba ya casi desnuda dentro de la habitación. ¿Por qué no te marchaste? Nunca te has marchado. Has permanecido fiel a la única gravedad de la especie. ¿Tanto te hubiera costado permanecer metafísicamente soltero eternamente? ¿Y quién es el mismísimo Dios sino un soltero, tal vez el soltero de oro? La soltería creó el universo, creó la materia, pero no la vida. La vida surgió de la dualidad. La materia no tenía sexo ni enfermedad ni muerte. El sexo es enfermedad porque se convierte en vida y la vida es enfermedad. No tienes ni idea de qué es la enfermedad, piensas. La vida es hija de los fluidos sexuales, y esos fluidos son veneno. La vida es veneno.

Estás tentado de escribir veneno con *b*, así, «beneno». Nunca serás feliz y

el periodista se retrasa. Sempronio te miró como quien te da la bienvenida al barro ancestral. El barro ancestral del que surgió la vida, hedionda, abyecta y miserable. Y fuiste con las gomas en la mano hasta aquella mujer que estaba esperándote en la cama. Y no pudiste saber si era una mujer hermosa o si era una mujer deforme. Temblaban las paredes de la habitación. Intentabas leer la marca de las gomas. Querías saber si era una marca fiable, una marca occidental y no una marca oriental. Intentabas averiguar la fecha de caducidad. Nunca habías oído hablar de esa marca. ¿De qué nos protege el preservativo?

Recuerdas que ella te preguntó si ibas a pasarte la noche estudiando la marca de condones y las características de los mismos. Os reísteis. Tú hiciste ver que te reías. Tú estabas absorto ante ese enigmático producto, esa invención que dice todo de nosotros. Recuerdas que pensaste en la NASA, en esas cosas que a veces hace la NASA, como mandar una nave espacial al fondo del universo conteniendo resúmenes simbólicos de la raza humana: una grabación de la novena sinfonía de Beethoven, una Biblia, una película (*Qué bello es vivir*), una escultura, una reproducción de *La Gioconda*, y tú añadiste un preservativo; símbolos lanzados al cosmos con el ánimo de encontrar vida inteligente al otro lado del espacio y del tiempo. Se habla poco de la sexualidad de los extraterrestres. Pocas películas tratan ese tema.

Pero tienes la certeza de que estamos solos en el universo. Y que esa soledad demuestra palmariamente que somos seres imaginarios. Estás aquí, esperando a un periodista, recordando a las docenas de Sempronios con quienes has cruzado miradas que contenían este lodo final de las sociedades, de las esclavitudes, de los amores y de la carne enferma.

Recuerdas que cuando tenías dieciocho años te aprendiste un poema de memoria. Nunca lo has olvidado, a pesar de que tu cerebro envejece, comienzas a decírtelo a ti mismo como si fuese una oración:

Imagínate ahora que tú y yo
muy tarde ya en la noche
hablemos hombre a hombre, finalmente.
Imagínatelo,
en una de esas noches memorables
de rara comunión, con la botella

medio vacía, los ceniceros sucios,
y después de agotado el tema de la vida.
Que te voy a enseñar un corazón,
un corazón infiel,
desnudo de cintura para abajo,
hipócrita lector —*mon semblable,—mon frère!*

Porque no es la impaciencia del buscador de orgasmo
quien me tira del cuerpo hacia otros cuerpos
a ser posible jóvenes:
yo persigo también el dulce amor,
el tierno amor para dormir al lado
y que alegre mi cama al despertarse,
cercano como un pájaro.
¡Si yo no puedo desnudarme nunca,
si jamás he podido entrar en unos brazos
sin sentir —aunque sea nada más que un momento—
igual deslumbramiento que a los veinte años!

Para saber de amor, para aprenderle,
haber estado solo es necesario.
Y es necesario en cuatrocientas noches
—con cuatrocientos cuerpos diferentes—
haber hecho el amor. Que sus misterios,
como dijo el poeta, son del alma,
pero un cuerpo es el libro en que se leen.

Allí, en ese poema, se habla del «dulce amor», pero es una mentira piadosa. Los cuatrocientos cuerpos sí son ciertos, es la medida precisa. No sabíamos la cantidad, hasta que se publicó este poema. Podíamos pensar que veinticinco eran suficientes. O tal vez tres. O tal vez uno. O tal vez cinco mil. O tres mil doscientos veinticinco.

Nadie sabía la cantidad, era un misterio de la especie, hasta que llegó este poema y reveló la cantidad: eran cuatrocientos. No es una cantidad simbólica. No es una cantidad cabalística. No es una cantidad literaria. Es matemática. Es

precisión. Es iluminación. Es ciencia. Gil de Biedma escribió un poema científico porque él no era un poeta sino un hombre de ciencia y halló el número perfecto: cuatrocientos.

Tienes que interrumpir tu santa oración, tu santo poema, porque acaba de llegar el periodista. Es una mujer. Es una mujer rubia. Os presentáis. Lleva las uñas pintadas de rojo. Cabello largo, un poco de carmín rojo en los labios. Tendrá entre treinta y ocho y cuarenta años, no sabes precisar, te inclinas por treinta y ocho. Nunca treinta y nueve. Es curiosa tu capacidad para averiguar la edad de las mujeres. Solo con intercambiar tres palabras sabes que no vive en pareja. Pides otro vino blanco y ella pide lo mismo que tú. Sempronio sabe que es tu tercer vino blanco. Sempronio lo sabe todo ya de ti. Ella justifica su retraso de un cuarto de hora, aludiendo al tráfico de Madrid. Trae tu última novela muy subrayada, con muchas notas. Se llama Alicia Corcuera. Tiene unos hermosos ojos azules. Deduces por sus gestos que viene de una ruptura de pareja, tal vez matrimonial; si es una ruptura matrimonial, la dulce Alicia no estará para muchos cuentos; si es una ruptura de pareja, tal vez sí esté para tus cuentos de siempre. Habláis de libros, de tu libro. Alicia hace observaciones inteligentes sobre tu libro. Has visto un poco de su sujetador, es negro, con encajes. Su blusa ha permitido, en un gesto de sus hombros, ver esa prenda que siempre te ha producido amor y terror al mismo tiempo, desde los dieciocho años, desde que leíste el poema que Alicia no ha permitido que te autorrecitaras entero, a modo de salmodia.

Sabes que vas a iniciar una maniobra peligrosa. Sabes que quieres tirarte a esa piscina sin agua. No quieres ni esperar a tener suficientes elementos de juicio. La conversación literaria está cruzando la media hora cuando decides coquetear abiertamente. Esperas un desplante contundente de Alicia, o con suerte una insinuación cortés de que vas por mal camino. Lo que obtienes, sin embargo, es algo muy extraño. Se hace el silencio. Un silencio muy hermoso. Un silencio maravilloso. Y Alicia se queda mirando tus ojos fijamente. Todo ha cambiado. Todo ya es otra cosa. Te está mirando a los dos ojos a la vez, o tal vez un rato al ojo derecho, otro al ojo izquierdo, pero intensamente. Daña esa mirada. Calla y mira. Es como si Alicia hubiera entrado en un mutismo sólido, porque sus ojos se hacen más hermosos, y sus dudas se hacen carnales a través de la mirada. Ahora sí que la codicias de verdad, codicias su duda. Te

enamoras de su duda.

Tú le sonríes, y le dices «quédate a comer conmigo, estoy tan solo en este mundo», pero es una frase repetida, es la frase con la que has abierto las grietas de la mirada de Alicia. «No nos conocemos de nada», te está diciendo, finalmente, Alicia. Y sigue mirándote y otra vez vuelve el silencio. Es tu cuarto vino y el segundo de Alicia. «Pero tendrás que almorzar en algún sitio», le estás diciendo a Alicia. Todo lo envuelves en una apariencia de comedia romántica hollywoodiense, pero no hay nada de comedia. Alicia sabe perfectamente qué tramas y acepta. Eso es lo más fascinante, casi lo demás no cuenta, el momento de la aceptación, un momento luminoso, un momento ilusionante; debería detenerse el tiempo y la vida en ese momento; porque lo que viene después es un desguace y un deterioro lento y cruel de ese gran momento. No sabes por qué acepta Alicia. No tienes ni la más remota idea. Nadie lo sabe, nadie conoce el misterio de la aceptación, el gran misterio que mueve la Tierra.

Son las cuatro de la tarde. Casi no habéis comido nada. Estáis en tu habitación Alicia y tú. Le has dado un beso muy hondo en el ascensor. Cuando entráis en tu habitación, ella se sienta en un sofá y tú enciendes el portátil y pones canciones de Bob Dylan. Y le dices a Alicia esta frase «la única forma que tenemos de luchar contra el capitalismo universal, contra la forma sombría de la Historia bajo la que vivimos, es con actos de Amor, aunque sean actos desesperados, indignos, desaconsejables, inmaduros, abyectos y tristes».

Entonces Alicia se echa a llorar. Se ha levantado del sofá y sigue llorando. Es un llanto tranquilo, suave, no muchas lágrimas, pero lágrimas reales. Y mientras llora y sin que tú se lo hayas pedido se va desnudando. Alicia se ha quedado desnuda ante ti. Tiene un cuerpo bellísimo. Es demasiado hermosa. Lleva un tatuaje en un pecho, es el dibujo de unas olas de mar. Le dices a Alicia que no tienes preservativos. Otra vez necesitas a Sempronio. Ella se niega a hacerlo sin preservativos y tú también. Telefoneas a recepción. Al rato, llaman a la puerta.

—Mira, disculpa, es algo especial. Es un favor especial. Sabré recompensarte.

—Lo siento, señor, ese servicio no entra en este hotel.

—Claro —dice Alicia—, esto no es el tercer mundo. Es un hotel serio.

Incluso puede que te cobren habitación doble. Qué vergüenza.

Te vistas. Sales del hotel buscando una farmacia. Por suerte encuentras una. Regresas al hotel. Cuando abres la puerta de la habitación te topas con Alicia vestida, peinada, arreglada. Te da un beso en la mejilla y se marcha.

—¿Puedo llamarte?

—No.

El «no» de las mujeres es el terror puro, es el III Reich ese no. Alicia se marcha. Aun así, a los tres minutos de que se haya marchado, le envías un WhatsApp que dice «venimos a este mundo a amar y a ser amados». Piensas que hará algún efecto. Decides ducharte, ya no tiene sentido, dada la hora, intentar dormir una siesta. Te quitas la camisa. Y en ese momento llega un WhatsApp de Alicia, que dice: «Abre la puerta de tu habitación». Abres la puerta y allí está Alicia. Como no llevas la camisa, pone su mano abierta sobre tu pecho y te empuja hacia dentro. Estampa su mano, con las uñas pintadas, en tu pecho. Te besa con furia. Otra vez la furia, ¿qué es eso? ¿Qué es la furia? Está vacía, la furia está vacía, y creemos que está llena. En ese momento piensas en el actor porno Nacho Vidal, has visto sus vídeos muchas veces. Y tienes una iluminación: ese hombre no ha hecho el amor en su vida. Miles de veces ha eyaculado sobre mujeres, miles de veces ha penetrado a mujeres por todos sus orificios; sin embargo, jamás ha hecho el amor.

—No me interesa el sexo —le dices a Alicia.

—A mí tampoco —dice ella.

De modo que estáis desnudos sentados encima de la cama y de vez en cuando os dais un beso en la boca. Y recitáis poemas, poemas que os sabéis de memoria. Ella se sabe poemas de Antonio Machado. Tú, poemas de Jaime Gil de Biedma. Eso hacéis. Es bonito.

—He vuelto porque te quiero, es absurdo, un hombre al que acabo de conocer, parezco una extraterrestre, y cuando decimos que no nos interesa el sexo estamos diciendo que nos interesa algo muy superior al sexo, la superación de eso. ¿Se puede superar eso?

—¿Qué es eso? ¿A qué llamas eso?

—A la necesidad de otro cuerpo, tan asfixiante, tan imposible de vencer. Estoy casada, amo a mi marido, no sé qué estoy haciendo aquí, tengo ganas de echarme a llorar. Soy una puta.

—No hemos hecho el amor, estamos aquí, sentados encima de una cama, desnudos, pero no hemos hecho nada. Cero culpabilidad. Estamos recitándonos poemas, eso es todo. Excelentes poemas. Es una velada literaria esto. Cero culpabilidad, mi niña.

—¿Soy tu niña?

—Sí, lo eres. Eres santa y buena.

—Me apetece llamar a mi marido.

—Llámale.

Entonces Alicia se levanta de la cama, contemplas su hermoso y perfecto culo blanquísimo, coge su móvil y llama. La oyes hablar con un tal Gabriel. Estás sentado a su lado. Ella está desnuda. Habla con ese hombre. Dudas, pero mucho, de que ese hombre sea su marido.

—¿Qué estás haciendo ahora? —pregunta Alicia por el móvil—. Te ordeno que lleves tu mano a ese sitio, que te toques esa enorme polla de hombre oso que tienes.

Contemplas cómo Alicia comienza a tocarse su sexo y empieza a gemir. Ordena cosas en dos frentes distintos. Cuando te habla a ti pone opción *mute* en el móvil.

—Ahora quiero que vengas aquí.

Y se abre de piernas.

—Dime cómo está tu miembro —le dice a su imaginario marido—, quiero que comiences a pajearte. Quiero que pienses que tu mano es mi mano, mi delicada mano.

Vuelve a la opción *mute*.

—Quiero que me folles —te dice Alicia.

Tú obedeces. Ella te deja oír un poco los gemidos que suenan al otro lado del móvil. Ella gime también.

—Tú no puedes gemir —te ordena Alicia—; si gimes, no me follas. Elige. No quiero que mi marido, el hombre oso, sepa que hay alguien aquí, ¡me oyes, perro!

infiel y con cuántas. Cree que no lo sé, y lo sé. Claro que lo sé. Pensé en dejarlo, hace tiempo, al principio, cuando me enteré de las primeras veces. ¿Las primeras veces? Fue siempre así. Él es así, imanta. No es que sea irresistible, ni ninguna de esas cosas. Provoca ternura y provoca una atracción insuperable en cierto tipo de mujeres, en muchas, en demasiadas. Es su don. Un don maligno, porque le destruye. Él lo sabe. Él lo llama —yo lo sé— el luminoso regalo, pero es un don maligno, simplemente. Es una maldición sin contenido. Cuando era joven, se manejaba bien con el don maligno; la fuerza de su juventud se imponía a los poderes del don. El tiempo ha ido pasando. Él ya no es tan joven. Es un hombre maduro, nota ya los mordiscos. Sabe que me está perdiendo. Advierte su deterioro mental. El don le aleja de mí y eso lo matará. Estábamos hechos el uno para el otro, había una fuerza sobrenatural que nos unía. Supe que nos destruiríamos si nos separábamos. No sé qué clase de amor ha sido el nuestro, muchas veces prefiero no pensarlo. Nos ha estado vedada la felicidad desde siempre, y sin embargo no podemos separarnos. Hemos alcanzado la indisolubilidad del matrimonio. Tenemos muchos problemas, pero estamos juntos. Es lo único que ha construido él en la vida: estar conmigo.

No tiene sentido que mienta aquí, en esta última convocatoria de la verdad. Tampoco yo le fui fiel. Lo he hecho tan bien que él se dejaría desollar vivo antes de creer una cosa así. Su narcisismo doloroso le impidió verme. Fue un compañero de trabajo, hace dos años. Creo que los dos estábamos pasando por lo mismo. Él estaba casado y amaba a su mujer. Yo estaba casada y amaba a mi marido. O creíamos que los amábamos, ya no sabemos nada.

Angelo fue destinado a mi departamento. Era amable y simpático, también muy guapo. Tenía y tiene una conversación alegre, llena de vida. No agobiaba. Era dulce. Alto, moreno, un poco más joven que yo, tres años menos. Vi su ficha. Una tarde me quedé hasta casi la medianoche en la oficina, trabajando en un proyecto nuevo. Pensé que no había nadie, que ya todo el mundo se había marchado. Fui al cuarto de baño. Es un cuarto de baño para directivos, que no distingue sexos. Abrí la puerta y allí estaba Angelo. Se estaba masturbando. Vi su rostro en el espejo, angustiado, desencajado. Cerré la puerta. Y me fui a casa. Toda la noche estuve pensando en ese rostro. Era un rostro enamorado de la nada. Al día siguiente nos miramos con nerviosismo. Coincidimos tomando

café. Angelo estaba aparentemente normal, pero yo estaba muy excitada. Hice lo posible para que no se sintiera avergonzado. Fui amable con él. A la semana de aquello coincidimos en una fiesta de cumpleaños que daba un directivo de la empresa. Víctor estaba en Madrid. Los dos fuimos a esa fiesta con el mismo propósito. Me seducía esa coincidencia tan grande en el propósito; me perturbaba; me ilusionaba. Fuimos directos a hablar el uno con el otro, aunque disimulando muy bien. El alcohol hizo el resto. Angelo sugirió que nos fuéramos a un sitio más tranquilo. Angelo estaba muy nervioso. No quería que nos vieran salir juntos. Yo soy más fría, yo sabía perfectamente cómo se delatan los amantes y cómo no. No porque tuviera experiencia en eso; simplemente, lo sabía.

Fuimos a un bar de copas. Hablamos de películas, del trabajo, de viajes, de ciudades. Angelo estaba bebiendo mucho. Sin embargo, su conversación era agradable y me excitaba. No hacía falta que bebiese tanto, pero no podía decírselo. No hacía falta que bebiese tanto para hacer finalmente lo que hizo: darme un beso en la boca. Fue acercando su rostro hacia el mío, muy lentamente. Me pareció romántico. Yo también estaba un poco nerviosa en ese momento. Quise gozar de ese instante en que el mundo desaparece, en que se rompe y una realidad distinta crece delante de tus ojos. Su beso me hizo feliz.

Capítulo 4: The Wicker Man

Algún día de mayo de 2007

Bailas con desconocidos a los que luego invitas a tu piso. Es lo pactado con el Bastardo. Como eres extremadamente guapa y extremadamente rubia, los desconocidos aceptan pagar el taxi, esa ficción también está pactada. Es un viaje que de repente se hace inesperadamente largo: desde la discoteca a un piso de protección oficial de los años cincuenta. El piso lo alquiló él, el maldito enamorado. Un piso de arrabal. Pero tú eres tan extremadamente hermosa, tan joven. Te tatuaste con gena un dibujo enigmático en el bajo vientre y una flor de lis en el hombro. Fue el célebre periodista quien eligió esos tatuajes y tú te dejaste, le complaciste. Tus ojos son azules y prometen con precisión una felicidad dura. Llevas sandalias de diseño, que en modo alguno hacían presagiar ese piso. No aclaras nunca el asunto del piso y luego es ya tarde, pero tu acompañante, imaginas, lo sabe. El bolso es muy mono. Es un bolso caro que tampoco hace presagiar un piso de protección oficial de los años cincuenta del siglo pasado. Hueles tan bien. Hueles a Allure de Chanel. Hablas de tus amigas, de muchas amigas, de amigos, de tu jefe, de tu trabajo, eso también estaba pactado. Alguien que habla de tantas personas no debería tener un piso así, un piso que supuestamente debería pertenecer a alguien que no habla de nadie, que no puede hablar de nadie y que no puede albergar ni la ilusión de tener un jefe. Esa es la gracia erótica de todo esto, dijo el Bastardo. Es un regalo para mi amigo, añadió.

Dices que eres directora de una revista de moda. Es entonces, cuando dices lo de directora de una revista, cuando se puede llegar a pensar que el piso esté muy reformado por dentro, que sea un piso de diseño. Pero las escaleras, el patio, los buzones, una bici destartada deshacen esa ilusión. Nada más abrir la puerta del piso esa ilusión se corrompe. Hay un póster en el recibidor. Es el póster de una película. La película es *The Wicker Man*. Lo eligió el Bastardo: debes aclarar urgentemente que entonces no era el Bastardo, sino tu Amor y que le estabas complaciendo. Pero entonces le das un beso, un gran beso lleno de luz y de sed, estaba también pactado y tú querías complacer al amor de tu vida. Y los ojos hablan. Hay dos idiomas. Tú hablas con la boca y hablas con los ojos. Hay tres idiomas. Tú hablas también con las manos. Unas manos con las que solo se puede hacer el Bien.

Entráis en el dormitorio. La cama está sucia y se ve un colchón de espuma, viejo, roto. Las paredes desconchadas. Pero entonces él ya se ha desnudado. Y al contemplar su cuerpo ves una autopista, una circunvalación, un túnel de lavado de coches, una gasolinera abandonada. Y sin embargo, lleva un tanga pese a ser un gordo nauseabundo. Descubres en ese momento que no es su amigo. Y entonces te arroja sobre la cama. Y se oyen unas voces que suenan debajo de la cama, justo debajo de los doblados muelles. Unas voces humanas. Y se oye un despertador de cuerda que suena dentro de la mesilla. Y tú hablas cuatro lenguas: la lengua de tu boca, la de tus ojos, la de tus manos y la de las autopistas de tu cuerpo roto. Y está la quinta lengua. Y preguntas por la quinta lengua. La quinta lengua es el idioma en que están hablando los hombres que murmuran debajo de la cama. Son dos hombres. Tu enamorado, Arturo, que está debajo de la cama, y su amigo, que no es el hombre que ahora te penetra. Es un salvaje el que te está follando. Y es imposible no mirar debajo de la cama. El Bastardo está allí, con su amigo, riéndose los dos, con una botella de whisky Cardhu en sus manos. Felices los dos de que hayas accedido a follar con un desconocido, con un gordo deforme, con un camarero hediondo, viejo, que farfulla un español sucio, que tiene una polla descomunal, y que no es amigo de nadie.

Capítulo 5: Cumbres borrascosas

Algún día de mayo de 2007

El dolor suele llegar en forma de tigre misericordioso. Recuerdas ahora a todas las mujeres que te abandonaron. ¿Qué estarán haciendo en este mismo instante? Te dejaron sin más. Eligieron otra cosa. Tú las recuerdas con una precisión no de este mundo. Dices haberlas olvidado, pero eso lo dices para tu consuelo, para poder seguir vivo. ¿Por qué te dejaron? Nunca te dieron explicaciones. O no las supiste oír. Suelen ser vagas las explicaciones de las mujeres. Ponen una sonrisa de circunstancias o un gesto inexpresivo o incluso un gesto convencionalmente sereno, tras cuya serenidad hay cierto aire hostil. Toda una química gestual que no deja lugar a dudas: te están dejando.

Y tú ya sabes que el problema acaba siendo siempre otro. Ellas parecen no percibirlo. Se marchan al pasado, esa es la tragedia. A los diez minutos de haberte dado el adiós definitivo, ya están allá abajo, y eso es lo que te duele. La lejanía del tiempo pasado, eso es lo que te mata.

Claro que las amas, pero te ves abocado a amarlas en el pasado. Se marchan. Es hermoso ver cómo dicen adiós. Algunas sonríen. Ellas sufren menos. O las que a ti te dijeron adiós sufrieron menos, al menos eso crees. Claro que en realidad tú no dijiste adiós a ninguna, aunque solo fuese por cortesía, por elegancia, por estilo.

Te encontraste con Marta en la Fnac de Callao. Fuisteis amantes en los años noventa, a finales, cuando aún vivías en Madrid. Hacía muchos años que no os veáis. Os quedasteis mirando a los ojos fijamente. Tú ibas con Elena, pero en ese momento Elena estaba en otra sección, de modo que estabais solos. Cómo te miró Marta. Cómo la miraste tú. Iba tan pintada. Iba tan arreglada, demasiado arreglada para no haber quedado con alguien; llevaba un vestido súper mono. Olía tanto a Belle d'Opium de Yves Saint Laurent. Sus uñas rojas sostenían un libro en una mano. Y por fin dijo que había quedado con un amigo. Pero la odiaste. Y mucho. Porque podías leer en su cerebro, en su alma. Y viste que ya no era tu Cathy, pero tú sí seguías siendo Heathcliff. Os pusisteis nerviosos. Hace años, estuviste a punto de irte con ella, pero al final ella siguió con su novio, con el que no era demasiado feliz, o eso dijo. Lo que sí te dijo fue «adiós». Te acuerdas de la última conversación en un bar. «No podemos seguir así, tenemos que dejarlo, eres un hombre apasionante,

vamos a ser buenos, sí, vamos a ser buena gente y no vamos a hacerles daño, no se lo merecen.»

Pero tú sabes que no fue así. Nunca fue así. Sueñas con que hubiera sido así siempre. Pero nunca era así. Ellas esperaban que dieras un paso. Estaban esperando tu paso. Y tú no lo dabas. Imaginabas que te dejaban ellas. Pero esperaban tu paso. Eran grandes mujeres, maravillosas mujeres. No querían pedírtelo. Tenía que salir de ti. Te querían y era tan grande su delicadeza que jamás te acosaron con la demanda terrible. Nunca te la hicieron. Nunca te lo pidieron.

Quiero hablar de Marta. Y no sé hablar de ella. Era rubia, como todas. Todas eran rubias. Necesariamente rubias. Solo has amado a mujeres rubias. Di por qué, ahora puedes decirlo ya. Puedes decirlo ya, porque *el luminoso regalo* te contempla ya como verdad. Dilo. Amaste a mujeres rubias porque tu madre era rubia. Exactamente por eso.

De modo que las mujeres rubias simbolizaban el sol, el mal y a Dios.

Cuando tenías once años, te enamoraste de una niña rubia.

Cuando tenías doce años, te enamoraste de una niña rubia.

Cuando tengas tres mil años, te enamorarás de una niña rubia.

Si consiguieras saber exactamente qué es eso, llámalo «doradas cabezas», como si fueses Garcilaso de la Vega o alguien así.

Las doradas cabezas, las manos con los dedos largos y las uñas pintadas muy de rojo, y mucho carmín rojo en los labios, como Ester.

Pero antes de Ester estuvo Marta. ¿Quién de las dos tenía el pelo más largo? Porque has adorado las largas cabelleras. Las melenas interminables. Las dos tenían largas melenas. Tal vez más Ester porque era más joven que Marta. Te ha gustado tanto entrar con tus dedos abiertos en esas cabelleras salvajes. Retener el pelo de ellas en tus manos santísimas.

Con el paso del tiempo las mujeres comienzan a renunciar a las largas melenas. Será por una razón práctica. Una gran melena exige tiempo y cuidados y el pelo se va cayendo. Mejor no pensar en la razón.

Estabais allí en la Fnac, mirándoos y recordando lo que hicisteis en su día. ¿Cómo recuerdan ellas? ¿Cómo recuerdas tú? Temblaste. Estaba tan hermosa y dijo «he quedado con un amigo» y ese amigo no eras tú, pero una vez sí lo fuiste. De modo que, años atrás, podría haber sido otra la escena. Ella se

encuentra en la Fnac a un antiguo amante y el amante tiembla y hablan de tonterías, ella va muy arreglada y muy mona, y entonces dice «he quedado con un amigo» y ahora sí, ahora ese amigo eres tú.

Cómo son los días de tus antiguas esposas. Cómo son. ¿Qué hacen? ¿Cuántas veces hacían el amor? ¿Una a la semana, dos, tres? ¿Ninguna? ¿Qué fue de Marta? ¿Dormían bien? ¿Engordaron? ¿Enflaquecieron? ¿Ascendieron en sus puestos de trabajo? ¿Fueron felices con sus asquerosos maridos? ¿Las llevaron de vacaciones al Caribe? Qué porquería.

Ellas se conformaban. Las mujeres aceptan, y no sufren tanto. Excepto Cathy, que murió de amor, porque en realidad amaba a dos hombres, mucho más a uno que al otro. Pero eligió morir, era la mejor salida. Como tú eliges eso. Cathy tuvo la suerte de que Emily Brontë le inventara una muerte espiritual, unas fiebres misteriosas o algo así, esas cosas del siglo XIX, tú tienes que morir de otra forma. Estás obsesionado con *Cumbres borrascosas*, es la novela de tu vida.

Porque tú eres Catherine Earnshaw.

Yo soy Catherine Earnshaw.

Tienes el número de Marta marcado en la pantalla de tu móvil. Pero no te atreves a apretar el botón verde. Llegas hasta allí; llegas hasta marcar el número entero: 6569909XX, pero no aprietas el botón verde. Hazlo. Hazlo. Hazlo.

Por qué te enamoraste de mí, Marta. Estabas loca o qué. Por qué demonios teníamos que hacer el amor en tu casa, en la cama en la que dormías con tu chico, o tu novio, o tu marido. Perdón: por qué me enamoré yo de ti. Por qué tu pelo era tan rubio. Era casi tan rubio como el de Ester. Ester es inmensamente rubia. Necesitaría tener vuestros cabellos aquí delante y observarlos con Rayos X, a ver cuál era más rubio.

Después de hacer el amor, me dabas una toalla y me mandabas al baño. Y yo me metía en tu baño como si fuese un íntimo amigo de tu marido. Y luego me quedaba mirando la toalla. Y pensaba «esta toalla es de Marta o es de su marido o es de los dos, será de los dos, claro, qué tontería». Básicamente, me lavaba la polla. No sé, no tenía mucho sentido darse una ducha larga. Lavarse el pelo, por ejemplo, me parecía absurdo. Pero tú siempre hacías lo mismo. No sabía muy bien qué lavarme allí dentro de la bañera. Siempre me pasó eso

en tu casa.

Salía de la ducha y me quedaba mirando mis pies mojados. Luego volvía contigo y me quedaba mirando tus pies secos, sobre la cama. No entiendo por qué me mandabas solo a la ducha. ¿Por qué no venías conmigo? ¿Por qué nunca nos duchamos juntos? Imagino que me tendré que morir sin saber esto. Me tendré que morir sin saber tantas cosas.

Pero cómo preguntarte una cosa así, en mitad de la Fnac, después de tantos años; seguro que te tomabas a mal la pregunta; seguro que pensabas que te quería insultar o algo así; y te juro que solo es curiosidad.

Por lo demás, te amé como un loco, y tú a mí no. Una vez tuvimos una breve conversación muy bonita. Yo te pregunté por tus padres. Tu padre había muerto. Yo te pregunté si tus padres se amaron.

—Supongo que sí —me dijiste.

Lo dijiste con tanta normalidad, con tan poca convicción que en ese instante aún te quise más, porque vi que eras un misterio. Vi que me había perdido unos treinta y ocho años de tu vida, que era la edad que tenías cuando te conocí. Y encima tu padre ya estaba muerto y no iba a poder conocerlo nunca.

Me volví loco, de repente quería conocer a toda tu familia. Ni siquiera llegué a conocer a tu hermano. No llegué a conocerte para nada. Y sin embargo, nuestro vínculo es atroz por toda la eternidad. Y sé perfectamente que aún me amas y me amarás siempre, pero si nos encontramos en la calle, tú huyes.

Sé que te pasó una cosa importante. Te comparaste con Elena. Lo sé. Pensaste que tú eras inferior. Y te equivocaste. Tú eras tan maravillosa y buena como ella.

Marta, creo que fuiste la mujer más humilde de todas a cuantas he amado.

Recuerdo otra conversación muy bonita, y esta es ya la última, antes de decirte adiós.

—Te temo —dijiste—, te temo como a las águilas, cuando estoy en la montaña, de excursión, y pienso que van a descender desde las alturas y me van a arrancar un brazo.

Y hay otra cosa que me quedaré sin saber. Un día, en tu casa, yo no conseguía correrme y tú dijiste «no estoy dispuesta a decirte guarradas». Yo

tampoco te lo había pedido explícitamente, pero era obvio que lo necesitaba. Cuando acabó todo dijiste «yo te buscaré amantes con las que te correrás sin problemas». Creí que tu comentario era una broma o algo así. Además, en ese instante, yo estaba pensando en mí mismo, en mis problemas sexuales. Oí tu frase, pero no le presté atención. Meses después, cuando ya habíamos roto, volvió esa frase a mi cabeza. Y me di cuenta de que no me lo dijiste como una broma, sino que tú conocías a esas mujeres.

Pero claro, cómo preguntarte una cosa así, en medio de la Fnac, después de tanto tiempo. De modo que ese misterio también me lo tendré que llevar a la tumba. ¿Qué quisiste decir?

El águila, las toallas, la ducha solitaria, tu padre muerto, el amor de tus padres, esas amantes de las que me hablaste, todo eso se pudrirá con nosotros.

Cuántos misterios me dejaste, Marta.

Cuántos dolorosos misterios, que me consumen.

Mira que podíamos haber sido felices juntos. Millones de horas perdidas. Ahora lo sé, sé perfectamente que estábamos hechos el uno para el otro. Ah, y otra cosa, nunca me dejaste que te comiera el coño. Y eso, ¿por qué? Joder, otro misterio, Marta. Es ponerme a recordar y salen misterios por todas partes. Tú en cambio me comías la polla con una ternura que me enamoraba. Ibas con la lengua de un extremo a otro de mi polla y luego me mirabas con una sonrisa. La primera vez dijiste «necesitaba esto».

La manera en que me dabas la toalla era un prodigio. Abrías un armario y sacabas la toalla. Veía tu mano ir hacia la mía con la toalla. No me mirabas entonces. Yo tocaba la toalla. Y pensaba «Marta te está dando una toalla, una toalla de su casa, como si fuese tu esposa».

Tú pensaste que no me había enamorado de ti. Pero sí, me enamoré. Tuve miedo, eso es todo. Tú también lo tuviste. Tenías a tu chico y yo a mi chica. Necesitábamos un certificado de garantía, ¿verdad? Y eso no lo dan en ninguna parte.

—Sé que no dejarás nunca a tu mujer y a tu hija recién nacida —dijiste.

Te faltó fe. Las hubiera dejado. Así es, rubia mía, te faltó fe. Y probablemente tampoco me querías tanto. Y estaba tu novio o tu chico o tu marido, bueno, era lo que encontraste en la vida. Y eso te pareció suficiente. Seguro que os vais los veranos a la playa. A Fuengirola, o a Marbella, o a

Torremolinos. Seguro que se ha comprado un BMW de segunda mano, pero con muy pocos kilómetros, unos veinticinco mil. Y vais los dos en el BMW. Y ya ni te acuerdas de mí. Eso querrías tú, no acordarte. Eso queremos todos, no acordarnos.

Dijiste «lo arreglaremos». Te referías a ti y a tu pareja. Casi me muero de risa cuando te oí decir eso. «Lo arreglaremos.» Pero ¿cómo se puede arreglar eso?

Y ahora yo voy a decir tu nombre completo. Al fin y al cabo, antes he puesto tu número de móvil. Te llamas Marta Celaya Astún. Eras y eres abogada. Vives en Madrid, en un apartamento monísimo de la calle Fuencarral. Esa eres tú. Aunque tus padres eran aragoneses, de Zaragoza, ciudad en la que he estado varias veces dando charlas y promocionando mis libros. Nadie lo sabrá nunca, tu nombre. Estas páginas serán tan inexistentes como nuestros cuerpos dentro de doscientos millones de años. Tan inexistentes como el Quijote de la Mancha.

¿Por qué nunca dejaste que te comiera el coño? Imbécil de mí, jamás te lo pregunté, y ahora, dime, ahora a quién se lo pregunto. ¿A tu novio? ¿A tu padre muerto? ¿A Dios Nuestro Señor? ¿Tiene que ver con que fueras de Zaragoza el que no me dejaras comerte el coño?

Marta Celaya Astún, te amé y te sigo amando. Te amo como un loco hijodeputa. Maldita sea haberte encontrado en la Fnac, comprando libros. Maldita sea. Estás guapísima. Estás mojada. Puedo olerte el coño a cien kilómetros de distancia.

—Ya sé que te va muy bien, te felicito por tus éxitos, por tus libros, ahora me tengo que marchar. No, no puedes besarme. ¿Temes que nos vean juntos? ¿Dónde está tu mujer?

Capítulo 6: Desgracia

Febrero de 2013

Amor mío, ¿qué va a ser de nosotros?, ¿qué va a ser de nuestro amor? Estás sentado a mi lado, en nuestra cama, y comienzas a contármelo todo llorando. Suplicas que no te abandone. Todo es locura y tormenta a nuestro alrededor. Te he abofeteado varias veces ya. Pero sigues llorando, implorando perdón. No tienes fuerza para vivir sin mí. No has sido capaz de callarte tus infidelidades, has tenido que contármelas. Gritas «Elena, perdóname, te amo», palabras vacías o puede que palabras llenas, pero solo palabras. Y aún buscas mis labios, en un ejercicio de desesperación infantil. Yo solo quiero que te marches de aquí para siempre. No quiero volver a verte. Hemos estado doce años juntos. Es imposible pensar la vida el uno sin el otro. Te estás muriendo. Eso te pasa: te estás cayendo muerto a mis pies. ¿Por qué has sido tan cobarde de verbalizar lo que yo ya sabía? ¿No te das cuenta de que no era necesario? Y tú dices que sí, que era necesario. Quizá ese sea el gran debate del mundo: qué es necesario revelar en el amor, qué podemos callar y qué no podemos callar, hasta dónde es posible aminorar nuestras dignidades; la verdad y la mentira; el amor y la necesidad. Existen matrimonios infieles que se van a la tumba con absoluto silencio. Existen matrimonios infieles que se van a la tumba con todos los hechos descritos y narrados. El final es el mismo, en cualquier caso. Nuestros problemas morales no afectan al orden biológico de la especie. No es eso. Me da igual que metieras tu polla donde te diera la gana. Es, simplemente, que ya no nos amamos. O puede que sí nos amemos. Puede que en realidad nunca sepamos si nos amamos o no en este instante. Lo que sí es cierto es que ya no quiero vivir contigo, aunque te ame, aunque tú me ames con locura.

Te digo claramente lo que va a pasar: nos vamos a divorciar. No es por lo que tú te crees, amor mío. No es por tus infidelidades, no es porque piense que tu polla atravesó océanos de flujos vaginales y que en cada gota de esos océanos había una traición deshonesto contra todo mi Ser, que la había. Sí, eso también lo había. El matrimonio es la gran catedral de Occidente. No podemos vivir sin el matrimonio. El matrimonio es la creación más interesante de los seres humanos. El matrimonio es la empresa más sólida del Capitalismo Occidental, que creó la filosofía, el derecho, las matemáticas y los viajes

espaciales. Casi hablo como tú ahora, porque sé ser tú. En eso consiste el Amor. Hablo como tú, estoy dentro de tu cabeza, allí existe tu Elena. Tu cabeza, que te destruye; tu cavilar, que te consume, que te destruirá. Das pena con el vaso de whisky en la mano, hasta arriba. «Deja que beba al menos», dices. «Así al menos me anestésio», dices. Das pena, pero le das pena a tu Elena, la que puede salvarte de dar pena. A las otras, si les diste pena, la pena fue irredimible. Ya sé que sabes eso. Si les diste pena, también les diste asco, porque cuando no existe el amor, el hombre que da pena a una mujer que ha sido su amante se convierte en un ser nauseabundo, sucio, excremental.

Te digo claramente lo que va a pasar: vas a morir. Yo te voy a matar al abandonarte.

Te digo con precisión los siguientes pasos: venderemos el piso de Roma, repartiremos la venta del piso. Y yo me iré a vivir sola y tú te irás a Madrid, porque en Madrid tu fama literaria, que no tienes en Roma desde que te echaron del Cervantes, te servirá para sobrevivir holgadamente y para que estés ocupado y estés bien, para que sigas escribiendo, ganando dinero, no se te da mal ganar dinero, y follándote a todas las mujeres que puedas, que serán muchas y muy hermosas. Sé que pensarás en mí cuando te las folles a ellas. Conozco tu puta cabeza. Soy tú casi. Tu Elena. Te conozco como si te hubiera parido.

Llaman al portero automático. Es todo como una gran ceremonia de destrucción. Nuestro matrimonio se está desintegrando. Es hermoso, es como una vanguardia de nuestras vidas. Son los del servicio de urgencias. Entra un médico en casa. Tú tienes un ataque de pánico. Le dices al médico que tu mujer, o sea yo, va a abandonarte. El médico te mira con cara de compasión. Esperas una palabra amiga de quien sea. Pero no la hay. Llama a tus amantes ahora, llámalas.

Si te vieran así, si te vieran a los pies de un médico del servicio de urgencias. Si te viera así tu Ester. He visto los correos electrónicos y los chats. ¿No sabías que se quedan grabados en la opción «chat», en una pestaña de la derecha del programa? No supiste ni borrarlos, tu impericia informática es digna de compasión. No solo Ester, hay más, hay una Carmen, hay una Alicia, y está Elvira. Elvira, hijodeputa, nada menos que Elvira, esa es la que más me humilla. Y hay más: una Susana, una Lourdes, una Eva. Es un

cónclave. Un burdel. El médico me ruega que te diga algo amable. Pero no lo hago. Te van a poner una inyección de Valium. Es cierto, estás muy mal. Has empezado a morir. Vas a morir lentamente, pero yo no. Tienes un ataque de pánico. Has vomitado el whisky que te acabas de beber. Nada te calma. Sabes que todo ha acabado.

No te abandono por tus infidelidades. No te abandono ni siquiera porque las hayas verbalizado. No te abandono por orgullo. Te abandono por una corazonada. Te abandono por un acto de amor complejo. Te abandono porque nos amamos, sí, nos amamos. Hay una gloria destructiva en esto, es hermoso, creo que es hermoso. Alguna vez en la vida tiene que haber un huracán y un fuego purificadores, y eso es lo que está pasando, amado Víctor. Yo te amo y te dejo y es hermoso. Estamos llamando la atención del Universo. La atención de Dios y su hijo el Gran Jesucristo, que dirías tú, es tu lenguaje, me sé de memoria tu obra literaria, podría escribir y pensar como tú. Creo que soy tú. Te conozco aunque te disfraces de lo que quieras. Soy tu pensamiento. Dentro de ti.

Nuestra hija está presente. Lo está viendo todo. Yo quiero que lo vea. Quiero que vea la esencia de la vida humana, que es la relación entre hombres y mujeres. Es el amor y sus guillotinas.

Me hiciste el amor después de haber estado con esas mujeres. Con muchas no usaste preservativo. Sabes que tendremos que hacernos las pruebas del VIH. Y nuestra hija está allí delante, ¿la ves?

Vas ahora a tu despacho y me traes varios análisis médicos de distintos años, que tenías escondidos; te has estado haciendo las pruebas en silencio, dos veces al año te las hacías, incluida la sífilis, y eso sí que me parece encantador, muy decimonónico, que pudieras pensar que te estaban pegando la sífilis; me enseñas la última:

© Archivo personal del autor

Leo las palabras «Treponema pallidum», leo la palabra «enzimoinmunoanálisis», y me quedo fascinada y rota. Conociéndote, te imagino haciéndote esas pruebas en tus viajes a Madrid, porque son de clínicas privadas madrileñas los análisis que me enseñas. ¿Qué me estás queriendo decir, que al menos eras consciente de mí a nivel epidemiológico? ¿Es eso? Lo sé, sé que lo eras. Tienes un montón de pruebas. Es alucinante.

¿Dónde las escondías? Debiste estar obsesionado con esto. Debiste sufrir. Cuéntamelo. Me interesa. Quiero saber qué se siente, esperando durante una semana análisis como estos. ¿Que cómo sé que tardan una semana?, tú eres idiota o qué, eso lo sabe todo el mundo. Me dices que también te hiciste varios análisis por la saliva, cuando no podías esperar. Una técnica nueva. En veinte minutos sabes si el virus está en tu sangre. ¿Que como sé eso?, lo he leído, está en Internet, está en todas partes. Mientras esperas el resultado, una persona habla contigo, te transmite tranquilidad, serenidad, compañía, te informa sobre el VIH, te recuerda el uso del preservativo como única garantía. Me dices que no esperabas al periodo ventana y que eso hacía que te tuvieras que hacer tantos y tantos análisis y repetir las pruebas. Porque el periodo ventana exige la espera de tres meses como mínimo antes de hacerse la prueba, porque tres meses de vida son lo que necesita el virus para poder ser detectado, para hacerse visible, y algunos científicos sostienen que tres meses son insuficientes y hablan de seis meses. Seis meses para una seguridad absoluta. ¿Eres el hombre del planeta que más análisis de VIH se ha hecho en su vida? ¿Qué dice el Guinness de eso? Deliras ahora, me hablas de la sangre, de los flujos de la sangre, teorizas sobre las enfermedades venéreas, sobre las incoherencias de la naturaleza, me hablas de antropología venérea, del castigo innecesario de la promiscuidad, me hablas a mí de eso, a mí, que soy tu mujer. ¿Quieres que te recuerde la ordenación de la naturaleza? La naturaleza protege la maternidad antes que la fecundidad caótica, eso es lo que pasa, esposo mío. Elige la naturaleza, y elige proteger a las madres. Todo el mundo elige. El mundo es siempre una puta elección. Las madres son las elegidas por la naturaleza. Porque la naturaleza es una vieja conservadora; nos utiliza; creemos ser libres, creemos estar en pleno gozo cuando follamos, perdona la ordinariez, pero solo estamos protegiendo la continuidad de la especie. La naturaleza solo cree en sí misma, se sirve a sí misma. Ella es egoísta, no cree en nuestro placer. Todo son trucos. El truco del erotismo. El truco del enamoramiento. El truco de la promiscuidad. El truco de la libertad infinita en el amor. El truco del orgasmo. Todas son sus célebres mentiras. Hasta el Marqués de Sade tuvo madre y por tanto fue un querido hijo antes que el asesino más voluptuoso de la humanidad. Porque el único objetivo es la conservación de la especie. Y ten en cuenta que en la conservación de la

especie hay un significado que desconocemos. La naturaleza se perpetúa, solo quiere eso y nos utiliza. Eso es un misterio. Castiga la promiscuidad, la castigó con la sífilis en el siglo XIX, con el Sida en el siglo XX, y la castigará de otra forma en el siglo XXI, para proteger un orden, no es una cuestión moral, tiene que ver con las matemáticas celestiales, unas matemáticas inmorales, un ordenamiento, no una ética. Un mecanismo, no una religión. Un artilugio, no una moral. Una tecnología que aún no comprendemos, jamás un compromiso ni mucho menos una religión. Una tecnología, eso es, simplemente, una técnica. Una forma de no desaparecer. La gran mecánica celestial. Un orden matemático y físico, no moral. No pudimos admitir ese orden frío, e inventamos la moral, que es un orden caliente. Pero solo es frialdad. La verdad es fría como la nieve.

Te estás quedando dormido, pero durará poco. Despertarás en medio de llamas, de fuego, de dolor, de sufrimiento. Intentarás arrojarte por la ventana.

La destrucción de nuestro matrimonio es fuego solar. Morir es algo insignificante si se compara con la destrucción de nuestro matrimonio. Porque habíamos construido un matrimonio de acero.

Tu vida sin mí será el infierno. Lo sé. Lo sabes.

Bienvenido al infierno, amor mío.

No podrás trabajar. No podrás escribir. Tu literatura se irá a la mierda. No habrá nada bueno en ti. Porque yo he sido tú siempre. Cómo explicar esto. Yo siempre estaba allí. No les contabas a tus amantes tu historial clínico, claro. ¿Te veían beber, estaban ciegas? ¿Vieron tus ataques de pánico a las ocho y cuarto en punto de la mañana?, ¿eran tontas y cobardes? Pero te voy a decir algo maravilloso: eres la inocencia más pura que haya dado la vida humana. Y ahora sé que me adorarás, que me celebrarás en secreto, ahora que ya no voy a estar a tu lado, ahora que me iré con otros hombres.

Te duele eso: OTROS HOMBRES. Otros hombres a quienes besaré con pasión y con quienes copularé como una perra.

Toda nuestra juventud está consumada en estos años de matrimonio. Intenta cazar estos años con tus manos. No hay nada. O lo hay todo. Mira a nuestra hija. Intenta averiguar qué es nuestra hija. Es un cuerpo, claro. Todos somos un cuerpo. Te dejo, amor mío. Ahora sí. Yo sí podré. Nuestra hija se llama María.

Debo decir su nombre mil veces: MARÍA. Y ese nombre suena en ti, en las tristes paredes de tu corazón como un aullido, como una palabra que te conduce al Terror del espejo.

No te preocupes, en un acto de amor aún vivo, haré que lo consigas. Quiero que lo consigas. Quiero que puedas vivir sin mí. No estoy ni siquiera encabronada ni iracunda ni histérica ni ferozmente agresiva ni terroríficamente vengativa, pero te abandono. Y será bueno que esto ocurra. Yo también haré mis planes. Tú te morirás de melancolía un tiempo, pensando en que yo fui todo cuanto valía la pena de este mundo y que lo perdiste de la forma más miserable. Que yo fui tú. Y es verdad, estuve en ti en cuerpo y alma. Verás a María, pero no sabrás qué hacer con ella. Temblarás al verla, de pánico. Tendré que cuidarla yo. Tú no sabrías, no sabes, nunca supiste, nunca sabrás. Y sin embargo en eso, en cuidar a María, también había plenitud y felicidad que tú nunca supiste ver. Muchas de esas mujeres a las que te has follado renunciarían a todo el sexo del mundo por una hija como la tuya. Ellas, esas mujeres solteras. Eternamente solteras.

Podría citar millones de recuerdos. Nos hicimos mayores el uno al lado del otro. Todas las putadas que te gastó la vida yo te las reduje a una brisa incómoda. Ese era mi don. Es una gran despedida, a la altura de lo que fuimos. Todos acabamos igual. Yo sé que no fuiste feliz con todas esas mujeres, como sé que tampoco eres feliz conmigo. Has inventado algo nuevo para la historia del amor humano: la teoría de los grados. La medición de nuestra infelicidad, eso es tuyo. Einstein de las ecuaciones de la adversidad del corazón.

Mide la infelicidad. Mídela. Tus amantes: una infelicidad del 15, con momentos de euforia del 50, con momentos de abatimiento del 50. Tu mujer: una infelicidad del 10, con momentos de euforia del 0, con momentos de abatimiento del 0. Elige entonces. Eres tú el que nunca estuvo bien sobre la faz de la Tierra. Haz todas esas ecuaciones, que tus neuronas se conviertan a las matemáticas aplicadas. Saca tus conclusiones.

Eres tú, amor mío, el que nunca entendió el dinamismo simple de estar vivo, un resorte elemental y sereno, un encendido de la máquina y ya está, funciona y no hay más.

La noche de bodas. Me acuerdo de la noche de bodas. Increíble que quisieras correrte en mi boca. Eso no se le hace a una esposa, pero a mí me

pareció el anuncio de la felicidad conyugal. ¿Adónde seríamos capaces de llegar? En aquel hotel de cinco estrellas, con tantas toallas, con tantas luces, y sin embargo, ya estaba allí el primer frío, porque qué quería decir eso, qué estabas manifestando con ese deseo irracional de correrte sobre mi lengua, al modo como lo hacen las estrellas del porno. Yo te lo digo hoy: montañas de hielo, gigantescas montañas de hielo en tu corazón, un ser humano que no debería haber nacido, que debería haber permanecido en los espacios siderales como potencia, no como acto. Te digo todo esto porque te he querido. Solo el amor es capaz de tentar la verdad. Y meses después, intentaste el coito anal, y lo lograste. Y tuvimos que ir a ver a un especialista. Todas tus neurosis fueron cumplidas en mi cuerpo. Hice todo lo que me pediste, aunque no me gustara. Y tu enfermedad avanzaba. Imparable, como los cielos se mueven, las nubes, las tormentas, el viento, toda esa mierda a la que llamamos naturaleza. Te hiciste psicoanalizar en aquella época.

«Instinto y energía sexual fuerte y dominante», ese fue el resultado. «Normalidad psíquica», añadió el psicoanalista. «Libido con severos componentes obsesivos, con componentes de narcisismo e insatisfacción.» Leímos en un bar de Roma ese resultado. Nos reímos. Y bebimos whisky. Y me besaste.

No quiero hablar de la decadencia. Ya cesaron los besos.

Capítulo 7: Ester says: No diré tu nombre jamás

Diciembre de 2012

Soy tu puta. Hazme todo lo que quieras. Quiero subirme. Hay cosas que aún no hemos hecho. ¿Quieres que te cuente cómo me follaron los demás? Sé que eso te gusta: te desestabiliza emocionalmente, pero te pone a mil, a tres mil, porque sabes que les ganas y siempre les ganarás. Yo solo hago lo que a ti te dé placer. Escaso cerebro tú, mi bello amor. Sí, soy tu puta.

Lo gritaría a cielo abierto: Soy tu puta.

Quiero saber cuántas veces te pajeaste pensando en la primera vez, en nuestra primera vez. Cógeme el culo.

¿Quieres correrte en mi boca? Eres un cerdo.

Nadie me ha follado como tú. ¿Qué es esto? Dime, ¿por qué me pones como una moto?

Cómete mi coño, más.

Quiero subirme.

Quiero subirme.

¿Quieres que follemos por teléfono? Me chorrea hasta el culo.

Estoy sin bragas.

Me estoy tocando, y tú, ¿te estás tocando?

Iría a follarte a Roma ahora mismo, te follaría en un váter de un bar de las afueras, en un barrio perdido.

Te quiero.

Soy la puta más grande del universo. Dejaré que me lo hagas todo. Sí, sí, sí. Así es. Aquí es. Te amo.

Todo me está permitido.

Dejaré que te corras en mis orejas si eso quieres.

Dejaré que te corras en mi pelo si eso quieres.

Córrete dentro. Tendré un hijo tuyo.

Será Dios nuestro hijo. Será un niño dorado, rubio. Haremos un niño de oro. Rubio como nosotros.

Cuánto semen tienes, cuánto, pero cómo es posible que produzcas tanto, tanto semen, es un océano, me das en los ojos, en la boca, en la frente, en el cuello, todo el cuello chorreando, me has dado en un ojo, no me ha dado tiempo de cerrarlo, así eres de veloz tú, la pupila llena de tu sustancia blanca.

¿Por qué tienes tanto semen? Ninguno tuvo tanto como tú. Ningún otro me manchó tanto, y eran más jóvenes que tú, mucho más jóvenes que tú, y no tenían tanta leche como tú. Eres un surtidor. Eres un océano.

La moral es la debilidad de tu alma. No se da en mí esa debilidad.

Me estoy volviendo loca.

Di a qué sabe mi coño. Está muy limpio. Está recién lavado.

Tu polla también está limpia.

Somos muy limpios los dos.

Méteme el dedo por el culo, pero yo te diré exactamente hasta dónde puedes. Es un sitio preciso, si te equivocas no te follo.

¿Por qué no hay leche en mis tetas? Tú tienes la culpa. Chúpalas como si fueras un bebé.

Imagínate que nos están viendo, amigos nuestros.

Imagínate que ven cómo follamos y hacen comentarios precisos, glosas, matizaciones, críticas, elogios.

Dios, qué bien. Dios, por fin. Qué bien. Ya. Por fin. La madre que te parió. Por fin. Ah. Qué asco. Qué bien. Déjame verla. Aún chorrea. ¿Quieres que te la siga comiendo?

Cerdo. Ya estoy bien. Qué bien. Hostia, qué bien.

Te quiero, bello.

Ni de coña te amaré nunca.

Si me quedo embarazada, tendré al crío. No depende de ti.

Cerdo asesino.

Eres uno más, eso sí, nadie tiene tanto semen como tú. Nadie me pone como tú.

Pero que te den.

Paso.

No hay nada malo en esto.

No baja tu erección, tú estás tomando algo.

Qué bien.

Te seguiré pajeando en la ducha.

Ven.

Es increíble. No baja tu polla.

Llevas follándome toda la tarde.

Soy tu puta.
Es bonita tu polla. Es como tú.
Te amo, lindo.
Paso.
Todo es perfecto.
Soy feliz.
Todo está bien.
Si me quedo embarazada, tú no decidirás nada.
Haré lo que me salga del coño.
Tú no me metes en un quirófano.
Saludo a tu polla, nada más.
A ti no, no sé ni cómo te llamas.
No diré tu nombre jamás.
No tienes nombre.
Simplemente, no tienes nombre.
Simplemente, eres nadie.

Capítulo 8: Ellas

¿Quiénes eran? Alegraron tu vida. Acodado con ellas en las barras de los bares. Subiendo a las habitaciones de los hoteles, desnudos los dos. La ducha. Qué bien. Hablando con ellas. Porque ellas siempre tenían un punto de vista diferente. Y eso era maravilloso. Hablar con ellas era el top. Porque te fascinaban las historias de sus vidas, y en cambio no soportabas a los hombres. Las amabas a ellas. Ellas, sus vidas, y te las contaban y tú eras entonces el hombre más feliz del mundo. Te contaban sus divorcios, sus fracasos amorosos, su idea de los hombres. Y tú las amabas. Porque Dios te dio ese don: que las mujeres te cuenten sus vidas. Y las vidas de las mujeres son el oro del Universo, o algo así, o lo que jodidamente se te ocurra. No hay erotismo en la vida de los planetas. No hay erotismo en la luna ni en las piedras ni en la luz. El erotismo lo trajo la vida. Estaba aburrido Dios ante la contemplación de un Universo manso, sereno, inalterable, muerto. Y te trajo a ti, y trajo la vida. En realidad, el erotismo es hijo de la inteligencia humana; y todo lo que procede de la inteligencia humana acaba siendo una crueldad inexplicable y abominable. Todos ejercemos nuestra crueldad. Tú me abandonas y tú eres abandonada por otro. Algunos pensaron que era una comedia insignificante la historia del amor humano; otros una tragedia romántica; Sade fue el gran simplificador. Pero todo sigue igual. Nada ha cambiado desde la creación de los órganos sexuales y el internamiento de los órganos sexuales en los vastos espacios de la ternura, del vencimiento de la soledad, de la idea de que estás resplandeciendo ante alguien. Imagino que Dios se reirá profundamente. Es todo naturaleza, y la naturaleza es un motor, como un coche. No se puede vivir sin ellas. Se puede vivir sin religión, sin estado, sin fe, sin creencias, sin trabajo, sin civilización, sin ojos, sin piernas, sin pensamiento, sin evolución, pero no sin ellas.

Ellas. Ellas, las mujeres. Todas, absolutamente todas, vivas y muertas y las aún por nacer. Amor a todas ellas. Amor grande. El más grande amor del mundo. Amas a mujeres que aún no han nacido y amas a mujeres que llevan siglos bajo la tierra. Es tu don. Dios lo quiso así. El gran don de Víctor Dilan.

La recepción del amor de ellas. Ellas. Ellas. Todas ellas. Princesas, camareras, prostitutas, catedráticas de universidad, taxistas, maestras, policías, jubiladas, enfermeras, monjas, ministras, cajeras de supermercado, pescaderas, guardias de seguridad, bibliotecarias, poetisas, abogadas, juezas, secretarias, vendedoras, esposas, divorciadas, empleadas, limpiadoras, arquitectas, escritoras, peluqueras, carniceras, celadoras, médicas, empresarias, periodistas, presidentas de gobierno, todas, todas, eran tuyas todas, porque Dios te ama. Y te las otorgó porque eres un buen hombre.

Te gustaba tanto hablar con ellas. Ahora te das cuenta de que estabas equivocado: no querías hacer el amor con ellas, querías hablar con ellas, porque ellas eran la verdad. Todas las mujeres con quienes has hablado en esta vida te han hecho dichoso porque siempre decían la puta verdad. Querías dormir a su lado. Eso te encantaba. Dormir con las mujeres. Dormir con las mujeres es Dios mismo. No puede haber algo más hermoso que dormir con una desconocida, que puede matarte o puede no matarte, pero nunca amarte. Como mucho le puedes caer bien, pero hay tanta soledad en el mundo y tan pocas estrellas en el firmamento. Y eso te pasó muchas veces. Con Marifé, en Lima, la conociste en un congreso a la una del mediodía y esa noche ya dormisteis juntos en tu hotel, en un hotel mediocre, qué bien. Abrazados. Y ella, increíblemente, te amó. Mirabas sus bragas encima de la mesa, como un misterio teológico.

Con Luisa, en Cáceres, la conociste en una firma de libros. Comisteis juntos. Y esa noche entró en la cama de tu hotel, una habitación abuhardillada. Y la besaste. Y estaba casada. Y le chorreaba el coño, qué bien. Y se quedó contigo hasta las cinco de la mañana. Y hablabais de libros. Y te habrías casado con ella si no hubiera estado casada ella ya y tú también.

Te hubieras casado con todas, porque a todas las amaste.

Con Katarzyna, una estudiante del Instituto Cervantes de Varsovia, una rubia hermosa y cariñosa, dos noches estuviste y las dos noches dormiste con ella y os prometisteis amor eterno, le prometiste que volverías a Varsovia y que te casarías con ella. Dormir con las mujeres era lo más. Le comías el coño mientras nevaba por la ventana. Qué bien. Qué bien. Porque comer coños es lo único que sabes hacer y eso es bueno y Dios sabe que eso es bueno y su hijo el mismísimo Jesucristo también lo sabe: entrar en esa oscuridad, que es belleza

e infinito, y también es nada. Jesucristo también se dejó crucificar por eso, por salvar eso.

Ya no querías hacer el amor, aunque también lo hacías, claro. Dios y su hijo el Gran Jesucristo y Giacomo Casanova querían tu felicidad. Y te enviaban mujeres, docenas de mujeres.

Con Margarita, en Buenos Aires, estuviste una semana en su casa, estabas dando un Taller de Escritura Creativa. Dejaste tu hotel y te fuiste a vivir con ella. Divorciada. Tenía una niña de seis años. Abrazabas a la niña como si fueses su padre. Salíais a cenar y la besabas como un loco. Y os pasabais la noche follando, hasta el alba, escuchando a Dylan.

Con Susana, en Málaga, que te llevaba a cenar a Pedregalejo, a la orilla del mar, y comíais pescadito frito y os dabais besos, allí, en esos chiringuitos de Pedregalejo, comiendo espetos y riendo, escuchando a Susana. Susana, que te lo contaba todo. Toda su vida, que te hablaba con bondad, con amor. Susana, santa y buena y folladora. Susana, que era actriz en paro, y una fan de tus libros. Y te adoraba. Y luego te llevaba a su casa, una casa pequeña, con una habitación maravillosa en donde hablabais y hablabais hasta el alba y solo os dabais besitos. Y su habitación, con el alba, se llenaba de luz naranja y ella te amaba y tú también.

Con Virtudes, en León, que no quería que la besaras en los bares, pero luego en su casa te rompía los labios. La inteligencia de Virtudes y su amor escandaloso. Su fuerza. Divorciada. Y con novio. Y contigo. Tú eras el tercero, y estaba bien así. Medalla de bronce. Una gran medalla de bronce colgando de tu santa polla.

Con Miriam, en La Coruña, toda la noche hablando en la habitación de tu hotel. Ella tumbada en la cama y tú de pie, contra la pared, en calzoncillos, sacando cerveza del minibar. Y ella toda larga en la cama, y tú la mirabas, y no hubo manera de que se dejara follar, pero da igual. Da completamente igual. Se fue a las seis de la mañana, pero no quiso follar, y está muy bien eso. La bendices. Es maravilloso que no quisieras follar. Tú tampoco querías. Hablasteis toda la jodida noche y bebisteis como idiotas. Bien. Fue perfecto.

Con Candela, en Granada, adonde fuiste a dar unas conferencias en un máster, invitado por ella, y que no hubo manera de que salieras de su casa, acabado el puto ciclo de conferencias. «Vete ya, Dilan, llevas tres semanas en

mi casa y el curso era de tres días y mi novio lleva un mosqueo del copón bendito.» Y tuviste que irte, pero con tanto amor hacia Candela y hacia su novio, porque también amabas a su novio, porque tú lo amas todo. Con tanto respeto. Con tanto dolor de corazón.

A todas las amaste. A todas las respetaste y las respetarás hasta el último día del mundo y de la especie. Todas eran reinas. Todas eran la vida. Eran ellas, las mujeres, todas te amaron, porque eran generosas y buenas. Porque las mujeres son bondad infinita. Y ellas amaban a Víctor Dilan, su servidor, su enamorado. Pero es mentira: ninguna te amó; te lo inventas todo; todo es un sueño, un deseo; nadie te amó. Todo esto es mentira. Tu nombre es... dilo. Tu nombre es Satanás.

Siempre las trataste con una devoción no de este mundo. Las adoraste. Rezaste por ellas. Dormiste con ellas, les pusiste canciones de Bob Dylan mientras les hacías el amor. Acuérdate, con tu ordenador portátil, en Lima, con Marifé, escuchando a Dylan mientras follabais como locos en el barrio de Miraflores y ella, que era bilingüe, traducía las canciones, que tú también entendías. Y pedíais cervezas a recepción. Y un camarero llamaba a la puerta (otro Sempronio) y tú solo sacabas la mano para coger las cervezas, solo la mano. Y ella estaba dentro, desnuda sobre la cama. Marifé y tú, y os duchasteis juntos a la mañana siguiente y le hiciste el amor a las siete de la mañana y fuisteis inmensamente felices. Pero no, no fuisteis tan felices, vuelves a engañarte. Sufriste mientras le hacías el amor porque aquello no tenía sentido, o sí lo tenía: no lo sabes. No debías haber venido a este mundo, no debe venir a este mundo quien quiere ser amado hasta la destrucción, quien quiere ser amado hasta que solo queden el silencio y el humo. Tu necesidad de amor exige la muerte. La gente no necesita tanto amor como tú. Por eso, es mejor no nacer. Tú fuiste San Juan de la Cruz. Entiendes a ese hombre. El anhelo que tortura. Porque esa sed de amor es imposible que sea saciada nunca. Únicamente puede ser destruida, únicamente se le puede dar la muerte. La muerte acabará con tu amor. Pero pudiera ser que no. Amas y te amas. Pudiera ser que la muerte te dejara vivo, como castigo. Un capricho de la muerte: dejar vivo a quien más necesita morir.

Ellas. A todas las amaste. Por todas te hubieras dejado matar, torturar, desollar. Eran más inteligentes que tú. Más sabias. Más dulces. Más tiernas.

Eran mejores que tú y tú lo sabías. Eran mejores. Son mejores que nosotros. Solo puedes dejar por escrito tu agradecimiento. Este inmenso agradecimiento. Esta inmensa pasión por las mujeres. Por todas las mujeres.

Os amo, profundamente.

En los bares, allí, allí, en las barras, bebiendo con ellas, dándoles besitos en la santa boca. Mercedes, Inmaculada, Marta, Ascensión, Cristina, Pilar, Rosa, María, Belén, Marimar, Patricia, y repeticiones de todos esos nombres, dos Mercedes, tres Marías, cuatro Cristinas, seis Rosas, ocho Patricias... Teresa, mi amor, ¿te acuerdas de cómo te amé? No te acuerdas, perra, no te acuerdas. Sí que te acuerdas, cómo no te vas a acordar, el día que te mueras yo seré tu último pensamiento. Te amo. No supe decírtelo a tiempo, pero te amé de verdad, me hubiera dejado amputar una pierna por ti. Que lo sepas, aunque ya sea inmensamente tarde.

Ninguna de esas mujeres existe ni existió jamás y tú tampoco. Dices eso para reconciliarte con el hecho de que todas, efectivamente, existieron. Si no hubieran existido, si tú no hubieras existido, si hubieras muerto a los nueve años de edad de una enfermedad infantil incurable, todo habría sido perfecto. Pero tuviste que vivir, y tuviste que amar. Y ellas se fueron. Y tú te fuiste. Todas ellas estarán con otros y tú estarás con otras. Podríamos juntarnos todos alguna vez e intentar fundar el Imperio Dilan.

Nunca existió el orden ni el amor. Existieron las formas de la inteligencia humana sobre la materia, y existió un arte de cauterización social del sexo, al que llamamos amor. Intentamos salir del Terror como pudimos.

¿Quiénes eran? ¿Por qué me amaron? ¿Por qué las amé? ¿Quiénes fuimos? Todo fue mentira y todo ya no es.

Reina el Caos.

2

Cuántas miles de horas perdiste sin que te viera nadie. Horas de tu gran juventud donde no te vio ninguna mujer, donde no deslumbraste a ninguna mujer. Porque eras el más guapo, y te arreglabas siempre. ¿Tú sabes lo que es arreglarse para nadie? Llevar una camisa maravillosa, ir impecablemente afeitado, tus zapatos italianos brillando, tu colonia, tu pelo, tu belleza. Y nadie

veía eso. Porque estabas en un tren, o en tu despacho, o escribiendo, o montado en un taxi, o conduciendo tu coche, o viendo una película en un cine, o subido en un vagón de metro. Eso te mataba. Ser el hombre más guapo del mundo y que ellas no pudieran dar testimonio. Cristo mandó dar testimonio, así tú querías que ellas dieran testimonio a las futuras generaciones de tu santísima belleza, de tus santísimas ganas de hacer el amor a cualquier hora y con cualquiera, porque eras Dios. Dios ama todo. Y su belleza es grande.

Cuando volabas en viajes trasatlánticos, ¿quién veía tu belleza? Intentabas mostrarte ante las azafatas, pero todas estaban ocupadas con sus bandejas y toda esa mierda. En los bares, con las camareras, pero no había tiempo. Nunca había tiempo, pero tú estabas allí. Y las mujeres no te veían. Te equivocabas, sí te veían, claro que te veían, cómo no verte, cómo no amarte. El problema era que no había tiempo. No había tiempo de conquistarlas. No había tiempo para hablar mil horas seguidas. No había tiempo para casarte con ellas y hacerles siete hijos. No había tiempo, pero sin embargo tú resplandecías para ellas.

Y todo el tiempo que empleaste en escribir novelas y guiones cinematográficos y artículos y conferencias y guiones para la televisión, durante todo ese tiempo estabas solo, y lo único que hacías era envejecer, y las mujeres no te veían. Como mucho alguna te llamaba por teléfono.

Pero eso ya casi da igual. Lo que querías saber ahora es esto: y ellas, ¿cómo pueden soportarlo? Cómo pueden resplandecer sin que las vea un hombre, miles de hombres. Cómo pueden resplandecer sus bellezas en la oscuridad, en la invisibilidad.

Solo puedes entender la exposición pública permanente de hombres y mujeres hermosos. Eso es no perder el tiempo. Vernos. Vernos mucho todos y todas. Estar viéndonos todo el rato. Bien vestidos, muy arreglados, con ropa chula, con alegría en los ojos, conversando con pasión desbordada, hombres y mujeres a punto de irnos a follar en el lavabo de los millones de bares maravillosos que hay sobre la Tierra, lo que fuese, a punto de besarnos fuertemente. Así siempre, en una exhibición sin fin.

Les preguntabas a ellas por eso. Pero no entendían bien la pregunta. Joder, no entendían esa puta pregunta. Cómo podéis envejecer en vuestras casas, montadas en taxis solas, subiendo en un ascensor solas, yendo solas al banco, al médico, solas en los transportes públicos, solas en vuestros trabajos,

aunque vuestros trabajos sean maravillosos, aunque seáis pintoras, actrices, escritoras, cantantes, cómo podéis soportar que no os vean los hombres.

Eso era el infierno.

Eso a ti sí te mataba. Era desperdiciar la vida, tirar la vida a la basura. Si ellas no estaban. Si ellos no estaban. Decidme, hermanas mías, ¿cómo podíais soportar no estar delante de los hombres las veinticuatro horas del día? Ellas lo soportaban. Nunca entendiste eso. Ellas se conformaban. Tú, jamás. Cómo podían soportar eso las mujeres, y cómo los hombres. Te da igual que los hombres lo soporten, que les follen. ¿Pero ellas? ¿Cómo mujeres inteligentes podían perder horas y horas sin que un hombre las mirase, uno no, miles de hombres, y si no miles, pues tres o cuatro, o aunque solo fuesen dos hombres, o incluso uno solo? ¿Eres el único en la especie que no lo soportó? Sabes que hubo otros, hay otros y habrá otros. Tiene que haber alguno como tú. No puedes estar solo en esto. Esa es tu fe. No estar solo en este incommensurable sufrimiento.

Reina el Caos.

Capítulo 9: Cuando oscurece, siempre necesitamos a alguien

Abril de 2013

Víctor Dilan, después de su divorcio de Elena, necesitó ayuda terapéutica. Fue su propia exmujer quien le buscó un piso de alquiler en Madrid y un psiquiatra de valía. Con la mitad del dinero obtenido de la venta del piso de Roma, Víctor Dilan pudo hacer frente con tranquilidad a su nueva condición de divorciado y de madrileño. Su última novela había ido muy bien, había ganado dinero, había habido una adaptación cinematográfica, gracias a Paloma Broussard, y le habían salido muchas conferencias bien pagadas y artículos en prensa.

Aunque su salud mental era quebradiza, Dilan aguantó, como pudo, sin venirse enteramente abajo, el traslado a Madrid y la vida en soledad. La medicación antidepresiva lo mantuvo en un estado presentable. El antidepresivo que tomaba se llamaba Cipralex, y como cualquier antidepresivo llevaba aparejada la disminución de la libido. A cambio podía dar sus conferencias. Escribía sus artículos y hacía una relativa vida social. No obstante, Dilan se seguía masturbando con alguna frecuencia, de modo que no le asustaban demasiado los efectos secundarios del Cipralex en lo que a la pérdida de deseos sexuales se refiere, ni tampoco a la disminución de la intensidad del orgasmo y de la eyaculación, aunque, evidentemente, lo notaba, e intentaba ocultárselo a sí mismo.

Dilan, durante las primeras semanas en Madrid, intentó ordenar su vida sentimental. No quería ver a ninguna mujer, pero pensaba en ellas constantemente. Su psiquiatra fue determinante en esto: primero, debía estabilizarse emocionalmente y aceptar su divorcio y esperar a que el potente antidepresivo hiciera su efecto. Según su médico, la aceptación de su divorcio era un proceso lento. Toda la terapia estaba dirigida a que Dilan aceptase que Elena ya no era su mujer y que eso no era el fin del mundo ni una enfermedad ni el Terror. Era un buen psiquiatra, estaba especializado en duelos y en separaciones. Había impedido multitud de suicidios.

Dilan se convirtió en un ser absolutamente vulnerable. Casi femenino. Elena, convertida ya en su exmujer, aceptó ayudarlo con conversaciones frecuentes mantenidas por Skype. Al fin y al cabo, era el padre de su hija. Ella lo acompañó a Madrid para buscar allí un piso, un buen apartamento, soleado

y céntrico, y hablar con el psiquiatra. Le ayudó en todo. Sin ella, hubiera acabado en un manicomio.

La condición que puso Elena para ayudar a su exmarido en esas conversaciones terapéuticas mantenidas por Skype fue que no le rogase que volvieran a estar juntos y que no se echase a llorar.

Elena hablaba, sin que Dilan lo supiese, con su psiquiatra una vez cada quince días. Con el psiquiatra de Dilan no hablaba por Skype sino por Viber. Quería que estabilizara a su marido y que este pudiera llevar una vida normal. Dilan era, psiquiátricamente, un caso extraño: no había soportado separarse de su mujer y sin embargo había sido un auténtico libertino, un donjuán patológico. La separación de Elena le sumió en una depresión severa. Elena se había divorciado de Víctor no exclusivamente por sus infidelidades, sino porque pensó que Víctor y ella debían intentarlo de nuevo, debían intentar otra vida posible. Elena pensó en sí misma. Ella era fuerte. Deseaba vivir de nuevo. Quería una purificación. Nada era grave: todo el mundo se divorcia; y sin embargo, todo parecía trágico y venenoso.

Las primeras semanas de hombre separado fueron un infierno para Dilan, quien creyó que en cualquier momento iban a encarnarse en su cuerpo los estigmas del martirio de Cristo. Dilan rezaba al Gran Jesucristo y al Gran Giacomo Casanova, les pedía auxilio a los dos. Y creía que le escuchaban, estaba convencido de que atendían sus plegarias. Su exmujer consideró la posibilidad de que Dilan se suicidase. Sin embargo, el psiquiatra de Dilan estudió esa virtualidad con detenimiento y dedujo que la personalidad de Dilan no era la de un suicida, sino la de un hombre aterrorizado, y el terror era un estado del que se podía salir. Los suicidas no sienten terror sino impulso. Hizo una disertación sobre la distancia entre el terror y el impulso. El terror es buena señal, dijo el psiquiatra. El terror es una alarma de supervivencia. El impulso es irracional e incontrolable.

Dilan jamás pensó que sobreviviría a la separación de Elena. Él fue el primer sorprendido. Cada mañana, de manera incomprensible, Dilan comprobaba que seguía vivo. Su exmujer contrató desde Roma una asistenta que llegaba todas las mañanas y le preparaba la comida y le limpiaba la casa. Lo primero que hizo Elena fue pedir apoyo a los colegas de su exmarido para que fueran a verlo y para que le ayudaran a hacerse a la idea de que estaba

solo en el mundo y que lo sacaran de casa y le dieran una vida social y cultural intensa. Incluso pensó en pedirles lo mismo a las amantes de Dilan; no le hubiera importado hacerlo, pero no sabía quiénes eran, solo sabía algunos nombres y desechó la idea, aunque pensó en conseguir el móvil de la que Elena creía la principal amante de su marido, esa tal Ester. De modo que se inclinó por el lado profesional de la vida de su marido. Le sorprendió la reacción muy humana de la productora de cine Paloma Broussard, quien había hecho que Dilan ganase bastante dinero con su trabajo de guionista. Elena no conocía personalmente a Paloma Broussard, pero un día le telefoneó y le explicó la nueva situación de Dilan, y su inestabilidad emocional severa. Paloma explicó a Elena que cuidaría de Dilan, tanto ella misma como la productora que dirigía, y que velarían por él. Lo mismo ocurrió con la editorial de Dilan, que además pertenecía a un gran grupo de comunicación, y poseía un seguro médico excelente, que le ofrecieron de inmediato. Cuando Elena colgó, estaba contenta de haber conseguido apoyos emocionales y prácticos para su exmarido. Luego se quedó pensativa e inmediatamente tuvo una iluminación. Supo perfectamente que Paloma Broussard se había acostado con Víctor. A Paloma no la tenía controlada en ese aspecto, al menos no salía en sus chats o no lo supo ver o ese chat sí supo borrarlo su exmarido. Sintió rabia. Porque aún quería a Dilan. Lo quería muchísimo. Pero ya no lo soportaba.

Marcelo Zúñiga, un famoso y muy leído escritor madrileño, amigo de Dilan, se portó extraordinariamente bien. Los primeros días se quedó a dormir en la casa de Dilan. Hablaban hasta altas horas de la madrugada, hasta que Dilan caía vencido por efecto de los tranquilizantes. Tomaba Valium 10, y a veces Valium inyectable. Caía anestesiado. Nunca pensó Dilan que Zúñiga fuese un hombre tan bondadoso, porque, aunque al principio creyó que el hecho de que Marcelo hubiese padecido un divorcio le provocaba una especial sensibilidad hacia su estado de postración y dolor, luego fue viendo en el comportamiento de su amigo una bondad natural que le tenía fascinado.

Dilan llegó a sentir que Zúñiga era una segunda Elena, disfrazada de hombre. El terror venía cuando caía la noche. Las noches eran insoportables, porque entonces Dilan se daba cuenta de que la única fuerza gravitatoria que había construido en su vida era el matrimonio con Elena y el nacimiento de su

hija, y que esta gran fuerza había estallado hecha pedazos, y había sido por nada, por su donjuanismo absurdo, ya no encontraba palabras, ya no pensaba en el luminoso regalo. Ya no existía el luminoso regalo. Existían solo palabras soeces y tópicos de la psicología masculina.

—No ha sido por nada —le contradecía Marcelo—, ha sido por algo, pero ese algo ahora te parece nada. Lo único importante es que estás vivo, tu mujer está viva y está bien y tu hija también.

—Querrás decir mi exmujer.

—Claro, pero en realidad aún no eres capaz de pensarla como tu exmujer.

—No lo soy. Ahora estoy solo.

—¿Y qué se siente? Dime.

—Que importo menos.

—Exactamente, querido Dilan, ya no tienes la confianza ilimitada de nadie, te has quedado sin crédito, pero no te has muerto. Eso es lo que quiero que veas: que no estás muerto. Te parece que vivir sin esa confianza, sin la maravillosa y sólida complejidad humana de esa confianza, es imposible. Eso me ocurrió a mí con mi mujer, con Olga. Aunque mi caso es inverso al tuyo, perdona que te sea crudo en esto.

—Sí, recuerdo muy bien a Olga. Era bellísima. ¿Qué hace ahora?

—Follar con todo dios, eso hace.

—Venga ya, estás loco, eso no puede ser. Olga era una criatura tan frágil, tan inocente, no sé. Era y tiene que seguir siendo una romántica. Hace mucho que no la veo, desde que os separasteis. A Olga no le pega eso; ella era una idealista, creía en el Amor.

—Las que dicen creer en el Amor son las peores, las más insaciables, las más refinadas, en fin, las más putas, perdóname el tono machista. Olga descubrió que podía ir un poco más lejos. Es como en el deporte, si perseveras, si trabajas, acabas superando tus marcas. Eso le pasó a Olga. De vez en cuando quedamos, porque insiste en verme, insiste con trucos prácticos, que si tenemos que resolver pequeños flecos del divorcio, que si una cuenta corriente que teníamos a nombre de los dos aún está sin cancelar, cosas que se inventa, y aprovecha esas citas, en teoría de carácter técnico, para contarme toda su repugnante vida sexual. Encima quiere que la aconseje. Quiere ser mi amiga, semejante putón verbenero quiere que seamos amigos. Dice que quiere

cuidarme, está loca. Que seamos amigos, que mantengamos la amistad. Que la llame cuando me ponga malo, que vendrá a cuidarme. Cualquier cosa, si cojo una gripe, o un catarro, allí estará ella, eso me dice. Que quiere cuidarme. A mí me resulta ya una mujer repugnante. Imagino que está sola y que follar con todo cristo no le ha servido para curar su soledad. Me pide mantener la amistad una mujer que me engañó hasta con amigos míos. Y ya ves, Víctor, sigo vivo. Cada dos o tres meses me entero de alguna nueva infidelidad de Olga durante el tiempo que duró nuestro matrimonio. El otro día me enteré de una que me resultó nauseabunda, porque el tipo al que se folló era un pobre desgraciado, un enfermo mental, y encima más feo que el copón bendito.

—Tal vez se lo inventa. Tal vez esté enferma, una ninfomanía o algo así.

—Da igual. Me da igual que esté enferma. Es una mujer aberrante.

—Es cierto eso que has dicho de la confianza, éramos como un ser hecho de dos cuerpos. Y ahora ella estará con otro, o lo estará en breve.

—Lo conseguirás. Te harás fuerte.

—Y haciéndome fuerte, perderé el único sentido de las cosas de este mundo, porque ya nunca más podré amar a nadie como amé a Elena.

—No digas eso, no lo sabes.

—No hay tiempo. Es un problema aritmético. Matemáticamente, no hay tiempo. No niegues las matemáticas de la edad. No me mientas.

—¿Las matemáticas?, no me hagas reír.

—¿Recuerdas esa escena del final de *Anticristo*, esa película de Lars von Trier? Ese momento en que miles de mujeres salen de sus tumbas.

—No, no la recuerdo en estos momentos, pero me gustó mucho esa película; y creo que el final no era así.

—Puede que cambiemos las cosas que vemos y nos impresionan; lo que yo recuerdo es que miles de mujeres abandonan sus tumbas, como si volvieran a la vida, porque ellas son el motor de la vida. El único misterio. Moriremos sin ser mujeres, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—Por tanto, sabremos poco de la vida, si morimos sin haber sido mujeres, solo habiendo sido hombres. Eso quería decir Lars von Trier en ese final. Estoy seguro. Es como haber vivido solo la mitad. Imagino que el misterio de la Santísima Trinidad tendrá que ver con eso, con la posibilidad de vivir bajo

toda forma sexual posible. Yo creí que existían solo dos formas, pero parece que son tres.

Rieron en ese momento. Con estas conversaciones, Dilan conseguía verbalizar su espanto y sus fantasmagorías y sus delirios, y con el efecto de los potentes tranquilizantes se iba quedando dormido. Marcelo, cuando advertía que Dilan se ponía comatoso, le obligaba a acostarse. Pero cuando Dilan se metía en la cama de repente volvía a estar lúcido, se despertaba. Entonces Marcelo acercaba una silla hasta la cama de Dilan y le cogía la mano.

—Piensa que soy Elena —le decía Marcelo.

Y Dilan hablaba un poco más, hablaba de películas, hablaba de Oscar Wilde.

—Wilde sufrió más que yo, ¿verdad, Marcelo?

—Sí, mucho más.

Entonces Dilan comenzaba a contar la historia desdichada de la vida de Oscar Wilde. La caída de Wilde, sus últimos días en París. Su deshonra. Su soledad. Su abatimiento. Pensaba en Wilde como en un consuelo. Y volvía a entrar en estado comatoso, sin soltar la mano de Marcelo. Y finalmente se dormía. Marcelo lo arropaba. Cuando comprobaba que estaba completamente dormido, le daba un beso en la boca y le abrazaba. Apagaba la luz de la mesilla y se acostaba en el sofá cama del salón.

Al día siguiente desayunaban juntos. Por las mañanas, Dilan estaba más animado, por efecto de los antidepresivos. Era capaz de preparar un estupendo desayuno. Y luego se ponía a escribir, en ese momento Marcelo se marchaba y no volvía hasta después de comer, cuando caía la tarde y se acercaba la temida noche, que era el tiempo de la desesperación de Dilan.

Nunca se atrevió a confesarle que le besaba todas las noches, cuando se quedaba dormido. Que incluso rezaba por él oraciones inventadas dirigidas al vacío, a la oscuridad, a la Nada. Pero oraciones hermosas, nacidas de la bondad, del deseo de que el amigo regresase a la vida, de que sanase.

Capítulo 10: El viaje con Ester al Pirineo francés

Junio de 2013

1

No tardó mucho Ester en romper las normas que el psiquiatra de Víctor Dilan había impuesto. Dilan y Ester habían seguido chateando y hablando por Skype, pero muy de vez en cuando, no como antes, aunque sí le explicó el divorcio. El psiquiatra de Dilan fue tajante: «No puedes verla ni quedar con ella hasta que no te estabilices, no puedes vincular tu divorcio a tus amantes o nunca abandonarás la dependencia emocional de las mujeres de tu vida, sean las que sean y sea su grado de vinculación contigo el que sea; debes estar solo, debes ser una persona independiente, un ser humano normal, un individuo a solas, sin que tenga que haber alguien a tu lado que te proteja o dé sentido a tu vida; tu vida en sí misma tiene sentido, tienes que darte cuenta de esto o nunca saldrás de ese agujero; tienes que saber que vales por ti mismo, que estar solo puede hacerte completamente feliz, y eso no debe causarte miedo alguno; tus estados de pánico proceden de tu grado de dependencia de los demás, especialmente, como es obvio, de las mujeres; el pánico desaparecerá cuando seas capaz de estar solo. Estar solo es tu objetivo, estar sin una mujer al lado, ese es tu objetivo *number one*». Empleó esa expresión: *number one*.

Ester se plantó en el piso de Víctor. Por suerte, Marcelo no estaba. «¿Cómo has averiguado la dirección?», preguntó Víctor. Ester le contestó que a través de un GPS de última generación que localizaba teléfonos móviles. Ester comenzó a hablar.

—Llevas varias semanas viviendo aquí, en Madrid, en mi ciudad. Y no nos hemos visto. Es absurdo. ¿No quieres follar? Ya estaba harta de no verte. Me mentías en los chats. Eres un verdadero hijodeputa mentiroso. Decías que seguías en Roma y estás aquí y además ya estás divorciado, ya eres libre. Ya veo que te están matando a antidepresivos. Lo de los antidepresivos y lo de que estabas viviendo en Madrid me lo dijo Marcelo el otro día, me lo encontré en una fiesta, con dos copas de más ese tonto lo cuenta todo, quería ligar conmigo y hacerse el interesante a través de ti. Es un pánfilo ese chico. Ahora no podrás follar. Ya sabes lo que hacen los antidepresivos, matan el deseo sexual, matan la libido. Oh, qué pasa, ya no dices «follar», ahora dices hacer

el amor. No es tan grave. Nada es tan grave. Bien, te has divorciado. Tu mujer te mandó a la mierda. Quizá sea mejor así. No se acaba la vida por esto. Tienes dinero. Me ha dicho Marcelo que tu ex te sigue cuidando, y que ha sido ella quien te buscó este piso, que por cierto es una monada. Es bonito este piso. Me gusta. Yo he estado en los peores lugares del puto universo mundial y he salido viva, venga ya. Yo te quiero. Sabes que te quiero. Le he mentado a Marcelo. Le prometí que no vendría a verte. Es un idiota. Quiso ligar conmigo el muy perro.

Dilan tenía delante de nuevo a la Bruja y recordó entonces las veces que habían estado juntos desde aquel viaje a Madrid, donde hicieron el amor por primera vez, tras miles de dudas (dudas fingidas en el caso de la Bruja). Fue el último día, pero después de esa primera vez se abrió la casa del cuerpo de Ester para siempre. Recordaba especialmente, con una intensidad dolorosa, un fin de semana en Barcelona en donde arrancó el espejo del cuarto de baño de un hotel, nada menos que del Majestic Hotel. En ese momento, Ester le pareció una auténtica psicópata peligrosa.

Ester fue a la cocina y puso las cajas de los antidepresivos encima de la mesa del comedor.

—Tíralos a la basura —le dijo Ester.

Dilan no obedeció. Abrió la ventana y los arrojó ella al vacío. Y se rió.

—¿Cuántos ha habido desde la última vez que estuvimos juntos? —preguntó Víctor, poseído por la iluminación repentina de que eran unos cuantos.

—Esa pregunta te la vas a tragar, a ti qué te importa, so mamón. ¿Qué quieres que te diga, que una docena o un ciento? ¿O te vale con tres? No te metas en eso. Yo nunca me metí en tu matrimonio, ni en tus rollos y tus putos líos —y esto lo dijo con una fuerza expresiva terrorífica, pero a la vez extrañamente hermosa, muy hermosa, y endiabladamente erótica, impúdica, dichosa.

Víctor se dio cuenta entonces de la existencia de una guerra. Una guerra entre hombres y mujeres por la ostentación del poder. Ester exhibía la violencia de su sexo, la capacidad de su sexualidad para matar hombres. Víctor decidió permanecer impasible. Eso irritó a Ester; esperaba una reacción tan sumisa como violenta, porque eso es lo que producen los celos:

violencia y sumisión. Una mezcla salvaje, donde al final vence la violencia sobre la sumisión.

Víctor encendió, con su actitud impasible, la pasión de Ester. Comenzaron a besarse. Era un viernes por la tarde. Víctor le puso un WhatsApp a Marcelo: «Salgo de viaje. No te inquietes. Todo está bien. Te llamaré yo. No me llames tú. Por favor, no me llames. Yo te llamaré. Estoy bien».

Ester hizo la maleta de Víctor. Cogieron un taxi. Se fueron a casa de Ester. Ella hizo su equipaje. Sacaron dos billetes de AVE: Madrid-Huesca. Ester había planeado un viaje. Se lo explicaría por el camino.

2

Ester no dejaba de besar a Dilan en los asientos del AVE. Parecían dos adolescentes. Le tocaba la polla delante de la gente. Acabaron metidos los dos en el cuarto de baño reservado para minusválidos. Pero fue un desastre, porque Dilan no conseguía tener una erección en condiciones. Ester estaba excitadísima. Tuvo que acabar masturbándose ella misma. Se oyeron sus gritos, eso era lo que más le ponía, que la oyeran chillar. Se masturbó con su coño delante de los ojos de Víctor. Víctor estaba de rodillas y ella sentada en el lavabo, con las piernas describiendo la uve más abierta de la Tierra, mirando sus manos entrar y salir de su coño y acariciar la vagina. Al salir del lavabo, había varias personas esperando.

—Mi marido se ha mareado —dijo Ester—, padece del corazón.

—Acabará destruido y loco, encerrado en un manicomio, y encima me has tirado los antidepresivos por la ventana —dijo Dilan, cuando ya estaban solos.

—Follar es el mejor antidepresivo, o no lo sabías —dijo la Bruja.

Se dirigieron a la cafetería del AVE. Tomaron dos zumos de naranja Granini y compartieron un bocadillo de jamón con queso camembert. Veían pasar el paisaje por las ventanas del AVE y se besaban. «No te preocupes, te compraré Viagra en una farmacia, tengo recetas de Viagra, me las hizo Matthews», le dijo Ester. «Además, no te he tirado los ansiolíticos, he cogido dos cajas enteras de Valium que había en tu casa, con el Valium aguantarás todo. Y yo llevo en el bolso dos cajas de Tranxilium 10 miligramos, yo

también me drogo, querido, pero los ansiolíticos son una mierda; esos son para ti; lo que a mí me va son las anfet. El Negro me receta lo que me da la gana».

Dilan, como sabía que ocurriría, recibió en ese momento una llamada de Marcelo, pero no la atendió. Luego, a los cinco minutos, un WhatsApp de Marcelo. «Llama, por favor, aunque solo sea para decir que estás bien.» Ester reveló la parte última del plan, que consistía en alquilar un coche en Huesca, ya lo tenía reservado. Quería que Dilan conociese el Pirineo francés. El viaje era a Francia.

3

Estabas mirando un paisaje que no habías visto jamás. Ester conducía. Acababa de llegarte otro WhatsApp de Marcelo. A pesar de todas las cosas, a pesar de todo, a pesar de tus caídas depresivas, tus terrores, tu abulia, tu pena, tus silencios severos, estabas feliz de que Ester estuviese contigo. Habíais alquilado un Mazda 3 prácticamente nuevo. La puta de Ester te hacía feliz. Se reía todo el rato y te tocaba la polla cuando cambiaba de marcha. Le encantaba tocarte la polla en cualquier ocasión: en un bar, en una gasolinera, en una farmacia. Le encantaba que alguien lo viera. Así era ella. Ester estaba como siempre, una tarada, una auténtica zumbada; además era malhablada, y siempre estaba pensando todo el rato en que alguien le metiera un pollón de medio metro. Esa era Ester, tu Ester, tu amor, porque la amabas. Agradecías a Dios que hubiera aparecido, que se hubiera encontrado a Marcelo, que Marcelo hubiera traicionado las contundentes indicaciones de tu psiquiatra. Ester te hacía feliz. Te mentía. Te decía que tú eras lo más importante del mundo para ella, que eras Dios, pero era mentira. Ester mentía compulsivamente. Pero todos mentimos y la mentira no altera el orden de la Materia. No altera las montañas ni los mares ni los planetas ni a los muertos. Puedes llegar a entender la mentira. Entenderla, e incluso amarla. La mentira es la palabra de los pobres. Los pobres mienten.

Estabais cruzando Francia por el puerto del Portalet. Parasteis a ver todo aquello. Era el mes de junio y hacía un día resplandeciente. Se veían los telesillas de la estación de esquí de Formigal. Había turistas. Había ciclistas.

Ester te besó en la boca. Estabais delante de las montañas. El Pirineo entero parecía vuestro hogar. Tú estabas quemado por el sol y por la alegría, como si estuvieras contemplando nuevas dimensiones de las cosas; el amor hacia esa mujer tan cruel te estaba convirtiendo en un visionario: veías nubes que hablaban en francés, veías a Cristo, palpabas su mensaje como si su mensaje fuese material: quiero morir por vosotros: y en ese vosotros estabais Ester y tú. Viste a Cristo subido en la rama de un árbol gigantesco. Estaba tomando el sol, llevaba una camiseta negra con la lengua de los Rolling Stones y un pantalón tejano, un Levi's, con unas zapatillas Adidas blancas, con el pelo alborotado y sin barba, tú estabas debajo del árbol y te miraba desde arriba, apoyado en una rama robusta. «Ámalo todo», te dijo Cristo. «¿Volveré a verte?, dímelo, por favor, ¿volveré a verte?» Y su cuerpo se desvaneció. Pensaste en sí, como quería San Agustín, el cuerpo humano de Cristo fue tan solo una ficción causada por su divinidad. Tu cuerpo también puede ser una ficción causada por otra ficción, por Cristo. El cuerpo de Cristo mientras estuvo vivo entre los hombres, según San Agustín, fue una ficción. Pero todos amaban esa ficción. Amar ficciones es nuestro destino colectivo. Como todo lo que escribes aquí sobre no sé qué luminoso regalo, todo es una ficción. Como el cuerpo de Cristo, igual, exactamente igual de amoroso que ese cuerpo.

En ese momento Ester te cogió de la mano.

—Esto no es todo, esto casi no es nada, quiero que veas otra cosa, al otro lado, en Francia, te voy a llevar a un sitio que se llama Col d'Aubisque. Es lo más parecido a tu corazón que he sabido encontrar. Lo sé todo yo de ti. Ya sé quién eres.

—¿Quién soy? Di.

—Eres un niño.

Los niños adultos, los niños que se hacen viejos, sí, Ester te estaba diciendo la verdad. Los terrores nocturnos de los niños sonando en los corazones de hombres maduros; hombres de cincuenta años con los mismos terrores que niños de siete años. Disfrutabas de los besos de Ester. Reconociste su lengua. Su manera de besar. Estabas solo en el mundo ahora. Ya no existía tu matrimonio. Existía un piso en Madrid. Existía un cierto nivel

de ingresos, lo suficiente como para no desesperarse sino todo lo contrario. Y existía una soledad nueva. Y existía esta mujer que sabías perfectamente que no iba a curarte esa soledad nueva. Porque esa soledad nueva, como tu soledad vieja, solo Elena podía curarlas, y Elena ya no estaba. Solo el Bien absoluto podía curarte. Solo Elena. Pero seguro que Elena ya estaba con otro. Con otros. Como Ester había estado con otros mientras tú te divorciabas. ¿Con cuántos? En el mejor de los casos, ojalá fuese solo uno, o dos. Piensas en tres. En cuatro si incluías al Negro. Tal vez diez, si incluías a los amigos del Negro. Siempre están los otros, aquellos que nos sustituyen en el lecho, como nosotros los sustituimos a ellos, una cadena de sustituciones inconfesables. La fidelidad absoluta y radical a otro ser, ¿ha existido alguna vez?, eso te preguntabas. Una fidelidad no solo de acto, sino de completo pensamiento; una fidelidad cimentada en la libertad, no en el miedo, en el terror, en el pacto. «Claro que ha existido y seguirá existiendo, hay una biología submolecular que explica eso», te dijo una voz. ¿Quién te hablaba? Te habla gente, salida de las nubes. No pasa nada. Que hablen.

Parasteis en un pueblo francés que se llamaba Eaux-Bonnes, ya estaba casi anocheciendo. Aquel lugar estaba vacío, no había nadie. Una plaza abandonada en mitad del pueblo. Casas del siglo XIX en mitad del Pirineo francés. Hacía frío. Salisteis del coche. Disteis un paseo. Os habíais puesto al día durante el viaje. El Mazda 3 era verde. No había coches aparcados en la plaza. Era un balneario desolado. Tuviste miedo, te entró pánico. Aquella soledad de esas casas antiguas en mitad de los bosques pirenaicos. Ester delante, intentando quemarte el corazón. Enmudeciste. Ester te besaba. Había un hotel.

—Esto no parece Francia, ¿verdad? —dijo Ester—, es un sitio fantasmagórico, es como si los franceses hubieran olvidado este pueblo. Sin embargo, es espectacular, la soledad aquí es bestial, feroz. Di algo, Dilan, di algo. Te voy a follar hasta matarte, te he traído aquí para esto. Desde que te vi en Madrid en enero del año pasado en aquella habitación del NH supe que quería matarte y follarte y destruirte y comerte y resucitarte para volverte a matar. Te odio. Hay algo en ti que no me ha dado ningún otro hombre y eso no te lo perdonaré nunca. Es el impudor, eso es, el impudor, tú me has dado el impudor como una forma de estar en el mundo, una buena forma de estar en el

mundo. Te voy a romper la polla, hacer que sangre, que salga tu sangre de ella. Quiero que me preñes, que me hagas un bombo, con ese semen tuyo tan abundante, ese semen que tirabas encima de mi cara, encima de mis ojos, quiero que vuelvas a tirarlo de nuevo pero en mis putas entrañas, en las entrañas de mi puta soledad.

Tú no podías ni hablar del miedo que sentías. La Bruja era la que hablaba. Pediste auxilio a Cristo y a Giacomo Casanova. Sacaste un Valium 10 del bolso de Ester y te lo tragaste. Entrasteis en el hotel y Ester pidió una habitación. Os enseñaron varias. Podíais elegir. Ester eligió una habitación enorme, antigua, con techos muy altos, con cama de matrimonio, con muebles viejos, con un cuarto de baño de los años cincuenta, con el suelo de madera. Ester cogió los dos vasos del cuarto de baño. Abrió la maleta y sacó una petaca. Vertió whisky en los dos vasos.

—Bebe, anda, bebe. Mezcla el whisky con el Valium, ya verás qué bien, amor mío.

Y tú bebiste.

Y ella volvió a llenar tu vaso, mucho.

—Bebe, bebe, bebe —tres veces lo dijo.

Y notaste cómo el pánico iba desapareciendo, dando paso a la exaltación. Y comenzaste a mirar a Ester, mirabas su escote, sus manos, cómo sacaba su ropa de la maleta. La oíste orinar. Dejó la puerta del cuarto de baño abierta. La viste sentada, sobre la taza, orinando. Y entonces fuiste hacia ella. Te pusiste delante y le rogaste que siguiera orinando y ella desabrochó tu cinturón y bajó tus pantalones y temías que acabara de orinar antes de que pudiera meter tu polla en su boca. Querías que fuese todo simultáneo, una simultaneidad con amor falso.

—Quiero mearte encima —dijo Ester—, eso no lo he hecho nunca. Puto, eres un puto. Me vuelves loca. ¿Qué poder tienes tú sobre mí? Quiero mearte, jo, déjame hacerlo.

Bajasteis a cenar. No había nadie en el comedor. Cenasteis ensalada, paté, queso, pollo y vino de la casa. El vino estaba bueno. Bebiste bastante. Estabas contento de repente. Hablaste.

—Te imaginas que nos hubiéramos conocido, no sé, a los veinte años, o a los veintitrés, o a los diecinueve, que hubiéramos compartido esa época, esa

época en que los chicos y las chicas hablan hasta las siete de la madrugada sobre filosofía, sobre política, sobre literatura, sobre cine; esa época en que se viaja de cualquier forma, en donde se tienen mil amigos.

—No me hagas reír, Víctor Dilan, confundes las generaciones. Esa fue tu generación, la de los setenta del siglo pasado. Por eso te cambiaste tu apellido por el de Dilan. La mía fue de otra forma. Y no te la voy a contar porque es un puto coñazo. Me gusta mearte encima, me gusta que quieras complacerme en todo. Eso me pone a mil.

—Tengo el cerebro agujereado.

—Pero tu polla funciona bien. ¿Qué misterio es el tuyo? Me pones a mil, nadie me pone así, nadie, nadie, maldito seas.

—Sí, funciona, y te juro que es lo único que me importa.

—Ya se te ha pasado el pánico, imagino. Nadie con pánico hace lo que tú me has hecho hace media hora. Eres un guarro. Te voy a matar otra vez luego. Ya te tengo.

Pero qué le habías hecho exactamente. Ni aun cuando tuviéramos sexos inacabables, de acero, máquinas perfectas, erecciones infinitas, coitos eternos, conoceríamos el significado, el sentido de este luminoso regalo.

Después de cenar, salisteis a dar un paseo por el pueblo fantasmagórico de Eaux-Bonnes. Descubristeis que había un casino, que estaba cerrado. Hacía frío. Os metisteis por un parque muy decimonónico. Ester llevaba falda. Te condujo hasta una pequeña tapia del jardín. Se quitó las bragas y las tiró al suelo. Y las pisó con sus zapatos, como si fuesen la colilla de un cigarrillo humeante. Cogió tu mano y tus dedos índice y corazón y se los metió en el coño, casi haciéndose daño. Así estuvisteis diez minutos. Sin movimiento alguno. Sin decir palabra. Solo os besabais. No gemíais. No estabais haciendo el amor. Simplemente, dos de tus dedos de la mano derecha estaban dentro de su coño, que estaba muy húmedo, parecía un pozo de agua tibia. Sin embargo, Ester no pidió más, pese a que la lubricidad de su estado era escandalosa. Ester se limitaba a decir esto: «Hostia, hostia, hostia, qué bien, qué bien», y a la palabra hostia le daba una entonación sórdida, animal, plebeya, de burdel, y a la vez esa entonación tenía algo infantil. Siempre te intrigaba esa salmodia de Ester, «hostia, hostia, hostia, hostia, qué bien», desde que la oíste la primera vez, la primera vez que hicisteis el amor. Recuerdas que empezó a

decir la salmodia al sentir cómo la penetrabas. ¿Qué estaba sintiendo Ester ahora mismo? Ese *hostia, hostia, hostia, qué bien* te producía envidia y asco intenso a la vez. El asco era nuevo. Pensabas en la cantidad infinita de hombres que habrían oído semejante verso humillante, lleno de vulgaridad: *hostia, hostia, hostia, hostia, hostia, qué bien, qué bien*. ¿Cuántos hombres seríais? Te causaban terror esos otros hombres. Eran más fuertes que tú, seguro. Tampoco tú quisiste sustituir tus dedos por tu sexo, cosa que hubiera sido lo normal dada la erección que estabas teniendo. Parecía que estabais en otro estado. Una sencillez erótica suficiente. Estabais dichosos así. Os besabais mucho, y a veces tus dedos tendían a salirse de la vagina, pero ella hacía por que regresasen enseguida. Notabas cómo tus dedos se pringaban de los flujos vaginales de Ester, casi te escocían. Daba la sensación de que estabais muertos. Una muerte llena de paz, de erotismo, de incómodo y absurdo y barato misterio. No había nadie en aquel pueblo. Solo los altos árboles del parque y las casas antiguas abandonadas. Todo era napoleónico. Ester era tan Bruja. Un ser malvado, te diste cuenta entonces por enésima vez, quizá ahora de una forma napoleónica, más radiante, con más *grandeur*.

—Sexo napoleónico —dijiste al final, después de mucho rato.

Y Ester se echó a reír. No recogió las bragas del suelo. Y os fuisteis a la cama. Estuvisteis copulando hasta las cuatro de la madrugada. No había manera de que te corrieras. Era desesperante.

—Es la mierda de los antidepresivos —dijo Ester.

Al final lo conseguiste, te tomaste otro Valium 10 y te fuiste apagando. Os quedasteis dormidos. Pero a las tres horas —serían las siete de la madrugada — tú te despertaste. Estaba Ester a tu lado, pero te sentías terroríficamente solo. Fuiste al cuarto de baño y la luz del alba entraba por una pequeña ventana. Te sentaste en la taza del váter y estuviste a punto de echarte a llorar. Tenías tu móvil en la mano. Pensabas en Elena. Querías llamarla. Pero no podías llamarla. Llamarla para que viniera en tu auxilio. No te cogería el teléfono. Se enfadaría. Simplemente, habías fracasado en la vida, en el único sentido importante, habías destruido la gravitación amorosa y firme sobre otro ser, sobre Elena. Era una hazaña triste: habías desvelado la ficción de la vida. Pensaste en suicidarte, pero cómo y para qué. Había un pensamiento demoledoramente tranquilizador: Elena estaba bien. Elena cada vez iba a estar

mejor. Por tanto, tú estabas bien. Sacaste del neceser un Valium 5 (mezclabas el 10 con el 5, y también con el Tranxilium 10 o el Tranxilium 15, te habías hecho un experto en las combinaciones de ansiolíticos, como con las colonias) y volviste a la cama y te fuiste quedando dormido, al lado de esa bestia llamada Ester, una bestia con cara de niña. Un ser espantoso. Un ser sucio. Un ser mentiroso. La contempladora de todas las pollas del mundo. Y sin embargo, su pelo rubio era la pureza más grande jamás creada. Su dorada cabeza, ese pelo tan rubio de Ester, esa fortaleza del Bien. La transgresión del oro, el oro en el barro. Lo único que te quedaba: ese ser, Ester, la Bruja dorada, la que desde el primer momento quiso destruirte por crueldad, por pura crueldad, porque la crueldad es para algunos seres una forma de vida, una forma de sentirse vivos y plenos, libres y altos, poderosos y afortunados, buenos y honestos. Porque la crueldad era para Ester la bondad, y en eso no mentía. Se creía infinitamente buena, pero era infinitamente cruel. Pensaste en Immanuel Kant. De repente, Kant tenía todas las respuestas. La objetividad era la misma ficción que el cuerpo de Cristo, aunaste a San Agustín con Kant. Los casaste en el infierno.

4

Se ducharon juntos y desayunaron sobre las diez de la mañana. A las once ya estaban dentro del Mazda 3. Iban al Col d'Aubisque. Conforme ascendían el puerto fueron atravesando pueblos aún más fantasmales que aquel en el que habían dormido. Dilan tenía ganas de vomitar. Llevaba un montón de veneno encima, los restos químicos del Valium destrozando su aparato digestivo. Dilan pensó en su aparato digestivo, en la creación de ese aparato digestivo en el vientre de su madre y, mientras Ester conducía, pidió morir al Universo, dejar de sentir, abandonar el doloroso cuerpo. La Bruja era su dueña. Sin embargo, lo que hizo fue besar en la boca a Ester, un beso largo; y un chillido de Ester, pues estaba conduciendo y tuvo que dar un volantazo.

Se echó encima la niebla de montaña. No se veía nada. Pararon en un pequeño restaurante que también tenía habitaciones. Apenas habían hecho diez kilómetros. Pero el sitio les gustó. Pidieron ver las habitaciones. Había seis y las seis estaban libres. Eligieron una que tenía vistas al acantilado, con cama

de matrimonio. Deshicieron el equipaje. Se tumbaron en la cama y se abrazaron y se dieron algunos besos diminutos. Se desnudaron. Pero no hicieron el amor, cosa que irritó a Ester. «Si no quieres follar, pienso tirarme al primer camarero que vea, si no me follas me iré con otro, ya lo sabes, así de claro te lo digo, estás advertido, luego no te pongas celoso, no me des la vara, ¿me entiendes?, yo necesito follar, no puedes quitarme eso.» Miraban por la ventana. Intentaban decirse palabras verdaderas, palabras que entrañasen compromiso, confianza, gravedad. Querían quererse, pero no podían. Solo podían estar juntos y follar. Hacerse confidencias. Ser amigos con suerte. Pero no marido y mujer. Lo sabían los dos. Sabían que acabarían mintiéndose, que no se fundirían en un solo ser como Dilan lo estuvo con Elena. La depravación no era una palabra antigua. La depravación y la abyección existían.

Comieron en una pequeña mesa junto a la ventana desde la que se veía escasamente, por culpa de la niebla, un pino enorme. Les sirvió la comida un camarero joven, atractivo. Víctor pensó que Ester se lo follaría esa misma noche, o esa misma tarde. Con un cuarto de hora era suficiente, en el váter.

—Tú te vas a venir a vivir conmigo, a mi casa, en Madrid, es lo mejor —dijo Ester—, yo te cuidaré y esa pena se te pasará en cuatro días. Pronto se te pasará el efecto de los antidepresivos y volverás a follar como siempre. Además, el Negro me ha dicho que hay en el mercado nuevos antidepresivos que no afectan a la libido.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Hablé ayer con él, mientras tú te estabas duchando. Le dije lo que tomabas.

—¿Te sigues tirando al Negro?

—No tienes derecho a meterte en eso, no te metas en eso. Me estás cabreando. Es indignante. ¿Me metí yo alguna vez en tu vida con Elena? Déjame en paz, capullo.

—Tienes razón, perdona, no tengo ningún derecho. No te volveré a preguntar. Lo siento.

—Está bien. Ok. Dejemos el tema.

Por la tarde pasearon por tortuosos caminos de montaña. Llegaron hasta un pequeño riachuelo. Se sentaron en una roca, delante del agua. Se miraban a los ojos. Se cogieron las manos. Y empezaron a besarse otra vez, de una manera

desesperada.

—Tengo cincuenta años —dijo Dilan—, hay grandes espacios de mi vida que no te pertenecerán nunca. Es la gran maldición del tiempo, para los enamorados recientes.

—¿Estamos enamorados? —preguntó Ester.

—Lo estamos, quiero vivir contigo en Madrid.

Víctor decidió vivir con la depravación. La depravación traería a su vida el conocimiento final, la destrucción y la contemplación de la vileza y el mal. Decidió entrar en la hoguera. No quería tener miedo. Para vencer al miedo había que entrar en las mismas entrañas del miedo y sentarse allí, tranquilamente, en medio del miedo.

5

Me gustan sus manos grandes, su desesperación, su forma de hablarme, su dolor, su oscura angustia. Sufre con belleza. Con él no me aburro. No siento ese despiadado aburrimiento que me provocan siempre los hombres, la vida al lado de los hombres.

Quiero que vea el Col d'Aubisque. Le cogeré de la mano entonces. Ya estamos llegando. Lo miro de vez en cuando, tiene un rostro hermoso y grave. Folla bien, a pesar de los antidepresivos. Tampoco quiero matarlo con el Viagra y el Levitra. Le hago tomar una pastilla al día. Unas veces Viagra, otras Levitra. Me dijo el Negro que eso era lo adecuado, también me dijo que el Levitra estaba muy bien, que era de lo mejor, que él lo tomaba para las orgías; por cierto, que me volvió a recordar que dentro de unos días tenía organizada una orgía muy especial, con muchos juguetes, que me viniera. No pienso ir. Se pasa mil pueblos este puto de Matthews. Me cabrea. Le daría una hostia ahora mismo, a él y a sus putas orgías. Yo quiero enamorarme de una jodida vez.

Adoro a este Víctor Dilan. Parece un dios. Es hermoso este hombre. Dice que tiene cincuenta años, pero parece que tenga cuarenta. Está tan delgado y sin embargo sus manos son gigantescas. Cuando hacemos el amor, me tiene en un trono. ¿Por qué me pasa esto con este hombre? Podría amarlo hasta el infinito. Creo que estoy enamorada, pero eso es imposible, me gustan todos. Tengo que conseguir que olvide a su exmujer. A Elena. ¿Quién es esa mujer?

Me habla tan poco de ella. Dice que «fue mi centro de gravedad». Ahora, sin embargo, se limita a decir muy pomposamente que «Reina el Caos». Quiero que me folle ahora mismo. Voy a parar el coche. No lo amaré nunca. Lo sé. Y él a mí sí. ¿Qué debe de ser estar enamorado? Debe de ser algo hermoso. Ojalá sufra como un perro.

Le digo que salga del coche. Le digo que descendamos por el bosque. Nos ponemos detrás de unos árboles gigantes. Me arrodillo. Le desabrocho el cinturón. Meto su polla en mi boca. Por fin estoy salvada, me estoy salvando. Es todo cuanto existe. Él me levanta y me besa. Me desnuda. Me quita las bragas. Le ayudo. Tiro las bragas y las piso, como ayer, como si fuesen una colilla. «Písalas tú también.» Él las pisa. Y me folla. Le indico con mi dedo índice un sitio y le digo «quiero follar allí». Quiero que me arrase, quiero amarlo hasta el final de todas las cosas, quiero que me mate él. Amarlo no, amarlo nunca. Caemos al suelo. Se ha hecho mal en un codo pero se ríe. Se está riendo. Creo que estamos siendo felices. Sí, lo estamos siendo. Más bien nos estamos divirtiendo. Ahora su polla se ha ido, al caerse. Vuelve. Las posturas son inverosímiles. Así no nos correremos nunca. Pero nos estamos amando. No, amando nunca. Nos estamos divirtiendo. Quiero casarme con él. Es un hombre importante, codicio hombres importantes; en realidad, busco un «ascensor» social y cultural; busco un hombre de prestigio. Codicio trofeos, codicio hombres de talento, y me gusta exhibirlos ante el mundo. Quiero que se corra dentro de mí.

—¿Lo vas a hacer? —le digo—. Dime, ¿te vas a correr dentro?

—Lo voy a hacer —dice él.

—Hazlo, hazlo ya, me pone a mil eso, hazlo ya, ¿estás loco?, ¿cómo puedes hacer eso?

—Lo voy a hacer.

—Me quieres preñar, eres un hijodeputa que me quieres preñar, es lo más eso, lo hacemos a pelo. Hostia, hostia, hostia... Préñame ahora, córrete dentro. Hazlo. Hazlo ya. ¿Lo has hecho?

—Ya lo acabo de hacer.

—¿De verdad? Sí, lo noto, me chorrea tu puto semen dentro. Lo noto. Estás loco, me vas a preñar. Estamos locos los dos.

Regresamos al coche. Nos estamos riendo. Nos hemos corrido los dos. Yo

primero, él después. Hemos estado una hora hasta que lo hemos conseguido. Tal vez nos haya visto alguien. Nos reímos de eso. Voy sin bragas. Y mientras conduzco él me toca el coño. Me tira de los pelos con suavidad, y es maravilloso. Yo sé que le pone a mil que no lleve bragas. Dice «me gusta tu coño, qué hermosa es la palabra coño cuando es real, es decir, cuando la palabra está delante del objeto a quien representa. Así si digo “coño” y tu coño está delante, al lado de la palabra, haciendo que la palabra sea real, yo soy feliz y me siento colmado, saciado, completo, al fin un ser humano libre».

—Dilan, ¿estamos hablando de libertad, es eso? ¿Follaremos siempre así?

—Sí, finalmente, es eso. Y sí, follaremos siempre así. Te quiero. Pensé que ya nunca conseguiría decir esas dos palabras: «te quiero».

6

Pero Dilan sabía que todo era mentira. Ni se amaban ni se querían. Solo copulaban, porque eso era divertido. Porque la Bruja no podía amar, y él ya tampoco. La vida que acaba y la vida que comienza apuntan a un mismo fin que está siempre presente y que no tiene significado moral sino biológico, y al contemplar esto se percibe que los seres humanos nunca se sentirán tan mal como en ese momento; físicamente mal; psíquicamente mal; a unos les irá mejor y contabilizarán siete millones setecientas mil sonrisas; otros tres sonrisas; otros treinta mil; otros tal vez ninguna; en cualquier caso, el final será siempre el mismo: quitarle cualquier sonrisa de la boca a un ser humano y cambiársela por una boca abierta que alguien tiene que cerrar a veces con pegamento. Así murió Heathcliff.

Capítulo 11: Un poco de realidad, solo una vez

Un sábado de finales de febrero de 2014

Después de aquel viaje al Pirineo francés, Ester, poco a poco, fue gobernando la vida de Dilan. A Marcelo le gustaba Ester, le caía bien. Le parecía una mujer estupenda, aunque le supo mal la manera en que casi raptó a Dilan para llevarlo a ese viaje de significado oscuro al Pirineo francés, de donde vinieron supuestamente más enamorados que nunca. Era la virtud de Ester: caía bien.

El psiquiatra de Dilan, después de algunos inconvenientes, vio con buenos ojos el inicio de una relación sentimental que se preveía importante, y pidió hablar con Ester. Cuando habló con ella, todas sus dudas se disiparon. Fueron los dos a la consulta. El psiquiatra sintió al instante aprecio por aquella mujer tan rubia, bella e inteligente, que enseguida se hacía querer. Al psiquiatra de Dilan le gustó mucho Ester. Envidió a Dilan. La imaginó desnuda y follando con él, no pudo evitarlo. Envidió mucho a Dilan. Los psiquiatras son humanos también. Ester no mencionó a Matthews.

Dilan dejó su piso y se fue a vivir al piso de Ester. Ester trabajaba como jefa de redacción de un relevante periódico madrileño. Dilan retomó la novela en la que estaba trabajando. Era una novela de amor. Dilan llamaba regularmente a Elena y le explicaba todo. Elena estaba cambiando. Víctor sabía que Elena estaba cambiando, pero no quería ni pensar en eso del pánico que le producía. Víctor se daba cuenta de que Elena se alejaba cada vez más, ya no le cuidaba, o le cuidaba muy vagamente. Elena se marchaba también como exmujer. Es verdad que Elena aún le escuchaba, pero ya no hacía suya la vida de Dilan. Le escuchaba como en un rito de personas civilizadas. Aunque ya no se responsabilizaba de él. Lo había abandonado a su suerte, a pesar de que seguía escuchándole en conversaciones por Skype, conversaciones que para Elena ya eran algo tedioso. Dilan tenía un recurso importante para conseguir que Elena interviniera en su vida: le recordaba que era el padre de María. Elena estaba reduciendo esa paternidad a ceniza. Quería que Elena aprobara su convivencia con Ester, que le diera el visto bueno, que se responsabilizase de esa decisión, pero Elena ya no era Elena.

Víctor Dilan se abismaba en esa metamorfosis de su exmujer. Elena ya no era su Elena. Ya era otra. A veces ese pensamiento le producía un sufrimiento

psíquico indescriptible, otras una liberación eufórica. Ya no sabía si había amado alguna vez a Elena. Había mezclado amor y necesidad. Pero acaso el amor no es necesidad. Recordó que su psiquiatra le dijo que el enamoramiento, en realidad, no era tan elevado ni ideal, y que podía resumirse en la necesidad o no de vivir con alguien. No conseguía averiguar si había amado o no a Elena. ¿Quién podía saber una cosa así? Era como saber si existe la materialidad del Amor. Había sobrevivido a la separación de Elena, eso era verdad, pero se había deteriorado muchísimo su salud mental y su sufrimiento persistía. Y sí había algo real: echaba de menos a su mujer. Echaba de menos su inteligencia, su risa, su sentido del orden, su dignidad, su delicadeza, su bondad, su belleza. Intuía que Elena le mentía. Varias veces le preguntó si salía con alguien. Ella le decía que no, que estaba bien así, que no se preocupase tanto de ella. Todas las mujeres le mentían, todas estaban follando con otros. Se lo dijo a su psiquiatra. También Elena le recordaba que eso ya no era asunto suyo, para volver a insistir inmediatamente en que no, que no estaba saliendo con nadie. Pero era mentira. Le mentía por compasión. Había alegría y vitalidad en la voz de Elena. El psiquiatra de Dilan finalmente le dijo: «Sí, Víctor, todas tus mujeres follan con otros, te sustituyen en el lecho y follan con tíos que tienen una polla mucho más grande que la tuya». Y se echaron a reír.

—Te lo dije —le recordó su psiquiatra—, te dije que tenías que saber estar solo.

—¿Tú crees que Ester me es infiel? —preguntó Víctor.

—Quien no te era infiel era Elena. Las demás te cambiarán por otro siempre. Y especialmente Ester.

—¿Por qué dices eso?

—Lo imagino. Intuyo cómo es, pero solo es una intuición. No te emparanoies.

Víctor no sabía que su psiquiatra había tenido ya un par de citas personales con Ester. A punto estuvo el psiquiatra de meter la pata, le daba pena Víctor Dilan, pero ya le había dicho bastante. Comenzó la convivencia con Ester. Dormían desnudos y abrazados. Al principio, hacían el amor todos los días dos veces, e incluso tres veces y hasta cuatro. Al cabo de un mes y medio, el amor lo hacían una vez al día. Pero era suficiente. Tampoco había

tanto tiempo. Sin embargo, ocurrió que al final del segundo mes la frecuencia disminuyó. Pasó a ser una vez cada dos días, o a veces tres días. Fue entonces cuando el cerebro de Dilan, de manera irremediable, y en un proceso que no podía controlar, empezó a comparar a Ester con Elena. Él mismo se afeaba estos pensamientos. No era justo que las comparase. Pero no podía evitarlo. El proceso comparativo era imparable. Seguía sin saber si había amado a Elena, pero ya sabía que Elena era un ser humano infinitamente superior a Ester. Era como comparar a Dios con el Diablo. Era como comparar la luz del cielo con la mierda. A los seis meses de convivencia, el sexo se mantenía, pero ya no era como antes. Ester comenzó a ausentarse. Algunas noches dormía fuera. Ella era convincente. Y Dilan no tenía dónde elegir. Al menos, Ester organizaba la casa.

Dilan quedó una noche a cenar con Paloma Broussard, quien al final se convirtió en su amiga y con quien de una forma civilizada supo en su día restablecer la relación profesional, tras la aventura amorosa de hacía un par de años. Paloma, además, seguía encargándole guiones para televisión, muy bien pagados. Lo hablaron una vez y decidieron que no había pasado nada. Se dijeron que eran adultos, que había ocurrido eso, pero que había sido una anécdota, que no volvería a suceder y punto. Y cumplieron los dos. Al fin y al cabo solo había sido una vez. Su relación retornó a los impecables cauces profesionales. Eso sí, Dilan notó que Paloma mostraba más interés en la promoción de sus guiones y le ayudaba con la publicitación de sus libros: tenía contactos en todas partes. Luego, además, vino el divorcio y Dilan dejó de pensar en Paloma Broussard como mujer, porque ella le ayudó como una amiga con un montón de temas prácticos y domésticos. Sin embargo, Paloma guardaba en un archivo de su Mac la grabación de dos horas y media de amor matutino en una habitación de un hotel de Madrid, y de vez en cuando escuchaba esos gemidos. Paloma tenía novio en la actualidad, era un directivo de una empresa de comunicación, un poco mayor que ella. Quedaron a cenar porque tenían que hablar de la nueva novela de Dilan. Le había pasado ya más de cien folios, a Paloma le habían gustado mucho, veía una película allí, pero le había inquietado el fuerte carácter verídico y autobiográfico de la historia que se narraba en *El luminoso regalo*, así se titulaba la novela.

—Es muy autobiográfica, pero es muy hermosa tu novela. Es un hallazgo

que tu álter ego se llame Dilan, nada menos que Víctor Dilan. Es tan irónico, y tan naíf.

—Bueno, no soy exactamente yo. Tendrás que hablar con mi agente y con mis editores, si quieres comprar los derechos enseguida, antes de que se publique.

—Ya lo sé.

—Sé que lo sabes.

—En cuanto al texto, y era de lo que quería hablar contigo, ten en cuenta que hay escenas que yo he vivido. No me hace mucha gracia que narres lo que pasó hace ya tiempo. Hicimos un pacto sobre eso, acuérdate, un pacto entre personas que son amigas y se respetan, que conste que no estoy hablando de la calidad literaria de la novela. Pero hicimos un pacto.

—Nadie, absolutamente nadie, y tú lo sabes, sospechará ni remotamente nada. ¿Te ha gustado el nombre que te he puesto?

—Sí, muy *cool*, ese nombre de Paloma Broussard. No sé, quería pedirte el favor de que quitaras esa escena. Es un favor personal. Todas las mujeres que salen allí creo que son más o menos reales. Yo diría que conozco a unas cuantas. No sé, igual me pasa esto al leer tu novela porque me sé al dedillo tu vida privada, imagino que al lector le dará igual, no se enterará de nada.

—No solo eso, es que es ficción todo, y tú lo sabes, llevas muchos años leyendo ficción, muchos años leyendo ese derivado pegajoso de la realidad al que llamamos ficción, esa palabra tan, en el fondo, vacua.

—Sí, me halaga, me halaga esa Paloma Broussard. Deja que lo piense. Es verdad que, mirado objetivamente, es bastante improbable que piensen que soy yo. Me emparanoia un poco esa escena de la novela, en fin. Puede que sea solo una paranoia mía. Decidido: déjalo como está. Me gusta.

—Perfecto. Otra cosa, sobre el pacto que hicimos: podríamos romperlo hoy.

—Precisamente hoy, y ha de ser cuando tú y solo tú lo quieras. Y yo qué. Me estás incomodando. Estoy saliendo con alguien y va en serio y tú estás viviendo con Sara, la Ester de tu novela. Por cierto, ¿sabe Sara que sale en la novela? Cuando lea que la llamas la Bruja te matará. Te matará de todos modos.

—No es ella. Ninguna sois vosotras, y lo sabes. Lo sabes perfectamente.

Ya se lo explicaré. No ha leído ni una página, por supuesto. Tampoco Marcelo es Ricardo.

—Lo sé, sé que hay ficción, sé que tú no eres ese Dilan. En cuanto a Ricardo, yo creo que le debes decir algo, con él no tendrás problema, conoce la ficción, le hará gracia, aunque lo del beso nocturno igual no le hace mucha gracia, pero todo eso de la metanovela os gusta mucho a los escritores, os pone a mil. Me gusta ese poder sobre la realidad que hay en la novela. Somos y no somos. Pero en el caso de Ester su parecido con Sara es muy fuerte.

—Es que es así la vida, el gran espectáculo de la vida es ese: somos y no somos. Estamos y nos vamos. Me gustaría que en la novela el verbo ir apareciese con *b*, con una falta de ortografía salvaje, herética. Que el «vamos» se escribiera como «bamos».

—En la editorial no te dejan hacer eso ni de coña. Pero me hace gracia.

—La ortografía es como el matrimonio. Me he inventado muchas cosas, ese Dilan no soy yo.

—Ese Dilan no eres tú, ya lo sé, hombre, ya lo sé.

—Ni tú eres Paloma Broussard. Tú follas mejor.

—Eres un hijodeputa. Estás rompiendo todos los pactos.

Después de la cena, fueron a tomar una copa a un bar de Malasaña. Allí Dilan, sin más preámbulos, besó a Paloma Broussard. Ella le dio una bofetada, una bofetada discreta y suave, casi invisible. Y siguieron hablando.

—¿No estás bien con Ester, es eso? Dime.

—Quiero follármelas a todas. Incluso a las muertas.

—Escribe una novela sobre vampiros.

—Ester me engaña, es una zorrilla insaciable.

—Eso lo dices en la novela. Creía que era ficción eso. Creía que su abyección era imaginaria.

—Ester es abyecta, sí. Esa es la palabra. Le encanta que la odien. O mejor aún: es inmune al odio que causa en los hombres. Todos los hombres la aman, pero la acaban odiando al final. Siembra el odio, innecesariamente.

Dilan volvió a besarla y esta vez Paloma aceptó el beso.

—¿Cómo van las relaciones con tu ex? —preguntó Paloma, tras el beso, como intentando regresar a un plano de normalidad aceptable, algo que alejase

el aviso de precipicio que el beso había causado.

—¿Sabes? Creo que hay una clase de hombres que vienen a este mundo a sufrir en manos de las mujeres. Primero sufren como hijos. Luego como novios. Luego como maridos. Luego como amantes. Luego se enfrentan al fantasma del tiempo, que convierte a sus mujeres-verdugos en miles de sombras que se multiplican de una manera terrorífica. Y finalmente, el fantasma de la madre los devuelve al sepulcro y se supone que allí, al fin, descansan, convertida su polla en viento, en polvo, en nada. Y te diré más: muchos hombres se lían con cientos de mujeres, pero se acaban casando solo con aquellas que acaban convirtiéndose en su madre. En realidad, el misterio del sexo masculino reside en la fuerza de la maternidad. Imagino que también sucede a la inversa: mujeres casadas con hombres que son como sus padres. De modo que la paternidad es otro fundamento sórdido de nuestra sexualidad. Yo vi en Mónica a mi madre.

—Me hizo gracia —dijo Paloma— que en la novela llamasas Elena a Mónica, porque Elena se llamaba mi madre, es una tontería, pero me hizo gracia.

Dilan volvió a besar a Paloma. Cogieron un taxi y se fueron al apartamento de Paloma. «Quiero ver cómo crece entre mis manos», dijo Paloma, ya en el dormitorio. «Tengo que orinar, he bebido mucho», dijo Dilan. «Quiero verte orinar», dijo Paloma. «Está bien, quiero que mires, mira atentamente», dijo Dilan.

Se desnudaron, se abrazaron, copularon, pero Dilan no encontraba ninguna postura que le satisficiera. Sin embargo, estaba completamente excitado y su erección le hacía casi daño. De repente, se apartó del cuerpo de Paloma Broussard, se sentó en una esquina de la cama, desnudo, y rompió a llorar. Aún conservaba su erección. Paloma no salía de su asombro. Estaba viendo llorar a un hombre en plenas facultades sexuales. Se levantó de la cama, exhibiendo delante de Paloma su verga erecta. Esta quiso cogerla. Paloma estaba muy excitada. Le pidió que siguiera. Le rogó que siguiera y que dejara de llorar. Dilan dejó de llorar. Abrió las piernas de Paloma Broussard y le comió el sexo hasta que esta se corrió. Pero no la penetró. Luego se dio una ducha. Al salir de la ducha Paloma le estaba esperando con un whisky en la mano.

—¿Por qué has hecho eso?

—El qué.

—Todo. Absolutamente todo. ¿Por qué has llorado? ¿Por qué no me has querido? ¿Por qué no me has follado?

—Quería romper con el imperio de la naturaleza.

—Estás loco.

—Pero te has corrido, y más aún que con una penetración normal.

—Eso es verdad, comes el coño como nadie. Pero me siento como víctima de un experimento. ¿Estás bien?

—Estoy bien y te quiero. Te quiero mucho —y Dilan besó a Paloma con mucha delicadeza en los labios—, te va a parecer una excentricidad o una locura o lo que quieras, pero de un tiempo a esta parte pienso que el sexo me roba mi alma. Otro cuerpo que no sea el mío me roba, me saquea, me deja sin mí.

—Dilan, eso se lo tienes que decir a tu psiquiatra, no me gusta oír eso. Eso suena a delirio, a enfermedad.

—Lo siento, no quería alarmarte.

—Pues explícate.

—A veces pienso que hacer el amor con una mujer sin que esa mujer esté dispuesta a dar su vida por ti no tiene sentido; no es que no tenga sentido, es que es una aberración, una abominación, un asesinato, una abyección; y por supuesto, a la inversa: no vale la pena hacer el amor con un hombre que no esté dispuesto a dar la vida por ti. Creo que ese es el mensaje oculto del sexo, el que no sabemos ver, el que no hemos visto nunca. Está allí la naturaleza y el mensaje de Dios y de su hijo el Gran Jesucristo; ellos dos dispusieron en el sexo esa noticia, ese gran mensaje, esa información definitiva, el eslogan de la salvación.

—¡Basta, basta, no quiero oír nada más! Me estás poniendo enferma. Estás como una chota. Por favor, te lo ruego, cuéntale todo eso a tu psiquiatra. Ahora olvida eso, no pienses más en esas barbaridades. No pienses. Haz el favor: no pienses. Prométemelo ahora mismo.

—Te lo prometo.

Se tumbaron juntos en la cama, desnudos. Ella le daba pequeños besos en el cuello.

—Yo te cuidaré, yo te sanaré —decía Paloma Broussard a Dilan, que iba quedándose dormido.

Al cabo de una hora, Dilan se despertó sobresaltado. Paloma estaba leyendo, no podía dormir. Serían las cuatro de la madrugada. Dilan saltó de la cama y fue a la cocina a por hielo y vasos. Sirvió dos whiskies y le preguntó a Paloma si tenía el disco de *Let It Be* de los Beatles. Paloma dijo que no, pero que tenía contratado el Spotify y que allí seguro que estaba. Encendieron el ordenador y sí, allí estaba *Let It Be*. Bebieron. Y Dilan se puso a bailar con Paloma mientras sonaba *Let It Be*. Bailaban caóticamente. Y Dilan volvió a llorar. Y decía «te amo, te amo, te amo». A Paloma le sobrecogió tanta ternura en un hombre. Jamás había visto una vulnerabilidad tan dulce, tan inocente. Jamás había visto la inocencia y la bondad en la edad madura, en la edad del egoísmo y del cálculo, en la edad de la cautela y del éxito. Un niño de cincuenta años, eso era Dilan. Era el mayor espectáculo que había visto jamás. Lo abrazó con fuerza, apretando sus pechos desnudos contra el pecho de Dilan. Le besó el cuello y luego la boca. Y comprendió por qué Dilan había elegido esa canción. Y Paloma lloró también. Quiso a ese hombre. Estaba queriendo a ese hombre, pero era, como siempre, mentira, una mentira. Millones de mentiras que son como bisagras que unen a hombres y mujeres. Quería dormir junto a ese hombre. Estaba emocionada. Estaba ilusionada. Pero era la ilusión del animal saciado, esa ilusión que en realidad será siempre nuestra enfermedad. Toda la noche, hasta el alba, estuvieron escuchando ese disco de los Beatles, mientras entrelazaban sus manos y se miraban a los ojos, bajo la luz de la lámpara de la mesilla.

Llegó la luz del día y ellos seguían así, solo se levantaban para darle a la tecla del ordenador, para que siguiese sonando ese disco de los Beatles.

Cuando Dilan se quedó dormido, Paloma Broussard buscó en un armario de su casa una joya de familia. Era un pequeño crucifijo de oro. «Protege a este hombre de todo Mal, protégelo, es carne desangelada, es un cuerpo sin fin, es un niño Dios, protégelo, para que no se muera pronto, para que las paredes de su cerebro no se conviertan en ruinas húmedas, indeseables y malignas, porque este hombre no merece morir.»

Desayunaron juntos. Tostadas, café y zumo.

—Ester es una puta —dijo Dilan de repente, dejando estupefacta a

Paloma, que en ese momento bebía su zumo de naranja.

—Ester te quiere, es una buena chica, cuida de ti —dijo Paloma.

—Está bien que tú digas eso, te honra; pero créeme, esa mujer no ha querido a nadie en su puta vida, además es una ninfómana sin diagnosticar y una mentirosa compulsiva. Yo estoy con ella porque me engañó, estoy con ella porque me quería como trofeo social. Soy su puto trofeo. Me jodió mi vida con Elena y ahora se va con el primero que pilla, aunque eso, te lo juro, ya me da igual. Y estoy con ella porque me horroriza vivir solo. Al menos ella organiza mi vida y la casa está limpia y puedo escribir. Sé que folla en nuestra casa con otros cuando yo estoy de viaje. Lo que me jode es que por su culpa perdí a Elena. Por culpa de una mujer sórdida y vulgar perdí a un corazón de oro. Anda, pon en el ordenador *Heart of Gold* de Neil Young. ¿Sabes que me cuenta cómo follan sus amantes?

—Eso no me lo creo.

—¿Quieres detalles?

—No, basta. Lo siento. No quiero oír nada más de eso. Es sórdido; si ella es así, lo siento mucho por ti.

Capítulo 12: Víctor Walker

Diciembre de 2014

Una extraña madrugada de verano allí, en Brasil, estando en un hotel de Río de Janeiro, en el Hotel Granada, adonde habías ido a participar en un festival internacional de literatura, experimentaste un ataque de alcoholismo irrefrenable. Subieron a tu habitación una botella de Johnny Walker con una cubitera de hielo, porque no había Glenrothes ni Chivas (echaste de menos la belleza de la botella del Glenrothes), y empezaste a beber contemplando lo que se veía desde la ventana de tu habitación. Hiciste una foto con tu Samsung. Esto es lo que se veía desde tu habitación:

© Archivo personal del autor

Era un paisaje excremental del que te enamoraste. Caíste de rodillas ante esas casas que fueron retratadas por tu Samsung Galaxy. Comenzaste a beber a las nueve de la mañana, en ayunas. Tu estómago, fuerte como el brazo derecho de Abraham, no protestó lo más mínimo. El brazo derecho de Abraham estaba de tu parte, doblegando la Tierra y la Historia, a tu placer. Estabas tan serio que si alguien se hubiese reído delante de ti en ese momento le habrías clavado un cuchillo en el cuello, o el cepillo de dientes. Se puede utilizar un cepillo de dientes como arma mortal, es una cuestión de habilidad, de misticismo, de voluntad.

Acercaste una silla a la ventana y mirabas y bebías. A las nueve y media de la mañana toda la habitación resplandecía y ya casi te habías bebido la mitad de la botella. Era fantástico. Mirabas las casas de la foto, bebías y pensabas en esos pisos.

Rezaste:

«Señor Jesucristo, Señor Giacomo Casanova, dejadme ver los dormitorios de esos pisos que están delante de mí, los pisos de esas casas, dejadme ver cómo hacen el amor en esos pisos hombres y mujeres, cómo reina el amor en Brasil, matrimonios o no, novios o no, homosexuales o heterosexuales, negros o blancos, blancos o amarillos, medio negros o medio blancos, en esta santa ciudad de Río de Janeiro, dejadme, os lo suplico, concededme el don de la visión, del gran conocimiento.»

Y el edificio de doce plantas de la derecha de la foto se hizo transparente y viste hombres y mujeres copulando ya por la mañana, viste el reino del amor,

luego se duchaban y sonreían. Las sonrisas, también las contemplaste. Las cópulas matutinas, su delicada soñolencia. Sexos con sueño que nacen a la gravitación. Y ocurrió lo mismo con el edificio de la izquierda de la foto, de ocho plantas. Pediste una retrospectiva en el tiempo para ver más amor, más actos de amor, y te fue concedida la retrospectiva. Porque la gente elige la noche, y no acaba de entender la grandeza del amor al alba. Cuando es el alba el mejor momento para la fornicación. Bueno, y la noche también. ¿Qué es la fornicación? Nadie lo sabrá jamás. La gente cree saberlo. Creen saberlo los médicos, los biólogos, los sacerdotes, los antropólogos, los enamorados, los psicólogos, los pintores, los músicos, los poetas, pero no lo saben. Nadie lo sabe. Es el gran misterio del origen de la vida.

Solo unos pocos lo sabemos. La fornicación es la ausencia de fornicación real, eso es. Antes que tú lo supieron Emily Brontë y Franz Kafka. La fornicación humana es una copia defectuosa de otra fornicación de orden superior. Solo a unos cuantos les es dado contemplar a través de la fornicación humana la otra fornicación, una lejana que se vislumbra y que daña de muerte el corazón.

A través de la cópula humana, sucia, corrompida y amorosa, ruda, estricta y desproporcionada, tierna, dulce y hedionda, a unos cuantos nos es dado contemplar muy difusamente la Otra Copulación. No es la muerte. Es más que la muerte. No es la saciedad. Es más que la saciedad. No es Dios, es más que Dios. Existe algo que es más que Dios. Eso es. Por eso en la novela *Cumbres borrascosas* Heathcliff jamás hizo el amor con Cathy. Era inútil hacerlo. Aunque en la realidad es evidente que lo hicieron, pero no en la novela, que era territorio sagrado. En la vida Heathcliff y Cathy hicieron el amor, pero en la novela *Cumbres borrascosas*, aunque también lo hicieron, en realidad no lo hicieron. Me hubiera gustado casarme con esa mujer, con Emily Brontë. Le pasaba lo mismo que a mí. Lo vio. Vio Eso. ¿Cómo llamarlo? No tiene nombre. Emily pensó en imágenes de Eso, como el Mal, la Locura, la Obsesión, la Muerte, el Enamoramiento. Pero Emily era muy pudorosa en cierto modo, aunque llegó lo más lejos posible; como tú ahora, estás intentando llegar lo más lejos posible dentro de las épocas. Como Emily dentro de la suya, de su primera mitad del siglo XIX. Hizo lo que pudo para nombrar Eso. Tú estás haciendo lo que puedes para nombrar Eso. Aristóteles

lo llamó admiración o perplejidad ante la Vida, y eso es un decir paupérrimo. Aristóteles también lo vio, pero le tuvo miedo y salió corriendo, se dedicó a pensar en otras cosas más sencillas. Por eso no resucitó. Emily sí resucitó. Está sentada aquí, a tu lado, en esta habitación de un hotel de Río de Janeiro. Es un cadáver amarillo, y habláis los dos y os besáis. Hablabais en inglés. Estabais radiantes, Emily y tú. Tú le preguntabas por Heathcliff y ella te preguntaba por Ester. «Sí, salió de mis entrañas, él, Heathcliff, salió de mi coño», dijo Emily. «Qué bien, déjame verlo, déjame ver tu coño, Emily, tiene que ser el Paraíso.» Y Emily se levantó su pesada falda decimonónica (la operación duró varios minutos) y dejó que le vieras el coño, el sitio del que salió Heathcliff, un sitio hermoso, húmedo, doliente, infinito.

Te estabas saciando de conocimiento. Llorabas de felicidad y seguías bebiendo. Y pediste ver pisos que casi no se ven en la foto, y Giacomo y Cristo te lo concedieron.

Bueno, dijiste, ya no quiero ver más. No puedo ver más. Estoy saciado. Y volviste a mirar dentro de tu habitación. La habitación era preciosa. No había nadie. Las sábanas eran la Sábana Santa de Turín. Podías ver a Cristo muerto, ensangrentado, las sienas llenas de sangre, las manos con la sangre ennegrecida, encima de tu cama. Las paredes eran blancas, de un blanco amarillento quizá. Te tumbaste al lado de Cristo. Él estaba muerto y tú, supuestamente, estabas vivo. Te giraste y cogiste una mano de Cristo. Estaba gélida, llena de costras de sangre.

—Háblame, háblame, llévame, mátame, quítame esta insaciabilidad; tú conoces perfectamente esta insaciabilidad, hermano mío. Tú quieres el amor de todos los seres humanos. No te bastó el cuerpo, querías sus corazones. Querías sus devociones. Ser el rey de todos los corazones que han existido y existirán. Yo te comprendo. Yo sufro igual que tú. Pero nadie viene a crucificarme. Solo me queda el suicidio. Tú tuviste suerte de que te asesinaran. ¿Qué hago yo? Nadie quiere matarme. Ni siquiera el alcohol es capaz de matarme. Tú sabías perfectamente que no se puede vivir así. No se puede desear tanto a los seres humanos. A todos los seres humanos. No nos basta un ser humano, ni diez, ni mil. Queremos la especie entera. Miles de millones. Y estamos capacitados para amarlos a todos. ¿Por qué metisteis tú y tu Santo Padre ese veneno en mi jodida sangre? ¿Por qué no puedo ser un

hombre normal? Un hombre enamorado de una mujer, viviendo una vida tranquila. ¿Por qué tengo que arrastrarme por el planeta buscando a todas las mujeres de la Tierra? ¿Por qué tengo que estar enamorado de toda la especie? ¿Por qué? Tú también lo estuviste; y aquí estás, a mi lado, tumbados los dos en la planta novena del Hotel Granada de Río de Janeiro, oyendo la ruidosa máquina del aire acondicionado.

Y te callaste. Te levantaste y te pusiste más whisky en el vaso. Y pensaste en la gran belleza del whisky, el poder revolucionario que ejerce sobre tu sangre. Estabas solo en el mundo, sacaste un manuscrito, un montón de papeles escritos, estabas contemplando la invención de todas esas mujeres que salen en *El luminoso regalo*, porque todas las mujeres con quienes has hecho el amor son una ficción. Tiraste los más de doscientos folios por la habitación, e ibas leyendo caóticamente. ¿Una ficción ellas? Quisieras que fuesen una ficción, que tuviesen el estatuto de lo no acontecido. Cómo se puede ser tan sinvergüenza. Cómo se puede ser tan Heathcliff. Tal vez la única mujer que no es una ficción sea tu madre, en la medida en que te hizo bajar de las inverosímiles estrellas, del inerte espacio cósmico donde te balanceabas como una membrana fría e informe, y te convirtió en materia orgánica caliente. Pero ella está muerta y tú no. Tu madre muerta, maravillosamente muerta. La mujer de tu vida. Qué bien que estés muerta, mamá. Así sí puedo estar completamente solo. ¿Me quisiste alguna vez como un ser independiente de la jodida maternidad? No lo creo, es imposible. ¿Con cuántos hombres estuviste? ¿Quién era mi padre? ¿A cuántos hombres les mamaste la polla? Ese número existirá en alguna parte. Dios sabrá ese número. Él me lo dirá. Este tipo de conocimiento no tiene ninguna importancia en el Reino de los Cielos, no mueve a escándalo. Espero haber sido concebido en tu mejor orgasmo, mamá. En un brutal chillido de placer. En un seísmo de tus entrañas. En una puñalada en el vientre, en el coño, en la pelvis. Eso al cabo del tiempo se nota. Quienes fueron engendrados en cópulas rutinarias acaban cantando como almejas. Son mansos, y no resucitan. Se pudren sus cuerpos y no regresan. No ven nada. Quienes fuimos engendrados en cópulas excrementales y rabiosamente asquerosas, torturadas y feroces, sórdidas y blancas, somos hijos de Dios. Y Dios nos acaba hablando. Y nos convierte en los Bien Enamorados. Sufrimos. Nos exhibimos desnudos. Contemplamos nuestro sexo como el mayor bien de

la vida. Hemos sido capaces de sobrevivir a cualquier tipo de alienación política, social, laboral o cultural. Nuestro sexo nos guía en la noche de la esclavitud, en la noche del proletariado, en la noche de la miseria, en la noche del hambre, en la noche del fracaso rotundo de toda forma de civilización.

Porque la civilización se creó para domesticar y enfriar y asesinar la grandeza del coito sin ley, sin régimen, bajo el sol.

Nuestro sexo es revolucionario, es universal y camina hacia el Sol.

Mirabas el excelente diseño de la botella de Johnny Walker. La bonita etiqueta roja y un hijodeputa caminando. Empleaste tus gafas de ver de cerca para examinar la etiqueta de la botella de Johnny Walker. Tú mismo eres Víctor Walker. Ese es tu verdadero nombre.

Eran las diez y media y seguías mirando por la ventana y seguías viendo gente desnuda. De vez en cuando te tumbabas en la cama. Había un sol monumental entrando en tu habitación.

—Hola, Sol, eres el mayor hijodeputa del Universo, siempre intenso, siempre abrasándote, siempre en pleno orgasmo tú —le dijiste al Sol.

—Hola, Víctor Walker —te dijo el Sol—. Ten paciencia, pronto te irás, pronto acabará tu martirio.

—¿Te manda Él a decirme esto?

—Sí, Él me manda. Te quiere. Tienes que seguir amándolas a todas. Te las he traído. Aquí están. Son tuyas.

Y entonces todo era alegría. Soñabas que miles de mujeres estaban contigo en la habitación. Pensabas en Claudia Montes —no has hablado de ella todavía—. Estaba a tu lado, en la cama, donde antes había estado el cadáver de Cristo, que ya no estaba, se había marchado, había regresado a lo Alto; y Claudia estaba haciéndose la perezosa. Besabas su culo, metiste tu lengua dentro de su culo. Muy adentro. Y allí estaba ella. Y decía «Víctor, no me he lavado aún, estás loco, deja que me duche, por favor, me da tanta vergüenza, haces que pierda el pudor, y me siento como una bruja desquiciada, rota, enamorada, sangrienta, no me hagas eso, por favor, no quiero ni pensarlo, por favor, por favor, no me metas la lengua allí, tiene que ser asqueroso; por favor, hazlo, sigue, me gustaría ser tu lengua, contener todas las sustancias excrementales que sobre tu lengua están ahora, déjamela probar, bésame, quiero comerme tu lengua». Y entonces te diste cuenta de que habías hecho ese

viaje con ella. Creías que estabas solo, que habías ido solo a Río de Janeiro, pero habías ido con Claudia. De hecho, el viaje había salido gracias a ella.

Ella te dejaba beber. Contemplaba tu alcoholismo como quien contempla, en Sevilla, un paso de Semana Santa. No sabes, quizá el mejor paso de Semana Santa de esa ciudad española tan «emblemática». Eres el mejor de los hombres. Eres un paso de Semana Santa sevillana, el mejor paso. ¿Cuál es? Será el de algún Cristo crucificado, seguro. O el de alguna Virgen llorando.

Entonces Claudia bajó a desayunar. Y tú seguiste con tu botella. Regresó de desayunar, lozana y rubia, enérgica y simpática. Había tomado su café y su cruasán y su zumo de naranja y había comido piña y sandía y queso en el buffet. Y tú te morías de risa. Porque adivinaste todo lo que había comido en el desayuno.

—Yo no necesito café.

—Estás loco, te has bebido toda la botella.

—Ponte el puto bikini —le dijiste a Claudia.

Y se lo puso. Y tú cogiste unas chanclas. Te pusiste el bañador, la polla se te salía por debajo del bañador. Tu charla literaria era por la tarde. Había tiempo. Coge una blanca toalla del hotel. Para un taxi.

—Copacabana, *please*.

Y allí estabais los dos a las once cuarenta y cinco de la mañana, en la playa de Copacabana. Era diciembre. El 3 de diciembre. Había un sol espectacular. Quítate el sujetador del bikini.

—Para qué quieres que me quite el sujetador, ¿para que todos esos negros de mierda se queden mirando mis tetas blancas, mis rubios pezones?

—¿Por qué eres tan rubia?

—Sí, soy rubia, y tú amas a las rubias. Sin las rubias tu vida sería una puta mierda. ¿Pero qué ves en ellas?

—Nada, no veo nada.

—¿Entonces?

—Entonces, paseemos por la playa.

Y paseasteis por la playa de Copacabana. Tú llevabas un bañador azul ceñido, que te marcaba la polla.

—Eres de una vulgaridad patética, pero te amo, te amo como no he amado a nadie.

—Y tú no te quitas el bikini.

—Pero fíjate, todas esas negras tampoco se lo quitan. Qué puritanas. Adoro mi raza rubia. Adoro mi piel blanca. Adoro todo lo que sea rubio.

Y sí, eso era verdad. Un montón de mujeres de raza negra paseaban por la playa de Copacabana con sus bikinis al completo. Te parecieron feas y gordas. Y vosotros dos erais delgados, blancos y extremadamente rubios.

—No era mi idea de la mujer brasileña —dijiste.

—Tú eres español y no eres un torero ni te pareces a Alfredo Landa —dijo Claudia.

Y os reísteis. Y os sentasteis en un chiringuito y tú pediste una cerveza «big» y Claudia un batido de fruta tropical. Ellas no bebían, tus mujeres, dices. Nunca bebían. Solo eras tú el que bebías. Solo tú eras el alcohólico.

—¿Por qué bebes tanto?, ¿te has bebido una botella de whisky en ayunas y ahora te vas a beber medio litro de cerveza? ¿Qué quieres que sienta, pena?, ¿que me dé hipercuenta de que me he enamorado de un alcohólico irredimible?

—¿Hipercuenta? Tú eres filóloga. Cómo demonios dices esa palabra.

Y os volvisteis a reír. Y entonces comenzaste a besarla como un loco. Y ella, serena, extremadamente sobria, se reía.

—Me estás comiendo la lengua. Me estás haciendo sangre en el labio inferior. ¿Por qué prefieres mi labio inferior a mi labio superior? Nunca he entendido eso.

—El inferior está abajo. Abajo estamos siempre los santos, los ángeles, los crucificados, los enamorados. Los grandes solitarios estamos abajo.

Paseabais por la playa de Copacabana cogidos de la mano y Claudia te miraba y se reía. Parecía la mujer más feliz del Universo.

Entonces la hiciste tropezar de una forma inesperadamente violenta. Le pusiste la zancadilla y Claudia cayó sobre la arena. Su cuerpo tendido sobre la arena y las olas. Y te pusiste encima de ella, y comenzaste a besarla con violencia, con turbia y teológica violencia. Y querías tocarle el coño y ella se enfadó muchísimo. Y después de besarla te pusiste de pie y entraste en el mar y comenzaste a vomitar, intentando que ella no te viera, estabas completamente borracho. Y adivinaste cómo sería tu muerte. Porque te gustó estar allí, en mitad de las olas, completamente borracho.

Claudia te dio una bofetada. Os vestisteis y parasteis un taxi.

—Hotel Granada, *please* —dijo Claudia.

Tú mirabas por la ventana intentando ver al Santo Cristo de Río de Janeiro, pero no veías nada, solo avenidas espléndidamente iluminadas por el sol, y hacía mucho calor.

Entrasteis en la habitación. Claudia te metió en la ducha. Y acabasteis los dos dentro de la ducha. Y mientras ella se secaba el pelo y se arreglaba, saliste del cuarto de baño y llamaste a recepción y te subieron otra botella de Víctor Walker. Eso es lo bueno del tiempo que emplean las mujeres en los cuartos de baño, mientras se arreglan puedes llamar a otras mujeres, o a recepción y pedir cargamentos de whisky.

Cuando salió del cuarto de baño, toda pintada, con su cabello rubio súper bien peinado, estaba monísima, con el carmín rojo, tú estabas sentado con tu copa en la mano, con tu whisky y tu grandiosa, tu inconmensurable felicidad encima. Esperabas que Claudia te metiera una hostia salvaje, que te rompiera la botella en la cabeza, que te dijera de todo, pero se rió y dijo «no llevo bragas».

Te levantaste de la silla con la copa en la mano. Fuiste a tu neceser. Sacaste un Levitra y te lo tragaste con el whisky. Os fuisteis desnudando poco a poco, a cámara lenta. Follasteis, pero algo no iba bien.

—Quiero llamarla —dijiste.

—Está bien, llámala, te va a costar un pastón la llamada a España, te va a costar cien euros quince minutos —dijo Claudia.

Y llamaste, y ella lo cogió.

—Hola, Ester, amor mío. No sabes cuánto te echo de menos, no soporto estar sin ti —y mientras le decías esto a Ester, Claudia te comía la polla, completamente erecta por efecto del Levitra—. Esta ciudad sin ti no tiene sentido. Es bonita, sí, pero sin ti todo me da igual. No salgo del hotel —y cuando decías que la ciudad era bonita tenías delante el culo blanquísimo de Claudia.

Y Ester decía «disfruta, amor mío, seguro que hay gente estupenda allí, te quiero, te quiero tanto, nadie como tú, lindo».

—Estás como una cabra y eres maligno —dijo Claudia.

—Bah, ella también estaba con otro. Debía tener el coño chorreando. Y sí, soy maligno. Soy Heathcliff.

—No, tú no eres Heathcliff. Heathcliff solo amaba a Catherine. Tu amor es mutante. Heathcliff era romántico. Tú eres posmoderno y para ti lo real no existe. Heathcliff vestía levitas adamascadas. Tú llevas gafas Ray-Ban. Heathcliff sufría. Catherine sufría. La que murió fue Catherine.

—Sí, tienes razón, y aquí el que va a morir voy a ser yo.

—Anda, ven aquí, ven. No pienses. Ven, ven. Qué haces allí de pie, con esa erección monumental. Dime, qué haces allí de pie. ¿Es que te vas? Vas a salir así por los pasillos del hotel, para follarte a las camareras, ¿eso quieres?

—Sí, parezco el Santo Cristo de Río de Janeiro.

Y abriste los brazos y fuiste hacia ella, convertida tu carne en piedra, en piedra dulce, en piedra alegre. Y entonces volviste a averiguar algo terrible. Estaba Claudia delante de ti, delante, habíais follado encima de la mesa de la habitación, os habíais corrido los dos, ella estaba limpiándose el semen de su vientre, el sitio que tú habías elegido para depositar el semen, miraste hacia la cama de matrimonio y en la cama de matrimonio volvieron a aparecer los cadáveres de Cristo y de Emily Brontë, tumbados el uno al lado del otro, y ellos dos te mandaron telepáticamente un mensaje terrible. «Díselo, díselo, díselo», insistían los dos cadáveres. Y se lo dijiste.

—A una mujer que ha estado con muchos hombres, cinco o seis son suficientes, nunca la podré amar. Solo podré amar a una mujer que haya estado solo conmigo.

Y Cristo y Emily dijeron «se lo has dicho, has sido capaz, eres el Bien Enamorado».

Capítulo 13: Roma

Agosto de 2018

1

Pero yo, querida Ester, conocí el fundamento de la vida en el enorme amor que te profesé. No hubiera dado mi vida por ti. La hubiera dado por Elena, que es la madre de mi hija María. Por ti, no. Y sin embargo, estaba completamente loco por ti.

Le pregunté a Dios Nuestro Señor por esto. No hubo respuesta. No la hay. Le pregunté a Cristo, y me dijo «apáñate, Dilan, apáñate como puedas, ni mi Padre ni Yo mismo supimos concebir la perfección en el Amor, su imperfección es su perfección, te queremos porque te has dado cuenta de eso; normalmente nadie se da cuenta de nuestra chapuza creadora; tú sí, tío, tú te has dado cuenta, y eso nos honra; tu inteligencia te matará».

«De puta madre», dijiste, «porque estoy deseando morir de una puta vez».

2

La forma en que te amé, Ester, era imperiosa y triste. Estábamos hechos el uno para el otro. Yo decía:

—Soy Ester.

Éramos el mismo ser. La horrible putada fue el poco tiempo que estuvimos juntos. Fueron horas, o días como mucho. Es horrible.

Cuántas veces quise llamarte, después de la ruptura. Cuántas veces le di tu nombre a mi Galaxy VI. Y allí salías tú, Sara Jiménez, en el WhatsApp. Pero me tenías bloqueado. Daba igual lo que escribiera, tú no lo ibas a recibir, Sara.

Preguntaba por ti a amigos comunes. Nadie me decía nada de ti. ¿Te acuerdas de mí? ¿Me olvidaste?

Me moriré sin saber qué fui para ti.

Da jodidamente igual que me muera sin saber eso. No se inmutará el Universo. Nadie se inmutará. Mi madre a lo mejor, que bajo tierra me dirá:

—Pero, esa mujer, ¿te quería?

—No tengo ni la más puta idea, mamá. Creo que solo me has querido tú y

no mucho.

—No mucho, eso es verdad, hijo mío.

Pero ese *pansexualismo* que tú me enseñaste, ¿qué haré con él? ¿Era un estado poético? Qué va, ay, amor mío.

Daba igual que estuviéramos follando siete años seguidos, todo era una ruina tan hermosa. Porque tu coño me hablaba. Y me decía cosas, cosas como esta:

—Aquí estuvieron otros antes que tú, muchos, estuvieron muchos, mira, te enseño fotos de ellos, mira estas fotos de hombres jóvenes, atléticos, poderosos.

Y yo veía las fotos de esos hombres que tu maravilloso coño me ofrecía. Y tu coño decía:

—Pero no puedes tener eso en cuenta, Dilan, ella se ha lavado el coño mil veces después con jabones extraordinariamente caros, es como darse la mano, no es más que eso. No queda nada de esos tipos. No vas a despreciar la mano de alguien porque esa mano haya tocado tres mil manos antes. No queda resto alguno aquí de ellos.

—Sí que queda, queda todo. Quedan sus rostros. Sus olores. El tamaño gigantesco de sus pollas, más grandes que la mía. Quedan sus putas palabras, su saliva en ti.

—Eres un Satanás.

—No, soy el Bien Enamorado, eso es todo. Es gracioso el amor. Nos mata. Los hombres como yo somos extraordinariamente vulnerables. Somos codiciosos, queremos los coños en exclusividad; imagino que es por Amor. Si no nos enamorásemos, nos daría igual, querido coño, la gente que te visitó. Pero como nos enamoramos con una fuerza insoportable no podemos admitir que haya habido antes otros. No podemos. No son celos. Es el dorado Amor. Es la Perfección. Tú, santo coño, tienes que entenderlo, pues eres hijo de las manos de Dios: Dios mismo te hizo, hizo tus labios, tus conductos, tu carne, tus flujos, tus venas, tu sagrada invisibilidad.

—Eres Cristo, te había confundido con Satanás.

—Sí, querido coño de Ester, amado mío, nos confunden muchas veces. Y ahora enséñame las fotos de todos esos hombres que se follaron a esta hijadeputa. Quiero ver sus glandes, sus eyaculaciones, sus gritos, sus mierdas.

—Majestad, aquí están las fotos. Va a sufrir su Majestad porque su Majestad está enamorado. Son muchas fotos. Muchos hombres, demasiados.

—El sufrimiento es mi patria. Lo soportaré. Mi hermano lo soportó, en la cruz.

—No es real eso; tiene que ver con el capitalismo; con la abundancia. Escúchame, Dilan: ella, Sara, no lo hacía por maldad, ni por acumulación de conocimiento, ni por placer, ni por jugar. Ella era codiciosa. Codiciamos todo lo que vemos. No era sexo ni placer, era capitalismo. Te lo juro. Era como el que quiere un coche mejor, como el que quiere dos casas en vez de una, como el que quiere un Rolex, como el que quiere un avión privado, era eso. Quería hombres de prestigio, quería hombres importantes; o lo que ella pensaba que eran hombres importantes. Yo lo sé, yo recibía sus estímulos cerebrales, recibía las órdenes de allá arriba, de su lejana voluntad. Yo obedecía. Tu sexo hace lo mismo. Obedecemos las órdenes de vuestras voluntades. Con el tiempo aprendemos a comprender vuestras voluntades. Creéis que vuestras voluntades son de carácter biológico, pero no. Son ambiciones capitalistas. El capitalismo se mete en los coños y en las pollas, créeme, es así.

—Me asombra que hables un español tan perfecto. Me gusta hablar contigo. Nunca me hablaron los coños con tanta maestría, con tanta perfección sintáctica, con tanta erudición sociológica.

—Estamos aquí desde hace miles de años; nunca nos había pasado lo que nos pasa desde hace dos mil años; estamos en plena evolución; permanecemos inamovibles durante millones de años; y de repente, en dos mil años, recibimos órdenes completamente distintas. Las órdenes antiguas eran sencillas, no sé, las órdenes que recibían los coños y las pollas de hace quinientos mil años; guardamos memoria de aquellas viejas órdenes, tan hermosas y simples; ahora nos dais órdenes complejas, contrarias a nuestra elemental naturaleza, pero somos como militares, nos está prohibido hablar de política. Obedecemos y ya está. Tratamos de obedecer con absoluta precisión, porque de nuestra precisión depende vuestro amor a la vida.

—¿Me recuerdas?

—A ti poco, a tu sexo más. Sí, lo recuerdo.

—¿Y ella qué dice?

—No dice nada, da órdenes, nos ordena que recibamos a nuevos visitantes

con alegría, exaltación, ensanchamiento, que los rociemos de líquidos maravillosos, que hagamos que el visitante se sienta como en un palacio, que llegue hasta el final de todas las salas del palacio, que se adueñe del palacio.

—¿Eso hiciste conmigo?

—Por supuesto, cuando ella lo ordenaba.

—¿Ahora ya no lo ordena?

—No. Ya no quiere que seas el visitante. Ya no te considera un hombre importante. Ahora tiene a otro hombre más importante que tú. Es puro capitalismo; capitalismo cultural, si quieres. No puedes follarla. La follaste en su día como un general romano victorioso entrando en Roma, pero ahora ya no. Vive con eso. No pasa nada. Habrá otras Romas que te celebrarán.

Capítulo 14: En casa de Ester

15 de agosto de 2013

Es una noche de agosto infinita. Estás viviendo con Ester. Ella te ama, pero es mentira. Siempre fue mentira. Estáis en Madrid. No os vais de vacaciones a ningún sitio. Estáis desnudos en la cama. Suenan campanas en alguna iglesia. Es domingo. Le has chupado tanto el coño y las ingles y las piernas y los pechos a Ester que ya no te queda lengua. No tienes sensibilidad en la lengua. Podrías arrancarte la lengua de cuajo y tirarla al cubo de la basura como se tira un yogur vacío o una lata de atún vacía y aún goteante, y pedirle al santísimo Espíritu Santo que hiciera brotar de los adentros de tu garganta una lengua nueva, resplandeciente y feroz. Debería ser posible eso: la regeneración de la lengua a través del coito y la fe. Tienes, además, los labios hinchados, de la mezcla de flujos. Ella tiene también sus labios hinchados de comerte la picha. Dices picha ahora en vez de sexo porque el escritor estadounidense Paul Auster emplea, sorprendentemente, la palabra «picha» en uno de sus libros recientes y te gusta el metasexo. Habéis entregado todos los órganos de vuestros cuerpos a la polla y al coño. Pero sabes que ella no tiene bastante y que te es infiel. Sabes que va con otros. Y lo hace con una conciencia especial, con un deleite feroz. Es una mala persona y no lo sabe. Tú también eres una mala persona y tampoco lo sabes. Ninguna mala persona sabe que lo es. Es horrible ser una mala persona, es preferible estar ciego o paralítico o muerto. Ester cree que es bondadosa, y es el Mal. Dice «soy buena contigo» y se va con otros. Es realmente un espectáculo de malignidad. No porque se vaya con otros, sino por su incapacidad patológica para el amor. La ninfomanía es una forma de vanidad satánica. La ninfomanía tiene grados; el de Ester no es alto, pero es. La ninfomanía impide el amor. Ninguna ninfómana ha conocido el amor. Satanás reina.

—¿Es el orgasmo el significado final de todo? Di —pregunta Ester.

—Pienso que sí. Creo que no hay otro significado posible en la vida humana. No tiene contenido político. Lo experimenta el último hombre sobre la Tierra y el primer hombre sobre la Tierra. Tras él viene la nada desnuda — le dices, para que se siga interesando por ti, por tu polla, para que no te abandone por la primera polla gigantesca que encuentre a la vuelta de la esquina.

—Cómeme otro Levitra. Quiero que explotes, que te mueras dentro. Quiero que me preñes, nunca me preñas, no consigues preñarme, la culpa tiene que ser tuya, quiero crucificarte por eso, cabrón —dice la Bruja.

Pero la culpa no es tuya. Lo sabes bien. En su día te hiciste un análisis de semen. Y te dijeron que eras un reproductor magnífico y allí está tu hija María como prueba.

—Desde el origen de los tiempos, solo puedo complacerte. Estoy destinado genéticamente para complacerte. Quiero que follemos con todas las ventanas abiertas para que nos vea el universo. Quiero que desaparezca el techo de esta casa —y le dices esto a Ester otra vez por lo mismo: para que no se busque otra polla más grande que la tuya.

Hay un silencio. Ester quiere que le chupes los pezones. Quiere que se los muerdas, pero con una intensidad moderada, si no aciertas en la intensidad te insulta o te abofetea. La verdad es que ya sus tetas te resultan insípidas. Ya no te gustan sus tetas, son rutinarias, son pequeñas, son tristes. Mete su lengua en tu boca y la verdad es que ya su lengua te resulta molesta. Pero es lo único que tienes: a esta perra humana, a esta mujer santísima. Mártir Santa Ester de Madrid.

—Quieres que vengan todos los seres del universo para ver nuestra copulación —vuelves a decirle para no contrariarla, para que no te abandone por otro.

—Sí, eso quiero.

—¿Quieres convertir nuestra copulación en un espectáculo universal capaz de añadirle un significado a la lentitud del universo?

—Sí, eso quiero.

—Mira mi polla.

—La estoy mirando.

—¿Qué ves?

—Te veo a ti, tu carne y tu presente, tu existencia, tu luz, tu ser. Todo es bondad allí. Todo es naturaleza.

Pero tú sabes que miente, es una polla más entre las miles que lleva vistas y tú lo sabes. Te gustaría conocer la cantidad exacta de pollas que ha contemplado Ester: ¿mil trescientas quince?, ¿doscientas seis?, ¿cincuenta y ocho?, ¿veintitrés?, ¿seiscientas sesenta y seis?, ¿tres?, ¿una solo? Crees que

una solo. Lo gracioso es que ese número existe. Solo Dios y su hijo el Gran Jesucristo y Giacomo Casanova conocen ese número. Pero el número existe. Es verdad ese número. Jaime Gil de Biedma dijo cuatrocientos.

—Todo era bondad hasta que llegaron los preceptos de los hombres y las leyes, y convirtieron el luminoso regalo en dolor y devastación, en códigos incomprensibles y mazmorras políticas —dices tú ahora.

—¿Destrozaron el luminoso regalo? —pregunta Ester, usando tus palabras.

—Lo convirtieron al miedo a través del miedo. Y esta polla, tan inocente, se transformó en terror. Y tu coño, tan elemental y benigno, fue quemado en las hogueras. Y a cambio nos dieron este piso en el que tú, como yo, quieres que desaparezca el techo, las paredes, todo. Solo tienes que pensar en el nombre que damos a nuestros sexos: polla y coño. Son nombres ordinarios, soeces, horribles. ¿Por qué? Si empleamos verga y vulva, no decimos lo que queremos decir. Esto no lo estudió, desgraciadamente, Wittgenstein. Y más le valdría a Wittgenstein haber estudiado esto, porque esto es el Ser. En cambio, la palabra Amor es maravillosa. Pero la palabra Amor se asienta en esas otras dos sórdidas palabras malsonantes. ¿Quieres romper este piso?

—Sí, quiero. Pero también inventaron el Levitra, algo bueno hicieron.

Entonces os echasteis a reír. Reíais, reía ella en realidad, tú estabas asustado porque cada día eras más consciente de que en Ester reinaba el III Reich. O incluso ella era un heraldo del IV Reich sobre la Tierra. El IV Reich consistirá en un imperio basado en el nacional-erotismo.

—También nos dieron la cerveza helada —dijiste, levantándote de la cama, camino de la nevera.

Y bebisteis cerveza helada, en medio del calor de agosto en Madrid. Y os entraron, al rato, ganas de orinar, y os visteis orinar. Porque os gustaba eso, veros orinar.

—Este excremento no tiene culpa —dijiste.

—Sí, es inocente. Es bondad.

—Sale de nuestro cuerpo y nada hay en nuestro cuerpo que tenga culpa. Este excremento no es un excremento. Es alma. Es bondadoso.

—Sí, es alma —dijo Ester.

El IV Reich basará la hegemonía racial en la hegemonía excremental y en la hegemonía sexual.

Capítulo 15: La enfermedad

Septiembre de 2018

Está sentado delante del televisor de plasma, en un sillón de cuero. Hay algunos residentes a su lado. Suele ver un rato la televisión. La medicación que toma, básicamente, ya no busca redimirlo, sino dejarlo en un estado sereno. Podría recibir el sobrenombre del Anestesiado, pero eso sería exagerar. Lo trata una doctora joven. Se llama ella Dulce María Marco. Es una psiquiatra formada en París, pero de padre español y madre francesa. Encontró plaza como médico psiquiatra de la Seguridad Social en España, dada su alta cualificación, había estudiado en Estados Unidos y en la Sorbona, era bilingüe español-francés. Sus padres vivían en Madrid. Ella había vivido durante mucho tiempo en París, pero ahora sus padres estaban mayores y ella quería estar cerca de ellos. Fue contratada por una clínica privada de lujo, en la que ejerce actualmente. Dulce María Marco tiene treinta y nueve años y está soltera.

La medicación antidepresiva no dio resultado con el ilustre paciente Víctor Dilan. Dulce María quiso sacarlo del abismo en el que estaba. Probó con todos los antidepresivos del mercado. No le hacían efecto. Víctor Dilan era un durmiente, no estaba vivo. Solo dormía. No vivía. Su rutina incluía un paseo por la mañana y luego sesiones de televisión, sentado en un sillón de cuero. Pero tal vez solo estuviera en estado de hibernación. Una espera. Un gran momento de descanso que se manifestaba con ese estado de aparente desinterés. La palabra era hibernación. La hibernación del Brujo rubio.

A veces, de una forma excepcional, Víctor Dilan hablaba. Hablaba en la consulta, con ella, con Dulce María. A ella le sobrecogía oírle.

Una mañana del martes 14 de septiembre, ya con el verano huyendo de Madrid, había llovido, incluso hacía frío, Dilan entró en la consulta de Dulce María. Y habló:

Yo pensaba, sabe, yo pensaba (se echó a llorar en ese momento, era habitual que se echase a llorar, pero luego continuaba hablando). Pensaba que aquellas mujeres que destruyeron mi matrimonio eran conquistas que yo le ofrecía a Elena, mi mujer. ¿Sabe que mi mujer se llama Elena, verdad, doctora? (siempre hacía esta aclaración, como regodeándose en esa aclaración, como si esa aclaración no fuese una aclaración sino una

declaración, un manifiesto). Pensaba en don Quijote. Don Quijote hacía jurar a los caballeros vencidos en combate la promesa de ir al encuentro de Dulcinea y arrodillarse ante ella y relatarle las hazañas que había protagonizado su Señor. ¿Era así, no? Ya sabe que mi memoria falla, y hablo ya de memoria cuando hablo del Quijote, sabe usted. Releo poco ahora.

Dulce María Marco anotaba en su ordenador algunas frases de su paciente, frases que indicasen algún trastorno evidente, al cual poder asociar algún tipo de medicación eficaz. Víctor Dilan miraba a su doctora con una intensidad que no era la del loco, sino la del enamorado.

Sin embargo, luego, por las noches, en su casa, Dulce María Marco anotaba cosas como estas en su diario privado, nunca en su ordenador de la consulta:

Pese a que Víctor Dilan es sabedor de su estado, de que padece un cuadro depresivo de carácter moderado, ya casi leve, finge estar peor de lo que está. Sin embargo, se muestra todavía como un conquistador y juega con la ficción, se autoficcionaliza, inventa estados mentales que no son suyos; intenta conquistarme; ya es capaz de levantarse de entre los escombros de su humillación, de la humillación que según él le causaron las mujeres, y comportarse como un hombre galante, seductor, un hombre de mundo, educado, amable, interesante, un hombre con el que no me importaría acostarme. No me importaría tener sexo como una perra con él, cómo puedo escribir esto, dios santo. ¿Qué provoca ese hombre, por qué anula el pudor de las mujeres?

A veces Dilan le decía a Dulce María Marco cosas como estas:

Sabe usted, querida doctora, soy de esa clase de hombres, sin duda una clase muy primitiva, tal vez perdida en la noche de los tiempos, sin enmienda posible, que una vez logrado cualquier clase de éxito en la vida, y el mío fue y lo es, como usted bien sabe, en el terreno de la literatura, usted ha leído además algún libro mío si no me engaña usted, soy su paciente más ilustre...

Dulce María siempre intervenía en momentos como este:

Dilan, claro que te he leído, ya lo sabes, te lo he leído casi todo, me faltan algunos libros de tus comienzos, y no sé por qué ahora me tratas de usted, ya hemos hablado eso muchas veces, llevamos muchos meses viéndonos.

Como le digo, una vez logrado cualquier triunfo de carácter social,

perciben de manera incontestable que ese triunfo es ficción, y que lo único real es el envejecimiento y la muerte, pero esto lo advierten como una iluminación intensa, cegadora, insoportable, enloquecedora... Porque un escritor va publicando sus libros, va pasando el tiempo, encuentra nuevos temas, sus libros son celebrados; sus libros se hacen distintos; cambia de un libro a otro; encuentra nuevos contenidos para sus novelas, nuevas formas; está feliz porque su literatura crece, se ensancha, avanza; pero en realidad lo único que está pasando es que se está muriendo. Lentamente y sin que socialmente se note sino todo lo contrario; socialmente es aplaudido el ensanchamiento temático y formal de la obra de ese escritor y su prestigio es enorme; pero, biológicamente, lo único que está pasando, lo único real que le está pasando es que se está muriendo.

Llevaban meses viéndose una o dos veces por semana. A veces tres. Consultas de veinte minutos. Llevaban viéndose desde el ingreso de Dilan en esa clínica de lujo, desde que, entre otras razones complejas, Ester contara a Víctor todas sus infidelidades y le dijera que lo abandonaba, que ya no lo amaba, que amaba a otro, que se había enamorado de otro hombre como una loca, que al fin había encontrado al hombre de su vida y el Amor pleno. Lo trató como a un perro. Ester siempre quiso, aunque fuese inconscientemente, la destrucción de Víctor, su desvanecimiento moral, su ruina emocional. Elena y Marcelo decidieron ingresarlo en esa clínica. Marcelo al principio se oponía, pero era evidente que Dilan ya no podía valerse por sí mismo. La editorial de Dilan pertenecía a un gran grupo empresarial, y esa clínica era propiedad del grupo. Paloma Broussard, por su parte, hizo también algunas llamadas pertinentes a gente importante. Paloma se portó muy bien. Ester, en cambio, desapareció del mapa, desapareció como si nunca hubiera sido real. Finalmente, Dilan fue ingresado por una temporada, sin demasiado coste al ser un autor del grupo y por las influencias de Paloma. Valía una fortuna estar allí.

Y Dilan continuaba:

Gracias, Dulce María, me ayuda saber que usted conoce mis libros; aunque también me asusta; le digo que pensé que el triunfo en la vida carecía de contenido; que en sí mismo no era nada, una ficción más; concretamente, este

pensamiento me lo produjo con una intensidad dolorosa una vez que vi a un escritor alemán, que había ganado el Premio Nobel, por la televisión; lo estaban entrevistando; hablaba de su vida de escritor, decía que ya el haber sido Premio Nobel de Literatura no le quitaba tanto tiempo, que había conseguido volver a la rutina del trabajo diario; pensé en su edad, en aquel momento ya tenía más de setenta años...

Dulce María conocía perfectamente la deriva de estos pensamientos de Dilan, sabía hacia dónde iban, conocía el Mal de su inteligencia.

Lo que quiero decir, doctora, es que me daba pena ver a ese hombre madrugando para seguir escribiendo; ¿qué significa eso?: nada. No puede ser. La vida es mucho más grande que madrugar para escribir. Para qué sirve triunfar si no consigues adueñarte del amor de todas las mujeres de la Tierra. O al menos de una, ya ni sé lo que digo. Rompí mi matrimonio por una quimera, es penoso. Sinceramente, no entiendo cómo pude ser tan imbécil. Cualquier don que Dios quiera darle a un hombre, este hombre tiene la obligación moral y vital de invertir ese don, de gastar ese don, en los trabajos del amor y del sexo. Eso es lo que pienso. Imagino que por eso estoy aquí. Esa es la razón de que esté viviendo en esta clínica de lujo, en este manicomio de oro. Pero eso no significa que esté equivocado. Solo significa que fui débil. No hay equivocación. No estuve a la altura de esta revelación. Otros sí lo han estado, como Giacomo Casanova, que Dios tenga en su cielo. Casanova sí hubiera sabido tratar a un espíritu como el de Ester. Otros sí lo lograron, enfrentarse al espíritu de las perras. La larga saga de los libertinos, de los amantes, a través del tiempo y de la historia. Casi estuve a su lado, al lado del gran Casanova, pero enloquecí. La ninfomanía de Ester me pudo. A Giacomo no le hubiera vencido. Le voy a decir una breve historia de la literatura que me acabo de inventar: *la mayoría de los libros dan igual; pero hay unos cuantos que no*. Lo más delicioso es su versión humana: *la mayoría de los seres humanos dan igual; pero hay unos cuantos que no*.

Dulce María Marco anotaba por la noche en sus diarios personales:

Tiene razón, Dilan conoce el fundamento de la libertad sexual del

individuo. Es un dios sin la fuerza de un dios. Ha amado mucho. Tiene un don. Está lleno de energía sexual. Yo me siento atraída por él, no puedo evitarlo. Me excita. A veces, en la consulta, me humedezco al oírle hablar. Para él la literatura fue una forma de conocer mujeres. Imagino que los libros que no dan igual son los libros del amor. Hoy ha hablado de *Las flores del mal* de Baudelaire. Me dicen los celadores que llora constantemente, por las noches, en su habitación. Un gimoteo largo y profundo. La figura de Ester sigue atormentándole y ella, creo, es la causa de su depresión. Debió de hacerle mucho mal. Pero es una causa transferida, Dilan no admite la verdadera causa. Porque Víctor Dilan está ingresado en esta clínica por otro motivo.

Luego Dulce María ponía un poco de música, ponía un disco de la cantante española Christina Rosenvinge, un disco titulado *Tu labio superior*, y escuchaba ese disco obsesivamente. Y mientras oía esas canciones Dulce María lloraba. Entonces iba a su despacho y sacaba de la gaveta un par de folios que Dilan escribió de su puño y letra una de las primeras veces —la tercera— que lo vio en su consulta de la clínica; era un cuestionario que a Dilan le hizo mucha gracia rellenar:

Defina su alcoholismo: la gente me veía beber. ¿No estás bebiendo mucho? Tienes que hablar luego en público. Pero tú seguías bebiendo. Menudo cante. Disimulando, pero era imposible. Mi pasión era el Glenrothes. Una santa pasión; ese whisky, esa era la sangre de Cristo. Poniéndote contento cuando la copa estaba llena. La sangre de Cristo también eran los vinos caros, pero acabé entregado al whisky. Perdiendo la discontinuidad, que diría Bataille.

Todos han bebido mucho, les decías a las chicas. Ellas no bebían, pero tú sí. Cómo aguantar esas conversaciones entonces. Cómo aguantar la presencia de ellas si no era bebiendo. Cómo decirle a Elena que mi amor por ella se había terminado, que ya no la quería, que ya no la soportaba. Que me paso el día bebiendo y tragando pastillas, armándome de valor para decirle «quiero el divorcio». Pero la querías, cuando ibas a decirle que no la querías, resulta que la querías. Era para volverse loco de remate. Loco estoy.

Qué le daba su adicción al alcohol: de repente, soy feliz. Eso sí, me

molestaba que ellas me vieran beber. Porque me veían beber. Ellas, en los santos bares, tomaban una copa de vino que les duraba una hora y mientras tú te bebías tres riojas o seis, no lo sabes. Te mataba dar pena. Y escuchando sus vidas. Nunca pensé que podía beber tanto sin comer nada. Poco a poco, año tras año, fui descubriendo eso: no hacía falta comer. Era bonito no comer. Intentaba que me apasionara la vida de ellas, luchaba con todas mis fuerzas por pensar «la vida que te está contando esta mujer es maravillosa, estás en el mejor de los sitios, escuchando y mirándola, en ningún otro sitio podrías estar mejor», y seguía bebiendo. A las doce del mediodía, si quedaba con una mujer, ella se pedía un café con leche y tú un Chivas 12. Ellas se extrañaban. Buscabas justificaciones.

Defina de nuevo su alcoholismo: por fin había paz, hacía efecto y yo resplandecía. Me encendía como una vela. Veía que era Jesucristo. Y ya lo amaba todo, mientras me iba destruyendo. Besaba a hombres y mujeres y sentía la sangre de Walt Whitman recorrer mis venas grandes como ríos americanos, como el río Mississippi. Besaba coches, a camareros, helicópteros, aeropuertos, trenes, ciudades, a desconocidos. Llegué a besar la antimateria. Llegué a besar a la AntiEster, al AntiDilan y al AntiCristo.

Me jodía que me vieran beber, pero era tan feliz bebiendo. Me jodía eso, podía leer el pensamiento de ellas «ahí está, bebiendo sin parar». Una vez Ester me miró con un desprecio maligno, me vio con un gin-tonic de London en la mano, mientras me decía que se iba con otro. Ella bebía una Coca-Cola Zero y estaba serena, diciéndome que tenía otro amante que le daba todo, y yo bebiendo, para soportar eso, y ella mirándome con desprecio en medio de aquel bar de Madrid. Pensé en ver a una neurocirujana. Pensé en ir a la clínica Quirón de Madrid, beberme antes un par de Glenrothes, o mejor tres, y que me hicieran un escáner, para ver la biología subatómica del alcohol, para que pudiéramos la neurocirujana y yo ver la materialidad de la felicidad alcohólica. Pero de los mejores alcoholes de este mundo. Los mejores licores, los mejores vinos. Pensé en Ramón y Cajal, pionero en el estudio material del cerebro. Es muy bonito un cerebro floreciendo bajo los ramajes salvajes del vino. En la misa, la sangre de Cristo se convierte en vino, o es al revés, da lo mismo, da igual, todo da igual cuando hablamos de vino. Cristo era un alcohólico, y nos señaló el camino del vino. Ebrio de vino, podía subir a los

cielos y fornicar con mujeres-ángel. Hay mujeres-ángel, y su forma de hacer el amor es el Terror.

Defina su relación con el concepto de una vida normal: no era posible. No era un enfermo tampoco. Nadie sabía qué era yo. Imagino que un alcohólico, sabiendo que no hay dos alcohólicos iguales como no hay dos cuerpos iguales.

Defina su relación con Ester: una ficción. Nunca existió. Me la inventé. Déjeme en paz. No le importo a nadie. Mis padres murieron. Tengo sífilis. Bah, eso es mentira. Estaba pensando en Baudelaire.

Defina las cosas que narra sobre Ester: todo es mentira.

Defina sus encuentros amorosos o sexuales con mujeres que no eran Ester: todos son de una precisión absoluta, de reloj suizo, del reloj suizo más caro de la Tierra. Allí no hay una gota de ficción. Son verídicos. Fueron tal como se cuentan en *El luminoso regalo*, un libro que estoy escribiendo, ya se lo dejaré leer. Paloma, Carmen, Alicia, así fueron. Coitos descritos con la precisión de una tesis doctoral de matemáticas leída en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, eso es lo más, ¿no?, ese sitio, el MIT, ¿o solo es otra construcción cultural, otro jodido mito occidental?

Defina su ideología política: marxista siempre, en soledad. Leproso. Con todos los leprosos yo. Lepra y marxismo. Y un ligero amor a Dios, ¿no?

También amo a los gitanos, a las putas, a los asesinos, a las brujas, a los locos, a tu puta madre también.

Defina su literatura brevemente: no existe.

Defina su relación con las mujeres: depredación y desesperación.

Defina su relación con la idea de la muerte: ven ya, hijadeputa, libérame, ella dice «no, vive, no puedo matarte, eres más fuerte que yo, hijodeputa».

Un sábado por la mañana, Dulce María Marco pretextó una excusa para sacar a Dilan de la clínica. Se fueron los dos juntos, en el Peugeot 310 de la doctora. Dulce María invitó a comer a Dilan en su propia casa. Estaba contraviniendo todos los códigos médicos y psiquiátricos. El pretexto había sido llevar a Dilan a una exposición del pintor Hopper en el Museo Thyssen. Explicó que esa salida, de carácter cultural, podría tener efectos positivos en la personalidad de Dilan.

Dilan ayudó a Dulce María a preparar la comida. Hicieron una ensalada y cocinaron un lenguado a la plancha. Dilan abrió una botella de vino. Dilan pidió un whisky al acabar la comida. Dulce María sacó bourbon.

¿Cuántos novios has tenido?, preguntó Dilan.

Dulce María hizo un recuento de cuatro relaciones importantes. Pero Dilan quería saber también la naturaleza de las relaciones insignificantes.

¿Qué edad tengo ahora y cuánto hace que mi mujer me ingresó en el psiquiátrico?, preguntó Dilan.

Dilan siempre preguntaba esas cosas, intentando que se desvaneciera la idea del tiempo. Intentando que Dulce María le dijera lo de siempre:

Eres joven aún, muy joven y estás muy atractivo. Eres un hombre guapo.

Dulce María no podía ocultarse a sí misma el seudoenamoramamiento de su paciente, un hombre de cincuenta y cinco años. Le gustaba ese hombre. Le gustaba todo cuanto le había dicho a lo largo de tantas horas de consulta. Unas veces la trataba de usted, otras de tú, y en ambos casos se sentía extrañamente halagada y respetada.

Dilan se levantó de la mesa. Cogió una mano de Dulce María y obligó a esta a que se levantase también. Una vez los dos de pie, frente a frente, Dilan comenzó a besar en la boca a Dulce María. La besaba con una ternura desconocida para Dulce María. Mordisqueaba sus labios y entraba con su lengua en la boca de Dulce María. Entonces, Dulce María cogió el vaso de whisky frío, por efecto del hielo, puso el whisky en su boca y luego besó a Dilan y al besarlo desaguó en la boca de Dilan todo el hielo frío.

Me encanta hacer eso, dijo Dulce María, porque sabía que eso se lo hacía Ester. Quería ser Ester en ese momento.

Estuvieron mucho rato bebiendo el whisky en la boca del otro. Dilan comenzó a desnudar a Dulce María. Entonces, Dulce María condujo a Dilan al dormitorio. Se sentó en la cama y comenzó a desabrocharle el cinturón. Y mientras tanto Dilan iba hablando.

¿Cuáles son tus días fértiles? Deberías tener un hijo ya. Voy a correrme dentro de ti. Que crezca dentro de ti el Ser. Es lo único que podemos hacer en este mundo. Un hijo que sea fruto del Amor. Quienes no hayan procreado en vida serán desterrados del paraíso.

Y Dilan y Dulce María comenzaron a besarse. Y justo en ese momento Dulce María, que padecía desarreglos menstruales, sintió que le bajaba la regla. Dilan habló.

Me gusta tu sangre, sangre salida del charco húmedo que estaba aquí antes que nosotros y seguirá estando. Pon una toalla gruesa, mejor dos toallas sobre las sábanas, no por las sábanas, las sábanas manchadas de rojo oscuro son una bandera grande del amor, sino por el colchón, bien merecen los colchones el salvamento de nuestros fluidos, ellos que velan por nuestro estúpido descanso diario.

Dulce María, desnuda, se levantó y fue hacia el armario y sacó una enorme toalla oscura y la puso sobre la cama. Comenzaron a hacer el amor. A Dilan le gustaba que Dulce María, de vez en cuando, contemplase su miembro lleno de sangre menstrual, manchado, pegajoso. Dilan hablaba y bebía. Dulce María sabía perfectamente (era su psiquiatra) que estaba reproduciendo situaciones que había vivido con la Bruja, pero le daba igual.

Pegajoso, rojo, sucio, endemoniado, caliente, camuflado, pintado como un indio apache, dispuesto para la decapitación, para el máximo sacrificio, devuelto al origen, devuelto a la sangre de mi madre, devuelto por defecto imposible de reparación, devuelto por mala fabricación porque la Gran Perra de la Naturaleza se equivoca, se equivocó, dijo Dilan, mientras embestía a Dulce María y Dulce María se sentía amada y follada como nunca antes la habían amado y follado. No sabía distinguir los verbos; ella, que era una experta en psicología; ella, que conocía el cerebro humano; ella no sabía distinguir los verbos. ¿Eran dos verbos o solo uno?

Dilan colocaba su verga pegajosa a la altura de la boca de Dulce María. Ella la contemplaba. Tal como hacía con la Bruja.

Dilan seguía hablando.

Esa sangre es tuya, pero la hago mía, y con este hacerla mía espero que el

Tiempo se pare ahora mismo, que se paralice la estructura humana del paso del Tiempo, que se rompa el orden, que venga el Caos, solo el Caos es digno del Amor. El Caos es digno de más Caos. El Caos jamás se cumple.

Dulce María habló también.

¿Estás pensando en el día de tu nacimiento? Lleno de sangre, viniendo a este mundo. No viniste a un mundo de sol, plantas, árboles, montañas y ríos. No viniste a ese mundo.

Y Dilan continuó lo que Dulce María había empezado a decir.

No vine a ese mundo. Vine a un mundo oscuro, hipócrita, social, político, jerárquico, ficticio, no real, no real, no real. Tú lo sabes bien, tú eres mi psiquiatra, te lo he contado todo. Vine al mundo de Ester. Al mundo de esa Bruja. Al mundo de su crueldad infinita. La crueldad de la Bruja.

Y Dilan y Dulce María hicieron el amor mucho rato. Dilan pidió a Dulce María una receta de Levitra. Había una farmacia justo al lado de la casa de Dulce María. Dilan tomó una pastilla de Levitra de 20 miligramos. Dilan comentó que le encantaba el diseño de la caja de Levitra. Estaba preparada para un uso portátil. Se tiraba de un extremo y se abría la caja. Parecía magia, magia del siglo XXI. Resortes invisibles. Era un gran diseño. La pastilla se colocaba en la lengua y se iba disolviendo poco a poco. Dilan pensó en la hermosa tecnología del amor. Pensó en la Gran Farmacia Universal, adonde el ser humano llegaría al final de la evolución de la especie.

Gracias al Levitra, Dilan y Dulce María hicieron el amor mucho rato, unas cuantas horas seguidas. El Levitra le había acompañado ya durante muchos años; únicamente había ido necesitando dosis más altas con el paso del tiempo, pero las toleraba bien, y había asistido al perfeccionamiento de ese bendito medicamento.

Luego se ducharon juntos. Fue en ese momento, en el momento de ducharse, cuando Dilan tomó verdadera conciencia de que Dulce María era su psiquiatra y no Ester, la Bruja. Y fue también en ese instante cuando Dulce María se dio cuenta de que Dilan era su paciente y no su amante. Se habían dissociado. El sexo los convirtió en otros seres. Regresaban lentamente a sus identidades habituales. Como la ducha de Dulce María era muy grande, se

sentaron los dos en el suelo mientras caía el agua desde arriba, un agua caliente, que se llevaba los flujos, la sangre y el semen.

Al cabo de un rato, Dulce María quiso comprobar lo que ya sabía. Pero necesitaba comprobarlo, necesitaba una prueba material. Necesitaba la escritura, necesitaba la objetividad de la escritura. Fue a sus apuntes. Salió de toda duda. Efectivamente, Víctor había hecho con ella punto por punto cosas que hacía con Ester. Necesitaba tener esa corroboración pericial. Cuando leyó sus apuntes, se quedó de piedra.

Capítulo 16: Caen mil lágrimas al mar

Sine die

Si no lo hacemos todos los días, estamos muertos, consumidos, deprimidos, enfermos. Da igual con quién y si solos también da igual. No existe otra realidad ni otro mundo que el coito y el orgasmo. Mienten todos. Víctor, me da igual con quién lo hagas, pero hazlo. Ester, no me da igual con quién lo hagas, pero lo harás. Lo hacemos. Hazlo, amor mío, pero piensa en mí mientras lo haces con otros. Y tú con otras. Da igual. Todo da igual porque todo es perfecto. Todo está bien.

No dejes de llorar de alegría.

Somos idénticos. No vivimos para otra cosa. Solo queremos eso. Mil rubias o mil negros, los brujos se los reparten. Ya da igual el Amor, pero no da igual. No sabemos dónde está. Se esconde.

Nos da igual el Amor.

Toda esa pornografía la comemos.

Nos da igual los Estados Unidos. Solo queremos follarnos a todas las americanas y a todos los americanos.

¿Quién nos hizo así? Nos hicieron a imagen de Jesucristo.

Esta fuerza que sale de nuestros dos cuerpos. Esta pereza fundamental para hacer cualquier otra cosa que no sea follar. No tiene sentido pensar o hacer otra cosa. Es una pérdida de vida sangrante, humillante, dolorosísima. Envejecer haciendo otra cosa es dolor, terror, horror, el Mal absoluto. Follar es el Bien, lo Único, Dios Nuestro Señor. Y no somos saciados. Santa Teresa tú; San Juan yo. ¿En qué momento de la Historia ocultaron este mensaje? El Diablo lo ocultó.

Lo contentos que nos ponemos cuando sabemos que hoy sí. Que hemos quedado para eso. Que enseguida se abrirá el cuerpo de alguien. Que veremos qué hay allí. Que tocaremos una lengua con la nuestra. Cómo nos ponemos nerviosos esperando esa cita. Cómo nos sobran las conversaciones. Toda la vida nos sobraron las conversaciones. Mejor que te calles. No me interesa saber nada. Solo quiero besarte y tirarte encima de una cama.

Cállate. No me hables de tus hijos ni de tu mujer. Cállate, no me hables de tus hijos ni de tu marido.

Cállate. No me hables de tu trabajo ni de tus amigas. Cállate, no me digas

que me quieres. Callaos todos y todas y cumplidnos.

Cumplid con el Brujo y la Bruja rubios.

No sabemos lo que queremos.

Nunca lo supimos, salvo que eso era lo único. Eso sí lo supimos.

Nos masturbamos todos los días. Si tuviéramos sexos de acero, cada quince minutos. Y aun así estamos desesperados los dos, ella y yo; o él y yo. Somos la misma cosa.

Moriremos sin haber sido saciados y sin haber sido amados de aquella manera que fuimos capaces de imaginar en nuestros sueños más aberrantes, más nauseabundos, más trágicos, más depredadores, más hermosos.

Todos los hombres son hermosos.

Todas las mujeres son hermosas.

Todos y todas nos pertenecen, sus culos, sus piernas, sus coños, sus cuellos, sus hombros, sus pies, sus pollas, sus lenguas, sus manos, sus ojos, sus vísceras, sus labios.

Todos los días nos masturbamos mil veces.

Cuando tenemos una cita nuestro corazón se hace de oro macizo.

Me tiraré a tu marido a la que pueda y al amigo de tu marido también.

Me follaré a tu hija a la que pueda y a todas sus amigas.

Me follaré a tu padre enseguida, ahora mismo.

Me comeré el coño de tu hermana, de tu cuñada, de tu sobrina, de tu novia ya.

Cuando nos corremos ya estamos pensando en la nada de después.

No hay paz aquí.

No saldremos nunca de aquí.

Siempre hay cuerpos desconocidos viniendo al mundo.

Lo sabemos.

Sufrimos porque sabemos que se nos escaparán esos cuerpos.

Nuestro sufrimiento es el de los crucificados.

Somos Amor.

Somos Danza.

Caen mil lágrimas al mar.

Capítulo 17: El corsé

Julio de 2018

Te compraste un corsé ridículo. Si te ofendo, me destruyo. Si te ofendo desde la verdad, me destruyo con el orgullo bien alto. Necesito humillarte desde la verdad. Porque lo que voy a contar fue verdad. Me dispongo a narrar la escena del corsé. Tú sabes que fue así. Y lo estás leyendo ahora y se te va a meter una mala hostia del copón. Te vas a cagar en mi puto país, en mi santa madre y en toda mi descendencia, pobre María. Con la mala hostia que tienes. Tu ira es bíblica, amor mío. Deja que te humille un pelín, amor mío, tú que tanto me humillaste; deja que te dé un poco de tu santa medicina. No se puede humillar desde los insultos y el encabronamiento o el despecho, etcétera, eso no sirve. Eso no vale. Solo se puede humillar con la verdad. Y es verdad que cuando te vi con ese corsé te sentí ridícula, como a una pobre chica desquiciada. Lo siento. Si te ofendo, me destruyo; pero tranquila, te sigo queriendo igual. Es complejo. Los seres humanos somos de una enorme complejidad. Pero estabas ridícula. ¿Pensabas excitarme más por eso? Tu vanidad, tu vanidad es cavernaria, niña, de las jodidas cavernas, sin evolucionar, sin pasar por la Revolución Francesa, no os enseñaron eso en la facultad de Periodismo, ¿no os hablaron de la Revolución Francesa? Seguro que no. Es fundamental esa puta revolución, porque esa puta revolución explica tu jodido erotismo de aquella noche en Francia, en los Pirineos franceses.

Porque fue en Francia, en el viaje a Francia cuando lo estrenaste, en el hotel de Eaux-Bonnes. Te fuiste al cuarto de baño y te lo pusiste. Y saliste del cuarto de baño como una exhalación. Era una sorpresa. Estabas eufórica, exaltada. Saltaste encima de mí con el corsé puesto. Se suponía que era el colmo del erotismo aquello. Un sacramento erótico, no sé, no tengo palabras.

—¡Mira, es para ti! —dijiste gritando de alegría.

Estabas emocionada con tu corsé. Te reías de felicidad. Era tu luminoso regalo para tu Dilan. Pero no te quedaba bien. Es que no te quedaba bien, así de simple. Las cosas son simples: hay cosas que nos sientan bien y otras que no. Y esa prenda erótica no te sentaba bien, simplemente es eso. No iba con tu melena rubia. Te mentí. Solo eras una Bruja a medio vestir. Dabas pena, aunque también me dio un susto de muerte verte con eso. Parecías una gallina

blanca. Te dije que te quedaba bien, pero estabas horrible con él. ¿Qué coño querías que te dijera? Soy un hombre educado, al menos hasta ayer. Hoy a lo mejor ya no. No tengo ganas ya de ser educado; ahora me apetece la verdad. La verdad me pone a mil. Creo que la verdad no tiene por qué ser trágica. No tiene por qué destruirnos la verdad; tememos que la verdad destruya nuestras miserables existencias. Bah, qué importa. Morir a lomos de la verdad, ok, eso está bien.

Venga, digamos la verdad. Vayámonos de este mundo habiéndonos enfrentado a la verdad. Es la droga más dura de la vida. Nadie quiere conocer la verdad. Nadie. Solo Dios, su mismísimo hijo el Gran Jesucristo y yo mismo. Y aquí dejo fuera a Giacomo Casanova, que le den.

Hay que tener más tetas para que te quede bien una cosa como esa. Y tus tetas, Bruja mía, nunca fueron tu fuerte. Esos pezones tan ridículamente pequeños que había que chuparte como si fueses una vaca enana. Hay que tener otro tipo de cuerpo de mujer para que te siente bien eso. Ni mejor ni peor, solo otro. Te quejaste de que te lo quisiera quitar enseguida. Se supone que te había costado una pasta, el puto corsé. Se supone que yo lo estrenaba, quiero decir que yo era el primer capullo que te iba a ver con el corsé puesto. Luego, tiempo después, te he pensado con ese corsé delante de los otros. Imagino que habrás aprovechado el dinero gastado, es muy lógico eso. Me gustaría saber cuántos tipos te han visto vestida de gallina, porque ese número existe y Dios lo conoce. Me descojonaría vivo si oyera los pensamientos de los tipos que te vieron con el corsé.

Y luego la falda tejana. La puta falda tejana. Que cómo me queda, que bien, que te queda bien. Qué vestido me pongo para ti. Y tu asquerosa sonrisa de felicidad. El verde, ponte el verde, Ester. Y todo el rato desnuda, siempre dando vueltas por ahí. Te tenía que haber dicho estos versos:

Desnuda eres tan simple como una de tus manos:
lisa, terrestre, mínima, redonda, transparente.

Y sin embargo, te digo esto: majarona, más que majarona. Zumbada, puta loca. Mi amada zumbada, y a lo mejor te amaba tanto porque estabas zumbada, y estar zumbado es ser Dios. Con esas bragas tuyas repugnantes.

Transparentes, feas, rojizas, no sé, una mierda. Al menos, coincidí con Pablo Neruda en lo de «transparente». No me gustaban tus bragas. Sí, me gustaban, pero no tanto como otras. Simplemente, no me gustaban. Zumbada, más que zumbada. Nunca me gustaron tus bragas. Ni tu culo. Era redondo, eh, allí vuelvo a coincidir con don Pablo. Ni tus piernas demasiado arqueadas. Ni tu vientre, demasiado ancho también. Ni tu boca, falsa. Eso es: tu boca era falsa. Era un coño también tu boca. He visto mil culos mejores que el tuyo. Lo que no he visto es a nadie que la chupe como tú, amor de mis amores. Mi platónico amor de mi vida. ¿Cuántas amigas te quedan? Una, te queda una. No he hablado de ella hasta ahora. Se llama Irene. Y tú la insultabas siempre. Porque era mayor que tú. La llamabas «la vieja arrugada» y otras veces «la cadavérica menopáusica». Pero te encomendabas a ella. Tu amiga Irene, eso tienes. Alguien para salir el sábado por la noche. Una cuarentona que también se hace las pruebas del VIH cada seis meses. Pero Irene te venía bien cuando no tenías a nadie. Ella también cazaba. Cazabais juntas. Cenamos y comimos con ella muchas veces. La había olvidado. Tú decías que yo le caía de puta madre a Irene. Tu amiga Irene, pero por qué tenías que insultarla luego. Eres gilipollas, tía. A ella se lo contabas todo. Y ella te lo contaba todo. Y tú me lo contabas todo a mí. Me sé la vida de Irene de memoria. Eres tóxica, Ester. Por qué coño me tenías que contar la vida de tus amigas. Había otra, a esa la frecuentabas menos, era amiga de tu trabajo. Se llama Marimar. También me contaste la jodida vida de Marimar. Todos sus líos. Si supieran cómo hablabas de ellas, te cortarían el coño a pedacitos. No supe ver el Mal allí, porque soy un auténtico cretino, o peor aún: porque soy tan tóxico como tú. Porque me gusta que me intoxiquen con veneno de lujo. Sé todos los tíos que se han follado a Irene en los últimos años, por qué cojones me tenías que contar eso. Menos mal que Marimar follaba poco. Pero también tengo que saber esa mierda: que Marimar follaba poco, que tenía un mal rollo con su marido, que estaba a punto de echarse una amante lesbiana, que se le hacía el coño agua cuando hablaba de su posible amante, que su lesbianismo sin reconocer la estaba matando. Y tú te morías de risa. Pero lo que más te gustaba era contarme las putadas que le gastaban los hombres a Irene, cómo la humillaban. Me contaste el último lío de Irene con un tipo que pasaba de ella, y ella que se humillaba para que le hiciera caso, para que se la follara cuando le apeteciera.

Qué santa mierda todo lo de que de ti venía. No supe verlo entonces, porque estaba enamorado o encoñado de ti, eso. Nunca me habían follado como tú, eso. No me di cuenta de tu malignidad. Nunca es necesario el odio, pero tu especialidad era convocarlo, convocar al odio.

Pero quiero recordar una y mil veces la inesperada escena del corsé. Te imaginé comprándolo en la tienda. Y creo que sí, que lo comprabas para mí. Pero no, es mentira. Lo comprabas para ti. ¿Para quién coño lo compraste? Me moriré sin saberlo. Lo compraste bajo los mandatos telúricos de tu triste ninfomanía sin diagnosticar por el corrompido Matthews, ese zumbado, ese Castaneda de saldo, tu ídolo, tu obispo negro. Porque Cristóbal Matthews fue tu obispo. Todos necesitamos un obispo en nuestras vidas. Yo tengo una obispa ahora, mi querida Dulce María. No seríamos nada sin nuestros obispos.

Te quedaban bien las uñas de los pies pintadas de rojo, eso sí te quedaba de puta madre, guay allí tú. Te lo dije. Te lo dije mil veces: eso te queda bien, mi niña loca. Te lo dije. Pero no oyes una mierda tú. Así las llevabas en el Majestic. Quiero recordarte follando encima de la mesa. Tu pelo tan rubio, casi oro. La cara de guarra o de santa (es lo mismo, Dios lo sabe, no hay duda en esto, la misma cara es) que se te ponía, mirábamos los dos cómo entraba mi polla en tu coño. Tú mirabas como una jodida loca, en trance, como una médium, viendo a Dios Nuestro Señor en forma de entrada y salida. Plaza de toros, eso es. Ese coño rubio también, oceánico, misterio de la raza. El corsé, qué mal te quedaba, parecías una niña con un disfraz de gallina. Un corsé blanco que te convirtió en una gallina. No me excité nada, que lo sepas. Nada de nada. Me tuve que meter un Viagra para follarte. Me diste pena. En serio, pena. Puede que fuera la única vez, pero esa vez fue. Una sola vez en el tiempo que duró nuestra relación, pero ocurrió. Sentí pena. Sentí algo raro. Siempre me ponías a mil, pero esa vez, con el corsé, allí fracasaste. Sí, así fue. Ya sabes que nunca te mentí.

La ducha no tenía cortinas, cosas de los franceses. Vi cómo te lavabas el culo y las tetas. Eso estuvo bien. Luego vi eso muchas veces. ¿Cuántas? Tu secador de pelo. Ah, sí, no te gustaban los secadores de pelo de los hoteles y llevabas tu propio secador, un bicho descomunal. Jugábamos con el puto secador. Yo te metía aire caliente por el coño. Tu secador era horrible. Era feísimo. Hay secadores muy monos en el mercado. El tuyo parecía un secador

de peluquería de caballeros de pueblo, que lo sepas. Pero es igual, el secador pasa; al secador le doy el visto bueno. Era como una enorme polla negra sacando aire caliente en tu mano. Bien. Ok, me gustó.

Quiero decirte con esto del corsé que te vi ridícula, que al menos una vez en la vida te vi ridícula y me diste pena. Y sé que eso te tiene que joder mucho; mucho, mucho. Miedo me da tu reacción. Puede que me pegues un tiro. Estabas patética con aquel corsé blanco. Podía haberte llamado así: la Repugnanta. Puede que me claves un cuchillo en plena calle, si es que me vuelves a ver alguna vez. Te quedaba de puto dolor. ¿No lo viste en mi cara? Me decías «no me lo quites tan pronto». «¿Por qué me lo quitas tan pronto?», inquirías.

Te extrañaba que te lo quisiera quitar echando hostias, pero es que tú no eras consciente de que estabas patética. Que no te quedaba bien, jodida payasa. Eras una payasa. No tenías ni una puta amiga que te aconsejara en eso, la arrugada de Irene o la inocente de Marimar. ¿No las llamaste? Pasaban de ti, en el fondo. Cualquiera amiga te hubiera dicho que te quedaba fatal. Eso pensé, esta guarra hijadeputa no tiene ninguna guarra amiga hijadeputa con la que irse de compras y que le aconseje en materia de ropa erótica. Me dio pena pensar que, en realidad, no tenías amigas. Y que tanto Irene como Marimar eran dos mierdas en tu corazón. Dos penas me diste entonces, jódete. No es pena, no estoy atinando con las palabras. Sentí compasión. Pensar que te sentías especialmente erótica con ese corsé movía a compasión, eso es. Dos compasiones: que pensaras que eso te quedaba bien y que, en verdad, no tuvieras ni una jodida amiga a quien consultar.

Luego me preguntaste que por qué te había quitado el corsé tan pronto. No lo entendías. Me lo preguntaste dos veces. No pude resistirme, te dije. Pero no coló, algo intuiste. Tonta no eres. No, tonta no eres.

Tu manera de quitarte las bragas a la velocidad de la luz: imperdonable. Te quedabas desnuda en un segundo, como una profesional. Estrés de ninfómana. Eso no se hace, idiota. Una mujer se desnuda poco a poco. Con gracia, coño. Tú querías quedarte en pelotas enseguida para que te follaran también enseguida y empezar a cantar tu jodida canción favorita «hostia, hostia, hostia, hostia, qué bien, qué bien, qué bien, empuja más». Querías la polla dentro cuanto antes. Esa salmodia tuya, tan repugnante, que te hacía

entrar en otro estado, en trance, pero ese trance no era más que el apogeo sórdido de tu enfermedad. Estabas enferma. No follabas tú. Solo delirabas en medio de la oscuridad atada a una polla inerte. ¿Te jode todo esto? Es la verdad.

Bah, mujer, me mueve el odio. No me hagas mucho caso. Nunca estuviste tan loca del todo. Y ese corsé te debió de costar una pasta. En eso no reparabas. Gastabas como una loca en esos caprichos tuyos amorios. Te debiste de gastar unos doscientos euros en aquella mierda, o tal vez trescientos. O incluso cuatrocientos. Espero que lo hayas amortizado. Espero que te lo hayan visto unos cuatrocientos hijosdeputa con la polla medio tiesa (sí, medio tiesa y a duras penas), descojonándose de risa por dentro, o muertos de miedo. O las dos cosas a la vez. Pensando en cómo se folla uno a una gallina blanca con el pelo rubio.

Pero cómo puedo decir todas esas cosas de ti, si eras un cisne amarillo, y yo te amaba y aún te amo, tú, mi Repugnanta, mi puta bonita. Decías «¿Soy tu puta bonita?». «Hostia, hostia, hostia, qué bien.» A veces pienso que lo único que pasó entre nosotros es que me dejaste que te follara gratis. Gracias a tu Cristóbal Matthews, que pudiéndote haber hecho ganar una fortuna, hizo que mamaras gratis y como una desesperada las pollas de medio Madrid de clase acomodada, periodismo y cultura y política. Les podías haber cobrado. Hubiera sido más moral. Estarías forrada ahora. Lo que tú haces se cobra, pero el Negro era un auténtico inútil, un angelito. No conocía el mercado.

Pero cae la hora de la venganza, y te amo.

I'm just a jealous guy.

Capítulo 18: Claudia Montes

Finales de octubre de 2018

Sabes que no pasaría nada si dejaras de escribir. Incluso si dejaras de respirar. La rutina de esta clínica tan sofisticada te es suficiente. Tienes tu habitación con su hermosa ventana, con un cuarto de baño lujoso. Se ve un árbol grande desde tu ventana. Estás en la sierra, a cuarenta kilómetros de Madrid. Tu clínica, bueno, es un psiquiátrico disfrazado de hotel, es un sitio privado. Vale dinero esto. Tal vez tampoco tanto. Tienes tu ordenador portátil. Viene a verte gente. Vienen amigos. Viene Marcelo. No viene Ester. No vino ni el primer día. Te tiene bloqueado en el Facebook y el WhatsApp, ella, la Bruja, la que dijo que daría su vida por ti. Te ha bloqueado en todo lo bloqueable. Cambió de número de móvil. Presentó una denuncia por acoso, que por supuesto fue desestimada. Ella, la que dijo «para mí eres lo más grande de este mundo, lo más maravilloso que me ha pasado». Marcelo no quiere hablarte de ella, de Ester. Solo cosas, en todo caso, que te alegran, como que todos los hombres que va conociendo la acaban dejando cuando ven cómo es. Que el amor de su vida, por el que te abandonó como a un perro, le duró siete meses. Viene Paloma. No viene Elena, pero te llama por Skype. Lo que no imaginaste nunca, absolutamente nunca, es que viniera a verte Claudia. A Claudia la conociste hace unos años, cuando vivías con Ester. Se enteró por la prensa de que tenías problemas de salud. Y quiere verte. Claudia era y es profesora de literatura española en una universidad privada de Barcelona. Hace unos cuatro años te llevó a un seminario de literatura. Y consiguió que te contrataran para dar clases durante un semestre. Claudia era rubia y se pintaba mucho. Estaba casada con un profesor de química. Era la directora del departamento de Humanidades de una universidad con mucho dinero, con dinero estadounidense. Te encargaron un semestre de escritura creativa. La misma universidad te buscó un alojamiento muy cómodo, y cercano al campus. Tuviste que dejar a Ester en Madrid. Ester no podía disimular su alegría. El piso entero para ella. El trabajo estaba muy bien pagado. Te dejaba tiempo para escribir. Veías a Claudia casi todos los días. Comíais juntos muchas veces. Era muy exigente con las clases y con la ordenación académica de su departamento. También supervisaba tu trabajo. Sabía muy bien qué quería que enseñaras a los alumnos. Quería que cubrieras la parte práctica de la

enseñanza de la literatura. Y lo hiciste.

Un día acudisteis juntos a una presentación literaria en una librería de Barcelona. Era la presentación de un libro de James Ellroy. Luego, os fuisteis a tomar una copa. Fueron dos copas. El tiempo se detuvo. Y comenzasteis a hablar de vosotros, de esa manera en que hablan los que están buscando al otro. Enseguida, entonces, te diste cuenta de que podías besarla. Y fuiste acercando tu boca a la de ella con una lentitud misteriosa. Nunca habías ido tan lentamente a la boca de una mujer. Un viaje infinito. Lo recuerdas perfectamente: un viaje en el espacio que duró años luz. La besaste. Estuvisteis así, con besos con lengua un montón de rato. La suya era una lengua pacífica, no como la de Ester, que era una lengua vampirizadora y egoísta y desalmada, una lengua que saqueaba, la lengua de una mujer enferma. La lengua maligna de Ester. Besos y risas, hasta las cinco de la mañana. Pero esa noche no quiso follar contigo. Habló de su marido. Tú no sabías de quién hablar, si de Elena o de Ester, y optaste por no hablar de ninguna de las dos. Días más tarde, ya le hablaste de Ester, y la llamaste «mi mujer», cosa que te repugnó. Optaste, al final, por hablar a Claudia de Ester y no de Elena porque odiabas a la Bruja, y te resultaba más fácil y más curativo hablar desde el odio.

Bueno, al cabo de unas semanas ya Claudia y tú os hicisteis amantes. Entonces, recuerdas algo muy sorprendente, pese a que ha pasado el tiempo. Te hizo una confesión innecesaria. A veces piensas que has venido a este mundo para que las mujeres te hagan confesiones extraordinarias. «Hace seis meses que no tengo sexo con mi marido», eso te dijo Claudia. «Necesitaba esto», añadió, después de que te corriera en su cara. Se quitó el semen con una toalla. No se duchó. Se fue de tu apartamento sin ducharse. Os veíais una vez a la semana, o así. Ella seguía diciendo que no hacía el amor con su marido. Entre vosotros crecía un vínculo enorme. Ahora ya te pedía de forma descarada que te corriera dentro de ella. Quería quedarse embarazada de ti, como todas, como todas te acaban pidiendo eso. Claudia se enamoró de ti. Dijo que se lo iba a decir todo a su marido y que tú se lo contaras todo a Ester y que os fuerais a vivir juntos. Tú dudaste. Dudaste porque para tu desgracia infinita seguías odiando y amando a la Bruja, o necesiándola, o lo que fuese. No podías abandonar la gravitación de Ester. Sin embargo, Claudia te

entusiasmaba, te estabas enamorando, eso creíste, que sí, que era verdad, que la querías, que podrías vencer la fuerza gravitatoria de la Bruja a través de Claudia. A Claudia la adorabas. Le pediste que se tiñera el pelo. No querías que fuese rubia como Ester. Y se tiñó de pelirroja y estaba bellísima. Era bellísima. Cogías su mano y la llevabas hasta tu sexo. Le enseñaste a masturbar a hombres. Ella no sabía, o decía que no sabía. Recuerdas tus palabras, «no es coger la polla del hombre, no es agarrarla, si la coges apretando no funciona, es solo tocarla, solo tocarla y mover tu mano sin agarrarla, solo tocándola». Os moríais de risa.

La recuerdas peinándose su larga cabellera encima de tu cama. La recuerdas de espaldas, desnuda, con su culo perfecto al aire, abriendo la pequeña nevera de tu apartamento, buscando una Coca-Cola. Tú salías de orinar del cuarto de baño. Y ella estaba allí, abriendo la nevera. Fuiste hacia su culo. La levantaste un poco y le metiste la polla. Ella era bastante más baja que tú, tuviste que levantar su cuerpo. Ella tuvo que ponerse de puntillas. No recordamos todas las veces que hemos hecho el amor con una persona. Recordamos solo las excepcionales, pero nunca sabremos (porque nos está vedado) dónde radica la excepcionalidad, cuál es la razón de la excepcionalidad. No es el morbo, no al menos en tu caso. No es esa vulgaridad. Es como una iluminación, el hallazgo de algo que estaba escondido, o la conjunción de elementos, cosas que de repente confluyen creando un abismo de significación poderosa. En ese caso fue esto, o eso crees: el final liberador de la micción y la ilusión de un nuevo coito, la salida del cuarto de baño, la luz muy tenue que entraba por la ventana, ella inclinándose sobre el frigorífico abierto, la tranquilidad de su culo; su culo, que no era objeto de los pensamientos de Claudia, que estaba allí ausente, como si fuese independiente de ella, porque los pensamientos de ella estaban dirigidos a la búsqueda de una lata de Coca-Cola, el brillo de sus piernas, la paz de la escena, como si se tratase de un nuevo matrimonio tuyo, como si la realidad hubiera creado un plano alternativo en donde Claudia era tu esposa y tú su encantador marido, que salías tranquilamente del cuarto de baño. Entonces fuiste a por ella y ella lo agradeció con toda su alma, como te dijo luego, porque se sintió sorprendida, la súbita y demoledora sorpresa, y fue feliz.

Te acaban de avisar de que tienes una visita. Que ha venido a verte una tal Claudia Montes. Te ha dado un vuelco el corazón. Te arreglas. Te peinas. Te pones guapo. La sala de visitas del centro es elegante, y además tiene una terraza muy hermosa. Te diriges hacia allí. La ves sentada en un banco, en la terraza, bajo un sauce. Ella aún no te ve. Siempre tuvo la mirada distraída. Y aún la sigue teniendo. Siempre la veías tú primero. Qué hermoso que eso no haya cambiado. Pero ya te ha visto. Te ha traído flores, unas rosas. Sigue teniendo los mismos ojos grandes de entonces, ha cambiado, aparentemente, poco. Pintada como siempre, muy pintada. Os tiembla la voz a los dos.

—Hola, Claudia Montes, qué sorpresa más grande y qué alegría que hayas venido —le dices.

—Pensé que a lo mejor ya ni te acordabas, que cuando te anunciaran el nombre de la persona que venía a verte no recordarías de quién se trataba —dijo ella.

—No hace tanto tiempo, Claudia. Casi fue ayer. Aunque ya no me manejo bien con los recuerdos, creo que reina el caos por todas partes. Solo diré una santa palabra, una santísima palabra: «Brasil».

—Brasil, sí, los días de Río, fuimos felices allí, pero eso ya pasó, aunque casi te mataste bebiendo; me acuerdo obsesivamente del barrio de Santa Teresa, siempre íbamos a cenar allí, a esos pequeños restaurantes destartalados —dice Claudia, con una mirada melancólica, que no excluye un punto de alegría.

Quiere preguntarte por tu salud, y le respondes de forma rápida que muy bien, que estás muy bien, porque tú solo quieres saber una cosa, solo una, una cosa obsesiva, una obsesión feroz que nace en tu cerebro, que ha nacido en tu cerebro desde el momento en que te han dicho el nombre de la persona que venía a verte.

—¿Sigues con él? ¿Has cambiado de pareja?

Cuando ella oye la pregunta su rostro se transforma, el pasado vuelve de otra forma, no como dulce nostalgia, vuelve con veneno, todo regresa envenenado y ella se siente otra vez desnuda, indefensa, vulnerable. Porque su respuesta es terrible.

—Sí, sigo con él. Rehicimos nuestro matrimonio. Somos felices. Estamos muy bien.

Dices «me alegro», y es verdad que te alegras, pero no de lo que ella dice, de lo que te alegras es de que siga con su marido, porque eso significa que la puerta de su coño está abierta de par en par, como lo estuvo aquellos siete días de Río de Janeiro, donde permitiste que ella contemplara abiertamente tu alcoholismo, a pocas has dejado contemplarlo. Aúllas de felicidad en tu interior. Le agradeces que te haya traído flores. Habláis de estos últimos años.

—¿Por qué me miras así? —dice Claudia de repente—. No me mires así, por favor.

La estabas devorando con la vista. Sí. Y ella lo notaba. Pero no la devorabas exactamente a ella, sino al Universo entero, al eterno retorno de lo mismo.

—Estaba pensando en... —y ella no te deja acabar la frase.

—Sé en qué estabas pensando, estabas pensando en si hubiéramos sido felices de haber roto nuestros matrimonios; bueno, en tu caso, tu relación con Ester, que ya era una mierda. Eso ya da igual, eres el mismo ingenuo de siempre, Dilan. Esa pregunta ni existe. Háblame de si estás bien aquí, anda, dime si necesitas algo. Te veo estupendo y te sigo leyendo. Ya sabes que soy fan, tu fan número uno. Pero no me recuerdes ahora Brasil, por favor, te lo ruego. No.

Nunca le dijiste a Claudia Montes que Ester se enteró, de la forma más vulgar del mundo, a través de unos mensajes del móvil, de que no fuiste solo a Río de Janeiro. Nunca se lo dijiste. Tampoco se lo vas a decir ahora. Y que esa fue la causa de que no quisieras volver a verla entonces. A Ester le dio igual, pero te exigió que la dejaras, te ordenó con amenazas que la dejaras, no porque Ester te quisiera, ya no te quería, en realidad, como ya has dicho tantas veces, nunca te quiso, te exigió que dejaras a Claudia por su vanidad, por su crueldad. Sin embargo, no podías vivir sin Ester, aunque te diera la vida del infierno. No tenías otra cosa. Ester sabía eso, sabía que le pertenecías. Eras su gran triunfo. Su trofeo masculino más codiciado.

—Fuiste tú quien me dejaste —dice ahora Claudia Montes.

—¿Se lo llegaste a contar a tu marido? —te atreves, por fin, a preguntarle.

—No, para qué, no tenía sentido hacerle sufrir por nada.

—Ese hombre morirá así, sin saber eso; sabiendo un montón de cosas innecesarias y absurdas, pero no sabiendo la más importante. Porque lo que no

tiene sentido es que se lo digas en el lecho de muerte, tanto en tu lecho como en el suyo. Y llevarse un secreto así a la tumba me parece inmoral, y también muy hermoso en alguna medida.

Y te quedas mirando a Claudia. Y ves claramente que ese hombre morirá sin saber que tú te follaste a su mujer, y que tú no has sido el único.

—¿Cuántos más? —preguntas a Claudia.

—Eres un hijodeputa, Dilan —dice ella.

La acompañas hasta la puerta. Le coges la mano. Claudia se deja. La besas en la boca. Un beso largo, bajo la mirada de una recepcionista. Y ella te muerde los labios, y oyes su corazón y aun sabiendo que todo es imposible os estáis amando en este momento como si fueseis marido y mujer, y ella lo siente así, parece una novia. Y los ojos de Claudia se transfiguran, vuelven a ser los mismos de aquella mujer que conociste hace cuatro años, de la que te enamoraste. ¿Te enamoraste? Sí, mucho. Y ella también. Por eso ha venido a verte. Y ha mordido tu carne y buscaba tu lengua ahora mismo, y besaba tu cuello y arrastraba la lengua por tu cuello. Y ahora mismo os habríais puesto a follar si hubierais encontrado un sitio, pero no lo hay. Como casi os pusisteis a follar en mitad de la playa de Copacabana.

—Ester acabó enterándose de lo nuestro, por eso estoy aquí y por mil cosas más que ella me hizo —le dices a Claudia, mientras intentas marcharte, sonriente, a tu habitación, pero ella coge tu mano y acerca su boca hasta tu oído.

—Sé que no fue solo por eso, salió en la prensa, Dilan, pero que no te atrevieras a mandar a la mierda a esa fulana de Ester no te lo perdonaré nunca, y no quiero recordarte lo que pasó —te dice Claudia al oído, mientras te da un último beso.

Lo que pasó. Sí, lo que pasó. En algún momento tendrás que recordarlo aquí, en estas páginas. Recordar lo que realmente pasó. La prensa. Salió en la prensa. Vendiste miles de libros por eso.

—Adiós, Claudia. Díselo a tu marido. Si no, lo acabaré haciendo yo. Háblale de Brasil y de mi apartamento de Barcelona. No es justo que muramos sin saber esas cosas. En el último suspiro, cuando ya no importe, díselo entonces. He pensado mucho sobre el reino de la verdad. La verdad es más grande que el bien. No vale eso de que quieres evitarle un sufrimiento, eso es

una mentira asquerosa; no te atreves a decírselo a tu marido porque sabes que fuiste vil y malvada; él tiene derecho a saberlo. La verdad, amo la verdad.

—Dilan, estás loco, sigues loco. No tienes razón.

Claudia sonríe y se marcha. Tú vuelves a tu habitación. Cuánto amaste a esa maravillosa mujer que nunca le dirá nada a su marido. Solo ella y Ester llegaron a contemplar tu alcoholismo, eso para ti es tu desnudez suprema. Quisieras ser su marido, en un acto ridículo de solidaridad. Nunca le dirá a su marido que su coño fue tuyo cuantas veces te dio a ti la gana, y no solo eso, no solo eso, sino que se arrastraba como una perra bajo tu polla nada menos que en una habitación del piso noveno del Hotel Granada de Río de Janeiro, y él no solo no sabe qué es eso, sino que no lo supo nunca, nunca supo ni sabrá ni sabe cómo es capaz de follar su mujer. Tú sí lo sabes. ¿Es un gran saber ese? ¿Es un saber digno? ¿Quién hizo indigno ese saber y glorificó otros saberes insignificantes como la teología, la literatura, la filosofía o la ciencia? Te da pena que él no lo sepa. Una gran pena. Suena tu móvil. Le acababas de dar tu número. Es ella. Es Claudia.

—Sí, sí puedo salir. Entro y salgo cuando quiero, solo tengo que avisar y explicarme un poco.

—Baja. Te llevo con mi coche, he alquilado un coche, y buscamos un hotel.

Así lo hicisteis. Y os amasteis en un hotel que hay cerca de la clínica. Un hotel de carretera, de tres estrellas, pero aceptable, muy agradable. Volviste a ver su culo. El santo culo de Claudia, la mentirosa, la santa mentirosa. Te comió la polla. No te la chupó. Quería tragársela.

—¿Qué poderes tienes tú sobre todas nosotras, grandioso hijodeputa? —te decía mientras te cabalgaba y te abofeteaba.

Y tú estabas pensando si esto se lo tendrías que contar o no a Dulce María Marco. Y cómo le iba a sentar esto a tu psiquiatra. Y eso tenía mucha gracia. Tu nueva religión de la verdad estaba yéndose al carajo.

—Claudia Montes, díselo a tu marido, dile que le has sido infiel, dile que has follado conmigo como una auténtica perra, no dejes que se muera sin saber eso —le gritaste en medio de la habitación—. Todo ser humano tiene el jodido derecho a saber la jodida verdad. Cuéntaselo. Aunque sea en el lecho de muerte, cuando esté palmando, le dices «follé con otros, pero solo te amé a

ti». Dile eso. Si no lo haces, te pudrirás en el infierno. Te lo juro. Yo se lo dije todo a Elena, ¿sabes? Todo. Todo, no me dejé ni una. Pero ya sé que tú no lo harás, no tienes huevos. Soy mejor que tú. Lo sé. Y ahora haz el favor de devolverme a mi clínica. No quiero volver a verte en mi puta vida. Porque tu vida es una mierda, Claudia Montes, una puta mierda basada en el engaño y la mentira. Lo mejor que te ha pasado en estos últimos quince años fue Brasil. Y allí está tu marido, tan feliz el hombre, amándote ridículamente. Hay que ser gilipollas. Gilipollas él y tú un putón frío de cojones.

En ese momento, Claudia te dio una bofetada y se puso a chillar como una histérica. Quería golpearte, arañarte con sus uñas rojas. Subieron de recepción. Hubo un pequeño escándalo. Pagasteis y os fuisteis. Pagó ella, era lo mínimo. Pero luego se negó a llevarte a la clínica con su coche. Tuviste que llamar a un taxi. La viste alejarse. Alejarse para siempre. Adiós, amor mío. Adiós, Claudia. Siempre te quise.

Capítulo 19: La terraza

Marzo de 2017

Porque la locura muerde, como una perra. No fue solo Claudia Montes. También volviste a liarte con Paloma muchas veces, más de veinte, ¿cuántas?, veinte justas, crees ahora, un número sensato y perfecto; con Paloma todo era sensato y racional. Parecíais dos ejecutivos explorando un punto más allá de las relaciones profesionales. Un día te diste cuenta de que Paloma te quería, tal vez no hubiera dado un riñón por ti, pero te quería. Ella sí. Ester nunca. Ester nunca te quiso. Nunca quiso a nadie. Cuántas veces has dicho ya eso aquí, que Ester, la Bruja, nunca te quiso, madre mía. Deja ya de decirlo de una vez, parece un estribillo barato.

Ahora lo sabes, lo ves con una claridad absoluta: Ester no podía amar a nadie, y precisamente por eso, siempre estaba diciéndote que te amaba. Con Paloma habías firmado pactos de amor y de amistad estables. Os guardabais fidelidad. Y después de que Ester te abandonara te fuiste a vivir con Paloma temporalmente, a ver cómo funcionaba la cosa. Fue bien un tiempo. Ester entró en cólera cuando se enteró, ella estaba viviendo con otro, locamente enamorada de otro, pero te quería a ti viviendo solo, desesperado y célibe. Ester era nauseabunda. Te hizo saber que te había engañado mil veces para vengarse, como si tú no lo supieras, aunque realmente no lo sabías con tanto lujo de detalles, sobre todo lo que no sabías es que se había tirado a Marcelo y a tu psiquiatra, con esos dos no contabas. Te hizo puré esa revelación. Marcelo y tu psiquiatra. E incluso te dijo que la tenían más grande que tú. Así era ella, así fue Ester, la gran puta, la ninfómana infinita. Al menos tuviste el don de la respuesta y supiste decirle «ya que te estabas tirando a mi psiquiatra, podrías haber intentado de paso que te curase la ninfomanía que llevas encima, y que te saliera gratis la terapia, porque el Negro es incapaz de curarte». Eso le dolió. Quiso humillarte diciéndote que a todos sus amantes les había contado tu intimidad, que te llamaba «pobre angelito» cuando hablaba de ti, y cosas sórdidas de ese tipo. Incluso ridiculizó a Elena. Te llegó a decir que hasta Elena se reía de ti con sus amantes romanos mientras follaban como cafres, eso dijo, «como cafres». Crueldad salvaje, que decía ella. «Me cago en tu puta religión, que te den», te dijo Ester cuando os despedisteis para siempre. Era alucinantemente egoísta: fue ella la que te abandonó, la que te

echó de su casa, pero no pudo soportar verte viviendo con Paloma. Se sentía inferior a Paloma. La insultaba. Decía que era una mediocre. Una menopáusica hijadeputa, solo porque Paloma tenía más edad que ella. Te diste cuenta de que la odiaba. De que Ester odiaba también a las mujeres. A todas las mujeres, odiaba a muerte a todas las mujeres. No aceptaba la idea de que rehicieras tu vida al lado de otra mujer. Según ella, tu único futuro consistía en vivir en la amargura de haber sido abandonado. Como un castigo. Como un mandato de hierro: o ella o nada. Pero ella sí podía, ella con otro. Tú solo podías seguir amándola. Seguir penando por ella. No podía soportar verte en manos de Paloma. Era Ester. Esa era ella. Era Satanás. Y tú también. Lo que pasa es que ella te podía, te vencía, te dominaba; bailaba la danza del amor mejor que tú. Tú la necesitabas más. Ella bailaba mejor en la oscuridad. Qué bien bailabas, amor mío. Haré lo que tú digas. Si voy contra tu voluntad, mi cuerpo se rompe y mi alma entra en pánico. Si hago lo que tú dices, aunque te estés follando a otro, estoy bien; cumplo tus deseos. Tu santa aprobación, el delirio de tu dogmática aprobación; el encumbramiento que ella te daba si la satisfacías en todo.

Ahora Ester estará con otro, pero solo follando, nadie la amará, acabará sola, como tú. Los dos brujos malheridos, errando hacia la muerte. Siempre habrá alguien dispuesto a follársela en un váter, eso le encantaba, follar en los lavabos de minusválidos la ponía a mil, hasta que se haga vieja y ya nadie la mire.

Y ahora te toca a ti, querido Dilan. Toca tu patíbulo, tu maldad. Porque si Ester te trató a ti como a un perro, tú trataste muy mal, pero que muy mal, a Paloma. Fuiste un verdadero cabrón. Quien causó la ruina de tu relación con Paloma fue Sonia Smith, allí tú sí la cagaste, una estudiante de literatura española, de veintitrés años, que vino a Madrid a doctorarse. Qué vulgaridad más grande que el protagonista de esta historia sea un escritor. Pero son seres interesantes. Puede que sean los antiguos caballeros andantes, los últimos protagonistas de la demolición de la cultura occidental; los últimos a quienes tal vez no asuste la verdad, los últimos seres no políticos, no completamente políticos; los últimos inmolados, los perdidos.

Paloma ya no estaba tan loca por ti, pero te seguía queriendo y tenía buen corazón. Le dio pena cómo te trató Ester, y había hecho todos los esfuerzos de

la Tierra por sanarte las humillaciones que te causó la Bruja.

Sonia te escribió y solicitó muy amable una entrevista para tratar temas de tu obra literaria. Quedasteis en un café del centro. El problema con Sonia fue su extremada belleza y que fuese tan endemoniadamente rubia y tan joven. Su juventud te envenenó. Era alta, casi como tú, cerca de un metro ochenta. Sonriente. Con las uñas pintadas de rojo. Unos ojos inmensamente azules. Estaba llena de luz. Hablaba un castellano perfecto. Ella era estadounidense, hija de padre norteamericano y de madre argentina. También hablaba francés. Sus manos eran claras, con unos dedos alargados, y gesticulaba de una forma que embrujaba la mirada. Después de pagar las dos cervezas, cuando os encontrasteis de pie junto a la barra, pusiste tus manos en su cintura de una forma descarada y casi violenta y acercaste su cuerpo hacia el tuyo, y ella se dejó con una placidez subversiva. Su rostro estaba agitado y feliz. Te besó ella, no hizo falta que tú la besaras, fue ella. Su lengua era dura y quería entrar muy adentro de tu boca. Aquella misma tarde ya follasteis en el piso que compartía con dos estudiantes, dos chicas, una francesa y otra española. Todas las posturas. Todas las formas. Todos los sudores. Y una infinita ternura. Sus compañeras vieron entrar a un hombre maduro en ese piso viejo. Y oyeron a Sonia follar con un hombre desconocido. Sonia era absolutamente romántica. Su vida sexual había sido un caos, porque ella buscaba el amor y solo encontraba sexo, sexo por todas partes; hombres que solo querían follarla, pero no amarla, eso dijo.

—En las últimas novelas españolas no hay mucho sexo —dijiste.

—Es verdad, son tan irreales, por eso me gustan, imagino —dijo Sonia.

—¿Parecen novelas de un país extraterrestre?

—Sí, exacto.

—¿Es una literatura puritana?

—Lo es, es un país puritano, bajo la apariencia de otra cosa, eso es España, puede que tú seas la única excepción. Me gustaría follarme a trescientos mil curas españoles del siglo XVII.

—A mí a trescientas mil monjas españolas del siglo XIX.

—Tú eres la excepción, cuando te leí por vez primera me fascinaste. Dije, yo quiero conocer a este hombre. Cuando te vi en el bar me puse a mil. Me enamoré a primera vista. Te lo juro. Yo me enamoro.

Y os reíais. Y ponías siempre en el ordenador «Madeleine», una canción de Jacques Brel que os metía una marcha brutal y os poníais a bailar. Los dos hablabais francés. Y cantabais juntos «Madeleine», a trío con Brel. Adorabais esa canción. Adorabais hablaros en francés. Te enamoraste de ella. Y ella de ti. Abusabas del Levitra. Se lo dijiste a Sonia. Se preocupaba por ti.

Finalmente, aquello estalló. Eran demasiadas las salidas, las horas pasadas fuera de casa, los nervios en tu cara. Te pasabas las tardes en la cama de Sonia, follando como un loco. Sonia te confesó que no podía vivir sin ti, que eras el hombre de su vida, que quería tener hijos contigo, que quería casarse contigo, y te juró que mientras sintiese lo que sentía te sería rigurosamente fiel. Te ofreció su fidelidad, una promesa sagrada de fidelidad. Tú estabas feliz. Estabas rejuveneciendo a la velocidad de la luz. Un hombre de tu edad con una mujer de veintitrés años: era el puto paraíso. Paloma sospechaba y te acorraló. Tu cabeza ardía. Las dos mujeres te eran fieles. Se lo contaste todo a Paloma. No podías más, era una situación insostenible. Paloma llamó a Sonia. Quedaron una tarde. Ninguna de las dos te dijo muy bien qué había pasado. El resultado fue que Paloma te echó de casa. Después de la entrevista con Sonia, entró en el piso y fue directamente a los armarios, sacó toda tu ropa de una forma fría y cuidadosa, y fue metiéndola en dos maletas.

—Dilan, vete con ella —dijo Paloma—, te está esperando en su casa. Vete a vivir con ella. Llévate tu ropa y tu ordenador, lo demás ya te lo iré mandando, no te preocupes. Yo estoy bien. Estaré bien, pero vete con ella.

—¿Qué te ha dicho Sonia? Dime —preguntaste—. El ordenador ya me da igual, ya sabes que no escribo nada porque estoy completamente desquiciado.

—Esa mujer te ama, te ama de una forma terrorífica, está completamente enamorada de ti. Vete con ella. No te preocupes por mí. Esa mujer ha conocido ya a muchos hombres, pero no había amado nunca. Te ama. Está completamente enamorada de ti. Es tuya. Toda tuya. Solo vive porque tú estás en este mundo. No sé cómo lo has hecho, imagino que es tu don, tu gran don, tu jodido luminoso regalo. Pero te necesita. Ella no podría vivir sin ti, yo sí. Llámalo acto de generosidad para con la humanidad, llámalo como quieras. Ve con ella. No quiero que esa mujer se muera, tan joven. No merece morir. Ve con ella. Me da pena su amor. No me importa. Yo ya te he tenido. Es justo que

ahora seas suyo. La vida es así, tu luminoso regalo, Dilan, tu don. Vete con ella. Es fácil.

—¿Mi gran don? Con Ester no funcionó.

—Con las fulanas nunca funcionará tu don, idiota. Solo con las mujeres que se enamoran, solo con las mujeres de verdad, no con las putas. Ester era una fulana, una jodida ninfómana, y tú nunca te enteraste, tontainas.

Paloma llamó a un taxi. Y al cabo de un rato estabas con dos maletas y tu ordenador en el piso de Sonia. Os instalasteis en su habitación. Sus compañeras no protestaron. Pasaste unos días pensando en Paloma. De repente, su acto de generosidad te parecía un misterio teológico. La llamabas por teléfono y hablabais bastante rato. Ella estaba bien, pero Sonia no soportaba que llamases a Paloma. En cambio, sí dejaba que hablaras con Elena, a quien explicaste todo lo que había pasado.

—Tu hija se hace mayor, Dilan, y no sabe quién eres —te dijo Elena—, y ahora me cuentas que has roto con Paloma; al menos Paloma conocía a María, al menos María podía ir a Madrid a verte, porque de Paloma me fiaba, porque Paloma sabía cuidar de María, ahora ya no sé de qué me estás hablando, me estás hablando de una cría de veintitrés años.

—¿Estás saliendo con alguien? ¿Te hace feliz?

—Eres un imbécil, Dilan.

Era verdad que María había venido a Madrid algunas veces; y que Paloma se había ocupado de ella como si fuese su propia hija (cosa que nunca supo hacer Ester; Ester se ponía nerviosa cuando veía a María, no la quería ni ver; Ester odiaba a tu hija); y que tú también procurabas ir al menos una vez cada seis meses a Roma, y te quedabas en la nueva casa de Elena, comprobando así de paso que Elena no vivía con nadie, aparentemente. Porque un día descubriste camisas de hombre en el armario de la habitación de invitados, camisas de una talla que no era la tuya, camisas de un hombre corpulento. Estabas tan poco en Roma, cuatro o cinco días, que Elena te dejaba abrigar la estúpida idea de que vivía sola con María. Tú le agradecías esa delicadeza, esa compasión, esa caridad. La caridad de Elena te conmovía y a la vez te dañaba. Una vez hicisteis el amor. Una última vez. En uno de esos viajes a Roma. Ya todo derruido. Simplemente, te metiste en su cama. Ella te dejó. Fue muy duro para los dos. Os arañasteis. Os rompisteis las entrañas. Parecíais

tres personas: Elena, tú y un ser que estaba a vuestro lado, la Memoria. Era un trío. Fuisteis un trío aquella noche. Hizo el amor contigo por compasión. Pero fue una compasión bendita, digna de Dios y de su hijo el Gran Jesucristo y del mismísimo Giacomo Casanova.

No sabes ni cuántos años tiene María. Ahora solo vives para el coño de Sonia. Marcelo está trágicamente preocupado por ti. No te abandona. Te llama. Quedáis de vez en cuando. Le has dicho que Ester te lo contó. Marcelo te pidió perdón. Tú le dijiste que le perdonabas completamente, pero le pediste a cambio una sola cosa: «Quiero que analices a Ester, quiero que acabes sabiendo lo que es, quiero que te tomes eso como una obligación intelectual, quiero que descubras quién es, solo te pido eso». Meses después te dijo «sí, es una fulana de las peores, maligna, es maligna, es el Mal». Le diste un abrazo entonces. El Mal existe, eso era Ester. El puro Mal. Entonces, Dios era quien te la había enviado, eso era lo que querías saber.

Una de las compañeras de piso de Sonia se llamaba Victoria, la llamabais Viqui, era la española. Una tarde que Sonia estaba en sus clases de doctorado, os quedasteis solos en la casa Viqui y tú. Os mirasteis a los ojos. Ella se puso de pie. Llevaba una camisola. Hacía calor. Dejó caer su camisola a tus pies. Se quedó desnuda delante de ti. Era insoportablemente perfecta. Tan joven. Esa piel. Llevaba un tatuaje en la espalda. Fue así como empezó todo con Viqui. Aprovechabais las ausencias de Sonia para hacer el amor en la habitación de Viqui. Viqui te gustaba mucho. Era morena y tenía unas piernas muy bonitas. Te gustaban sus pies. Te gustaba que te masturbase con sus pies. Le gustaba el sexo anal, cosa que a Sonia no. Solo se corría cuando se la metías por el culo.

Una tarde no oísteis llegar a Sonia. Y os encontró en la cama, tú dándole por el culo a Viqui y ella chillando como una perra. No la oísteis. Normalmente, poníais la llave en la puerta y canciones de Bob Dylan que apagarán los chillidos de Viqui. Pero esa vez os olvidasteis. La única vez que os olvidasteis de poner la llave.

Sonia se quedó muda al principio. Se puso blanca. La cara desencajada. Fue retrocediendo hasta la puerta. Reaccionó de súbito y se puso histérica. Del mutismo a la histeria en cosa de un segundo. Os insultaba. Tiraba todo lo que se ponía a su paso. Hasta que se fue hasta la terraza y se arrojó al vacío.

Era un sexto piso. Murió en el acto. Todo ocurrió muy deprisa. Tú intentaste alcanzarla, pero ibas desnudo, buscabas algo que tapase tu sexo, pero no encontraste nada. La viste caer desnudo, con la polla aún tiesa por efecto del Levitra. La viste abajo, con el cuello roto, desde la terraza. Viqui tuvo un ataque de ansiedad. Tú mirabas tu polla aún medio tiesa. Y mirabas el cuerpo de Sonia, roto, abajo, caído, sobre la calle. Y solo pensabas en una cosa, fue un pensamiento que te asaltó de repente con una intensidad insoportable: tenía que ser Ester la que estuviese allí, muerta sobre el asfalto, esa bruja de Ester, y no Sonia. Maldijiste a Dios por no haber matado a Ester, por haber matado a Sonia. Ester seguía viva. «Maldita sea», gritaste. La gente se paraba ante el cadáver y miraba hacia arriba donde tú estabas con la polla al aire, sin haber sido capaz de encontrar un miserable trapo o calzoncillo o sábana o toalla que te tapase. Como un Cristo desnudo.

Llamaste a Marcelo. Tuviste un ataque de pánico, de amnesia, delirabas, querías matarte con un cuchillo de mierda. Un vecino lo impidió. Cuando Marcelo llegó a la casa la policía te había vestido ya, tú eras incapaz de vestirte. Él se ocupó de todo. Hubo un infierno legal. El final fue tu internamiento en una clínica de alto standing, gracias a Marcelo, Paloma, Elena y los directivos de tu editorial. Te llegó a escribir la madre de Sonia. Los padres de Viqui querían matarte. Los padres de Sonia te denunciaron. También querían matarte. Pero Marcelo se ocupó de todo eso. Él lo arregló todo y tuvo la delicadeza de no contarte más que algún detalle tranquilizador. Todo saltó a la prensa y se volvieron a vender tus libros. Fue un escándalo nacional. Menos mal que Elena vivía en Italia, y solo le llegaron los ecos. Te querían entrevistar hasta en los programas del corazón. No sabías muy bien a quién habías hecho todo el daño del mundo. Solo te dedicaste a pensar en cómo follaba Sonia y en cómo follaba Viqui. Querías escribir las diferencias, pero no te salía nada, salvo tres palabras: Reina el Caos. Y otras cuatro más: Ester es el Mal. Nunca reconociste conscientemente el suicidio de Sonia. Lo borraste de tu mente, y tu psiquiatra Dulce María Marco consideró que era lo mejor, que era un mecanismo de supervivencia válido, que ese mecanismo te evitó la psicosis.

Ella, Sonia, está en los santos cielos. Ella, tu gran amor. Muerta con veintitrés años. La ves al fondo de tus sueños. La ves y la tocas.

No puedes escuchar «Madeleine».

Capítulo 20: Isabel

Decidí marcharme, irme lejos, no pasaba nada, era bonita la idea, todo era precioso. Había un inconveniente. Pero no quería pensar en él. Mis padres estaban muertos desde hacía tanto tiempo que en realidad pensé que nunca había tenido padres, que había sido engendrado directamente por el Espíritu Santo y una madre de alquiler. Las mujeres a las que había querido (¿querido?, oh, Señor, ayúdanos con el verbo: amar, querer, estar, follar, tú sabrás cuál es el verbo y si existe el verbo) lo superarían perfectamente. Paloma y Elena tal vez lo llevarían mal. Elena tal vez muy mal. Soy el padre de su hija. Allí está el inconveniente: en María. Soy capaz, fui capaz de pensar en la paternidad irresponsable. ¿Es de malnacidos eso? Puede que sí. Parece terrorífica la idea, solo esa idea da pánico. Pensé en el cantante de Joy Division, en el suicida Ian Curtis. Él también dejó a una hija de corta edad cuando se suicidó. ¿Pensó en ella cuando se colgó en la cocina de su casa de Macclesfield un 18 de mayo de 1980? Su hija siguió viviendo, y ya está. Punto final. *The End*. Los hijos siguen vivos y olvidan a sus padres porque no hay ninguna necesidad de recordarlos, salvo la necesidad cultural impuesta por el cristianismo y el feudalismo y el capitalismo social y el tradicionalismo empresarial y el ordenamiento jurídico que procede de los fueros medievales. Me entran ganas de escribir medievales con *b*. Así: mediebales.

Pero quería tomármelo como algo maravilloso, como una fiesta, como la gran fiesta de las desapariciones. No tengo ganas de sufrir ya por nada. Me jode que Ester siga viva, le deseo lo peor, lo peor de lo peor. Fue la única mujer maligna a la que amé, puede que aún la ame. La amo aún. Cómo no amar a la Bestia Dorada. Seguiré haciendo el Mal hasta su último suspiro, siempre en la cama con los hombres. El misterio de los hombres. Sola y sin hijos y finalmente sin nadie que se la folle. Acabará pagando para que se la follen. Lástima perderme eso. Puedo ver la escena. Puedo ver a Ester abriendo su monedero y dándole una cantidad importante a un chico alto, guapo, atlético, con una polla descomunal, y puedo verla a ella no sintiendo ya nada, ni placer, ni *displacer*, que diría Matthews, el Negro; sintiendo, como mucho, el vértigo,

solo eso. El vértigo como único sentido de la vida. Puede que no haya nada más. Recuerdas el coño de Ester, un coño aéreo, la estatura de Ester, te gustaba que fuese alta, pero tú eras más alto que ella; ella medía un metro setenta y cinco muy justo, a punto de ser un metro setenta y cuatro, y tú un metro setenta y nueve, a punto de ser un metro ochenta, descalzos los dos, porque os medíais descalzos, completamente descalzos, los pies desnudos sobre el suelo, y una raya en la pared y sin hacer trampas. Con calzado tú te ibas a un metro ochenta y dos u ochenta y tres, o más si llevabas botas, y ella, dependiendo de los tacones, podía alcanzar hasta el metro ochenta o más; sabes que tuvo amantes altísimos, le gustaban esos amantes de un metro noventa o un metro noventa y cinco o un metro noventa y ocho. ¿Le harían daño? Ahora mismo te parece un misterio telúrico el coño de Ester, como si tuviera recovecos capaces de albergar pollas gigantescas. Un coño engañoso, inmisericorde, como cuando un paisaje montañoso te deja ver solo un fragmento de agua, y sigues andando, atraviesas esas montañas y te das de bruces con un océano inabarcable, así era el coño de Ester. Parecía un vaso de agua y era un océano donde cabían todas las pollas del mundo. Absolutamente todas, qué bien, *c'est magnifique*. Quisieras verlas todas, todas las pollas que chupó Ester y chuparlas tú también, para que así nada os separase ya nunca más. Para estar en armonía. Como Cathy y Heathcliff. Y quisieras que ella se comiera todos los coños que tú te comiste. Y así estar en armonía ella también. Para que os améis con la santa equidad. Para que por fin podáis contraer matrimonio. Porque la amas. Aún la amas y la amarás siempre.

¿Cuántas veces la gente se marcha de un sitio porque no le gusta, o porque ya ha estado allí mucho tiempo, porque se aburre, porque prefiere hacer otra cosa o estar en otro sitio? No es mucho más la vida. Mira, me aburre París, me voy a vivir a Ámsterdam, quiero cambios. Mira, me aburres, tío, me voy con otro. El movimiento es bueno. No vuelvo a hospedarme en ese hotel, es una mierda. Cosas así. Oigo cosas así todos los días, llevo oyendo cosas así toda la vida. Comencé a estudiar Derecho, pero me cambié a Filología Inglesa. Trabajaba en la banca, pero me salió una oportunidad en el periodismo. Era profesor, pero lo dejé por el turismo. Yo qué sé. Era albañil, pero acabé dirigiendo películas pornográficas y me hice rico.

Me vino a buscar Marcelo a la clínica. Iba a pasar con él el fin de semana.

Vino con su BMW rojo. A Marcelo le iba bien últimamente. Estábamos muy contentos los dos. Nos íbamos al norte, a San Sebastián. Era primeros de septiembre y hacía muchísimo calor. A las nueve de la mañana Marcelo estaba en el hall de la clínica. Yo acababa de desayunar. Pusimos mi equipaje en el maletero. Firmé el consentimiento y Marcelo firmó otro, como que se hacía responsable de mí, burocracia de una clínica de lujo. Y nos fuimos.

Hablamos mucho durante el viaje. Obviamos hablar de la Bruja. Me contó que estaba saliendo con Isabel, una chica que había conocido hacía poco. Era intérprete. Se dedicaba a la traducción del francés y del inglés. Era hija de madre inglesa. Y que Isabel nos esperaba en San Sebastián, porque estaba allí haciendo de intérprete en un congreso de arquitectura. Le hacía ilusión a Marcelo presentármela. Marcelo me dejó conducir un rato el BMW. Comimos en Burgos. Hablamos de la humildad en el amor, de gente que se había amado humildemente. Creo que fui yo quien habló de esto y creo que Marcelo me escuchó atentamente. Dije que había personas que apenas habían salido de su ciudad y que sin embargo habían sabido amar como bestias. Marcelo no entendía bien qué tenía que ver una cosa con la otra.

—Yo creo que el amor exige concentración, es también un trabajo, no puedes distraerte; si estás pendiente de otras cosas, el amor te abandona; por eso, la gente humilde, la gente a la que no le apetece medrar en la vida, acaba amando mucho —le dije a Marcelo.

—No estoy completamente de acuerdo, aunque reconozco que sí, que el amor exige concentración —dijo Marcelo.

Me gustaba ponerle la sexta al BMW de Marcelo. Resonaban en mi cabeza las palabras que acababa de decir. No me había expresado con precisión. Quería hablar de la renuncia, de cómo acabamos renunciando a estar enamorados, pero Marcelo parecía estarlo ahora.

—Creo que la invención del Viagra, del Cialis y del Levitra ha sido un luminoso regalo de la ciencia —dije.

—Yo tomo ahora Levitra cuando estoy con Isabel. Es más joven que yo. A ella no se lo he dicho. Estoy de acuerdo contigo. He probado los tres y creo que el mejor es el Levitra.

—Te preocupa que Isabel no quede satisfecha.

—No seas cruel, Dilan. Tiene doce años menos que yo. Y el tamaño

importa. Y esas no son las palabras; «satisfecha» es una palabra horrible en este contexto.

—Siempre importó el tamaño, eso lo sabía hasta Miguel Ángel cuando pintó la Capilla Sixtina. Pero la gente se equivoca con este asunto en lo referente a las proporciones. He pensado mucho sobre el tamaño, allí, en la clínica, he cavilado sobre eso.

Marcelo soltó una carcajada. Nos reímos mucho los dos.

—Sí, es una cuestión canónica. No se trata de reverenciar lo descomunal. De hecho, lo descomunal es mucho más imperfecto que lo ínfimo. Lo descomunal es grosero y repugnante; lo ínfimo mueve a compasión y es doloroso; elige si puedes, claro. También es una cuestión anatómica y de encaje, de encaje en el tamaño del cuerpo del hombre. Recuerdo que me gustaba, después de hacer el amor, exhibirme delante de las mujeres; daba paseos por la habitación, caóticos paseos, cuyo único objeto era mostrar el encaje. Era un buen encaje.

—¿Era?

—Es, por supuesto. Estaba pensando en el pasado, solo eso.

Nos alojamos en el Hotel Monte Igueldo. Es donde se alojaba Isabel. Me dieron una excelente habitación, con vistas al mar. Por la noche Marcelo me presentó a Isabel. Era una mujer rubia, con ojos verdes, con los labios y las uñas pintadas de rojo. Nos miramos y pasó algo, algo muy duro y salvaje. Cenamos marisco y bebimos vino albariño, demasiado. Isabel era lectora mía. Me enteré de que quería conocerme, ese detalle no lo había mencionado Marcelo. Me di cuenta de inmediato de que Isabel no estaba enamorada de Marcelo. Como también me di cuenta de inmediato de que Marcelo ya no iba a saber nunca qué es estar enamorado y que lo que buscaba era a alguien para compartir la vida. Deduje que, al menos, Marcelo ya no se estaba tirando a la Bruja, y me alegré por él. Marcelo estaba muy enganchado a Isabel. Cómo no estarlo: era guapísima. Alegre, elegante, ingeniosa.

Marcelo se levantó un momento para ir al lavabo. No estaría a más de tres metros de nosotros cuando Isabel me agarró la polla por debajo de la mesa y me dijo, mirándome a los ojos, «quiero follarte; esta noche no puedo, porque tengo que acostarme con Marcelo y dormir con él; pero mañana diré que tengo

muchas cosas que traducir, que tengo trabajo hasta las cinco de la madrugada, y le diré a Marcelo que dormiré en mi habitación para no molestarle, tú di que quieres acostarte pronto, te llamaré a tu habitación y te follaré toda la noche, estoy muy húmeda ya, tócame el coño ahora mismo, hazlo, hazlo antes de que venga». Lo hice, sí, y era agua, una fuente de agua. Justo cuando retiraba mis dedos del coño de Isabel, Marcelo regresaba a la mesa. Pensé en la reduplicación de Ester. Pensé en la Bruja. Pensé que la Bruja había entrado en el cuerpo de Isabel. Pensé que Ester dominaba los cuerpos celestiales, las potencias, las nubes. Pensé en la novela *Cumbres borrascosas*. Pensé en Heathcliff, pensé que Ester era Heathcliff.

Entonces me levanté yo y dije que iba al baño. Entré en el baño y me quedé mirando mis dos dedos: el índice y el corazón. Y me puse a chuparme mis dos dedos. Los chupaba como si fuesen el Santo Grial. La Bruja me mandaba a su hermana. Un hombre se me quedó mirando con gesto asustado. Luego entré en un cuarto de baño individual y me metí el dedo índice por el culo. Y no me lavé.

Acabó la cena y salimos a la terraza, a tomar una copa. A la mañana siguiente, serían un poco más de las ocho, sonó el teléfono. Era Isabel, la hermana de la Bruja.

—Te llamo desde mi habitación, acabo de llegar. He dormido con él. ¿Cómo estás?

—Deseando verte.

—No, es imposible. Tengo que currar esta mañana. He follado con Marcelo pensando en tus dos dedos metidos en mi puto coño. No era él, eras tú quien me follaba. De dónde viene tu poder, hijodeputa. Quiero follarte a ti, no a él. Solo me importas tú, estoy loca por ti, qué me has hecho, ha sido nada más verte, qué tienes dentro, eh, di, di, di algo —dijo Isabel.

—Chupé mis dedos ayer, en el lavabo. Agua celestial la que sale de tu coño —dijiste, y hubo un silencio tan maravilloso, en donde imaginaste cómo Isabel estaba gozando con tus palabras.

Y se rompió el silencio de una forma contundente.

—Me gusta que chuparas mis flujos. Si quieres amarme, deberás besar todo cuanto soy, desde los pies hasta el último de mis cabellos, todo. Debo dejarte, tengo un montón de trabajo ahora. Esta noche será. Un beso, lindo.

«Un beso, lindo», había dicho Isabel. Recordaste que muchas mujeres a veces también se despedían así, especialmente Ester, sobre todo ella; al principio, cuando empezasteis a chatear cientos de horas, en los comienzos de vuestra amistad, hace ya tantos años, cuando tú estabas en Roma y ella en Madrid. Se despedía así, «un beso, lindo». Y tú te quedabas perplejo ante el posible significado de esa palabra. ¿Qué quería decir «lindo»? Luego te lo dijeron otras. Es una palabra misteriosa que quiere decir esto: «Eres un abismo, lleno de encantos, entraré en él, pero no te amaré nunca».

Estuve todo el día en la playa con Marcelo, y paseando por San Sebastián. Comimos en una terraza junto a la playa. Había un sol allá arriba que parecía una señal del Universo. Me llamó al móvil, inesperada y terroríficamente, Ester, la Bruja. Fue un shock oír su voz, casi me da un infarto; precisamente la voz de ella, que me denunció por acoso, que cambió su número de móvil, que me tenía bloqueado en todas las posibilidades comunicativas de Internet. Temblé al oír su voz. Me dijo cosas atropelladas y exaltadas, «dime que te espere y te espero, a este con el que estoy ahora no le amo, solo te amo a ti, me he dado cuenta tarde pero da igual, joder, da igual, tienes que perdonarme, tienes que salir ya de esa puta clínica, lo de esa Sonia es una tontería, tú no tuviste culpa de nada, eso no fue tu problema, tú eres inocente de todo, no sé por qué no me has dejado que os acompañara a San Sebastián, eres un hijodeputa, ahora sí sé que te amo, le dije a Marcelo que me dejara ir con vosotros, pero no me dejó», decía ella. Se lo conté a Marcelo.

—Es verdad lo que te dice Ester —dijo Marcelo—, quería venirse. Ese con el que está ahora solo le sirve para follar y no mucho, vamos, como todos, disculpa la vulgaridad, bueno, ni la disculpes, estamos hablando de Ester, el gran enigma de nuestras vidas. Sé con quién está ahora. Lo conozco, no es un mal tipo. Trabaja en el cine, de actor o algo así. Un tipo joven, con melenas, con rastas.

—¿Un auténtico idiota?

—Exacto.

—Ester quería coger un avión y plantarse aquí.

—Dulce María te ha dicho mil veces que no puedes ni verla ni pensar en ella; ya solo hablar con ella te hace daño, un daño irreparable. Coño, Dilan, te lo saltas todo.

—Cojones, Marcelo, tiene gracia que me digas eso. No la he visto, solo le he cogido el móvil. No tenía su nuevo móvil. Ha salido un número desconocido en la pantalla, por eso he cogido el móvil. He colgado inmediatamente, pero aún ha tenido tiempo de decirme lo que te he dicho. Ha vuelto a llamar, pero esta vez ya no se lo he cogido. Por cierto, ¿sabes que se follaba a mi antiguo psiquiatra, aparte de a ti?

—Sí, me lo dijo. Ester acaba contándolo todo, eso le pone a mil. Siempre le gustó contarle todo. Si no narras, no vives.

—Sí, lo sé. Yo fui el primero en caer, en aquellas interminables conversaciones telefónicas de hace años, donde me lo contaba todo. Es un imán ella. Hizo que dejara a mi mujer por una zumbada como ella. Es increíble.

—Tu exmujer.

—Nunca será mi exmujer. Siempre será mi mujer. Sé que vive con otro hombre y que es incluso feliz, pero créeme, solo me ama a mí. Yo no supe hacerla feliz y me alegro de que un buen idiota la haga feliz. Todas me han amado mucho. Soy un hombre afortunado, a excepción de mi vida con la Bruja. Creo que me han amado muchísimas mujeres, salvo la Bruja. No encuentro otro destino en este mundo que el haber entretenido a las mujeres. No encuentro otro sentido. Tú también me has querido mucho. Pero a qué ha venido la llamada de Ester, estoy muy nervioso. Pídeme otro whisky, haz el favor. Estoy jodido. ¿Por qué me ha llamado? Tú tienes que saber algo.

—Cada vez está peor, creo. No puede tener hijos. Ningún hombre la aguanta más de dos semanas. Se acuerda de ti. Se acuerda de que tú la amaste. Algo así. Ella es impulsiva, ya lo sabes. Es puro impulso. Habrá tenido el impulso de llamarte al saber que estabas conmigo, sus dos pollas favoritas.

—La sigo queriendo, ¿sabes? E imagino que tú también.

—Puede que tú y yo seamos los únicos hombres que la hayamos amado. La amamos de verdad, pero ella estaba loca. La locura es una putada. También es un encanto. En Ester la locura se convertía en fascinación. No sé. No sé nada ya. Solo sé que tú y yo seguimos siendo amigos, y que hemos salvado eso, y eso es importante.

—Sí, es verdad. Olvidemos esa llamada. No creo que vuelva a llamar. Estaría bebida. Ha llamado otra vez y no se lo he cogido. Su orgullo le

impedirá llamar una tercera vez. Después de denunciarme, tiene los huevos de llamarme. Es de una inconsecuencia asquerosa.

—Es la peor. Sí. Sé que sus padres le han dejado una fortuna. Tendrá con quién follar una larga temporada.

—Pero no se puede quedar preñada, me has dicho.

—Sí, no puede.

—Me alegro.

—Yo también.

—Solo tengo una pena, una pena grande.

—Tu hija María, ¿no?

—¿Cómo lo has adivinado? Sí, mi hija, porque esa es una responsabilidad que excede lo único que sé hacer en esta vida: amar a mujeres.

—Madre mía, Dilan, madre mía.

—Ya ves, así vuelvo a estar, como siempre.

—Y has vuelto a beber. La bebida te mató más que las mujeres, eso pienso a veces. Tu alcoholismo no reconocido, Víctor.

—Tal vez eran la misma cosa. La euforia, la alegría, la plenitud, el cumplimiento de todo, el triunfo absoluto... Solo deseo que el mal de mi espíritu no pase a su carne.

—¿El Amor ha sido un mal para ti?

—El Amor me ha destruido, pero todo acaba destruyéndose. He acabado en una clínica psiquiátrica. Pero estoy bien, me van a dar el alta en unas semanas. No he escrito ninguna obra maestra de la literatura y podría haberlo hecho si no hubiera sido por el Amor. Pero para qué escribir una obra maestra estando el Amor allí, a tu lado. No tiene sentido. Jamás una obra maestra hará el amor contigo. No sirve de nada una obra maestra. A no ser que tengas las energías espirituales de tres hombres, como fue el caso de Baudelaire. Que amó mucho y escribió una obra maestra. Un caso cada cien años. ¿Quién habrá sido el afortunado de mi tiempo? Es una pregunta cómica. Pero sí, el Amor es una fuerza destructiva. El Amor es destrucción, lo fue para mí.

—Lo sé, me lo dijo Dulce María. Estás bien con esa psiquiatra; estás allí como en un balneario, sigues escribiendo y encima te follas a tu psiquiatra.

—¿Cómo sabes lo de Dulce?

—Me ha hablado de ti, de esa manera en que hablan de ti las mujeres con

las que te has acostado, no lo pueden disimular ante un experto como yo. Lleva tu nombre grabado en la frente. Mira que tirarte a tu psiquiatra, eres un artista.

—Es una mujer maravillosa, inteligente y buena. Creo que se me tira ella a mí. Me ayuda mucho. Me gusta su casa. Me casaría con ella si aún hubiera tiempo. Estamos rodeados de psiquiatras erotizantes, en esta España nuestra, psiquiatras que buscan follar en vez de curar. Es cómico. Es como en aquella película de Richard Gere, donde Gere era un psiquiatra enamorado de dos locas, creo que eran dos, o igual una sola, o tres, ya no me acuerdo y da igual; *Análisis final* se titulaba, de eso sí me acuerdo.

En ese momento, nos echamos a reír. Incluso esbozamos la teoría de que la psiquiatría era mucho mejor para ligar que la literatura o el arte. Pero Marcelo estaba preguntón. Quería indagar en mi presente sentimental.

—Y Elena, ¿no te volverías a casar con Elena?

—Con Elena ya estoy casado.

—¿Y con Ester?

—¿Estás loco? ¿A qué viene esa mierda de pregunta? Me estás cabreando. Ester es el Mal, el peor ser humano que he conocido en esta vida. Por cierto, ¿cómo está Viqui? Te pedí que investigaras.

—Hice algunas llamadas. Se ha casado con un médico. Tranquilo, no es un psiquiatra, es un médico de familia. Parece que le va bien.

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo?

—Porque hay más cosas.

—¿Los padres de Sonia?

—Sí.

—¿Qué pasa?

—Su madre escribe un blog, dedicado íntegramente a ti y a su hija. Se está gastando todo su dinero en intentar sentarte en el banquillo a través de abogados españoles. Le han dicho que es imposible, que no hay sustancia penal, que olvide, pero ella insiste.

—Ya, lo entiendo. Es un bucle: yo soy para la madre de Sonia lo que Ester es para mí. Es redonda la vida humana. Todos estamos en el círculo y nos vamos encontrando. Es una rueda. Lo redondo es cómico. Somos cómicos.

—Eso ya lo has dicho; no resuelve nada insistir en que somos más

cómicos que trágicos, eso no sirve.

Unos niños en la playa hacían ascender unas cometas grandes y blancas. Parpadeaban en el viento. Había un viento azul. Entonces vi a mi padre junto a la orilla del mar, que me saludaba con la mano, en un gesto firme y como de hierro. ¿Era mi padre? ¿Tuve yo padre? ¿Hemos tenido padre? ¿Hemos tenido madre? Parecía una ficción. En realidad, procedemos de actos eróticos perdidos en el tiempo, de penetraciones y de eyaculaciones y de fecundaciones de las que no hay registro en ningún sitio. No sabemos si fuimos concebidos en un orgasmo luminoso, en un acto rutinario, en un coito feroz, desconocemos nuestro verdadero origen. Quisiera saber esto antes de morir. Quisiera saber por qué nos escondemos para hacer el amor, quién dictó esa ley criminal, por qué lo hacemos en habitaciones, en cuartos, en pisos, en coches, en lavabos, por qué no lo hacemos en mitad de la calle, como los santos perros, hijos de Dios y de su mismísimo hijo el Gran Jesucristo. Por qué no nos amamos más y mejor. Por qué tenemos que humillarnos, abandonarnos, hacernos sufrir. Toda esa mierda.

Me puse a mirar a mi alrededor. El camarero, los transeúntes, los turistas en la playa, los niños de la cometa, todos procedían de coitos, todos eran hijos del verbo follar. Todos teníamos un origen humilde, biológicamente humilde, remozado por nuestro pudor con matrimonios y otras decoraciones extrañas y estafalarias. ¿El coito regido por el Estado es menos violento? Ese es el corazón de todo esto: la violencia, la muerte que contiene el coito, nos asusta más que la muerte en realidad. ¿Cuándo acabará el pudor? ¿Cuándo acabarán la empresa y la usura? ¿Cuándo el dinero y el trabajo y la cultura y las leyes dejarán al coito en paz, cuándo devolverán el coito a su humildad, a su ingenuidad, a su limpieza, a no ser metáfora de la muerte? El coito en paz, solo al final de los tiempos, caminando hacia la verdad, caminando hacia Dios. Pero está el Amor al fondo, y eso es otra cosa. El Amor está allí, y es más fuerte que el coito. Eso nunca lo supo Ester, la Bruja. El Amor, en realidad, era el misterio. No era el sexo quien estaba dentro del monolito, sino el Amor. Sin más, el Amor. Yo tampoco lo supe. No he amado a nadie. Ni siquiera a mí mismo.

Tal como habían acordado, Dilan, después de cenar los tres juntos, dijo que estaba cansado y que se iba a la cama. Dijo exactamente esto, «me voy a la cama». Isabel se quedó un rato más con Marcelo. A las doce le dijo a Marcelo que le esperaba un montón de trabajo en su mesa de la habitación del Hotel Monte Igueldo, que no podía dormir con él esa noche, que igual no se acostaba hasta las cinco. Marcelo aceptó la excusa, pero supo que era una excusa. Pensó que no quería dormir con él esa noche. A él le encantaba dormir con Isabel, aun cuando no hicieran el amor. Le gustaba mucho que durmiese desnuda junto a él, porque Isabel dormía completamente desnuda.

Isabel llamó a la puerta de la habitación de Dilan. Isabel se abalanzó sobre Dilan, pero de repente se quedó quieta, paralizada. Y acto seguido puso el cartel de «no molesten» en el pomo de la puerta de la habitación.

—Ahora ya sí —dijo Isabel—, voy a amarte con todo mi ser, nada más verte, esos ojos, esas manos, qué tienes tú, eh, qué tienes tú, cómo me puedes poner así, dime qué tienes tú, quiero verte desnudo. Di. Di. Qué tienes tú. Me mareo, no me tengo en pie. No puedo esperar. Hazlo. Hazlo ya.

Y Dilan pensó que Isabel era idéntica a Ester. Le estaba diciendo las mismas cosas que le decía la Bruja. Creyó tener delante a Ester, al gran misterio de la vida, a la que, además, había amado como un loco. A la gran meretriz o a la gran santa universal, la misma cosa son. Santidad y lujuria. El Mal y el Amor. Santa Ester. Otra jodida vez se daba cuenta de que había amado a Ester, ahora, al oír las palabras de Isabel, porque esas palabras de Isabel eran las mismas palabras que le decía siempre la Bruja y que a él le ponían a mil. Pero no eran del todo las mismas palabras. No eran tan soeces. Isabel era distinta. ¿La Bruja estaba allí, metida en el cuerpo de Isabel? No lo acababa de descifrar. Y él era el Brujo, él era como Ester. Eran idénticos. El Brujo y la Bruja. Los santos enamorados. Los santos brujos. Los rubios. Los ojos azules.

Se besaron. Se fueron desnudando. Isabel era caprichosa. Elegía ella las posturas. «Quiero follar allí», dijo, señalando un sofá de la habitación. Entonces ya vio que sí, ya el lenguaje era el mismo. Igual que la Bruja. Elegía sitios de la habitación. Eligió una penetración sentados en la silla, otra encima

de la mesa. Igual que la Bruja. Dilan la complacía. Le pidió que le metiera un dedo por el culo. Igual que la Bruja. Dilan la complació. Le chupaba la polla de forma desesperada. Igual que la Bruja. Por un momento, cuando le dijo «quiero amarte con todo mi ser», Víctor pensó que era Elena. Pero no, no era ella.

—¿Por qué estás desesperada, Isabel, amor mío? —le preguntó Dilan.

—No soy tu amor, no juegues con esa palabra —contestó ella— y cómeme el coño; nunca me he corrido así, cuando me comen el coño, quieres creer que nunca en mi vida ha habido un hombre que me supiera comer el coño tan bien que hiciera que me corriera.

Entonces Isabel alzó su cuerpo y puso su sexo encima de la boca de Dilan. Igual que Ester todo. Dilan estaba en posición horizontal y el cuerpo de Isabel se elevaba sobre la cara de Dilan. Dilan absorbía esa carne. «Esta carne es todo cuanto el mundo es», pensó Dilan. Y hubiera deseado que su lengua contuviera todas las lenguas del Universo. «Santo Dios del cielo, Santo Jesucristo, convertid mi lengua en el Santo Grial», y la lengua de Dilan fue transformándose en perfume, en calor, en viento, en dulzura, en polvo, en mar, en agua. Isabel gritaba. Arrastraba su sexo por la boca de Dilan. «Convierte mi lengua, oh, luz de la carne, en el único sentido del Universo», imploraba Dilan. El orgasmo de Isabel consistió en gritos, gritos inconscientes, pero Dilan no oía gritos. Para todos los seres humanos eran gritos de una mujer corriéndose de placer, transfigurada en una bestia prehistórica. Para Dilan, en cambio, los gritos de Isabel eran música. Eran palabras, eran una voz, como si oyera una canción, el aria de Händel con que se abre la película *Anticristo* de Lars von Trier:

Pero la letra estaba distorsionada, cada palabra formaba una columna y eran tres columnas que se volvían negras, rectangulares, ocupaban un espacio, eran tres monolitos. Otra vez Dilan estaba en presencia del monolito. Pero eran tres monolitos. Eran una Trinidad. Isabel seguía gritando, le decía obscenidades, le llamaba puto, cabrón, so perro, majarón, so guarro, hijodeputa.

Cuando todo terminó, Isabel se disculpó. «Si no digo todas esas guarradas no me corro, espero que no te haya molestado; como comprenderás, yo no soy así, solo son fantasías, ya sabes, cosas divertidas, juguetes», dijo Isabel.

Dilan, al instante, pensó que con Marcelo no se corría, pero evitó preguntarlo.

Eran más de las cuatro de la madrugada. Isabel estaba orinando en ese momento. La puerta del cuarto de baño estaba abierta, Dilan miraba hacia Isabel como miran las personas en los cuadros de Hopper, estaba mirándola orinar, oyendo el sonido del excremento contra el inodoro, y en ese sonido volvió a oír voces, las mismas voces que antes, pero ahora fundidas en una sola columna, en un solo monolito.

Cuando Isabel terminó de orinar, se acercó hasta el borde de la cama donde Dilan estaba sentado; puso su sexo a la altura de su cara; Dilan levantó la mano y la acercó hasta el coño de Isabel, en el que quedaban algunas gotas de orina. Puso sus dedos allí, tocando las gotas de orina, y preguntó «¿de quién es esto?». E Isabel contestó, «eso es tuyo». Dilan había hecho eso muchas veces con la Bruja, tocarle el coño y preguntarle de quién es esto. La Bruja estaba allí, y Dilan lo celebraba. «Todo mío, completamente mío.» «Todo tuyo, me encanta que me hayas visto mear, nadie lo había visto antes.» «¿Vas a quedarte a dormir conmigo?» «No, me voy a mi habitación, me voy ahora mismo, quiero dormir sola, no quiero dormir contigo, no quiero correr riesgos, si se enterara Marcelo me moriría de pena, angelito.» «Yo creo que Marcelo lo sabe.» «Eso es imposible.»

3

Vi al VIH de frente. Estaba allí, tomando el sol, gobernando los cuerpos de los hombres y de las mujeres. ¿Por qué te metes en los cuerpos, no puedes dejar de hacernos daño con tu presencia rubicunda y desesperante? Invitas a la mentira, a la degradación y a la desgarradura del amor.

Te has metido en cuerpos gloriosos que solo querían un poco de amor, un poco de amor en cualquier parte del planeta. Aliado de la vergüenza, de la curia romana, de Dios y de la medicina reaccionaria, nos obligaste a vejaciones infinitas, esas vergas forradas con plásticos ridículos. Nos obligaste a lo ridículo. ¿Quién te manda? ¿Quién te creó? La naturaleza, esa cerda, esa tremenda cerda de hedor grasiento y deforme.

Solo queríamos amarnos los unos a los otros como tú nos amaste. A la forma más infinita de estar vivo lo llamamos relaciones íntimas: somos

patéticos. A la atracción irrefrenable la llamamos lujuria y promiscuidad e indecencia. Pero si todo era fruto del gran árbol de la vida.

Y todas esas complicaciones sociales. Y las parejas y los divorcios. Y el matrimonio y el enamoramiento. ¿No podíamos estar tomando el sol desnudos en playas con buen tiempo?

De algo hay que morir, fue nuestro pensamiento final. Apresamos a hombres y mujeres y queremos su exclusividad, como el capitalismo exige exclusividad en sus inversiones empresariales. Era el mismo procedimiento.

No fuimos felices así. E inventamos el nombre de adicción al sexo, cuando la adicción era a la vida. Nuestro patetismo crecía exponencialmente.

Y llegaste tú, y ahora estás a punto de marcharte. Pero vendrá otro como tú. Más fuerte que tú. Y será vencido como tú. Hasta que al final de los tiempos ningún virus diminuto impida la gloria del amor sin significado alguno, sin sentido social, cultural, laboral o administrativo. Toda una revolución.

Amar en exclusividad, ¿eso pretendes?, ¿es eso lo que verdaderamente queríamos? ¿Quién marca a quién? Como ganado, pensé que os estaba marcando a todas o todas me estabais marcando a mí. ¿Quién de todas vosotras me lo metió en la sangre? Fue en el último análisis que me hicieron en la clínica Europa, un análisis rutinario, allí salió que el bicho estaba en mí. Dulce María se horrorizó. Pensó en ella. En ella no estaba. No se lo diste. ¿Quién te lo dio y a quién se lo diste? Será un misterio que se tragarán las olas del Cantábrico.

¿Fue Claudia? Probablemente fue quien menos esperaba que fuese. ¿Fue Viqui? ¿Quién fue? ¿Fuiste tú? Nos pasamos el dragón los unos a los otros, estas flores duras. La cara de Dulce María. Su cara, su pánico. El pánico. El terror. La enfermedad, la degradación, la contaminación.

Tú sí, ella no.

Una gran razón para decir adiós. ¿Se lo has regalado a Isabel? ¿Y de Isabel pasará a Marcelo? ¿Lo tuvo Elena? Es maravilloso esto. ¿Quién lo tenía? ¿Lo tuvo Ester? ¿Lo tuvo el Negro? El Negro no lo pudo tener porque el Negro fue un invento de tu imaginación. El Negro no existió nunca. Te lo dijo Dulce María: «Tú creaste a Matthews, lo inventaste, no existió jamás; todas esas conversaciones de Ester con el Negro solo existían en tu cabeza; te sirvió

para no enloquecer cuando ella te abandonó». Sin embargo, sabes que el Negro tenía el bicho. Fue él. Nos pasamos el bicho los unos a los otros como en una eucaristía.

Es imposible que las mujeres rubias alberguen al bicho. No puede vivir en sangre de rubias. Ester es rubia. Es demasiado rubia. Ella no. En la sangre de los negros sí. Y tú también eres rubio. Isabel también es rubia. Todas son rubias.

Cuando haya papisas, serán rubias. El pelo rubio en las mujeres es señal de santidad, perdón, absolución y ternura. Esperas un correo electrónico de la Rubia ancestral. La madre de todos nosotros.

El cabello rubio es la maldición. Todas eran rubias, dijo el viento.

El VIH luchaba contra las rubias, pero era derrotado. El VIH luchaba contra los rubios y salía vencedor. Está en ti. Viaja por tu sangre y se come tu asqueroso ser enamorado. Come. Cómetelo todo, a mí qué puede importarme.

¿Alguien ha conocido al hombre o a la mujer más enamorado de la Tierra? La perfección radical. No lo sé. He visto criaturas excepcionales. ¿Quién es excepcional? Las mujeres más hermosas y más inteligentes de la Historia, todas rubias, me recogerán, me amarán. Pero de qué manera me amarán. ¿Como hijo? ¿Como padre? ¿Como marido? ¿Como a un mendigo?

Fue Claudia. La que nunca pensé, la que parecía menos promiscua. Ella fue la más reciente desde los últimos análisis. Ella te pasó el bicho, en aquel hotel de tres estrellas en donde se puso histérica. Vino de propio a pasarte el bicho. No creo que ella supiera que lo llevaba encima. Es una certeza absoluta: ella no lo sabía. Tendría gracia que el bicho se lo hubiera regalado su marido, aquel a quien tú dijiste a Claudia que debía revelarle la verdad. Sería cómico. Sería abominablemente humano que él la engañara también con fulanas baratas, con el bicho a cuestas. El bicho corriendo libremente. El marido de Claudia, él fue. Y a su marido, ¿quién?, ¿una compañera de trabajo? Seguro que sí; y a esa compañera de trabajo, ¿quién?

No es tan fácil de contagiar, dijo Dulce María. No es tan fácil. Habría alguna herida. No le importó a Dulce María. Seguimos haciéndolo sin gomas. Jugándose la vida. Esperando tres meses, el periodo ventana. Y qué pasaba si en vez de los noventa días, eran solo ochenta y ocho, o setenta y nueve, o noventa y uno. No es tan fácil, dijo. Yo era feliz cuando ella se entregaba a

esta tauromaquia.

Te amo.

El VIH es como una fina lluvia de tu sangre, decía Dulce María. Es tan tuyo como tus besos. Lo amo, eso decía ella. No lo desarrollarás, no te preocupes, ya está a punto de descubrirse la vacuna, y ya no es mortal, es como una enfermedad crónica, como una faringitis un poco engorrosa cada cambio de tiempo, poco más que eso.

Leíamos los análisis médicos. No, no te pongas la goma, decía ella. Es un dios tu VIH, es amor también. Déjalo.

Y tú llorabas. ¿Eso era amor?

Fue Claudia. Se lo dijiste a Dulce María. Y ella te dijo «esa es la que más te amó, te dio la muerte futura». Porque Dulce María sabía que tú no te pondrías en tratamiento, que elegirías morir en mitad de las llamas del bicho.

Fue Claudia, y es maravilloso que fuera ella. Porque ahora Claudia crece en tu corazón, se convierte en la mujer más hermosa de la Tierra. Porque ella te va a matar. Por fin, alguien más fuerte que Ester. Cuando vuelva a la Nada, la veré a ella, a Claudia, reinando entre los grandes virus de la creación.

Jamás tomaré esas pastillas.

El amor de Claudia fue maravilloso. Su coño y su sangre llenos de bichos maravillosos. Amo los bichos. Allí están ellos, hijos del amor infinito. Ella me quería bien.

Pero tal vez no fue ella. Nunca sabrás quién fue. Tampoco sabrás a quién se lo diste tú, si es que se lo diste a alguien.

4

A las seis de la mañana Víctor Dilan, antes de salir de su habitación, abrió su ordenador portátil y envió por correo electrónico a su psiquiatra Dulce María Marco un archivo de casi trescientas páginas titulado *El luminoso regalo*, en el que llevaba trabajando mucho tiempo. Añadió una nota: «Querida Dulce María, mi amor: te adoro, te mando este libro, es mi libro, mi vida, custódialo hasta el día de tu muerte, haz el amor con este libro, luego destrúyelo antes de tu muerte, te esperaré en el infierno desnudo, dispuesto a comerte entera, porque yo soy lujuria, esa palabra antigua, esa palabra

olvidada y que en realidad es la palabra; olvidamos esa palabra tan simple: la lujuria. Te esperaré. Lee el libro. Enamórate de este libro. En él estoy yo, desnudo de cintura para abajo. Adiós. Te amo, pero tú no me ames nunca, te lo ruego», y le dio a enviar.

Después apagó el ordenador, y pensó esto: «Hace una noche espléndida para morir. Es 8 de septiembre. Es domingo. No hace calor. La temperatura es perfecta. Son las seis de la madrugada, ya no amanecerá para mí. Es una gran noche para morir. ¿Por qué no hoy? Morir ahora mismo». Antes de salir se había tomado veinte Valium 10. Enseguida notó fuertes dolores en el estómago. Tenía una botella de whisky en la mano que había comprado por la mañana, una botella de Glenrothes. Tuvo la delicadeza de ponerse bañador. Se dirigió a la playa de La Concha, aún reinaba la oscuridad, no se acercaba el alba todavía, como si el alba no quisiera iluminar esa playa. Mejor, pensó Dilan. Mejor que no se acerque aún. Bebió whisky mientras se adentraba en el agua. Se bebió media botella de un trago y arrojó la botella al infierno. Y se puso a nadar mar adentro mientras su vista se nublaba y su conciencia se perdía. Sus pensamientos, mientras se producía su muerte por ahogamiento, fueron sin embargo maravillosos. «Nunca había sido tan feliz como en este momento, cómo fue posible que tardase tanto en llegar, nunca debí haber venido al mundo, pero una vez que estuve en el mundo, no fue tan malo, cuánto amé, amé mucho, amé nada, aún hay una erección en mí, mientras me desvanezco, a qué mujer amé, me voy sin saberlo, sí lo sé, amé a una mujer hecha de dos mujeres, a Elena y a Ester, las amé a las dos. Elena y Ester, al Bien y al Mal, a la Belleza y a la Bruja, y ellas, que también se extinguirán algún día, volverán a mí, como no puede ser de otra manera, como siempre estuvo escrito que ocurriría, desde el primer momento del Universo, porque nosotros tres somos el Universo, porque somos tres: Elena, Ester y yo, la Santa Trinidad, ahora lo entiendo, ahora entiendo los tres monolitos y el misterio de la Santísima Trinidad.»

Pero Dilan aún tenía pensamiento dentro de su muerte, le faltaban unos largos segundos para quedar completamente ahogado, tal vez dos minutos. Eran dos minutos inmensos. Intentó en esos dos minutos recordar coitos esplendorosos, salvajes, con Ester, con la Bruja, pero no recordaba nada, no veía el cuerpo de ella ni a él montándola, no la veía chupándole el miembro

hasta caer extenuada, no recordaba haberla oído chillar; intentó recordar el último polvo con Isabel, le ocurría lo mismo, no recordaba su eyaculación en la boca de ella, parecía una ficción y eso había ocurrido hacía menos de una hora, hacía menos de una hora se había corrido en la boca de Isabel, pero no veía la escena. Todos los coitos que intentaba recordar se estaban convirtiendo en irrecordables, no en olvido, sino en irrecordables. No eran olvido. Eran otra cosa. Eran pasado. Es distinto el olvido del pasado. El pasado no es olvido, es ficción. Murió no recordando haber estado con mujer alguna en toda su vida porque todos aquellos miles de coitos ya estaban dentro del pasado. Murió como un ser célibe, como un hombre con la virginidad intacta, como un niño. Porque la muerte es un celibato, es el celibato, el enorme celibato final, terrible, terrorífico, cruel. El coito solo vive en el presente. Vio, a lo lejos, una Bestia, un montón de mierda, un montón de heces repugnantes formando el rostro y el cuerpo de Ester. La odió con toda su alma antes de morir. Dilan murió odiando. Odiando a la Bruja. Y Elena no estaba para salvarlo.

Capítulo 21: Testamento

13 de septiembre de 2019

Un decálogo de Víctor Dilan fue encontrado en la habitación de su hotel, el Monte Igueldo de San Sebastián, al día siguiente de su suicidio, escrito de su puño y letra; fue publicado días más tarde por un periódico de difusión nacional. Como había palabras malsonantes y de mal gusto en ese decálogo, este fue publicado mutilado, fragmentado.

1. A veces, o todas las veces, me pregunto por qué amo tanto a Bob Dylan. Es como si su voz convocara todas las cosas más hermosas de la tierra. Adoro a Bob Dylan. Él es mi infancia, mi juventud, mi asquerosa madurez y mi maravillosa desaparición. Me rompe el corazón. Me sana. Me da santa alegría. Me mata de amor. Me lo da todo. Adoro a Bob Dylan. Lo adoraré siempre. Bob Dylan mejoró el mundo, hizo que el mundo se iluminase y resplandeciera. Lo escucho todos los días, unas tres horas diarias, o cuatro, o a veces cinco o seis horas. Debería no dormir, y escucharlo veinticuatro horas al día. Me levanto por la mañana y voy directo al cedé y pongo a Dylan. No podría vivir sin su voz. Me moriría en cuatro días si no pudiera escuchar su voz. ¿Por qué amo tanto a Bob Dylan? No lo sé. No lo sé. No lo sé. Me mata no saberlo. Nunca lo sabré. Me moriré sin saber por qué he amado tanto esa voz, esas canciones. Las he amado más que a mí mismo. Adoro a Bob Dylan. Lo quiero. Lo amo. Es Dios. Hizo que mi vida tuviera un jodido sentido. Dios mandó a la puerca tierra a Jesucristo, su hijo, y luego, dos mil años después, mandó a su segundo hijo, a Bob Dylan. Me encanta que Bob cantara ante el Papa. Dylan es el segundo hijo de Dios y hermano del Gran Jesucristo y primo hermano de Giacomo Casanova. Como alguien hable mal de Bob Dylan en mi presencia, le corto el cuello.

2. El daño es un animal misterioso. Quien recibe el daño se transforma en otro, ve más, alcanza a ver en la lejanía. Acaba viendo en lo invisible. Quien hace daño no cambia. Quien lo recibe, quien recibe el daño, recibe un don sangrante. Quien lo causa no recibe nada. El daño tiene Ser. Es un Ser el daño, una especie de ángel hermético, apagado, pero existente. El misterio del daño me conmueve.

3. El sexo recordado no existe, ni existió jamás. Es irredimible. Yo soy irredimible, pero no del todo. Volveré. Y seguiré follando o haciendo el amor,

yo qué sé.

4. ¿Cómo olvidar a una mujer detestable? ¿Cómo olvidar a la Bruja? ¿Cómo olvidar a la Gran Zumbada? Su *detestabilidad* inconmensurable, ¿cómo vencerla? Solo la fuerza de la muerte puede desvanecer su memoria. Pensé en la enfermedad mental como una solución al misterio de su *detestabilidad*. Moriré sin conocer el misterio de su *detestabilidad*, de su abyección, de su abominable maldad. Ella y el Negro eran, en realidad, nazis, hijos del nazismo. Los nazis siempre han estado aquí, siguen aquí. Los *indeteriorables* nazis. Los nazis inoxidable. Podrían haber fundado, y aún pueden hacerlo aunque yo ya no lo veré, el IV Reich. Los actos de la Bruja demuestran la existencia del Mal. Haber conocido a la Bruja es un don de lo Alto. La Bruja atestigua la existencia de Dios. Por tanto, *El luminoso regalo* está dedicado a Jesucristo. Al Amor. Pero he de ser justo y preguntar, pregunto esto «¿quién hablará o escribirá de mi propia *detestabilidad*?». Nadie, porque mi *detestabilidad* no existe. Soy El Bien Supremo.

5. Quiero ser enterrado en Roma, como John Keats.

6. Puede haber un momento tan maravilloso como terrible en la vida de un escritor. El momento en que ya no quiere salir de casa. No es que no quiera viajar ni promocionar sus libros ni dar charlas ni ver a sus amigos, es que no quiere salir de su casa, ni salir a la calle, ni ir a un bar, ni hacer la compra. Ni siquiera sale de la habitación en la que escribe salvo para acostarse en la cama o ir al lavabo. Es el momento en que ya solo vive para escribir. Duerme seis horas y el resto, las otras dieciocho horas, está delante del ordenador. No puede hacer otra cosa. No come. Tal vez una mandarina. No bebe más que dos vasos de agua. Solo escribe. Da igual lo que escriba. Dieciocho horas diarias delante de las palabras. Miles de palabras, millones de palabras. Solo él y el ordenador, el adoradísimo ordenador, el único colega.

7. No somos iguales ni de coña. Hay hombres que son mejores que otros hombres y hay mujeres que son mejores que otras mujeres. Saber esto es esencial en la vida. Hay seres humanos que son mejores que otros seres humanos. Hay más bondad en unos seres que en otros. Hay más inteligencia en unos seres que en otros. Hay más ternura en unos seres que en otros. Aunque lo fundamental es la bondad. Todo sobra cuando hay bondad. La bondad es revolucionaria. En realidad, la bondad es más grande que el amor. El amor

ante la bondad es casi un perro triste.

8. Muero odiando, no pasa nada por eso. Es legítimo. Creo en el odio santo. Muero odiando a Ester González, mártir, ninfómana y santa. Que te follen, hijadeputa. Tu coño es una sardina podrida. Tu coño es un mejillón putrefacto. Tu coño es ficción. No existió jamás. No saldrá vida de tu coño. Tú tampoco has existido nunca: te inventé siempre. No eres real. Eres un Frankenstein construido con pedazos de carne y de alma de mujeres que a lo mejor sí fueron reales, pero dudo de eso.

9. El luminoso regalo vendrá del Universo y arrasará el mundo. Puedo verlo.

10. Estoy escuchando a Bob Dylan ahora, mientras mis pies tocan el agua. He llevado su música en mi móvil hasta la orilla del mar, me he metido en el agua con la voz de Bob Dylan sonando en los cascos, sonando en mi cabeza, llenándome de amor y esperanza en la resurrección, hasta que el agua ha entrado en el móvil y el aparato ha dejado de funcionar. Encontraréis mi Samsung Galaxy VI por el fondo de la playa de La Concha, si lo buscáis. Buscadlo. Decidles a los ingenieros de Samsung que fabriquen móviles que aguanten bajo el agua. Urge esto.

.....

Observación: La prensa omitió el nombre de Ester González, colocaron una X en su lugar. Se especuló sobre la identidad del Negro, pero no se aclaró ese extremo; se dedujo que era un personaje de ficción o una alegoría.

Capítulo 22: La hija de Dilan

Junio de 2028

Eh, papá, qué fue de ti después de todos estos años. Soy María, tu hija. Estoy delante de tu tumba. Tiemblo delante de tu tumba. Te fuiste de este mundo con cincuenta y seis años, divorciado de la única mujer que te quiso. Muerto por ahogamiento. Fuiste como esa canción antigua que dice «un hombre marchó, dejó la casa, dejó la ciudad, se fue dulcemente, ningún reproche, nada que ocultar y buscó senderos entre las montañas que dan al mar, que dan al mar; nadie sintió su callado adiós, un adiós al mundo». Soy tu hija. He leído tus diarios. Mamá creyó conveniente que los leyera. Me ha hecho bien leerlos. Me han dado libertad. Puede que yo acabe haciendo lo mismo que tú hiciste. Soy tu hija. No sé si te quiero, papá. Tengo veinticinco años. Leo tus enamoramientos de todas esas mujeres. Tenías que escribirlos. Yo lo entiendo. Me he detenido en las descripciones, en los coitos. Me dio mamá todas esas páginas. Estaban escondidas entre tus papeles. Historias de amor de un viaje a Madrid ocurrido hace más de quince años, los apuntes reales, la verdad, no lo que publicaste, no esa novela que pomposamente titulaste *El luminoso regalo*, en donde te hiciste llamar Víctor Dilan, qué ocurrencia. No cuidaste de mí casi nunca. Creo que yo tampoco sabré cuidar de mis hijos, si los tengo, pero seguro que los tendré, como tú, *daddy*.

Papá, estoy saliendo con un hombre de cuarenta y nueve años, la edad que tú tenías cuando escribiste el diario de aquel viaje a Madrid, el que luego utilizarías para escribir un capítulo de *El luminoso regalo*. Papá, estoy muy enamorada de él. Lo amo completamente y tu hija tiene veinticinco años. Ese hombre tiene la edad que tú tenías cuando pensaste que ninguna mujer joven te amaría ya nunca. He venido a decírtelo a tu tumba romana. Dejaste escrito en ese maldito hotel de San Sebastián que querías ser enterrado en Roma y cumplimos tu última y torturada voluntad. Marcelo casi se vuelve loco. Tuviste que grabar con el móvil cómo meaba su novia en tu habitación y mandarle el archivo a su correo, para que se enterara de tu muerte y de cómo meaba su novia al mismo tiempo. Genial tú allí. Con esa nota tuya, «Amado Marcelo, Isabel y Ester son la misma Bruja». Y Marcelo acabó siendo paciente de Dulce María. Y tuviste los santos cojones de llamar a ese vídeo «El Santo Grial». Y tuviste también los santísimos cojones de decirle en un

sms a Marcelo que la sangre de Cristo eran los orines de Isabel y Ester juntos. Y, por último, en la noche de tu adiós, delante de tu portátil, como en una gran coronación final, le rogaste a Marcelo en un email que obligara a Isabel a hacerse las pruebas del VIH y que se abstuviera de follar con ella sin gomas.

Hace casi diez años que te fuiste. Te vas borrando de mi memoria. Mamá se ha vuelto a casar. Hace dos meses. Desde que os separasteis no paró de follar con hombres de toda condición. Nunca lo supiste. Mientras estuvisteis casados, solo te fue infiel una vez, harta ya de todas tus putas. Me lo contó. Está muy ilusionada con su matrimonio. Pero yo sé que te sigue queriendo, ahora que estás muerto se te puede querer mejor. Está feliz. Se ha casado con un hombre menor que ella. Un hombre de cincuenta años, y ella, ya sabes, tiene cincuenta y siete. Las dos estamos maravillosamente enamoradas y tú, en cambio, estás muerto. Sin embargo, eres el hombre de nuestras vidas. Te amamos. Eres nuestro muerto. Podría follar con mi padre. Pero es imposible, porque estás muerto. Solo puedo correrme si pienso que el hombre que me está follando eres tú, grandioso Satanás. ¿Vive en mí la Bruja? Se lo he dicho a mi psicoanalista y no le encuentra explicación, se limita a decir que «trate de vivir con eso, al fin y al cabo el orgasmo se produce, la liberación orgásmica se realiza a satisfacción; da igual el pensamiento que la genere». Es un psicoanalista de mierda. La única alternativa que me queda sería un sacerdote, un exorcismo, porque tú eres el diablo. El agente seiscientos sesenta y seis fuiste tú. Porque cuando voy a correrme tengo que transfigurar el culo, la boca, las manos, el rostro del hombre que está dentro de mí. Y entonces surges tú desde una montaña de excrementos, coronado con espinas, como un eccehomo, y eres mi padre. Y me topo con la felicidad absoluta. Con la paz radiante. Con la explicación final, y entonces me corro, y descanso en paz. Ya no hay abominación ni humillación ni pena, sino el sol rojizo del orgasmo y puedo morir entonces, como hiciste tú aquella madrugada en San Sebastián después de follarte a esa bruja, que era la gemela de la Gran Bruja, de tu Ester, que te trató como a un perro, dices, pero yo creo que te amó. Porque esa Isabel era una bruja. Y tú fuiste un follador de brujas; y esas brujas te amaban. Cósmicamente estás muy alto en esa escala, en esa escala sagrada de la penetración. Ya penetras todo. Penetras los mares. Penetras a las muertas. Penetras galaxias. Penetras a los ángeles. Penetras a las santas. Penetras a tu

hija. Penetras a tus nietos en un presente infinito que también penetras. No hay otro significado. Estoy delante del monolito, que pasó a mi sangre y pasará a la sangre de tu nieto. El santo monolito.

Mamá dice que no entiendo la muerte, porque pienso en tu muerte como una desgracia que te ha ocurrido a ti. Ella dice que simplemente te has ido antes, pero que da igual. Alega que no entiendo la muerte porque soy joven. Que a ti, ahora, te da lo mismo estar vivo que muerto.

Papá, me gusta escribir. No he tocado ni añadido nada a tu diario de Madrid, ni a todas esas páginas sobre Paloma, sobre la Bruja, sobre Claudia, sobre Sonia, sobre Dulce María, aunque me hubiera apetecido completarlo, cambiarlo, ensombrecerlo, ampliarlo con más mujeres y hombres. Mujeres ya hay bastantes. Cuando leía todas esas páginas, solo te escuchaba a ti. ¿Sabes que el hombre del que estoy enamorada es un gran admirador de tus libros? Te conoció una vez, fuisteis presentados. Se dedica al periodismo, es subdirector de un periódico importante de Madrid. Me trata bien y me quiere. Está divorciado. Tú nunca te atreviste a divorciarte de mamá. Fue ella la que tuvo que hacerlo. Y te siguió cuidando. Pero Jorge, así se llama mi novio, sí supo. Mamá dice que la querías muchísimo, solo que nunca llegaste a saberlo. Pensamos en ti como en alguien que siempre estuvo equivocado. Mamá dice que da igual. Que ahora ya da igual. Que nosotras somos felices y que tú te alegrarías si pudieras verlo. Pero yo creo que no te alegrarías, porque he leído tus diarios. Porque yo soy tu hija y, desgraciadamente, llevo tus genes. Mamá los miró muy por encima, ya no quería saber o ya le daba igual. Pero yo creo que mamá sí sabía lo que permanecía escrito en esos diarios. Son las tuyas palabras nerviosas. Mamá está todo el día sonriendo, sonrío por todo. Como si estuviera en estado de santidad, euforia y alegría, desde que se casó con mi padrastro. No te guarda rencor. Cómo te va a guardar rencor si es feliz y además sabe que tú nunca lo fuiste, nunca fuiste feliz. Se ha dado cuenta de que tiene un corazón de tamaño galáctico. Te amó a ti y te ayudó, pero aún tenía amor para más gente. Me ama a mí también. Y ahora ama a mi padrastro. Y ama su trabajo. Y ama todo cuanto está delante de sus ojos. Tal vez tú entendieras eso en los últimos momentos de tu vida. Porque tu vida fue esto: tu matrimonio con mamá, y la persecución enloquecida del Amor a través de un montón de mujeres que no eran mamá. Yo la llamo mamá y veo que estoy

cometiendo un gravísimo error. No es mamá, es tu Elena. Tu maravillosa Elena, de cuyo vientre nací yo. Cuántas veces habré visto las fotos de vosotros dos juntos conmigo, cuando yo era un bebé, cuando yo era una niña. Los tres estábamos allí, y tú ya te dedicabas a la caza de mujeres. Como yo me dedico ahora a la caza de hombres. Como ese será mi cometido para el resto de mi vida. Es tu santísima herencia. Y el dolor por no obtener nada. Ya le he sido infiel varias veces a Jorge. Es tu herencia, papá. Una larga desgracia de cuerpos, de veneración de cuerpos, a la búsqueda del cuerpo final. ¿Encontraste tú el cuerpo final? La muerte, tal vez.

A veces, después de leer tus diarios, tengo la sensación de que soy hija de la Bruja y no de Elena. Aunque eso es imposible, claro. La Bruja es como yo. La Bruja, qué buen nombre para Ester. Ya no creo que se la folle nadie, estará sola y loca en cualquier chalet de mierda de Marbella, que es donde vive ahora. Tengo un amante de diecisiete años. Se llama Andrés. Es el hijo de un amigo de Jorge. Sé que al final se irá de la lengua y que todo acabará en un desastre, papá. Es una monada de niño. Me coge de la mano con tanto amor. No sabe nada de nada. Tengo que diseñar yo nuestras citas. Tiene eyaculación precoz, el angelito. Nos vemos en hoteles, que pago yo. Soy su primera mujer. Está completamente enamorado de mí. Si se va de la lengua, no volveré a verlo nunca más, ese es el trato. Sufre de celos mortíferos. Me ve en público con Jorge y rabia. Los amo a los dos. Y los dos me dejan completamente vacía. Es el vacío que sale en tus diarios. Tampoco dispongo de mucho dinero en efectivo, por eso muchas veces Andrés contribuye económicamente al pago de los hoteles en los que quedamos para follar. Su padre tiene pasta, mucha pasta. La Bruja es mi ideal. Quiero ser como Ester.

Ya he comprendido muchas cosas. He aprendido algo que tú aprendiste pronto. Somos seres dispuestos genéticamente para contemplar el vacío de la vida, lo cual nos convierte en despiadadas bestias egoístas, en vampiros del amor. Yo sé que en tus novelas hablabas de la Historia, de la Filosofía y de la Ideología y de la Política. Observa que pongo todas esas palabras con mayúsculas. Te implicaste en política. Abrazaste los debates intelectuales de tu tiempo, un tiempo aún presente, tampoco hace tanto que te has ido. Todo para saber si existía algo sobre la Tierra que no fuese la copulación, la monstruosa copulación. No lo había. Te hubieras follado a millones de

mujeres y no habrías logrado nada, porque no hubieras obtenido su amor. La Bruja hacía lo mismo, solo que con voluntad de daño, con voluntad de terror, con voluntad hitleriana. Era una nazi del sexo, y tú no, tú eras el Bien Enamorado. O era al revés, ¿cómo creerte? ¿Era ella la Bien Enamorada y tú el cerdo orgiástico? Papá, ¿cómo creerte si a mí me pasa igual que a ti? ¿Cómo se obtiene el amor de todos los seres humanos? Parece la tarea de un Dios: lograr ser amado por todos los seres humanos, la gran ambición, la gran plenitud. Cristo y Casanova. Si no puedes ser el copulante, al menos testigo de la copulación. Imagino que viajas como fantasma a todas las camas de los hoteles, de las casas, a todos los lugares donde la fornicación se cumple, a los váteres de los bares, a los callejones, y allí contemplas. Estás allí, ayudando. Si se sale la verga, tu mano invisible de fantasma la coge y la pone en su sitio. Si la chica no logra correrse, tu pones un dedo de fantasma en el sitio preciso. Hacedor de milagros. Feliz fantasma, amando a los copulantes. Ya no puedes copular porque estás muerto. Pero cuando dos se juntan, tú estás allí. Con ellos.

Es el gran mito del cristianismo. No encuentro otra comparación que esa. El cristianismo se instituyó bajo una premisa fundamental: el amor de todos los seres humanos hacia un solo ser humano. Esa fue, aunque inconsciente, tu aspiración. La misma que la de Cristo; quería ser amado por todos los hombres y todas las mujeres. Cristo era un genio. No le bastaba con el sexo. Quería el santo Amor. Quería que todos los seres humanos se enamoraran de él. Tú quisiste lo mismo. Que todo ser humano se enamorase de ti. Te concentraste, tonto de ti, solo en las mujeres. Yo quiero lo mismo, pero extendido a hombres y mujeres. Hago el amor con mujeres. Me gustan mucho, tanto como los hombres. No sé distinguirlos. Tú no supiste amar a hombres, ¿no te atreviste? He dado un salto evolutivo en la recepción del *luminoso regalo*. Tengo amantes mujeres, papá. Me gustaría que nos vieras, pero ya sé que nos ves.

Que te amaran los seres humanos, ese fue tu gran deseo cristófilo, la forma de gravedad que hubieras deseado, el sentido luminoso, la paz. Tuviste miedo a la soledad, un miedo primitivo, que te devolvía a los ancestros de la raza. En realidad, nuestros problemas amorosos y existenciales son cosas que ocurren solo en Occidente, en el Primer Mundo. Tengo que dejarte. He de coger un

vuelo hacia Perú, hacia Lima. Allí me espera una mujer, me espera Beatriz Osorio, una mujer maravillosa, que me come el coño como ningún hombre lo ha hecho nunca. Me coge las manos, me clava la lengua, me parte en dos. En los arrabales de Lima, Beatriz Osorio pone su acuífero coño en mi boca, y es alta, y mide un metro ochenta, y tiene unas tetas duras como las piedras, y es mala, y es indigna, y es sucia, y yo amo todo eso. Y me escupe. Y le escupo. Pero no podemos vivir la una sin la otra. Escupe sobre mi coño con una saña bíblica, y yo escupo sobre su pelo. Y le estiro el pelo y nos pegamos y nos arrancamos los pelos del coño, y nos besamos como locas, y así estamos días y días, no comemos, no dormimos, no orinamos, no defecamos. Ella se traga los pelos de mi coño y yo, siempre un poco más allá de todo, me como los pelos de su culo. Eso hacemos, papá. Yo sé que nos ves hacer esto. Claro que nos ves. Te noto allí. Noto tu polla dura en el aire.

Hace unas quince horas que he estado delante de tu tumba en Roma. Pensando en tu cuerpo allí abajo, descomponiéndose sin que exista un átomo de memoria en los despojos que dieron vida a tu continuadora, aquí en la Tierra. Yo seguiré amando por ti. Como un gran sacrificio, como un gran tormento sin amor y sin placer. Como un gran ejercicio de gravedad. Para saber si somos algo. Luminosamente algo. Tú, mujeres. Yo, hombres y mujeres. Aumentando la proporción, para que se restablezca un principio de evolución, una administración justa y progresiva de sexos y cuerpos. De modo que al final de los tiempos, tú llames a las mujeres, y yo llame a los hombres y a las mujeres, y podamos interpelar a la especie completa. Me necesitas. Te dejaste a los hombres.

Adiós, papá. Las Navidades a tu lado fueron una puta mierda.

Quiero decirte algo importante. Hay algo más poderoso que el sexo: el triunfo absoluto, el éxito, el éxito incuestionable, mortífero y radical. Saber que has sido el mejor en alguna disciplina de prestigio: en arte, en ciencia, en literatura, incluso en política. Te diré más, papá, ser el mejor exige alguna forma de celibato; no un celibato radical, sino algo así como el celibato que se esconde tras los matrimonios de larga duración.

Incluso en disciplinas sin prestigio alguno hay más densidad que en el sexo. Pienso en Adolfo Hitler, o en Joseph Stalin. Son imborrables de la Historia del Mundo. En cambio, tus enamoramientos han desaparecido. Hitler

y Stalin eran, en alguna medida, célibes.

Una vez, papá, no hace mucho, soñé que había hecho el amor con todos los hombres vivos del planeta. Que llevaba su semen en mis entrañas, océanos de semen en mis entrañas. Me sentí, al fin, satisfecha y completa, como la Madre Tierra. Sin embargo, al final de mi sueño, entreví al fondo de un largo y anaranjado y vibrante pasillo a un hombre desconocido del que supe, irremediabilmente, que no había sido mío, que no había caído bajo mis piernas. Quise corromperlo. Quise que me follara o que yo le follara a él. Quise que no quedara un hombre sobre la Tierra que no hubiera poseído con mi sexo, con mi coño, dueña de un imperio, dueña de toda la especie. Porque se trata de poseer la especie. Pero él huía. ¿Quién era aquel hombre, aquel último hombre? No pude hundirle la navaja de mi sexo en su maldito corazón. Huyó. Ese hombre sigue sin haber estado en mí. He de encontrarlo.

Capítulo 23: Nadie como tú

11 de septiembre de 2037

Desde que te ahogaste en la playa de San Sebastián, desde que fuiste enterrado en Roma, no me has abandonado nunca. Me has perseguido durante dieciocho años. No he conseguido olvidarte de ninguna manera. Todos los días, cuando me despierto, lo primero que hago es pensar en ti.

Hablas conmigo. Visito los sitios en donde estuvimos juntos. Voy a esos restaurantes donde estuvimos juntos y tú estás allí. Sales de mi cerebro y te sientas en la silla, al lado de mí, y me coges la mano, y miras mis uñas pintadas de rojo y dices «son preciosas». Entro en los bares a los que íbamos y me siento en la barra y extendiendo la mano sobre el aire vacío esperando encontrar tu mano y tu mano no está. Hay un hueco a trescientos grados bajo cero y sale de allí mi mano convertida en hielo y en vergüenza. Siento vergüenza de haberte amado tanto. Y de seguir amándote. La gente cree que no existe el Amor y sí existe.

Un año después de tu muerte fui a Roma, busqué tu tumba. Quería abrirla. Quería verte. Soborné al encargado y estuve toda la noche al lado de tu tumba, la tumba que te pagó Elena. Dormí encima de tu tumba, desnuda. La lápida polvorienta, arañando mi espalda. Mis pechos bajo la luna. Mi sexo sin ti. Debajo de la lápida había tierra, era septiembre, era tu aniversario, arañé la tierra, buscando tu ataúd. Me rompí mis uñas pintadas de rojo. Quería cogerte una mano, tu mano muerta.

Con el tiempo me serené, pero todas las mañanas me acuerdo de ti. No imaginé que te amaba tanto. No lo sabía. Cómo pude no saber eso. Nadie como tú. Me hice con algunas cosas tuyas, gracias a Marcelo. Marcelo me dio un jersey tuyo que yo te regalé. Todos los días, desde hace dieciocho años, abrazo ese jersey. Y cuando lo abrazo, sé que estás allí.

Me casé al cabo del tiempo, con un buen hombre. Dejé Madrid, y ahora vivo en Marbella, pero eso lo sabes. También sabes que solo te quise a ti. Lo sabes todo desde donde estás. Me ves en cada acto. Deberías atender también a mi dolor.

¿Por qué te inventaste todas esas historias sobre mí? ¿Por qué inventaste mi malignidad? Siempre te quise bien. Simplemente, no te atreviste a quedarte conmigo. ¿Qué querías que hiciera yo? Tu volubilidad era insoportable.

Amor mío, la culpa fue tuya, pero dio igual. Yo viví y vivo poderosamente los recuerdos que me dejaste.

Aquella noche en Roma, en el cementerio, cómo la recuerdo, desnuda sobre tu tumba, mirando las estrellas en el cielo, reteniendo recuerdos. Cómo no haber sabido que te amaba así. ¿Por qué quisiste la destrucción de nuestro amor? Eras un ángel, por eso aún puedo hablar contigo.

Me cuentas bajo la forma de un fantasma angelical tu amor. No me da miedo tu fantasma. Amo tu fantasma. Habla él. Hablas. No es una obsesión ni una enfermedad ni una alucinación. Es el don de Heathcliff. El miedo a amar, eso me dices. El gran miedo a que te amasen y que tú amases. Disfrazándolo todo de sexo y descomposición, leí el testamento en la prensa. No fui yo quien te abandonó. Tú nos abandonaste a todas. Cada mañana, desde hace dieciocho años, pienso en ti. Te amé como no he amado a nadie. Ni amaré ya a nadie.

Jamás te fui infiel. Eso solo ocurría en tu cabeza. ¿Amé a un loco? Tu deseo de vida fue un espectáculo aterrador. Eras un ángel aterrador. Eras único en la especie. ¿Quién eras?

Volví al año siguiente, en septiembre, en tu segundo aniversario. Quise verte de nuevo. Quería abrir la tumba. Quería ver tu cara. No quería decirte adiós. Estuve presente cuando se cumplieron los diez años de tu muerte. Cuando te sacaron de la tumba. No estaban ni Elena ni María. Solo estaba yo, tu Ester. Te vi cuando abrieron el ataúd para higienizar tus restos y colocarte en un ataúd nuevo. Te vi. Ya me había casado entonces, pero daba igual.

Te vi. Tu cara estaba igual. Estabas allí, hermoso e inocente. Después de diez años bajo tierra, me hubiera tumbado junto a ti. Los encargados del cementerio estaban consternados, asustados, emocionados. Me querían prohibir que te tocara, que tocara tus huesos, tu desnudez absoluta. Vieron cómo besé una piel estrangulada, una cara destrozada por la muerte angelical. Estabas hermoso. Espero morir para irme contigo. Dejé caer mi cabello rubio sobre tu rostro. Toda mi larga melena rubia acarició tus restos. Y besé uno por uno todos tus huesos, amor mío. Mis manos con sus uñas rojas tocaron cada uno de tus huesos, de tu piel, de la ropa con que te enterraron. Pero tu rostro estaba intacto, así lo vi yo. Eras tú. Santamente tú. Temblé como si me estuvieran matando, me sentí al lado de Dios. Me sangraban los pies, las ingles, el cabello, mi cabello rubio se volvía rojo. De mis sienes salía sangre.

Mi sexo era sangre. Mis pechos manaban sangre. Quería que te bebieras esa sangre, ese amor. Esos huesos, esos restos que sostuvieron tu cuerpo; tu cuerpo que ya no estaba; tu cuerpo que yo iba recomponiendo a partir de cada hueso hasta que te tuve delante, tal como éramos.

Todos estos años hablando conmigo. Diciéndome cosas. Me confundiste con tu terror a la vida. Tu insaciabilidad no era la mía, solo era la tuya. Una enfermedad del espíritu, una gravísima malignidad, la presencia del Santo Mal, como tu amado Heathcliff.

Te lo inventaste todo. Solo éramos dos seres enamorados. Un hombre y una mujer. Y tú estabas casado. Eso fue todo. Como fantasma, me leías *El luminoso regalo* y yo sentía náuseas. Porque nada fue como tú me lo contabas.

Te quise y te cuidé. Viví solo para ti. Todo el día pendiente de ti. Viéndonos cuando tú querías. Esperando a que te decidieras. Esperé años a que te decidieras. Me fui. Te lo dije. No puedo más. Eras tú el que veías a otras, intentando salir de mí, intentando asesinarme. Elena era tu madre muerta y yo tu esposa amenazadora y las otras la única salida. Por querer conservar tu maldita identidad. Por no perderte en mí o en alguien. Pero allí estás, de pie. Todos los días me hablas. Todos los días, amor mío, te ensucias y me ensucias con tus palabras.

Quería arañar la tierra y buscar tu cuerpo y quedarme allí, a tu lado. Pero no me lo pediste. Nadie como tú. Fuiste descomponiéndote en mi memoria, convirtiéndote en palabras y caras. Te vi envejecer. Abrazando tu jersey. Y yo miraba a mi marido e intentaba transformar su rostro en el tuyo. Tenía que cerrar los ojos. Y convertía las manos de mi marido en tus manos, las manos de un muerto. Una mujer sola luchando contra el Universo con unas tijeras, lleno de Mal el Universo. En eso me convertiste.

Cada hora que no pasé contigo fue un infierno. No entendía cómo podías renunciar a semejante amor e irte con tu mujer, a la que ya no querías. No pasamos juntos millones de horas. Millones de horas sin ti frente a unas pocas horas contigo, eso fue mi vida.

Cada día me hablas, cada día me cuentas cómo arrastraste mi nombre por el lodo, en esas páginas que ocurrían en tu cabeza. Me convertiste en una ninfómana, me destruiste. Imagino que querías destruirte. Porque sé que viéndome así te inmolabas. Tanta sustancia mística me superaba. No podía

más. Hice lo que me pediste. Y luego te sentías culpable. Me ensuciaste, porque el sexo te devoraba, te asesinaba. Cumplí con todas las perversiones que me pediste, las hice por amor. Y tú, cruelmente, dijiste que las hice porque era una perversa, una enferma. Lo hice porque me lo pedías, de rodillas, porque te amaba.

Te sentabas delante de mí en aquellos restaurantes a los que íbamos mientras estuviste vivo. Yo sola a la vista de la gente. Años 20, 21, 22, 23, 24, hasta este 2037. Sentada en esos restaurantes que cambiaban de dueño y algunos se convertían en una tienda o en un banco o en un local vacío. Y yendo a los hoteles en que dormimos juntos y pidiendo la misma habitación en los años 20, 21, 22, 23, 24, hasta este 2037. Durmiendo sola allí, en esas camas de matrimonio; pero esos hoteles se fueron reformando. A veces ya no existía esa habitación. Gracias a Dios, el Majestic sigue igual, y nuestra habitación, modernizada, sigue siendo la misma. Nunca he ido allí con mi marido.

Todos los años paso una noche en el Majestic. Siempre es una noche de junio. En recuerdo de la noche del año 2012. Y tú te apareces, te encarnas, y hablamos.

—Hola, Ester, amor mío.

—Hola, Víctor, te amo.

—Sufro yo mucho más que tú —dice tu fantasmal presencia.

—Pero ahí estás de pie, diciendo adiós, volviendo al sepulcro —digo yo.

Dentro de un año volveré a estar aquí. En el Majestic Hotel. Y me recitas de memoria pasajes de *El luminoso regalo* y lo que dices de mí es mentira y tú lo sabes. Nunca fue así. Yo te dejo que me insultes, porque te amo. No recuerdas cómo fue. No recuerdas que el nuestro fue el amor más dulce de la Historia. Era solo amor. Nos amamos, y yo jamás estuve enferma. Ni jamás existió Cristóbal Matthews. Y yo te escucho siempre. Cada año en el Majestic Hotel pasamos juntos una noche de junio. Tú sales de tu tumba romana. Yo voy a tu tumba romana en septiembre y me tumbo desnuda sobre tu tumba. Te vi. Al final te sacaron del ataúd y vi al amor de mi vida. Y me sentí como si fuese tu madre, porque desde tu cadáver me lo estabas pidiendo. «Sé mi madre y sálvame.»

¿Por qué no fuiste capaz de divorciarte y casarte conmigo? Elegiste destruirte. Yo quería vivir. Tal vez tenía que haberte seguido en esa

inmolación. Pero era joven. Ahora ya no lo soy. Ahora me arrepiento de no haber estado allí contigo, juntos los tres. Tú, yo y Elena. Eva Braun entró en el búnker. Yo no estaba aquella noche en San Sebastián, ahogándome contigo.

No te puedes imaginar dieciocho años de soledad absoluta. No te puedes imaginar mi sufrimiento. Mi dolor. La deformación de nuestra historia de amor en los labios de un fantasma que me visita cuando él quiere. Y eso era lo único que tenía de ti: un fantasma, hablando durante dieciocho años. Y pegada a un marido, a quien sonreía y sigo sonriendo. Y él no sabe nada. Nunca le hablé de ti.

Por eso quiero morir ya. Él lo llevará bien. Le he dedicado catorce años de casi amor. Y quiero estar contigo. He comprado una tumba junto a la tuya, en Roma. Él no lo sabe. Saldrá en el testamento. Puede que indague. Puede que piense que solo es un capricho. Indagará, lo sé. Pero yo estaré muerta. Y estaré a tu lado. Dentro de poco estaré contigo. No me quites eso. Es lo único que tengo.

Durante estos dieciocho años mi único consuelo fue este, «solo Dios y su hijo el Gran Jesucristo saben que soy la mujer más solitaria de la Tierra». ¿Entiendes? Pensaba como tú; te metías dentro de mí. Pero eso casi era lo de menos. Lo de más es que era cierto lo que decías. Nadie conocía mi desgracia. La llevé en soledad, como las dos Cathys de tu amada *Cumbres borrascosas*. Tal vez ese sea el significado final de todo: que nadie contemple nuestra soledad, nuestra discontinuidad. Así al menos nadie nos compadecerá. La compasión es nauseabunda. He visto a gente feliz durante estos dieciocho años, parejas que se besaban por la calle, parejas que corrían para encontrarse y fundirse en abrazos maravillosos. Y yo sufría, porque tú estabas muerto y porque recordaba cuando me abrazabas y me cogías con tus manos enormes. Sufría y me moría de soledad. Y tenía delante a un hombre al que no amaba, pero que me cuidaba. Quería seguir viviendo, y él me cuidaba. Es un buen hombre. Pero nadie ha visto, salvo tú y Dios, mi gran humillación. La humillación de haber sido una mujer infeliz, insatisfecha, fracasada. No volví a enamorarme nunca. Tampoco engañé a mi marido. Nadie como tú. No había nadie como tú. Y tú estabas muerto.

Solo tengo este inmenso amor hacia ti, Víctor. Siempre fue tuyo. Pensabas en mi sexo, en mi coño chorreando, y lo que yo te estaba dando era toda mi

ternura y todo mi amor. Y tú lo convertiste en abominación y yo te perdono y te adoro y te quiero y solo quiero estar con tus restos, en tu tumba. Porque siempre estuviste desesperado. Y poseído. La felicidad en la vida no es posible para los signados por la desesperación. Solo Dios es aquel que sabe la verdad de mi corazón y voluntad.

Dices que sufres tú mucho más que yo, siempre dijiste eso. Vivo y muerto. Antes me lo decías en las separaciones, cuando te volvías a Roma, en la T4 de Barajas. Ahora me lo dices desde el fantasma en que te has convertido. Dieciocho años hablando con un fantasma. Y es y era verdad tu sufrimiento. Pero no era yo quien causaba ese sufrimiento. Tú inventaste ese cuento, el cuento de que yo te estaba destruyendo y que yo destruí tu matrimonio. Fuiste tú solo. Tú y tu radiante incomprensión de la vida. Esa incomprensión te iluminaba y volvía locas a las mujeres, porque tenían delante a un hombre distinto, oscuramente hermoso y arrebatador. Una mezcla de niño y gladiador. Una mezcla de angelical dulzura y tormentosa maldad. No veías la maldad en ti. Nunca la viste. Yo te di tantas cosas. Millones de cosas. No las viste. Te quise bien y te cuidé, pero tú estabas obsesionado con que miles de mujeres girasen a tu alrededor y tu alcoholismo no diagnosticado te acabó llevando a la alucinación. Víctor, eras un alcohólico. Nadie se atrevió a decírtelo. Dulce María no te lo dijo. Marcelo tampoco. ¿Por qué hiciste que me comprase aquel corsé para luego insultarme? Te veían beber aquellas mujeres, pero callaban. Siempre con la copa en la mano, en los bares, riendo con los amigos, exaltando la vida y por dentro solo eras la Casa Usher. Dios santo, cómo te quería. Qué enamorada estaba de ti, completamente enloquecida por tu amor. Me puse el corsé. Hice todo. Me tragué todo el semen que me diste. Te miré a los ojos. Cumplía en la cama tus órdenes. Oriné delante de ti. Hicimos el amor en los sitios más sórdidos. Me daba igual todo. Dije todo lo que querías oír porque te amaba, porque todas te amaron.

Fue el alcohol el que te llevó a la clínica. El que hizo que tu mujer te abandonara porque ya no podía más. Era ella o tú. Hablé con ella muchas veces. Ya nos daba igual todo. Las miles de botellas de Glenrothes que te bebiste. Queríamos sobrevivirte, intentar encontrar un camino. Salir de tus delirios. Emanciparnos de tu amor, que era lo único que daba sentido a nuestras vidas. ¿Qué tenías tú, eh, qué llevabas dentro para hacernos

imposible la vida sin ti? Intentar seguir vivas, eso hicimos, y tal vez debiéramos haber muerto contigo. Elena tenía a María, ella no podía seguirte. Yo sí, y no lo hice. Elegí vivir. El alcohol hizo que acabaras entrando en estados de pánico constante. Tus ginebras, tus whiskies, tus pastillas, tus riojas, todo mezclado. Y tus mujeres. Porque el alcohol te llevaba a ellas, y entrabas en gloria suprema entonces: bebiendo y follando, tu grandeza, tu supremacía, tu energía, tu santidad: la ebriedad del cerebro y la ebriedad de tu polla. Y el suicidio de Sonia, que te conduce a la tierra, que no deja que descanses, que te tiene atrapado entre la vida y la muerte. Tu culpabilidad, a la que también amo. Amo, por supuesto, también tu culpabilidad. Tus crímenes, yo los amo.

Dieciocho años viéndote en todas partes. No podía ni puedo bajar la vista al suelo sin que tus rasgos se dibujen en las baldosas. En cada nube, en cada árbol, en cada beso que se dan los otros, allí estás tú, recordándome que soy la mujer más triste de la Historia. El mundo entero era una atroz colección de testimonios acreditativos de que estuviste vivo y de que te perdí. ¿Me oyes?, te perdí. Te perdí. ¿Sabes lo que es eso? Te perdí y tuve que seguir viviendo. Pedía morir todas las noches, y lo sigo pidiendo. Cada mañana me despierto pensando en ti: dieciocho años así, esa ha sido tu Ester.

Nadie como tú.

Y vienes de entre los muertos y me dices que sufres tú mucho más que yo, pero no puedo tocarte, solo eres aire. Ser de aire no puede ser doloroso, ser de carne sí, amor mío.

Hello, Víctor, It's me.

Tu bruja rubia.

Pero tu suicidio se marcó como un hierro al rojo vivo en mi cuerpo. Me invocaste cuando te ahogabas. Me invocaste a mí y a Elena y las dos te oímos. Me da igual que estés muerto.

Cuántas veces te dije «no bebas más, amor mío; te vas a matar», pero tú seguías bebiendo. Eras whisky, solo whisky. Me hice una experta en tu evolución alcohólica a lo largo del tiempo que duró nuestro amor. Pero querías matarte. «Sufro yo más que tú», decías siempre, y era verdad. Era la jodida verdad. Siempre sufriste tú más que yo, hasta que te fuiste. Luego sufrí yo más que tú. Me mata pensar que hayas estado amando a alguna durante

estos dieciocho años. Sé que has podido enamorarte de muertas y vivas en estos dieciocho años de invisibilidad. Te mataría.

Te amo. Nadie te amó como yo. Maldito seas. Podríamos haber sido felices, pero elegiste el miedo, el terror y la cobardía. Y tuviste que escribir toda una novela falsa para justificar lo injustificable: que eras un niño de cincuenta años que no se atrevió a amarme.

Dieciocho años pensando en ti. Dieciocho años entregados a ti. Viviendo bajo la cúpula de un amor que no fue consumado. Los estigmas del crucificado. Recordando todos los días, durante dieciocho años, todas tus palabras, todos tus gestos, todas nuestras conversaciones, viendo vídeos tuyos, viendo fotos, oyendo grabaciones de tu voz. Buscando fotos nuevas, buscando vídeos nuevos. Cada vez que encontraba una foto que no tenía se me partía el corazón, oía su lento crujido.

Solo soy dolor. El dolor más gigantesco que el Amor haya edificado dentro de un ser humano. Soy Ester, Víctor. La que solo desea ser enterrada a tu lado. He amado por los dos.

Ahí estás, de pie, diciendo adiós, volviendo a las sombras. Tenía que haberme matado. Pensé que estando viva alcanzaría los estigmas más voluptuosos, dolientes, de la historia de los seres humanos. Pensé que seríamos los amantes más grandes del Universo.

La forma en que llegué a amarte es inextinguible.

Fui crucificada.

Mira mi sangre.

Soy tu puta.

Capítulo 24: El nieto de Dilan

4 de marzo de 2082

Eres el nieto de ese hombre que escribió *El luminoso regalo*. No quieres revelar tu nombre. María, tu madre, ya es una mujer mayor, una anciana. Va a morir pronto. Hace tiempo que no os veis. Os dejasteis de hablar. No fuiste un hijo deseado. Ella nunca quiso tener hijos, pero te tuvo a ti, o sí quiso, y eres tú el que piensas que nunca quiso. Tu padre tampoco te quiso, pero tenía dinero. Y nunca te faltó de nada. Sabías cosas de tu abuelo, cosas remotas. Tu abuela Elena sí fue buena contigo, te quiso y te ayudó siempre. Pero tu abuela Elena poco te habló de tu abuelo. No te dedicaste a las letras. Te dedicaste al mundo de los negocios. Ahora tu madre te manda llamar. Quiere verte. Hay una mujer, una enfermera, que la cuida. Tiene cáncer de huesos. Es una espléndida casa en las afueras de Roma. Coges la mano de tu madre, está fría.

—Quiero hablarte de tu abuelo. Debes saber algunas cosas de tu abuelo.

—Te escucho.

—Dime una cosa antes, ¿por qué no te has casado?

—Eso, mamá, es asunto mío. Me parece increíble que me hagas esa pregunta. No tienes ningún derecho.

—Ya lo sé, perdóname. Quería hablarte de tu abuelo.

—Te escucho.

Tu madre hizo que la mujer que la cuidaba le acercase una carpeta que estaba encima del escritorio.

—He guardado estas páginas durante años. Me las dio tu abuela también hace mucho tiempo.

Tú miraste la carpeta. Era un cartapacio voluminoso, ajado, azul, de piel. No te resultó desconocido sino todo lo contrario. Inexplicablemente, te resultó un objeto familiar, casi tuyo.

—Sabes que tu abuelo publicó una novela que se titulaba *El luminoso regalo*.

—Sí, la he leído, esa sí la he leído. Realmente, he leído pocos libros del abuelo. Lo siento. Publicó bastantes cosas, solo he leído páginas sueltas. Pero *El luminoso regalo* lo leí entero.

—¿Te gustó?

—Bueno, era una novelita graciosamente erótica y romántica, y con una

visión del amor muy de aquella época; había un poco de sexo explícito. Qué cómico es el tiempo. Me gustó el personaje de Ester, tan enamorada ella, tan romántica. Creo que es un libro que envejece mal, pero tal vez ese sea uno de sus atractivos: refleja cómo eran las relaciones amorosas y eróticas de entonces. Creo que hemos avanzado en eso. Parece un diagnóstico de aquella época.

—No son así, puedo jurártelo, las páginas del manuscrito que voy a entregarte. Te sorprenderá ese manuscrito, mucho. A tu abuelo le obsesionaba el tema del Amor.

El Amor, qué te va a decir tu extraña madre del Amor, ese gran fantasma. La construcción del Amor, la enorme locura en donde vives. Tienes treinta y ocho años y tu madre te está diciendo necesidades.

—¿Cómo va tu trabajo?

—Gano bastante dinero.

—Nunca te interesó la literatura.

—A ti tampoco, mamá.

—Pero fui y sigo siendo una gran lectora.

—Debo confesarte algo.

—¿Qué?

—Yo también soy un lector voraz.

—Eso es nuevo, siempre pensé que tus intereses eran otros.

Has leído todos los libros que hablan del Amor, todos, desde Platón a Sade, desde los italianos del XVI a los psicólogos actuales. Has probado drogas que tu madre ni sabe que existen, drogas que activan los neurotransmisores que gobiernan la bioquímica del Amor.

—Tu abuelo fue la única grandeza que encontró en este mundo: el Amor.

Tú te callas ahora. Para qué hablar. Ojalá se muera pronto esta mujer, esta mujer que es tu madre, y ojalá te mueras pronto tú también. Ojalá desaparezcan los ríos, las montañas, los peces, las ballenas, las ciudades, los vivos y los muertos, los edificios, las calles, los aviones, los aeropuertos, los cementerios, las catedrales, la historia de la humanidad, ojalá todo se convierta en fuego purificador. Lo deseas fervientemente. Venderías tu alma al diablo por que un meteorito acabara con la Tierra y con la especie humana y con el Amor. Para que ya nunca más volvieran a verse estrellas en el cielo.

—Tu abuelo...

—No le llames abuelo, no es justo ese nombre, no creo que sea mi abuelo, llámalo como se llamó en su novela, llámalo Dilan, así quiso llamarse. Pero no vuelvas a decir «tu abuelo» porque así insultas su memoria. Es gracioso: se quiso llamar así, Dilan, en homenaje a un músico del siglo XX completamente olvidado, Bob Dylan. No acertó en eso.

Tu madre clava su mirada en ti. Hay un gran silencio. La mujer que la cuida mira por la ventana. Tu madre, de repente, resplandece, como si una gran luz no de este mundo la iluminase hasta devastarla.

—Sí, el gran Dilan, es verdad. Veo que su sangre te ha alcanzado. No es tu abuelo, es verdad. Biológicamente puede que lo fuera, pero no lo es. Le hubiera repugnado ser abuelo.

—A mí también.

Sí, te repugnan todas las ordenaciones sociales y culturales y biológicas del Amor. Pero el mundo avanza despacio. Sigue existiendo el matrimonio. Tú mismo conviviste durante trece meses con Ana María Sanz, tu gran amor, que fue mentira. Y un día ella te dijo «sal de mi cama, sal de mi vida, ya no te amo». Y tú no entendías nada. Y le rogaste de rodillas que te explicase qué había pasado. Y ella dijo «hay otro, y por favor allí no te metas, es asunto mío». Y ya no dio ninguna otra explicación. Solo dijo: «Quédate con el piso, quédate con el coche, quédate con todo, pero ya no te amo, es así de simple, sin dramas, sin dolor, sin nada, no te amo, es así, vienen siendo así las cosas desde hace dos o tres mil años, no te soporto más, angelito». Y tú te pusiste a llorar. Pero ella se fue. Ni siquiera llamó para saber si lo estabas superando. Simplemente desapareció. La llamaste mil veces, y nunca contestó al teléfono.

—No me ha destruido la crueldad del género humano —le dices a tu madre, que no entiende a qué viene esa afirmación salida de tu pensamiento, que corre parejo a la conversación que estás manteniendo con tu madre.

—Precisamente, crueldad hay mucha en lo que tengo que darte. Sé que me queda poco tiempo y quería verte. Tengo que decirte algo. Algo muy importante. Algo que ha sido un largo secreto. Ya me da igual lo que tú vayas a hacer con ese secreto. Solo te pido que si vas a hacer público ese secreto, esperes a que yo muera.

—No digas eso.

—Te pido que me des tu palabra de que esperarás a que yo muera antes de hacer nada con ese secreto. Quiero decir que puedes seguir manteniendo el secreto o hacerlo público, pero si decides hacerlo público, solo te pido que esperes a mi muerte. Júramelo.

—No seas melodramática, no puede haber nada en esta familia que requiera tanto tono trágico y un poco cursi, la verdad. Pero está bien, te lo juro. Tienes mi palabra.

—Gracias, hijo.

—Te escucho.

—Dilan escribió dos versiones de *El luminoso regalo*. Una la entregó a la editorial días antes de su viaje a San Sebastián. Esto que te voy a decir no lo sabe nadie; por supuesto, no lo saben sus editores. La que se publicó era una novela intensa pero en el fondo bastante convencional, con su toque porno de acuerdo a aquel tiempo; es la que tú has leído. Pero mientras escribía una versión para ser publicada, Dilan iba escribiendo otra para él, donde todos los nombres eran reales, los nombres de los personajes, donde no había nada inventado, donde todo era verídico, donde todo era tal como él lo veía, sin límites. Todo era inmundo, inmoral, innecesario, injusto, maligno, sádico, inhumano, nauseabundo. Todo era el Mal. Todo era metafísico. Todo era filosofía del mal en el sexo. Donde todo era él. Él era su novela. Él, su caos. Su Caos y su AntiCristo. «Reina el Caos», ese era el lema. Ese manuscrito, esa otra versión, se la mandó por correo electrónico a su psiquiatra Dulce María Marco, quien, después de unos cuantos años, bastantes años, ya cerca de su muerte, decidió darle el manuscrito a mi madre, por creer que era ella quien debía tenerlo. Al morir mamá, heredé ese manuscrito. Muchas de esas mujeres que salen allí han muerto, pero alguna vive todavía, creo que solo vive una, debe de tener más de noventa años.

—Es imposible que viva ninguna de ellas. Todas están muertas. No llevas bien las cuentas del tiempo. Te aseguro que todas están muertas.

—Tienes razón, a veces pienso que alguna aún vive, alguna que aún pueda recordar a mi padre, su forma de penetrarla, su forma de hacer el amor. Me imagino que aún hay alguna viva, capaz de recordar su santo sexo, perdona que te hable así, como si fuese tu abuelo, el gran Dilan, me muero y ya da todo igual. Pero todas esas mujeres están muertas. Todos esos coitos ya no existen.

Absurda esperanza la memoria de los coitos del pasado. Pero los nombres reales están allí, en esas páginas que Dulce María Marco custodió como un tesoro de vida. Debió de resultarle fascinante. Tener la verdad de los nombres de todas aquellas mujeres.

Entonces tu madre te acerca el manuscrito. Lo pone en tus manos. Lo coges. No lo abres. Le das un beso y te marchas.

—Adiós, mamá. Te quiero mucho —dices, mientras abandonas la habitación.

Capítulo 25: Fantasma

Fuera del tiempo y el espacio

Ester: cuando me dejaste me convertí en una hoguera de sangre. Cuando supe que ya no volverías a quererme, sentí un sufrimiento inmortal. Supe que ese sufrimiento era superior a la muerte. Vi ese dolor en tercera persona y lo vi como un universo en expansión. Quedé fascinado ante la creación del dolor.

Ester: te he amado infinitamente. Cuando me dejaste comprendí algo que nadie antes había comprendido jamás: mi dolor era sobrenatural, mi dolor había salido de mi cuerpo y se había convertido en otro ser. Esto es: mi dolor era una persona que no era yo. Imagino que fue la única manera de sobrevivir.

Ester: nos sentábamos mi dolor y yo a charlar. Se podía ver entonces a dos hombres charlando. Uno de esos dos hombres tenía la cara quemada, daba miedo verlo. El otro solo tenía boca, y bebía whisky sin parar.

Ester: me convertiste en el hombre de acero. El mundo pasará. Pasará el Universo. Volverán las glaciaciones. Ocurrirá el Big Crunch, y volverá a ocurrir el Big Bang. Y mi dolor estará allí, invariable, permanente, monstruoso, convertido en un misterio creador.

Ester: me convertiste en Jesucristo.

Ester: estoy siempre. Todo desaparece, pero yo estoy siempre. No hay bondad ni maldad, ni plenitud ni vacío. Estoy siempre por haberte amado como te amé. ¿Me mira Dios? Claro que me mira.

Ester: me liberaste de la vulgaridad por el dolor. Al abandonarme, me convertiste en el Hijo de Dios. No puedo irme. Siempre estoy. Tú estarás muerta y yo te buscaré a través del tiempo y del espacio —millones de años ocurrirán y guardaré memoria sagrada de ti— sabiendo que nunca te encontraré.

Ester: serás la Nada, y yo no. ¿Qué has hecho conmigo?

Ester: cuando me dijiste «No. Lo siento, no puedo más, ya no puedo más, adiós, suerte», me hiciste inmortal.

Capítulo 26: El luminoso regalo

6 de marzo de 2082

1

Está en su casa. No ha querido ni leer una sola página mientras iba en el taxi. Tampoco ha leído nada en la hora de tren. Ha esperado a estar en casa. Es más, ha llegado a casa y ha cenado algo y se ha ido a dormir sin abrir el manuscrito. Ha dormido mucho. Vive solo. A la mañana siguiente, muy temprano, le despiertan fuertes ruidos que vienen de la calle. Estridentes ruidos. En su casa también hay ajeteo. Suena el teléfono. Es Ana María Sanz. Cuando oye su voz, sufre un shock, se pone muy nervioso, se obnubila y sin embargo al segundo se alegra. Hacía meses que no oía su voz ni sabía nada de ella. Después de mil llamadas tuyas sin respuesta, después de mil humillaciones, se alegra de que le llame Ana María Sanz, su Bruja.

—¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Pon la televisión.

Pone la televisión. Todos los canales están dando la misma noticia. Ya es público. Un meteorito va a impactar contra la Tierra en menos de cuarenta y ocho horas. Las informaciones son contradictorias. Hablan de un fallo de la tecnología humana, de una imprevisión, de la invisibilidad del asteroide. Su composición química hizo imposible que fuese detectado. Los científicos no se ponen de acuerdo. La OTAN ha intentado desviar la trayectoria del meteorito, pero todo ha resultado inútil debido a su invisibilidad. Le llaman el Satanás Invisible. Se ha hecho visible en el último momento porque su composición molecular se ha transformado de repente al acercarse a Marte. Los científicos no consiguen entender la materia voluble de que está hecho. Parece un ser y un no ser al mismo tiempo, parece la corroboración final de la física cuántica. Como una idea abstracta y maligna que acaba convirtiéndose en materia ardiente. Pero ahora es evidente que se va a producir el impacto. Se está disolviendo la realidad de todos los países de la Tierra. Reina el Caos. El nieto de Víctor Dilan pone una canción de Bob Dylan en el reproductor. Pone «A Hard Rain's A-Gonna Fall». Dice la televisión que será visible en breve. Vuelve a sonar el teléfono.

—¿Puedo ir a tu casa? ¿Me dejas? No sé si podré llegar. El pánico está en todas partes.

—Inténtalo, sí.

—¿Te da igual todo, verdad? ¿Me estás perdonando, verdad?

—Sí. Solo quiero verte. Solo quiero amarte otra vez.

—Yo también, lindo.

2

Puede que lo que esté viniendo sea el Amor. Puede que sea la gran fiesta del Amor. Allí tienes el manuscrito, en la mesa de tu despacho, mientras suenan las voces terroríficas en la televisión. Están dando consejos a la población civil. Están mintiendo. Maravillosas mentiras. En una cadena ponen música y viejas imágenes de los Beatles. En otra ponen la novena sinfonía de Beethoven. En otra ponen una vieja película de Franco Zeffirelli titulada *Jesús de Nazaret*. Al final, va a ser como vaticinaban las malas películas de Hollywood de principios del siglo XXI. Dicen que en el cielo se verá como una estrella muy luminosa. Luz pura en el cielo. Eso dicen los expertos. Llamas a tu madre ahora.

—Adiós, mamá. Te quiero. ¿Estás sola?

—Sí.

—Siempre estuviste sola, ¿no?

—Sí.

—Y él, Dilan, ¿estuvo siempre solo?

—Sí, como tú, como yo. Una soledad interminable, desde el comienzo de los tiempos, adiós, hijo mío. Soledad y erotismo, eso fue todo.

Mientras esperas a que llegue Ana María Sanz pones en el reproductor una vieja película de Lars von Trier, titulada *Melancholia*. El fin del mundo va a ser como en esa película. Una gran luz acercándose hacia nosotros. Parece que va a vencer el cine de Lars von Trier sobre el cine de Hollywood y eso tiene su gracia. Ya no quieres ver la televisión. Da igual lo que digan. Arderemos igualmente. Suena el timbre. Es Ana María. Abres la puerta y os abrazáis y os besáis en la boca. Te mira con desconfianza, sabe que tienes motivos para

estrangularla. Te mira con ese veneno tan suyo en los ojos. Y cómo la miras tú, sino de la misma forma que ella. Cogidos de la mano, vais hacia el salón.

—Es horrible, las calles son un caos, ha sido un milagro que esté aquí. La gente se está suicidando en público. La policía dispara a los niños. La gente se arroja desde novenos o décimos pisos. Hay una mujer ahorcada en la escalera de tu casa.

—Es maravilloso que estés aquí.

—Te juro que ha sido un puto milagro. La única explicación de que haya podido llegar a tu casa es la intervención de alguna divinidad. He llamado a mi padre. Quiere morir con su novia, y no conmigo. La gente está eligiendo con quién morir. En el fondo es cómico. Habrá quien muera en familia, habrá quien muera solo. ¿Has llamado a tu madre?

—Sí, la he llamado. Pero he dicho que es maravilloso que estés aquí y no porque hayas sorteado mil obstáculos para llegar hasta mi casa.

—Bah, bah, deja eso, no te metas en eso. No pienses tanto, angelito.

—Desnúdate. Haz el favor de desnudarte. Yo sí sé cómo quiero morir.

Y entráis en el dormitorio. Cada vez hay más luz en la casa. Entra la luz por las ventanas. Parece mediodía, pero por la hora que es debería estar anocheciendo. Es el asteroide. Es la mejor luz que jamás viera la humanidad.

—Viene un luminoso regalo desde el fondo del Universo —le dices a Ana María.

Te quedas mirando su cuerpo. Tú también estás desnudo. Estampas tu mano vacía en su vientre.

—Estoy siendo feliz ahora mismo, inmensamente feliz —le dices a Ana María, mientras comienzas a masturbar su coño, esa gran humedad almibarada, un océano de azúcar líquido, y piensas en cuántos hombres habrán masturbado el coño de Ana María desde que te abandonó, y sufres y la odias y la maldices y la llamas la Bruja.

Oyes detonaciones en la calle. Oyes ruidos espantosos en la escalera. Alguien está llamando a tu puerta. No abres. Ya no insisten. Ella siente tu sexo dentro de su coño, y regresa el orden, regresa la vida, regresa el don amarillo y todo deja de importar. Ana María sonrío cuando siente tu enorme polla que la llena hasta el final de los tiempos, y al mirar su rostro, ves luz. «Madre mía», dice ella. Su placer es incommensurable. Está siendo follada en el

momento más grande de la Historia. Y dice «hostia, hostia, hostia, qué bien», y tú recuerdas que eso lo decía la Bruja de la novela *El luminoso regalo*. Parece todo estúpidamente nietzscheano, el eterno retorno de lo mismo. Todo el rato diciendo eso «hostia, hostia, hostia, qué bien, qué bien», pero lo dice con una entonación hermética, misteriosa. Tú querrías saber qué hay detrás de esa salmodia, porque eso es una salmodia, una oración ordinaria y sórdida, pero oración al fin y al cabo.

Miráis los dos por la ventana. Salís a la terraza. Se ve ya. Una gigantesca palma de oro en el cielo. Ana María coge tu polla mientras miráis cómo se acerca el fuego final. Miras a la terraza de al lado. Hay un hombre muerto. Debajo del dedo índice de su mano derecha yace una pistola. Es bonita esa imagen. La pistola brilla bajo el sol del asteroide. Lo reconoces. Es tu vecino. Su mujer está a su lado, llorando, histérica. Os mira a los dos. Se asombra de que estéis desnudos. Se llama Verónica. Intentas ayudarla. Calmarla. Puede pasar a vuestra terraza. Os está mirando. Os mira un rato a vosotros dos, otro rato a su marido muerto. La gente se está suicidando. No quieren morir en el fuego, en la luz. Prefieren morir de otra forma. Dicen que con cualquier otra muerte el sufrimiento es menor; que morir de un tiro o de un envenenamiento es mejor que el fuego, la hoguera atávica donde eran quemados las brujas y los brujos. Pero nadie sabe nada. Hay canales en la televisión que recomiendan el suicidio clásico de cortarse las venas en la bañera. Mejor arrojarse al vacío, dice otro canal; el ahorcamiento, dice la radio; cualquier cosa antes que el fuego. Verónica te mira. Decide aceptar vuestra ayuda. Pasa a tu terraza. Es fácil pasar de una terraza a otra, y en cualquier caso si Verónica se cae al vacío da exactamente igual. Todos vais a morir. La abrazas. Se echa a llorar.

—Estáis desnudos —dice Verónica.

—Sí, lo estamos, hemos estado haciendo el amor —dice Ana María, mientras le da un beso en la mejilla a Verónica, y en el beso arrastra su lengua por la piel blanca y suave de Verónica.

Entráis los tres en el dormitorio. Ana María comienza a desnudar a Verónica. Verónica lleva un tanga rojo, precioso. Su culo es perfecto. Te da pena que Ana María le quite el tanga. Tú, mientras tanto, besas en la boca a Verónica. Coges sus manos y las miras. Tiene las uñas pintadas de un rojo intenso. Son unas uñas preciosas. Siempre te gustó tu vecina. Ahora por fin vas

a poder meterle tu polla hasta el último átomo de sus maravillosas entrañas. Incluso vas a intentar, si Dios te dejara, amarla de verdad.

—Mi marido está muerto —dice Verónica.

—Háblanos de él —dice Ana María—, ¿era un buen amante ese angelito?

—Lo era. Era un vicioso, le gustaba todo. Lo amaba. Nos amábamos. Nos corríamos juntos. Éramos dos artistas. Cuando nos conocimos, follábamos en todas partes. Nadie se daba cuenta. Éramos capaces de follar en un restaurante, delante de todos. Fuimos los mejores. Hacíamos el amor en las playas, en el sur de Italia; nos gustaba el sur.

—Qué bien —dices tú, sabiendo que vas a morir al lado de dos Brujas.

—No sé por qué se ha matado. No sé por qué lo ha hecho. Es mentira lo que dicen, el fuego no puede ser peor que una bala. Ha querido que lo matase yo y que luego me suicidara. Como Joseph Goebbels y su esposa. Solo que al revés, yo tenía que hacer el papel de Goebbels, pero no he podido hacerlo. ¿Recordáis a ese líder del III Reich? Mi marido era muy aficionado a la Historia. Goebbels mató a su mujer, disparó contra ella, directo al corazón, y luego se suicidó. ¿Era abominable Goebbels? Yo le perdono y creo que está perdonado. Cruzó el fuego.

© Agencia EFE

—Sí, sé quién era Goebbels. Pero lo que debes pensar es que tu marido ha querido que seamos nosotros quienes tomemos tu cuerpo, te ha ofrecido un luminoso regalo. Su muerte ha sido un luminoso regalo —dices mientras la masturbas.

3

Las dos ventanas del dormitorio iluminan los tres cuerpos que se mezclan en un juego de caras encendidas, de espaldas sudorosas, de pies con las uñas pintadas y pies sin las uñas pintadas. El calor es salvaje. Comienza a fallar la electricidad. Ya no es posible poner el aire acondicionado. Tal vez la temperatura sea de cuarenta grados en ascenso. El nieto de Dilan ha vaciado la nevera y el congelador. Los cubitos de hielo son agua fría que vierte sobre sus dos amantes. Ana María agarra el sexo del nieto de Dilan y lo enfría con el hielo y lo acerca hasta la vagina tibia de Verónica.

—Acabo de darme cuenta de que no sé tu apellido —dice el nieto de Dilan a Verónica, mientras la penetra y ella gime con chillidos casi melódicos.

—Eres un hijodeputa, me estás matando de gozo. Córrete ya. Mi apellido es Jiménez. Me llamo Verónica Jiménez.

Otra vez aúllan las viejas palabras de la Bruja en el cerebro del nieto de Víctor Dilan.

—Verónica Jiménez, tienes el coño más maravilloso que ha visitado mi polla en miles de años. Porque llevo miles de años sobre la Tierra. Soy un vampiro —dice el nieto.

Ana María Sanz vierte agua fría sobre los dos cuerpos que copulan con gritos y arañazos. Se pegan ellos dos. Se dan fuertes bofetadas. Verónica Jiménez le pide que se corra en su boca, lo que tanto le gustaba a la Bruja.

—¿Ya no te acuerdas de tu marido, verdad?, guarra, perra, hijadeputa —le dice Ana María Sanz al oído de Verónica Jiménez.

Resplandece cada vez más todo. La cama, el armario, el sinfonier, un sillón. Es como si grandes focos teatrales encendiesen la habitación. Es posible verlo todo. Los más mínimos detalles de la escena están hiper iluminados por la luz del asteroide que viaja hacia la Tierra. Ya no se puede mirar al cielo. El cielo es una inmensa máquina de luz. Es fuego. Las pocas cadenas de televisión que aún emiten dicen que nadie mire al cielo, dicen que busquen refugios subterráneos. Las calles están llenas de ciegos y ciegas, ardiendo en soledad.

—Es el mayor momento de la Historia de la puerca raza de los hombres, la luz va a arrasarlo todo y yo estoy follándote, Verónica Jiménez, y tu marido ya no existe y es como si no hubiera existido nunca y yo fuese ahora tu marido.

Verónica Jiménez está gritando en este momento. Ha llegado su orgasmo. Es un aullido. Un enorme y sonoro aullido en mitad del fin del mundo, como los aullidos de la Bruja.

—Aún se iluminará más esta habitación. Pronto habrá aquí sesenta grados. Échame agua fría sobre mi polla —le dice el nieto de Dilan a Verónica—, tengo que follarme a Ana María. Tengo que vencerla. Tiene que morir en paz. Nosotros tres vamos a morir en paz. Descansaremos.

Pero Verónica Jiménez no quiere que el nieto de Dilan retire su polla de su coño. Quiere que la folle otra vez. Se ríen los tres, en un mar de sudor y calor

y fuego. Se ríen los tres.

—Tu polla es el espectáculo más grande del Universo —dice Ana María mientras saca la polla del coño de Verónica y la deposita en el suyo.

—El universo viene a por nosotros —dice el nieto de Dilan—, estamos preparados, estamos tal como él nos quiere, tal como quiere que estemos, caídas todas las creencias, caídas todas las civilizaciones, caídas todas las supersticiones, estamos aquí tal como fuimos generados, estamos aquí según el Caos del que vinimos a la Tierra. Estamos como debimos estar siempre. Puede tomarnos, porque el fuego nos hará el amor.

Ahora mismo los tres están haciendo el amor con gafas de sol. Tres cuerpos desnudos, ardiendo casi, con gafas de sol. Como en un cuadro de Hopper.

4

El nieto de Dilan se levanta de la cama. Ya es muy difícil andar. Ya el suelo quema. Hay humo por todas partes. Ya no queda agua. Recuerda ahora el manuscrito que le entregó su madre. Está en la mesa de su despacho. Va a arder todo. Va a morir sin querer saber. No es el verbo saber el indicado; va a morir sin volver a ver escritos su apellido y su nombre. Pero aún quiere recordar a aquellas mujeres de finales del siglo XX y principios del siglo XXI, aquellas que dieron en llamarle con ese nombre ridículo, sumamente ridículo, un nombre torpemente literario, esa pantomima de Dilan, en vez de haber usado su gran nombre, su maravilloso nombre, su nombre real que sí fue el que emplearon todas esas mujeres muertas, a quienes amó con toda su alma. Porque el Amor es la única luz del mundo, como bien sabe el Universo, que va a hacer del mundo una luz, que ya está siendo. Todas están muertas. Abre la carpeta. Y lee lo que aquel hombre escribió hace más de sesenta años. Pero en vez de Dilan en ese manuscrito aparece otro nombre. Aparece su nombre. Y siente un inmenso placer al ver su nombre real. Ese nombre real que le hizo gobernar la vida. Que le condujo a la diestra de Dios Padre. Y abre el manuscrito al azar, por cualquier página, y lee este capítulo, que se titula «La Crucificada»:

La ninfómana perfecta. Porque no era ninfomanía, era loco amor, era

dolor en estado de beso y penetración. Estar con ella era estar sentado en la nave espacial de la plenitud. Todos dijeron que era una puta. Yo no creo que existan las putas. No creo que ser puta sea una cuestión sexual, me refiero a la idea de una mujer que engaña a un hombre y se va con otro o con otros; no, pero sí existe la crueldad. La tradición ha llamado putas a las mujeres crueles. Es, simplemente, una imprecisión lingüística.

—¿Estás bien, te hago daño? —decía Sara, mientras restregaba su pubis por tu vientre hasta causarte el enrojecimiento de la piel, pero esas eran palabras susurradas, dichas en voz baja.

Salías con moratones. Todo el vientre dolorido. Ella, en cambio, era la carne de su culo la que hacía caer sobre tu vientre; y no le dolía. Pero a ti te encantaba, te hubieras dejado despellejar vivo con tal de complacerla. También decía algo, sobre todo al principio, que te volvía loco, «me duele el coño de tanto follar contigo, hijodeputa». Expresaba su dolor en el coño como si fuese un emperador romano entrando victorioso en Roma. Tú veías su rostro, su grandiosa felicidad tras el sexo prolongado, largo, muy largo. Y luego ella manejaba las almohadas como un tirador de cuchillos los cuchillos. Tan pronto te ponía una almohada debajo de la cabeza, como debajo del culo. Buscaba. Estaba buscándolo todo. Las almohadas eran sus armas. Era rápida con ellas, de una rapidez sobrenatural. Cómo demonios lo hacía, usar así las almohadas y los cojines de las camas de los hoteles.

—Quiero subirme —decía ella.

Pero no lo decía como quien expresa un deseo sexual con delicadeza, con naturalidad. Ella lo decía desesperadamente, de forma impetuosa, con mala educación, como una grosera impulsiva. Lo decía de manera arrebatada. Entonces se ponía encima de ti, pero lo que quería en realidad es que tú estuvieras dentro, completamente dentro, rehusaba el movimiento amoroso, la entrada y la salida. Buscaba un estado en que su entraña estuviera colmada, donde ya no hubiera ni un milímetro sin penetrar.

—Empuja más —decía—, más, más, que empujes más.

No eran sugerencias tiernas, no eran juegos de amor, no eran fantasías dulces. Eran órdenes. Había una marcialidad en aquella loca. La loca enamorada del aire, de la Nada. Aquella loca, con su chamán, con la despiadada ordenación del mundo de los hombres a cuestas y ella con su

trastorno de ninfómana sin diagnosticar por culpa del Negro. Una ninfómana víctima de un psiquiatra perverso. Tuvo el peor psiquiatra del mundo. La volvió más loca, y encima se enamoró de ella y no paró hasta que se la llevó a la cama, y luego llegó el ofrecimiento de las orgías, de que participase en orgías selectas con su psiquiatra, orgías de médicos, políticos, abogados, arquitectos, periodistas. Gente selecta. Pollas y coños de alto standing. Y ella, aunque nunca se atrevió a decírtelo, participó en ellas. Te lo dijo Ricardo. Elegidos para el sexo. Elegidos para la Nada final adonde ella iba con paso enfermo. No supiste ver su enfermedad, o no quisiste. Allí podrías haberla ayudado, aunque ella no hubiera querido. No. Te hubiera insultado. Te hubiera dicho «Tú, alto ahí, calla, no te pases ni un milímetro». Pero sufría, todo era dolor en ella resuelto en una euforia sexual irredimible. «Alto, tío, o dejo de hablarte», así era ella. Amenazando, utilizando su poder. Su poder era la amenaza de abandonarte. Siempre le funcionó, porque ningún hombre quería perderla por nada del mundo. Era ella quien los abandonaba. Se sentía como una puta después de follar a lo salvaje, que decía ella, «quiero que me folles a lo salvaje», y la vergüenza la envenenaba. Y salía huyendo. El Negro la condujo a un abismo de hombres que le duraban un mes, dos meses, tal vez tres, o un día, o dos días. Tal vez no fue el Negro sino ella. Tal vez no existió nunca Matthews, el Negro. Y luego salía huyendo, avergonzada, y odiando al hombre recién abandonado, y rompiendo cualquier vínculo con él. No quería ni volver a oír los nombres de quienes fueron sus amantes, una larga, larguísima lista que hacía peligrar su vida social en Madrid; vida social que, al final, se vino abajo, porque se había follado a medio Madrid de la cultura, la política y el periodismo. Y su cabecita no soportaba eso. Con cualquier hombre de la cultura o el periodismo o la vida social que hablaras, si salía el nombre de Sara Jiménez, saltaba una sonrisa, una complicidad, y siempre se acababa diciendo lo mismo, «fue la experiencia erótica más salvaje de mi vida, la puta más loca que he conocido, no he vuelto a ver nada así nunca, y de repente dejó de hablarme, nunca me follaron como ella, era una diosa, no me dio ni una jodida explicación; simplemente, dejó de hablarme, qué fuerte, tío, después de las pasadas que nos metimos ella y yo». Ya le resultaba imposible no coincidir en algún acto público, en algún sarao

social, con alguno de sus antiguos compañeros de cama. Si esto ocurría, ella se escondía. Hacía ver que no lo veía. Entonces se comportaba como una niña. O se marchaba de la fiesta. Jamás saludaba a uno de sus examantes. Huía de ellos de forma despavorida. Era enternecedor ver a Sara Jiménez, la bruja, huyendo como una colegiala de amantes a quienes había hecho felaciones salvajes, sonoras, largas, desesperadas.

Pero tú fuiste el Rey del tiempo. A ti le costó vencerte, le costó mucho. No podía deshacerse de ti tan fácilmente. No podía. Por eso te odiaba más. Y te odiará más, cada día más. Porque tú eras el que ella estaba esperando, pero no quiso reconocerlo. Como el pueblo judío con Jesucristo, exactamente lo mismo. La comparación es de una exactitud absoluta. Llevaban siglos esperándolo, al Gran Jesucristo, y cuando vino no lo reconocieron. A ella le pasó lo mismo.

—Cógeme el culo con tus manos y aprieta más —decía.

Esa obsesión suya con ser cogida por el culo. Esa obsesión por mandar. Como si fuese un general en el campo de batalla. Y obedecías, y no sabías si lo estabas haciendo como ella quería. Temías que te suspendiera, como si estuvieses examinándote a vida o muerte. Toda tu voluntad estaba puesta en acertar con lo que pedía. En cogerle el culo como ella quería. Era muy precisa en eso.

Y luego venía la salmodia, las campanas, «hostia, hostia, hostia, qué bien, qué bien». Y la mirabas a la cara y parecía una santa. En estado de absoluta santidad. Cerca de Dios y de su hijo el Gran Jesucristo.

Y luego bebíais gin- tonic. Y ella te pasaba el gin- tonic de su boca a la tuya y se reía. Y eras tú el que se tenía que tragar el gin- tonic que venía de su boca, cosa que a ti te repugnaba.

Y seguía dando órdenes. Como si fuese una reina. Ordenando posturas. Ordenando cuándo debías correrte y cuándo no.

—Hazlo ahora, córrete.

—No, no lo hagas ahora, cabrón, no te corras aún o te mato.

—Muérdeme el cuello —pero había que hacerlo con una precisión endiablada.

—Un poco más fuerte.

—Eh, no tan fuerte, hijodeputa.

—Muérdeme las manos, los dedos, chúpame los dedos de la mano, pero no tan fuerte, más suave.

—Bésame los pies, deja que yo vea cómo los besas, quiero verlo todo. ¿Te gusta?

—Cómeme el coño, cómelo entero, chúpalo. Muérdelo un poquito. Ámalo, soy yo, él soy yo. Habla con él. Pregúntale cosas a mi coño. Hazte su confidente. Húndete dentro de él como el Titanic se hundió en las simas oceánicas del Atlántico Norte el 14 de abril de 1912.

En realidad ni ella misma sabía el grado de mordedura que quería. La viste sufrir. Creía que estaba gozando como una perra, siempre pensó que gozaba como una perra. Pero sufría. Cuando el exceso enfermo entra en el Amor puede ser tan maravilloso como mortificante. La mortificación de la enfermedad. Nos cuesta tanto entender la enfermedad del alma. Nos cuesta tanto entender aquello que dijo Novalis: «Toda enfermedad es enfermedad del alma». Ella estaba enferma. La vida está tan lejos de la enfermedad y la enfermedad más lejos aún del amor. Niña loca.

Y cuando ella se corría era el mayor espectáculo que has visto y verás en tu vida. No por sus gritos, que de repente no eran gritos de mujer sino de niña y había allí un misterio, sino porque al fin parecía descansar. En vez de la Bruja deberías haberla llamado la Crucificada. Ella era la Crucificada. Niña loca.

Ahora comprendes, ya mucho tiempo después, su sufrimiento. Jamás será feliz. Jamás tendrá hijos, que los desea. Jamás amará. No era la Bruja, era la Crucificada. Y tú el Crucificado. Porque erais iguales. Y te amaba, te amó de verdad. Niña loca.

Estabais hechos el uno para el otro, pero no pudo ser. Niña loca. La culpa la tuvo ella, y tú también. Fue más obvia su culpa porque era impulsiva. No hacía falta que te denunciara por acoso cuando intentaste desesperadamente hablar con ella tras la ruptura. Fue un paripé jurídico. Encima le costó dinero. No consiguió nada. Solo quería enseñar su orgullo y su vanidad, que la acabarán matando. Fuiste mucho para ella, por eso te puso esa demanda, quería dañarte, arañarte, besarte, comerte, romperte. Niña loca. Quería que no hubieras existido porque tu presencia en el mundo era testimonio de su crueldad infinita. Tú la trataste con amor y ella con

crueldad. Tú fuiste un hombre bueno. Y un día viste quién era ella y ella vio que la viste. Ella sabía que la viste. Ella era el Mal hecho carne y tú también, porque tú también la denunciaste a ella, la denunciaste, le pusiste una demanda, la acusaste de haber maltratado psicológicamente a María, tu hija, y era mentira. No podía dejar vivo al hombre que había visto su alma. Ni tú tampoco a la mujer que había visto la tuya. Os visteis el alma. Y eso es Amor también. Porque el Mal existe. Ella lo era. El Mal absoluto, terrorífico. Ella practicaba con los hombres el desprecio, la humillación, la calumnia, la destrucción. Pero también eso era mentira, solo sucedía en tu cabeza enamorada, salvajemente enamorada. Ella no era así. No era mala. Era simplemente lo que pudo ser. Heathcliff tú, y ella la Virgen sangrienta, Virgen caliente. Virgen loca.

Fuiste mucho para ella, tu Sara, y ella no quería. No quiso. No quiso que nadie fuese mucho para ella. Fuiste el Bien Enamorado y ella una pobre niña desolada. Fue la Virgen loca más hermosa de la Historia. Sus pies son de oro. Su cuerpo es una hazaña de Dios. Virgen loca, mi amor, háblame aún. Dime te amo.

Te amo.

El Crucificado

Cierras el manuscrito. Va a arder también. Como todos. Las páginas se quemarán. Abres otra página al azar:

Creo en la venganza. Creo en el ojo por ojo y en el diente por diente. Creo en el Juicio Final. Creo en el Mal. Y creo en el malvado Bien. Creo en Satanás y creo en Dios Nuestro Señor. El día está cerca. Prepárate. Reza lo que sepas. Creo en la espada, en el dolor, en la tortura y en el infinito naufragio. Creo en el olor corporal de Lady Di y en el olor corporal de la princesa doña Letizia. Creo en la resurrección de los muertos más asquerosos e hijosdeputa. Creo en España y en el Cid, creo en Rodrigo Ruy Díaz de Vivar. Creo en Jorge Manrique y en la resurrección de su padre Rodrigo Manrique de Lara. Creo en la resurrección de los perversos, los ignominiosos y los malvados. No creo en la resurrección de los nobles, los buenos y los santos. Creo en la lucha de clases. Creo que debes matar a

quien te mata de hambre. Creo que debes cambiar el mundo. Creo en la revolución y en el infierno. Creo que todos estamos locos y todos somos Narciso, y a la vez resplandecemos para nada y para nadie. Nadie nos ve.

Es todo tan hermoso lo que estás leyendo. Acabas de cerrar el manuscrito. El calor es insoportable. Crees que siempre has estado aquí. Y aunque te quemee el asteroide, dará igual. El regalo persiste. Te gusta lo que estás leyendo. Te gustaría seguir leyendo pero la atmósfera es ya irrespirable. Te mareas. Viene el fuego de allá arriba. Viene el divino mal. El maligno enamoramiento convertido en una bola de fuego que acabará con la vida de los hombres. La alta purificación de nuestros olores corporales, de la vagina y la verga, del ano y la lengua, de los flujos vaginales y del semen, de la mentira y del éxtasis.

Bajo la tierra, Ester se quemará; sus despojos, sus escasos restos, ya no serán nada. Como si nunca hubiera existido. Pero tú no. El dolor te trajo hasta aquí, hasta la permanencia. El dolor era más alto que la bondad y el amor. El dolor, qué extraño. Era el dolor lo que estaba allí. Criaturas del dolor, elegidos del dolor, santos elegidos del sufrimiento. El sufrimiento era inmortal, pero el amor no lo era. No había otra forma de superar los rigores del tiempo. Y vuelves a abrir el manuscrito mientras sale humo de las paredes y lees:

Todas se fueron. Todas eran mentira, y entre las mentiras tú dispusiste que yo viviera, mi Señor de la Nada. Al menos, el amor de Heathcliff era elevado y casto; el mío es bajo, promiscuo, disoluto, físico.

Sé que Ester se casó. La vi desde las alturas del firmamento. Dijo que me amaba más que a su marido, pero era mentira. Fue feliz con su marido. Mi único consuelo es que la felicidad también muere, se desvanece. Todas acabaron siendo felices. Elena fue feliz también. Ester se levantaba por las mañanas y le hacía el desayuno a su amado marido. Y supo buscarse un marido que tenía diez años menos que ella, o quince. Y yo veía cómo hacían el amor todos los días. Y yo ya estaba muerto porque me ahogué en aquella playa, y me sentaba en la cama al lado de ellos. Y se besaban como locos. Y ella vivía para él. Yo era un fantasma poderoso: la muerte no me quiso,

nadie ni nada puede matarme.

Y él, su marido, era un auténtico imbécil. Un hombre vulgar. Todas eligieron a hombres vulgares. Y a ti te dejaron la muerte como única salida, que no lo fue, porque la muerte quería copular contigo, la historia de tu eternidad.

No se acuerdan de ti. Están con sus hombres. Claudia con su marido, a quien se la vuelve a chupar; ese hombre que jamás sabrá, que nunca sabrá que tú fuiste él o más que él, que tú pusiste en riesgo su salud mental y su vida entera, su fe en el mundo y su asquerosa fe en su mujer. Tampoco sabe que tiene el VIH. Pero Claudia, cómo puedes comerle el sexo a tu marido, si no lo amas. ¿Cómo haces eso, amor mío? Tu voluntad y tu sacrificio me conmueven. Me enamoro aún más de ti.

También te sientas en la cama de Claudia, intentando averiguar quién de los dos tiene más virus dentro de su sangre, si ella o su marido. Es ella. Ella. Ella merece más de todo.

También te sientas en la cama de Elena. Callas. Déjala que ame a quien le apetezca. Merece todo el respeto. Es para morirse de risa, ella nunca te odió.

También te sientas en la cama de Paloma, que encontró a otro hombre, y es feliz a su lado. Ella tampoco te odió.

Pero ese es el sagrado Mal: sin odio no hay amor, el amor que a ti te gusta, el que te pone a mil, hijodeputa, sinvergüenza, canalla. Te gusta que te odien y te amen. No solo una cosa. Las dos. Que te maldigan y te besen. Fuiste feliz en esos momentos; cuando ellas te odiaban mientras te las follabas brutalmente, bebiéndote todos los whiskies y comiéndote todas las pastillas de la Tierra, toda la química de la Tierra, para vencerlas.

La Santa Victoria. Ah, sí, te acuerdas de Viqui. Victoria casada con un médico, ayudándole a elegir un jersey en Zara.

Pero no te puedes sentar en la cama de Sonia, porque está aquí contigo, y la aborreces. Ahora la aborreces, como Heathcliff aborrecía a Isabella. Y tú solo esperas que Ester se muera, para que vuelva a ser tuya.

Odias su felicidad.

Odias a su marido.

Solo quieres que baje aquí, al infierno donde estás, junto a Sonia, que

baje aquí Ester y se pudra contigo y piense que su marido fue ficción, y que la honestidad y la bondad con que trató a su marido fueron ficción. Lo gracioso es que cuando Ester descienda a los infiernos no os reconoceréis entre la multitud. Con lo enamorados que estuvisteis, no os reconoceréis; pasaréis el uno al lado del otro como dos desconocidos en la cola de un cine, en la cola de un supermercado, en la cola de una tienda, en la cola de un banco.

Eso somos.

Eso fue lo que me convirtió en el mayor alcohólico de la Historia del Amor.

Volverás a verte en un espejo. Los ojos rojos convirtiéndose poco a poco en azules. El pelo rubio. Un metro ochenta casi, a un milímetro, descalzo. Los estigmas. La fuerza. El poder. El viento. La belleza física. La perfección en el carácter. La incitación al amor con solo manifestar tu presencia. Y el sufrimiento allí, a tu lado, como un gran fantasma ardiente.

Volverás a amar. Y todo ser vivo te amará.

Entras en el dormitorio y las dos mujeres están ya semiinconscientes. Ana María se ha desmayado. Ha tomado un montón de tranquilizantes. No soportaba el fuego. Pero Verónica te está esperando, ha renunciado a las pastillas. Te ve en el marco de la puerta y dice «tú, ser sin nombre, aunque veo una *s* o una *a* o una *t* en tu apellido, quiero que me hagas el amor por última vez».

Y tú la complaces porque ese es tu destino histórico, complacer a las mujeres, y la follas por última vez mientras vuestros cuerpos ya arden, ya entra el fuego por todas partes y antes de morir de nuevo, antes de irte hacia otro mundo, contemplas lo que tienes delante, otra vez el monolito viene a verte, a los pies de una cama en llamas:

Agradecimientos y observaciones

Quiero agradecer a las siguientes personas las valiosas observaciones y recomendaciones que me hicieron tras la lectura de *El luminoso regalo*, cuando solo era un manuscrito, gracias a ellas este libro es mejor: María Lynch, Pilar Reyes, Raquel Abad, Gerardo Marín, Elena Martínez Bavière, Sergio Gaspar, Roberto Valencia, Nerea Madariaga, Miguel Serrano Larraz y Laura Fernández.

Quiero explicar y aclarar que esta novela tiene deudas y hay que decirlas. Tiene muchos referentes cinematográficos, cuyo conocimiento ayudará a entender *El luminoso regalo*. El primero quizá es el más intrascendente en un sentido artístico, pero relevante en un sentido argumental: se trata de la película *Análisis final* (1992) de Phil Joanou, que me sugirió la idea de las relaciones emocionales y oscuras entre psicoanalistas y pacientes. Pero en realidad el referente artístico y por tanto fundamental de esta novela es la célebre película de Stanley Kubrick *2001: Una odisea en el espacio* (1968). Toda la novela es una búsqueda del contenido del monolito que aparece en esa película, quizá bajo la forma de parodia culta, sin excluir la ironía. Las siguientes grandes referencias cinematográficas son dos: *Melancholia* (2011) y *Anticristo* (2009) de Lars von Trier, muy especialmente *Melancholia*. En cuanto a referencias literarias, hay una de capital importancia: la novela de Emily Brontë *Cumbres borrascosas*. Dicha novela sobrevuela *mutatis mutandis* las intenciones morales de los protagonistas fundamentales de esta historia. *Cumbres borrascosas* es un fondo constante de mi novela. También la

obra de Georges Bataille, especialmente su ensayo *El erotismo*. Por último, el capítulo titulado «Nadie como tú» no existiría sin la canción del mismo título de la cantante española Christina Rosenvinge; hay en ese capítulo citas textuales de dicha canción. Tampoco existiría la novela entera sin la obra de Bob Dylan, el legado cultural más expresivo y universal de la segunda mitad del siglo XX a mi juicio, a mi irónico juicio.

Me resulta imposible concebir la literatura si no es en relación con otras artes. Especialmente, la música y el cine.

Sin duda, habrá más deudas, pero en estos momentos no soy consciente de ellas. *El luminoso regalo* es una obra de ficción pura y cualquier parecido con la realidad es una indeseada coincidencia.

M. V.
Febrero de 2013

Sobre el autor

Manuel Vilas (Barbastro, Huesca, 1962), narrador y poeta, es autor del libro de relatos *Zeta* (2002), y de las novelas *Magia* (2004), *España* (2008, Punto de Lectura, 2012), que fue considerada como una de las novelas más importantes de la primera década del siglo XXI por la revista *Quimera*, *Aire nuestro* (Alfaguara, 2009), que obtuvo el Premio de la Librería Cálamo y que ha sido traducida al francés y al italiano, y *Los inmortales* (Alfaguara, 2012). Ha publicado los libros de poemas *El Cielo* (2000), *Resurrección* (2005), XV Premio de Poesía Jaime Gil de Biedma, *Calor* (2008), VI Premio Fray Luis de León, y *Gran Vilas* (2012), XXXIII Premio Internacional de poesía Ciudad de Melilla y elegido libro del año por *ABC Cultural*. Su poesía completa ha aparecido recientemente bajo el título de *Amor* (2010).

<*_s_a_l_t_o**d_e**p_a_g_i_n_a**>

© 2013, Manuel Vilas

© De esta edición:

2013, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6.

28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-84-204-1430-0

© Cubierta: Eva Vázquez

Diseño de interiores realizado por Santillana Ediciones Generales, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: Javier Barbado

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

<***s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a***>

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina

www.alfaguara.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.alfaguara.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 277 42 42

Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.alfaguara.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.alfaguara.com/co

Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501

Bogotá DC

Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.alfaguara.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.alfaguara.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51